This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

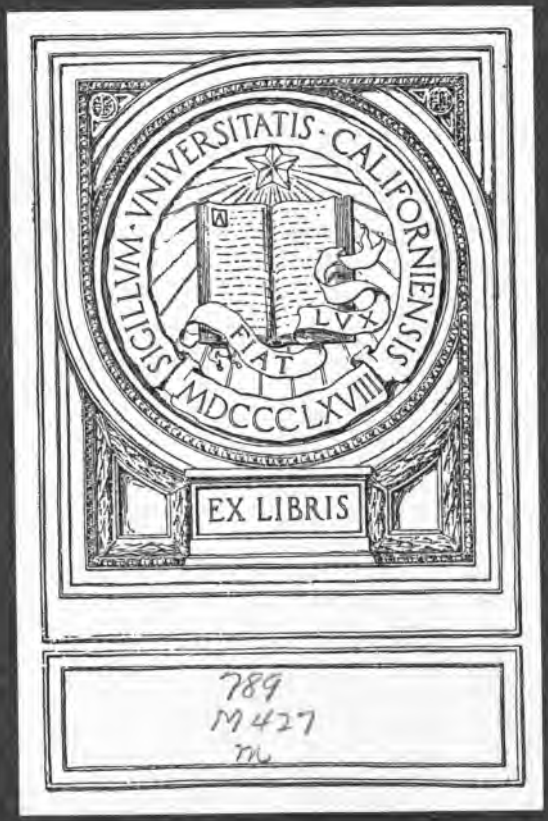
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

789
M427
ML

MARRODÁN PRIMERO.

OBRAS PUBLICADAS.

	Ptas.	Cts.
PRIMEROS ACORDES (poesías) agotada. .	2	»
LA CASA Y LA CALLE (crónicas contemporáneas).	3	»
LA ILUSTRE FIGURANTA.	4	»
UN RINCÓN DEL PARAÍSO.	2	50
UN SANTO VARÓN, (segunda edición). .	1	»
JAQUE Á LA REINA, (dos tomos)	5	»
EL SANTO PATRONO, (ccstumbres políticas).	3	50
LA GRAN NODRIZA.	3	»

MARRODÁN PRIMERO,

UNIV. OF CALIFORNIA

POR

JOSÉ M. MATHEU.

(CONTINUACIÓN DE «EL SANTO PATRONO.»)

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FELIPE MARQUÉS,
Marqués de Leganés, 12, *(antes Cueva.)*

1897.

UNIV.
CALIFORNIA

PRESERVATION
COPY ADDED

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

UNIV. OF CALIFORNIA

I.

Era en los primeros años de la Restauración, si mal no recuerdo, cuando se echaron los cimientos de la cuarta ó quinta casa aislada, con verja de hierro, un poco de jardín y amplia escalinata de piedra á imitación del extranjero, de las varias que han trasformado el antiguo paseo de los Mártires de la gran ciudad, en una como abierta y magnífica rotonda. Algo deja que desear su orientación, puesto que la fachada principal de las unas mira á Oriente y la de las otras á Poniente, aunque por su mismo aislamiento y desembarazo se ven bañadas todas ellas por el sol y aireadas lo suficiente para que no les falte la luz ni la ventilación, tan recomendadas por la higiene. Ibase, pues, levantando la casa á toda prisa, y entre los cuadrados machones de piedra y los montones de cal y los rimeros de rojizos ladrillos, solía verse

636450

por las mañanas, acompañado del maestro de obras, á un hombre de regular talla, bien plantado, de barba corrida, moreno, pero con ese matiz amarillento que pudiera llamarse moreno de Ultramar, como peculiar de la gente que ha residido largo tiempo en América. Vestía el tal á lo gran señor: sombrero blanco de copa, *chaquet* negro de última moda, pantalón claro de color gris y zapato de charol á la inglesa atado con grandes cintas, que llamaban la atención de los curiosos por ser de los primeros que se veían. Comunmente se apoyaba en una hermosa caña de bambú, con puño de marfil, que representaba una admirable cabeza de pantera; y ceñía su meñique con varias sortijas, algunas de brillantes deslumbradores que descubrían al feliz mortal que puede echar en rumbos y adornos miles de pesetas, sin menoscabo de su bolsillo.

Por este aspecto externo de su persona y por la compra de aquellos solares, juzgaron los citados curiosos que venía de América y en compañía además de un zurrón muy grande. Súpose por de pronto, que se nombraba Arruego de Arin, por lo cual no caían en la cuenta los más de aquéllos, de quién pudiera ser semejante personaje, oriundo ó hijo de la población desde luego, porque había ido á vivir con una doña Escolástica, mujer muy económica y muy devota, conocida propietaria de una de las mejores casas de la calle de San Juan Crisóstomo. Desde los primeros días

hízose socio del Casino principal de la ciudad, siendo recibido por la mayoría con cierta hostilidad, acaso por esa misma ostentación de su riqueza y ciertos humos de personaje que dejaba trasparentar algunas veces; tanto que uno de ellos, coronel retirado de infantería, dijo una tarde en voz baja á sus compañeros de mesa: «Ahí viene el portugués, tan finchado como siempre.» Y por el portugués se le conoció en estos primeros meses. Pero un averiguador de vidas ajenas, de los que nunca faltan en los casinos, se descolgó otro día con la siguiente noticia, anunciada con aquella oportunidad y desparpajo que es la sal de todas estas acometidas:

—Pero, señores, ustedes están tocando el violón..... ¡Qué portugués ni qué niño muerto! si ese caballero no es otro que Marrodán, el hijo del librero de la calle de la Alfarería.

—¿Y está usted seguro?—interrogaron á la vez tres gozosas voces de las seis ó siete personas que rodeaban la mesilla donde se había servido el café aún no haría media hora.

—Segurísimo, ¿pues no lo he de estar, si ese Arruego de Arín, como ahora se llama, fué conmigo á los Escolapios?..... Y por cierto que era de los que hacían *marro* con más frecuencia. Después se dió á gastar alegremente el dinero de su padre, que no le duró mucho, y se hizo demócrata y orador, y después se largó á Madrid, donde estuvo colocado con un destinillo de tres

al cuarto. ¿Ve usted, hombre, cómo estoy enterado?

—Mucho que sí.

—Luego cambiaron las cosas, y mi hombre que se vió sin comedero, se puso la librea monárquica y empezó á ladrar pidiendo monarquía á toda prisa. En su consecuencia, le arrojaron un corrusco de pan; y el señor Gobernador de no sé qué ínsula de Filipinas se lo llevó de secretario á su gobierno. Allí le convenía á nuestro amigo echar pelo de hombre honrado, y creo que lo lució bastante. Pero... decían antiguamente en Castilla, donde yo he vivido, que «de sastre cambiarás, pero no de ladrón;» y lo mismo digo yo de los políticos, «de collares cambiaremos, de perros será muy difícil.»

—Sabe usted más historia contemporánea que el que la inventó, amigo Anchóriz. Y además lleva usted al dedillo la de nuestros paisanos más ilustres;—afirmó uno de los que se recostaban en los divanes, propietario y administrador del marqués de Cuéllar, hombre que á pesar de su obesidad y de su apariencia frailuna, hubiera hecho hablar por segunda vez y áun salir de sus casillas á la propia burra de Balaam que se le presentara. Por eso, sin duda, el que hablaba, comerciante retirado y acérrimo enemigo de los políticos, se apresuró á contestar:

—Sí señor, algo sé de ellos; pero crea usted que los bribones suelen tener más historia que los ilustres á que usted se refiere.

—Eso no será calificar la de nuestro biografiado y paisano, ¿verdad usted?

—Eso sería ya meterse en muchas honduras. Por mi parte, á los hechos me atengo; y así he dicho, volviendo á mi cuento, que me consta que el citado Marrodán cumplió como bueno en el empleo de Aduanas que allí tuvo. Por lo cual, los liberales, obrando como suelen, le enviaron el cese en cuanto se metieron en el Ministerio. Y con el cese en el bolsillo y algunos pesos ahorrados, se embarcó para Colombia ó no sé qué punto, donde se metió en una contrarrevolución, y en un fregado de esos que son el pan nuestro de cada dia de aquellas felicísimas repúblicas.

—¿Y eso consta también en autos, amigo Anchóriz?

—Yo le diré á usted: evidentemente el hombre se metió en el fregado, y creen algunos que se vino de allá con una millonada, aunque para sacar una millonada de esos fregados, debe meterse uno en mucha agua turbia.

—¿Una millonada?—preguntó el administrador incorporándose de pronto y levantando su cabezota entrecana y rapada, que parecía salir de una caja de sorpresa.—A ver, señores, ¿hay por ahí cerca algún tío Paco que venga con la rebaja?... Porque de millonadas y bondad, la mitad de la mitad, como dicen en mi tierra.

—Bueno, hombre, bueno; si le consta á usted positivamente que no existe ni siquiera media

millonada, no vamos á reñir por eso. Pero en buena lógica, parece natural que un hombre que va á emplear treinta ó treinta cinco mil duros en una casa, debiera quedarse con otros tantos por lo menos para vivir conforme á su clase de propietario, político y alto empleado.

—Pues no señor, porque usted no conoce á Marrodán, digo, al señor Arruego de Arín, si le pide que obre con la lógica y el buen sentido que obraría el señor Auchóriz, por ejemplo.

—Hombre, muchas gracias por el piropo, pero yo creo que.....

—A mí me aseguraron—le interrumpió otro de la mesilla—que en efecto no era para tanto.

Desde este punto se generalizó la discursión y se oyeron algunas exageraciones acerca de la fortuna de Marrodán, hasta que otro guasón volvió á repetir la consabida frase que hacía sonreir á la mayoría:

—¿Pero... eso les consta á ustedes?

—No, eso no. Conste que á mí no me consta.

Y seguían variando la frase y los comentarios y riéndose del finchado portugués, mientras otro burloncillo salía por otro lado tocando una nueva tecla:

—Señores, ó yo no lo entiendo, ó eso de Arruego de Arín está pidiendo á gritos un condado ó marquesado, ó cosa por el estilo. ¿Habrá dinero bastante para comprarlo? Y conste que á mí no me ha de costar nada.

Había, pues, en el fondo de estas discursiones de los primeros días cierto espíritu de hostilidad y de zumba contra el antiguo demócrata, amigo como siempre de la ostentación. El propio llegó á advertirlo, y varió de rumbo, comprendiendo que no se hallaba en América, sino entre los suyos, gente algún tanto desengañada, de buen sentido, muy metida en sí y poco dispuesta á entusiasmarse por los méritos y grandezas del prójimo. Dejó por lo tanto de echárselas de personaje, regaló algunos buenos cigarros á los amigos, y entró á sentarse á última hora á la mesa del tapete verde, entre el señor coronel retirado y el conde de Castrosaldes, que eran dos *puntos* fijos capaces de pasar con las cartas en la mano una noche entera de seis meses, de aquellas que se disfrutan en las tierras árticas. Así se hallaba en su elemento propio, y volvía á sus antiguas y nunca perdidas aficiones y reaparecía con su verdadero carácter, ganándose las simpatías de los socios; porque está el mundo organizado de tal modo, que los vicios y las pasiones menudas encuentran amigos en todas partes. Aquel que se atenga estrictamente al cumplimiento de sus deberes, tendrá que ser muy fuerte para abrirse camino. Al acabar el segundo mes saludábanle la mayoría de ellos, y únicamente pasaba inadvertido para los indiferentes, ó para ciertos caracteres que no le perdonaban el haber sido servidor apasionado de la República y servidor retribuído

e la Monarquía. Otros le despreciaban en silencio, suponiéndole mucho peor de lo que era, puesto que es dificilísimo que amigos y enemigos se formen una idea exacta de la fisonomía moral de un individuo en medio de este anarquismo intelectual en que vivimos.

Trabadas, pues, nuevas amistades y reconocidas algunas de las antiguas, entró nuestro Marrodán y Arruego de Arín en una segunda fase que tuvo su lado mortificante: me refiero á ese derecho de petición que en lo antiguo se hallaba reducido á los parientes pobres ó á los amigos íntimos, que en dolorosas y críticas circunstancias, se atrevían á llamar á nuestra puerta invocando un afecto verdadero, nunca entibiado ni desmentido en treinta ó cuarenta años de buena amistad. Cierta mañana se vió sorprendido, al tiempo de levantarse, por un hombre medianamente vestido, que se lanzó á sus brazos y le retuvo la diestra entre sus manos con la vehemencia algo vergonzosa de un hermano pródigo que vuelve á la casa paterna.

—Yo soy Pascual, querido Marrodán, Pascual, ¿ya no te acuerdas?...

—Pues... francamente no recuerdo... así al pronto...

—Pascual Iñigo, el amigo de Juanín, los que nos reuníamos en el *Círculo Artístico Popular*... ¿Pero no te acuerdas, hombre, cuando aquello de la República que nos citamos en el salón del *Li-*

ceo, y tú echabas discursos? y todos íbamos de buena fe porque... en fin, jovenzanos todos y la sangre caliente... ya tú sabes. Bueno, pues,.. me dijeron que te habías hecho monárquico, lo cual no quita para que yo te mire como una persona á quien aprecio y quiero de verdad, dicho sea...

—Muchas gracias. De modo que usted, digo, que tú sabías ya que...—repuso Marrodán algo impaciente ante la dificultad conque se expresaba el compañero Pascual, que debía ser hombre de grandísima cachaza.

—Pues á eso voy: sabía que te habían dado un cacho de turrón, muy merecido; eso por delante. Sabía que habías estado en Filipinas un año, ó dos, ó tres, ó lo que sea, y que venías bien de salud y de lo demás. En cambio aquí me tienes á mí, que por demasiado amor á la *idea*, tuve unas palabras con el maestro, el señor Comellas, el tipógrafo aquel de allá, ya tú lo conoces... que reñí con él y me puso á mal querer con los demás. Total: que nadie me daba trabajo.

—Se busca en otra parte. Se echa un nudo á la lengua y á vivir, porque no todos opinamos lo mismo.

—Pues ya te digo, de mal en peor, de mal en peor, hasta que tuvimos que vender los colchones de lana, que eran de los buenos. En fin, chico, para rematar de una vez... voy á poner un taller por mi cuenta que me traspasa el sordo, Ezequiel, aquel que vive allá por... cerca de...

—Sí, sí, adelante.

—Y me faltan veinticinco duros cochinos, ya ves... Si tú quisieras.....

—¿Nada más?—preguntó Marrodán con tanta naturalidad, que el propio pedigüeño, tartamudeando un poco á causa de su emoción, añadió:

—Hombre, yo te diré... te diré; los treinta cabales me harían un gran servicio, me ponían en mi casa, como suele decirse.

—Pues amigo Pascual, hay que bajar un poco la puntería, porque treinta me pidió el jueves pasado otro compañero. De modo que si empiezo á repartir treinta por aquí y treinta por allá y otros tantos por acullá, mal negocio voy á hacer yo en esto de las casas.

—Verdad, verdad. En fin, chico, no trato de perjudicar á nadie y menos á un amigo de mérito como tú. Con veinte me puedo remediar por ahora... yo buscaré por otro lado...

—Sí, hombre, sí, busca por otro lado, porque ni los veinte podría adelantarte en la presente ocasión.

—¡Marrodán, por la buena memoria de nuestra amistad! me vas á negar una cosa tan *desinificante* como esa, á un hombre que se ha sacrificao por la idea como tú sabes bien; á un hombre que... en fin, yo espero de tu bondad y buenos sentimientos, porque me consta que los tienes. Un republicano, digo, es lo mismo; respeto

tus ideas y cuenta siempre con un hombre que sabe agradecer; con un hombre...

—Ya sé, ya—le interrumpió Marrodán, echando mano á la cartera por quitarse de delante aquel haragán de la familia de estos posmas intencionados que se agarran como lapas.—Pero te advierto, amigo Pascual, que yo doy una sola vez y que cumpliendo el precepto del Evangelio, mi mano izquierda no se entera de lo que hace la derecha, lo cual quiere decir que exijo del amigo una absoluta reserva: de este favor no se ha de percibir ni aun el aire; ¿estamos en eso?

Juróle el favorecido guardar el secreto así viviera cien años, y con esto quedó nuestro Marrodán algo más tranquilo, puesto que él no temía un caso ni dos, sino la epidemia que suele desarrollarse en cuanto se sabe que hay quien abre el grifo de su fuente y ejerce obras de misericordia. Pero estos pedigüeños de oficio suelen poner como cebo y justificación de su demanda el nombre de la última víctima, y así es que á los ocho días justos recibió una nueva visita á la cual, como era de suponer, le puso una tarifa mucho más baja.

Entre los amigos antiguos y reconocidos, el más simpático de todos para Marrodán fué don Sebastián Reinoso, que le sirvió gratuitamente de *cicerone* en los primeros días de su llegada. El tal Reinoso, corredor y empleado en la *Económica* y representante de una empresa y admi-

nistrador y no se sabe cuántas cosas más, conocía á la mayor parte de sus paisanos y saludaba desde luego á todo bicho viviente. Su actividad y la bondad de su carácter eran proverbiales en Argandoza, donde cualquiera se creía con derecho para pararle en la calle y decirle: «Oiga usted, Reinoso, ¿sabe á cómo se paga el trigo de *Cañices* puesto en la Estación?» Cierta mañana que estaba Marrodán contemplando una pared adentellada de la nueva casa que se levantaba en el paseo de los Mártires, llegó con su ligero paso de cazador el activo Reinoso, y saltando por encima de unos ladrillos se colocó á su lado y le dijo casi al oído:

—Ya tenemos novia, señor don Fernando, pero de campanillas ¿eh? de muchas campanillas.

Volvióse Marrodán al punto y viendo el rostro risueño y placentero del corredor, se vino hacia la entrada, dejando al maestro de obras entretenido con sus mediciones, para contestarle al propio tiempo que le señalaba la obra:

—Pero ¿no ve usted, amigo Reinoso?... ¿todavía no tenemos la jaula y ya vamos á pensar en el pájaro?

—¡La jaula! Pues si eso es lo de menos. Créame usted á mí, señor don Fernando, lo principal es el pájaro. ¡Y qué pájaro me eché á la cara en cuanto que salí de casa! Vamos, que si usted que es sujeto de gusto lo ve salir de Santa Clara con aquella carita, y aquella mantilla, y aquellos an-

dares, como dicen por ahí, se va usted detrás lo mismo que un cordero. Sí, señor, á fe de Reinoso que sí.

—Bien se conoce que le entró á usted por el ojo derecho.

—Por los dos, por los dos, señor don Fernando, porque á mí no se me engatusa con cuatro trapos bonitos como á cualquier padre guardián de chicha y nabo. Yo también fuí portero en la flor de mis años, y entiendo, entiendo una miaja el género. ¡Ay, qué tiempos aquellos, que con media vuelta que diese uno por la Lonja ó por el Almudí ó por la posada de San Roque se volvía á casa con un par de duros en el bolsillo! Y si venía á mano con media onza de oro legítima, y no de pega, como los papelitos de ahora. Volviendo, pues, á mi cuento, le diré á usted que conozco la familia de ese pájaro ó pájara, si se quiere, y creo que podría recomendarse como cosa superior, no á usted, que es sencillo y tratable de por sí, sino al mismo Arzobispo de Toledo que quisiera tomar estado. Y esto no es ofenderle á usted, entendámonos, esto es sencillamente una comparación, que así puede tomarse del estado eclesiástico como del militar ó civil, aunque la diferencia salte á la vista de cualquiera.

—¿Y tiene *alambre* su recomendada de usted?— preguntó Marrodán, sin dejar de reirse de las comparaciones y circunloquios del corredor.

—¡Ah! positivamente, señor don Fernando.

Este cura no iba á recomendarle á usted una pordiosera, ni una señorita de las de «quiero y no puedo,» muy llena de perifollos, pero exhausta de lo otro, completamente exhausta, que las hay, sí señor, que las hay á millares.

—¿De modo que es familia conocida.....?

—Conocidísima, sí señor. Quedamos, pues, en que mañana iré á buscarle á su casa, entre tres y cuatro de la tarde; ¿le conviene á usted esa hora? Y después nos avistaremos con don Juan Mendívil, que es la persona que los trata y puede... ¿usted me comprende? un sujeto bellísimo, muy tratable como usted verá, monárquico caracterizado, propietario, en fin, un caballero completo.

—Pero amigo Reinoso, habremos de ir algo más despacio en este asunto, porque no es esto como encargar en una tienda de ropa blanca media docena de camisas; digo yo.

—Convenido, convenido. Lo dejaremos para la semana que viene. ¿Qué día le parece á usted más oportuno para avistarnos con el señor Mendívil?...

—¿Sabe usted que trata estos negocios más á la americana que yo, con venir directamente de allá y estar todavía como empapado de su espíritu? No señor, en esta parte prefiero la manera española. Póngame usted en antecedentes de la familia, sepamos quién es ella, conozca yo á esa señorita, veamos si me gusta, si le gusto yo á ella, si simpatizamos, si nos entendemos y... después hablaremos. ¿No le parece á usted? De otro modo sería

empezar el desuello por el rabo, y aquí conviene, como en los toros, irse derechito á la cabeza.

—No digo lo contrario, señor don Fernando, porque la vida está llena de equivocaciones, y bien puede ser que yo mida este negocio por lo estrecho cuando debe de ser por lo ancho, ¿no es eso? pues siendo así lo dejo á su discreción y buen criterio, que siempre valdrá más que el mío. Y ahora con su permiso corro á mi obligación antes que la hora se me eche encima. Conque abur y mandar, señor don Fernando.

Despidióle Marrodán muy risueño y agradecido al propio tiempo por la actividad y la buena fe de aquel hombre que le buscaba un buen acomodo, como él decía, que no le pedía dinero y manifestaba estimar muy de veras los cigarros que le regalaba como si fueran de oro puro. Alrededor de las doce se despidió igualmente del maestro de obras, y se encaminó á la calle de la Cruz donde moraba modestamente su tía doña Escolástica Arruego, dedicada, como siempre, al ahorro y á sus diarias devociones. Por no perder esta santa costumbre se había llevado la llave de la despensa, y Marrodán no pudo adelantar la hora de la comida como deseaba. Próxima ya la una se presentó doña Escolástica, y detrás de ésta el cartero, que dejó una carta de Madrid para Marrodán, Conoció al punto la letra y la abrió en seguida, avivado por ciertos recuerdos que se despertaron á su vista; pues por más que tratara de ahogarla,

existía en el fondo de su conciencia una antigua y empeñada lucha. Por coincidencia debía esta carta representar, como la Alicia del *Roberto el Diablo*, la voz del deber, que le llamaba dulce y cariñosamente por medio de inolvidables reminiscencias, *Dover primo in noi tutti é l'onor*. Y aunque parezca inverosímil, el papel de Beltrán le había tocado desempeñarlo al activo Reinoso, que en realidad no estaba en carácter; pero en la vida se ven estos contrasentidos, de que el espíritu del mal se valga para vencer de un amigo honradísimo, de un hombre de bien, aunque tocado por el momento de alguna humana pasión. La carta era de don Anselmo Caviedes, y venía á decirle después de largos y floridos rodeos:

«Supongo que á esta fecha habrá usted ya vis-
»to á aquella personita tan excelente y tan mere-
»cedora de la suerte que el cielo le destina. Pues
»así como hay muchos que son ricos y dichosos
»y hasta bien considerados sin merecerlo, se en-
»cuentran otros que después de ganarlo y mere-
»cerlo, llega el mundo con sus manos lavadas y
»se lo quita ó se lo niega con notoria injusticia.
»La mayoría de los débiles, de los que nacemos
»sin uñas y sin instintos de carnívoro, nos halla-
»mos en este caso. Pero, no obstante, yo confío
»en la bondad y en la rectitud nativa de sus sen-
»timientos y no me atrevería ni áun á hablarle de
»este asunto, si no conociera la sangre generosa
»que corre por sus venas y la buena cepa de

»donde usted procede. En cuanto al de esa per-
»sonita, sería trabajo perdido el tratar de rehacer
»su imagen y pintársela con todos sus colores
»propios para que usted se prendara nuevamente
»de ella. Bien conocida la tiene. Pero ahora que
»no nos oye, debo confesarle que he tratado en
»este mundo con pocas mujeres que le aventajen
»en ese envidiable equilibrio de una naturaleza
»esencialmente femenina, con un buen sentido que
»no peque de seco ni de estrecho, y una imagina-
»ción cultivada que no se exalte y se vaya á lo me-
»jor por los cerros de Úbeda, en medio de caprichos
»incomprensibles ó de los nervios alborotados. En
»otros tiempos, en aquel hermoso y fecundo rena-
»cimiento de nuestra patria en el siglo XVI, hu-
»biera podido recibir las lecciones de una Francisca
»Nebrija en Alcalá ó de una Medrano en Sala-
»manca, y sentir el influjo y el ejemplo viviente,
»que vale más que todo, de tantos elevados pen-
»samientos; y ser por lo tanto, algo más que una
»maestra vulgar y adocenada, como tendrá que
»ser hoy forzosamente, respirando este ambiente
»intelectual tan viciado y escaso de oxígeno, es
»decir, de sólida y verdadera cultura. Sólo el in-
»terés, amigo don Fernando, que tengo por uste-
»des, me impulsa á escribir estos mal pergeñados
»renglones. ¿Me perdonará, pues, el que meta
»mi cucharada sin haber obtenido todavía su per-
»miso? Los viejos somos así; cuando ya no pode-
»mos con nuestros calzones, únicamente por ha-

»cer algo y dar un poco que hablar, nos echa-
»mos á consejeros *sine aula*: pero conste una vez
»más, aunque debe usted conocerme á fondo,
»que yo no soy de aquellos diablos que hartos de
»carne se metieron á predicadores. No puedo ol-
»vidar que hemos vivido juntos, bajo el mismo
»techado, que he visto florecer sus afectos en ese
»humilde rincón, y que fuí, aunque indigno,
»maestro de ella, y un maestro viene á ser como
»un antiguo y leal amigo que disimula nuestros
»defectos para encarecer y apreciar tan sólo las
»buenas cualidades. Está, pues, en mi carácter,
»el no olvidar mientras aliente, ni los buenos
»amigos, ni los rincones donde uno ha vivido.
»Sabe usted bien lo mucho que le estima el que
»lo es suyo

»Anselmo Caviedes.»

Quedóse Marrodán un tanto pensativo después de leer esta carta y aún dió tiempo para que doña Escolástica sacara los postres, restos del día anterior y se acomodara en su silla dispuesta á envidiar, como siempre, el excelente apetito de su sobrino. Contra su costumbre, éste habló poco durante la comida, por cuya razón la buena señora se creyó en el caso de repetir amistosamente aquello de:

—Lleváis ahora muchas cosas en la cabeza los jóvenes. No llegaréis á viejos, no; de seguro. Y sobre todo la política... ¿cuándo dejarás tú de

andar á revueltas con esas tracamundanas que no te han de dar nada?

—Tiene usted razón, tía; poco provecho se saca de todo esto, pero en fin, algo se ha de hacer por la patria.

—La patria, la patria...—repuso ella con un tono de desprecio tan marcadamente irónico, que hizo sonreir á nuestro antiguo demócrata.—Cualquiera creería que todos esos caballeros que mangonean en eso se acuerdan alguna vez de su patria para maldita la cosa.

—No todos serán iguales, querida tía.

—Dices bien; no todos empiezan por enseñar la oreja, pero acaban por lo mismo: por la explotación del bolsillo del contribuyente. Quisiera yo que algún santo padre de los modernos me explicara este milagro que nos tiene con la boca abierta á la mayoría de los propietarios y contribuyentes de España. ¿En qué se podrá consumir todo ese dineral y esos millones de pesetas que recauda el Gobierno al cabo del año? Tú que estuviste en Madrid verías por allá palacios, y casas, y jardines regios, y personajes de muchísimo ringorrango, y verías también alguna calle empedrada de oro, porque debe haber alguna calle así.

—Mire usted, sería muy difícil explicarle á una persona que vive con lo estrictamente preciso y con una economía que asombraría al más económico de los judíos, la facilidad con que se gasta

el dinero en Madrid y la manera con que suele marcharse por donde vino. Para correr así se hizo redondo. Pero dejemos estas bagatelas y vayamos á lo principal. Tengo en estudio diversos proyectos.

—¡Ay, señor! qué proyectos serán esos.

—Uno de estos, querida tía, es el tomar estado. Porque, sorpréndase usted, ya tengo novia buscada.

Oyendo esto, limpióse doña Escolástica los labios, miró á su sobrino de un cierto modo, y después de lanzar un suspiro, le dijo con una gran fuerza de persuasión y en dos tonos distintos:

—Míralo bien, míralo bien...

—Pues desde que vine lo estoy mirando, y va para tres meses. No dirá usted que procedo de ligero como cualquier calaverilla.

—Míralo bien, repito; porque hay tanta engañifa hoy día en eso de las mujeres, y se ve cada matrimonio por esos andurriales, y existe tan poco temor de Dios en la gente, que... vamos... toda precaución es poca.

—Conozco un poco el paño, quiero decir, las mujeres, el mundo y los andurriales.

—No basta; te digo que no basta. En primer lugar has de considerar la familia con que te metes, y en segundo la persona elegida, que ha de ser buenísima en toda la extensión de la palabra; porque áun siendo muy buena quizá te arrepientas algún día, dado tu carácter; con

que figúrate si la eligieras de la cáscara amarga.

—¿No la querrá usted *liberala*, verdad, tía?

—No lo eches á broma, Fernando; católica á macha martillo, como lo fué tu madre y toda nuestra familia. No me traigas á casa una bruja, ni una marisabidilla sin vergüenza, ni una de esas despreocupadotas del día, aunque lleven todas ellas más oro que pesan; ni, en fin, gentuza. Porque para mí las que carecen de religión no pueden ser personas bien educadas, y son gentuza.

—Me está usted predicando como si tuviera todavía la leche en los labios ó acabara de salir de las Escuelas Pías;—repuso Marrodán con cierta lentitud, encendiendo un cigarro puro y arrojando la cerilla al suelo;—y si mal no recuerdo dentro de pocos meses cumpliré cuarenta años. Creo que á los cuarenta años será cosa de tener algo de juicio, y de reflexión, y de...

—¿Es que te parecen mal mis consejos?

—No, señora; pero es que todo eso que usted me cuenta ha pasado ya por contaduría.

—Te equivocas de medio á medio—afirmó doña Escolástica con viveza—te equivocas, porque estoy segurísima de que ni de cien leguas te ha ocurrido á ti pensar en que tu mujer pueda ser una buena cristiana, igual que una perra judía. Te conozco demasiado, querido sobrino; y como ahora te da por lo grande, lo primero que habrás buscado será una millonaria ó una señora condesa ó poco menos.

—Y creo que no daría muestra de ser tonto si topara con una individua de esas.

—¿Lo ves? Todo eso sería pasadero si no tuvieras desde luego algún compromiso anterior. Pues... ó yo estoy muy trascordada, ó á mis oídos llegaron hace tiempo ciertos rumores de cierta quisicosa que te ocurrió en Madrid. Tú sabrás si ello es ó no es cierto, porque á mí hasta la fecha nada me has dicho, lo cual que no dejó de extrañarme.

—Estas son ocurrencias, querida tía, que no entran en esas *pláticas de familia* de que habla don Juan.....

—No sé qué don Juan es ese, ni me interesa saberlo; pero me parece que como hermana de tu madre soy parte interesada de tu familia, y como señora de edad, con mis sesenta y cinco cumplidos, bien puedo darte algún buen consejo por conocer el mundo algo más que tú.

—Ha visto usted poco mundo, y permítame usted que se lo diga.....

—No está sólo en ver, sino en discurrir y en no dejarse llevar de las apariencias, como te pasa á ti en este momento.

—Oiga usted, oiga usted, señora, y vamos por partes. Juzgo yo que no será un desatino el creer que un hombre que ha estudiado bastante y tratado la mar de gente y corrido mundo y que ha sabido ganarse el pan de cada día, tenga más conocimiento y mayor capacidad y *mundología* que

cualquier señora que nunca salió de su rincón, aunque llegue á alcanzar más años que el propio Matusalem.

—Eso es, añade la soberbia á la inexperiencia, eso es. Nada, que estos jóvenes del día que aún no peinan canas, se imaginan ser todos unos sabihon- y unos Sénecas sólo por haber visto el mundo por un agujero, ahí en la plaza del Trinquete. Pues yo recuerdo, porque á Dios gracias conservo muy buena memoria, que el padre Montalvo en las conferencias de esta última Cuaresma, repetía estas palabras: «No consiste la sabiduría en saber muchas y diversas cosas, sino en conocer en los negocios humanos la causa de Dios, que es la causa del bien, de la verdad y de la justicia.»

—¡Allelluia, allelluia! diría yo ahora si fuera presbítero. Pero concluyamos, querida tía, porque me esperan unos amigos en el Casino. Usted es muy buena y se contenta con poco, casi con nada. Por mi parte, áun comprendiendo que el ascetismo es una cosa muy santa y muy buena, hoy por hoy, apenas me interesa. En el mundo en que vivo todos los que me quieren bien suelen despedirme con esta frase. «Salud y pesetas, que es lo positivo.»

—¡Infeliz, te contentas con la añadidura que cualquiera consigue!

—Esa sí que no cuela; porque yo soy ese cualquiera, y me he visto en ciertas ocasiones muy aburrido, sin una triste peseta en el bolsillo. Y,

créalo usted, querida tía, se pasan malísimos ratos cuando falta esa añadidura.

—Nada, nada, piensa en lo que te he dicho, que es lo que te conviene.

Con el cigarro en la boca levantóse Marrodán de la mesa muy risueño, y repitió despidiéndose y abrazando á doña Escolástica, que aún seguía sentada:

—Se pensará, se pensará despacio.

II.

Al otro día levantábase Marrodán algún tanto preocupado, pensando en la determinación adoptada la víspera; de modo que en aquel buen humor y valentía desplegados en presencia de doña Escolástica había su parte, y no pequeña, de apariencia; otra le quedaba en el cuerpo, como suele decirse.

Era por cierto bien rara y singular aquella combinación de la carta del amigo recibida el mismo día en que su señora tía se atrevía á recordarle antiguos compromisos. Ni que se hubieran puesto de acuerdo para conspirar juntos contra el secreto deseo que le animaba estos días. Mortificábale también la perspicacia y el desenfado de aquella que parecía haber leído en su rostro la pasión de lo grande y las nuevas aspiraciones que bullían en su cerebro. Si en otro tiempo, por falta de dinero, no alcanzó á ser algo, ahora que contaba, á su parecer, con un capitalito redondo y bien saneado podria aspirar á personaje y obtener distinciones, influencia ó popularidad,

puesto que el dinero en una sociedad metalizada debe ser la llave de la mayoría de las puertas por donde entra uno á ser popular, influyente, ilustre y respetado.

El no haber llegado años atrás á figurar como un gran tribuno ó personaje de talla, lo atribuía Marrodán á su mala suerte y á la escasez de medios de fortuna, y no á su falta de constancia, de tesón y de probidad política, que fueron precisamente sus mayores pecados, la verdadera y única causa de su anulación. Un hombre de valer no forja las circunstancias, pero se aprovecha de ellas; ya bajo las inspiraciones del genio, ya con la destreza y la habilidad del talento, ayudado de una labor constante y fecunda que nunca abandona su camino. ¡Cuántas veces lo abandonó Marrodán para seguir otro más ancho ó más florido, entre amores fáciles ó peligrosos que habían de robarle necesariamente el tiempo indispensable para su instrución, y la lucha diaria y el estudio y conocimiento de los hombres! Sus relaciones con Pepita Novales, la mujer de su protector, ¿no merecen calificarse de una insigne torpeza? ¿No fué acaso otra torpeza y una acción indigna al propio tiempo su comportamiento con Patrocinio Casañal? Pero como los hechos humanos pueden aparecer con dos caras, igual que las medallas, quedábale siempre á Marrodán el recurso de presentar á los amigos el anverso, excusándose con las circunstancias y su mala suerte, y la falta de medios de fortuna para

no dejar verles la fealdad completa del reverso. Este afán que les entra á ciertos hombres á los cuarenta años de imponer sus opiniones, de constituirse en autoridad, de tener influencia y resonancia, le había inspirado por boca del activo Reinoso la idea de un matrimonio de conveniencia. Elegir una familia de viso, aristocrática ó poco menos, conquistarse las simpatías de una distinguida señorita, luego un casamiento ruidoso, una alegría general, la estimación de sus nuevos parientes, la influencia de unos y otros puesta en juego con cierta habilidad, un distrito conquistado, un nombre adquirido en el Congreso... ¿No podía ser esto un sueño realizado lentamente al cabo de tres, cuatro ó cinco años? Era, aunque difícil, un empeño humano, lógico y hacedero, que no exigía las fuerzas de un gigante, sino el talento, la discreción y la energía de un hombre de valer tal y conforme Marrodán se consideraba. En cuanto á las primeras dificultades... es cierto, algo le daban que pensar aquella carta del inolvidable Caviedes y los buenos consejos de doña Escolástica, recordándole el compromiso adquirido... pero al fin y al cabo no eran una montaña que le aplastara. Si había verdadera necesidad de hacer caso omiso... sabria saltar por encima.

Después de estas reflexiones y decidido á ir á Roma, sin detenerse ante aquel Rubicón pequeñito que se atravesaba en su camino, una mañana se avistó con Reinoso y quedaron conformes

en la hora y forma de visitar al caballero Mendívil. Marrodán se puso el sombrero de copa, levita negra, una corbata nueva de seda con su correspondiente alfiler de oro esmaltado y guantes de cabritilla como lo requería el caso y su personalidad de pretendiente americano. Al anunciar la visita nuestro corredor le dijo á la sirvienta:—Diga usted que somos el señor Arruego de Arín y su amigo Reinoso.

A los pocos minutos el propio Mendívil salió á recibirlos y les hizo pasar á su despacho con una franqueza encantadora que Marrodán estimó desde luego por excelente agüero. La excesiva y rigurosa etiqueta le cargaba, á pesar de sus aspiraciones aristocráticas. Por su parte Reinoso, que tampoco solía gastar muchos preámbulos cuando iba á su negocio, expuso el objeto de la visita que era, en primer lugar, tener el gusto de conocer á don Juan Mendívil y después, si se presentaba ocasión oportuna, á los señores de Villacastín, de quienes su amigo Marrodán, persona de arraigo y de formalidad, tenía excelentes noticias. Este corroboró las palabras de Reinoso:

—Circunstancias particulares me han obligado á vivir fuera de España por algún tiempo, y ahora, cuando uno vuelve á su país se encuentra, según el dicho popular, como gallina en corral ajeno, en medio de amigos y compañeros que casi me desconocen. No extrañe usted por lo tanto, señor Mendívil, que aquí parezca yo un

intruso más bien que un antiguo conocido de su familia á quien hace ya muchos años que...

—Justamente, cuando Reinoso me habló del señor Arruego de Arín no caía, esa es la verdad, no caía, pero después que hablamos de usted y de su señor padre, que era una bellísima persona, ya no dudé. Hemos estudiado juntos algunos meses de latinidad en los Escolapios ¿no recuerda usted? en la clase del padre Benito, que era un latino de primera.

—Recuerdo, recuerdo, sí señor.

—Por cierto que cuando nos formaba en corro y se armaba de la clásica palmeta de cuero, ya estábamos temblando. Era una águila el tal padre Benito para esto de preguntar y revolverse y caer de repente sobre el más descuidado, con una agilidad y una furia de palmetear... Nada, que á veces, antes de contestar ya tenía usted el palmetazo en la mano.

—Veo que tiene usted excelente memoria, señor Mendívil.

—No quisiera equivocarme, pero se me figura que era usted de los más traviesillos de la clase.

—Y de los más faltones también.

—¿Y no se acuerda usted de Aranda? la cabeza más gorda de la clase, con dos ojos muy pequeños y corrutaquillos, que parecían, según la comparación de un amigo mío, dos puñaladas en una estera. ¿Y de Alonso el gigantón y de Casañal y de Larrea y de Juan Manuel Lucientes, no

¿se acuerda usted tampoco? del gran Juan Manuel, hombre, uno de los primeros de la clase.

—Sí señor, tengo una cierta idea, pero confusa. Casañal fué posteriormente amigo mío y compañero de armas y fatigas políticas.

—Malas pulgas tenía ese Casañal cuando era estudiante; no sé después. Si algún día volviera usted por Madrid le habla de dar una carta para el amigo Lucientes que es todo un caballero y una persona de mérito. Lástima de muchacho. Cuando concluía su carrera de ingeniero militar en Guadalajara tuvo un disgusto serio con un profesor y la abandonó por completo.

A este punto Reinoso que veía la conversación á cien leguas del objeto principal y de interés para Marrodán, se levantó de la silla y les dijo con su acostumbrada suavidad:

—Con permiso de ustedes, señores, en este entierro se me acabó la vela, y si ustedes no mandan otra cosa me iré á mi obligación.

—Espere usted un momento; yo le acompaño —añadió Marrodán, juzgando que para primera visita no hacía falta más tiempo.

—Respecto á lo indicado por el amigo Reinoso de mis relaciones con los señores de Villacastín, me ocurre ahora una idea—expresó á su vez nuestro caballero, que dada su buena memoria, ya era de esperar que no olvidase el asunto.—Estos señores están abonados á un palco principal del teatro que se abrió hace unos días y yo suelo en-

trar á butaca muchas noches. El señor Marrodán puede venir cualquiera de éstas cuando bien le plazca, y en el segundo entreacto subimos juntos al palco, le presento, se conocen ustedes y no hay más que hablar. ¿Conque quedamos en ello?

—Estoy siempre á sus órdenes, ya lo sabe usted—contestó Marrodán con cierta inclinación de cabeza, aprendida años atrás en las antesalas del Ministerio de Ultramar cuando acompañaba á su protector La Riva.

Al salir de la casa y despedirse de Marrodán le dijo su acompañante en voz baja:

—Ahora no falte usted ni deje pasar muchos días, porque este señor es muy exacto y muy cumplido y se ofendería terriblemente; lo conozco muy bien.

En su consecuencia, á la cuarta ó quinta noche, Marrodán le esperó en la puerta del teatro, se adelantó á tomar las butacas y entraron juntos. Luego después, en el segundo entreacto, salieron al palco y nuestro pretendiente pudo conocer á la distinguida familia de Villacastín y á sus dos lindas hijas, una de catorce abriles y otra de veintitrés, rubia pálida, ésta, muy tiesecilla y peripuesta que producía el efecto de una blanquísima gata de Angola, con los ojillos entornados, relamiéndose dulce y señorilmente. Sus muchas y diversas relaciones, algunas de la aristocracia, y la importancia que se daban, lo conoció Marrodán en el excesivo cumplido que con él gastaron des-

de los primeros saludos hasta la hora de la despedida, á pesar de haber procurado amenizar la conversación con familiares y oportunas ocurrencias. Salió, pues, del palco algún tanto mohino, aunque supo disimularlo, porque bien podía decirse figuradamente que no había conseguido hincarles el diente. Tan tiesos y ceremoniosos se le presentaron. Después al retirarse, acompañando hasta su casa al caballero Mendívil, explicóle éste el carácter de los señores de Villacastín que se estimaban como aristócratas y rehuían el adquirir nuevas relaciones de gente que no fuese calificada y distinguida. Pero él le aconsejaba la persistencia, porque el trato engendra el cariño, y en el fondo eran personas buenísimas, sensibles al afecto y dispuestas á recibir con agrado el incienso y las alabanzas de los amigos. Con estas reflexiones se reanimó el espíritu de Marrodán, que se decidió á persistir y á ser uno de sus más constantes y sinceros admiradores.

Invitado á la cuarta ó quinta noche, quizá por cortesía, no vaciló ni un instante en aprovechar la invitación y subir una tarde á casa de las de Villacastín. Nuestro antiguo demócrata se mostró entusiasta de todos los cachivaches, colgaduras, adornos y cuadros de asuntos religiosos, que adornaban la magnífica sala de dos balcones. Podía alardear un poco de inteligente, siquiera por lo mucho bueno, lo mismo en arte que en indumentaria, que había visto en Madrid, en las casas de

Dieguez Quintero, de la Novales, de La Riva, en los ministerios y despachos de fuste, en la Intendencia de Manila y en otros diversos puntos de América donde hubo de residir algún tiempo. Pero por uno ú otro había de reventar su vanidad y los señores de Villacastín encontraron de mal gusto el que les hablase con tanta exageración de las riquezas y originalidad con que pensaba adornar su nueva vivienda del paseo de los Mártires; aquella casita de dos pisos, con su elegante escalinata y su alta verja de hierro y su jardinillo extendido como una hermosa alfombra de perenne verdura á ambos costados, vendría á ser un palacio reducido, una de las joyas arquitectónicas de que Argandoza podría envanecerse. Sería en efecto de lo mejor, pero aún no se habían levantado las paredes.

De nuestro personaje les chocaba también las comparaciones y las frases populares excesivamente pedestres con que acostumbraba á matizar su conversación, con la idea, sin duda, de caer en gracia. El señor Villacastín, algo más intransigente y purista que su familia, era el que mayores reparos ponía, repitiendo no sin cierta malignidad, la última frasecilla que soltaba: «Este buen Marrodán, este buen Marrodán, parece que viene de algún lavadero, ¿no habéis observado?» Por su parte la señora y sus hijas le perdonaban benévolamente estos defectillos que casi llegaban á borrarse ante las simpatías de la persona, de

una persona que admitía de buen grado el pulimento; por lo menos esto era de esperar según el carácter franco y expansivo que revelaba. Siempre había obtenido Marrodán el favor y la benevolencia de las damas, como recordará el lector, y en la presente ocasión tampoco podía faltarle. Por esto, en el seno de su intimidad, la familia no le negó su aprobación hasta cierto punto, pero lo pasó á la escala de reserva. Hay que advertir que á la hija mayor, como muchacha rica y distinguida, no le faltaban pretendientes, y á algunos de estos se les permitía la aproximación como visitas de la casa ó acompañantes de sus amigos ó amigos de sus innumerables parientes. Así es que cuando Marrodán se presentó en la reunión que tenían los domingos, se halló al lado de un capitán de infantería, de barba corrida, lentes de oro sobre la nariz, perfectamente peinado y con tanta corrección y pulcritud vestido que se adivinaba en él desde luego al heredero de una familia bien acomodada. Este capitancito hablaba con todas las señoritas allí reunidas, pero de vez en cuando limpiaba los lentes y dejaba caer como al descuido una mirada de dulce conformidad sobre la primogénita de Villacastín, esperando, como es natural, que fructificase con el tiempo.

A los pocos días conoció Marrodán entre los concurrentes á un caballero rubio, muy decidor y parlanchín, que tocaba bastante bien el piano,

que tenía, al parecer, mucho partido entre las solteras, y solía hablar con frecuencia de sus tierras, de los hermosos pinares de *Cañices* y de los olivos de *Navalcuellos*, con sus robustas y frondosas copas. También éste, cuando se sentaba al piano la señorita de la casa, le dirigía miradas insinuantes, ó como él decía burlándose de los otros, miradas *tiérnidas*, capaces de incendiar un corazón más inflamable y ardiente que el de la susodicha. Sobre esto también el mozo se guardaba su opinión, y creía que, en conformidad con los tiempos que corren, debía estar asegurada de esta clase de incendios. Marrodán, que no era tonto, y con algo más de experiencia que sus compañeros, observaba todas estas maniobras y se sentía celoso, disgustado, como herido en su vanidad, que era muy grande, y hubiera querido estar solo y á sus anchas. Esmerábase, por lo tanto, en vestir á la moda, con buena ropa, en llevar en los pañuelos un perfume delicadísimo y agradable y en mostrar á los concurrentes una hermosa colección de bastones, pues los tenía de variadísimas clases, de bambú, de ébano, de ipil, de cálamo rotang y de otras diversas cañas y maderas. Al propio tiempo escudriñaba la fisonomía del señor Villacastín, que, al parecer, no mostraba preferencias por ninguno de sus tertulios, y repartía por igual, entre todos éstos, su cortesía y su afabilidad, siempre sereno y grave, con el aire de un coronel retirado, más dispuesto á la

intransigencia que al olvido completo de la ordenanza. No pudiendo sacar mucha luz de esta fisonomía tan autoritaria, digámoslo así, se dirigía bien á la madre, que parecía animarlo con sus sonrisas y su conversación de gran señora, ó bien á las niñas, que le prodigaban sus miraditas risueñas de complacencia. Hasta qué punto llegaba su influencia para el nombramiento de aspirante oficial á la deseada plaza, es lo que le faltaba saber. Así no podía continuar indefinidamente, meses y meses, porque un hombre de su representación no iba á desempeñar el papel, ya ridículo, de un mozalvete. ¿A quién recurría en tal caso? Pues ya estaba visto que el señor Villacastín, indirecta y cortesmente, daba menos que un pedernal, que si se le frota da lumbre. Recordó entonces la carita risueña de la cocinera, que, confundida con los demás criados, había salido al pasillo una noche, que por celebrarse el santo de una de las señoritas había mucha animación, mucha música y algo de baile. Y recordándolo, pensó para sí y se dijo: «Creo que voy á encontrar quien me saque de dudas.» Este recurso de que pensaba echar mano hubiera extrañado en otro seguramente; pero no en Marrodán, que al entrar en cualquier casa, grande ó pequeña, era ya en él añeja costumbre la de fijarse en todas las mujeres que andaban por dentro. Salió, pues, al mercado dos ó tres mañanas y no le fué muy difícil tropezar con la susodicha cocinera, á quien le preguntó por

los señores, y de paso, con no escasa labia y mucha formalidad, le hizo la consiguiente proposición. Hay que confesar, en efecto, que nuestro antiguo demócrata sabía tratar y manejar á la gente de escalera abajo. De modo que la cocinera, cumpliendo gustosamente con su cometido, se avistó con él alguna que otra mañana para contarle algo de las conversaciones que podía pescar en la casa. El le había advertido, desde luego: «Bueno ó malo, tú cuéntame lo que les oigas referente á los de fuera, que yo le sacaré la substancia.» La última mañana que se vieron, le contó lo siguiente:

—Hace dos noches la señora estaba un poco acatarrada, y el amo también se hallaba en la alcoba, y yo iba á llevarle una taza de flores cordiales. Pero al pasar cerca de la puerta de escape oí que el amo se reía. ¡Calle!—me dije yo—¿qué será? porque el amo se ríe pocas veces.—Arrimé la oreja y oí esta expresión: «No, mujer, no hay que quejarse, sino esperar. Nuestro juego no es tan mediano, pues contamos con espadas, copas y bastos. Nos faltan los oros, pero ellos vendrán: un muchacho de buena cepa, guapo, listo, inteligente y rico, que le entrase á la niña por el ojito derecho. ¿Eh, qué te parece? Entonces sí que podrías decir ¡oros son triunfos!» Mi señora suspiró dos veces, y yo, sin hacer ruido, di la vuelta y entré por la puerta del gabinete. Cuando me acerqué á la alcoba el amo se sobaba la perilla,

como siempre que está de buen humor; ya habrá usté visto.

—No, chica, no he reparado en tanto... ¿Pero no hablaron más?

—Pues no ve usté que como iba á sudar la señora.....

—Es verdad; con tan plausible motivo se suspendió la sesión.—En este intermedio Marrodán, que había sacado del bolsillo una cajita que debía contener unos pendientes ó alguna sortija, la puso en manos de la doméstica, y añadió sonriendo:

—Mira, Rupertica, yo también opino como tu amo y repito que oros son triunfos, y en esta caja tienes la prueba, porque tú eres una chica muy lista y muy salada, que mereces cualquier cosa, mucho más de lo que vale este recuerdo. Conque guárdalo y hasta otra.

Contentísima quedó con esto la cocinera y en cuanto vió que Marrodán se alejaba, se metió en un portal para abrir la caja y satisfacer su natural curiosidad. No quedó él tan satisfecho, ni mucho menos, con aquello del juego y de las copas y lo demás que acababa de escuchar, como el más triste de los augurios. Para la criada carecerían probablemente de significación, pero no para él que se hallaba en autos y empezaba á hacer sus aplicaciones: lo de tener en su juego espadas debía ser por el capitán; lo de las copas por aquel oven terrateniente que tanto se entusiasmaba

siempre que hablaba de sus pinares de *Cañices* con sus erguidas y frondosas copas: pero ¿á quién se referiría lo de los bastos? á él necesariamente. ¿Pero por qué? Marrodán no caía en la cuenta del por qué hasta que le ocurrió su hermosa colección de bastones, que debían tener bien conocida los de Villacastín. Tentado estuvo, después de saber esto, de dejarlos con los naipes en la mano y no parecer más por su casa. ¿No merecían acaso este desprecio? y, sin embargo, su vanidad le empujaba de nuevo hacia aquella casa, al llegar el domingo, porque no podía creer que á un hombre de sus circunstancias y de su valer se le confundiese con un capitancillo de buena ropa, y mucho menos con un terrateniente menguado que quizá no supiera escribir una carta. Deseaba verlo por sus propios ojos... y por esta razón volvió á subir el domingo por la noche.

Con una cortesía, entre familiar y olímpica, según los personajes, Marrodán saludó á los señores de Villacastín, y á los demás que les acompañaban. No se hallaban todos los que habitualmente se reunían; pero en cambio se encontró con uno nuevo: un caballero moreno, aunque algo pálido, buen mozo, que frisaría en los treinta y cinco, tan admirablemente vestido que pudiera servir de modelo á los más elegantes, con una flor blanca en el ojal de la levita, respirando afabilidad y finura, y esmeradísima educación, pero como si fueran en él las cosas más naturales del mundo.

Cuando le indicaron que tendrían mucho gusto en que se sentase al piano, después de haber oído á varias señoritas, no se hizo de rogar y tocó con la mayor naturalidad, dos piezas de bastante ejecución, como un profesor, con absoluto dominio del instrumento. No habrá que añadir que le aplaudieron todos, sin excepción y que se llevó las miradas y las simpatías de las jovencitas, ante las cuales apareció como el tipo y la encarnación más pura del hombre de buena sociedad. Preguntando á unos y otros, supo después Marrodán que este caballero acababa de venir de Madrid y era pariente próximo del Gobernador de Argandoza. «Ya, vamos, entonces ya no me extraña, pensó para sí en cuanto se vió en la calle; todos estos caballeretes suelen nacer, como quien dice, tocando el piano y bailando rigodones.» Luego vino á recordar los aplausos que obtuvo, la buena impresión que de su persona dejaba en las damas y señoritas de la tertulia, y no pudo menos de ocurrírsele cierta problemática pregunta: «¿Serán estos los oros que esperaba el señor Villacastín para completar su juego?»

III

La personilla á quien se refería la carta de don Anselmo Caviedes escrita á su amigo Marrodán en los últimos días de Octubre, vivía por aquel tiempo en la calle de Olmedo, que no es de las más céntricas, pero sí alegre y bien soleada como compuesta en su mayor parte de casas de dos pisos y de un gran trozo de tapia que corresponde al jardín del antiguo palacio de los marqueses de Suelves. Frente, pues, al jardín, y en su principal bastante espacioso, tenía su colegio de niñas Patrocinio Casañal, que era la citada personilla como fácilmente recordará el que haya leído en *El santo patrono* sus desdichados amores con nuestro orador y demócrata, amigo íntimo de su hermano Genaro. Desde sus mismos balcones se veían en caprichosos grupos las acacias, y los dos cipreses de la rinconada, y otros varios árboles del jardín en cuyas espesas copas se refugiaban á la caída de la tarde infinidad de pájaros y en particular gorriones. Todo el que pasaba á

esta hora por la calle podía escuchar las voces frescas y entonadas de las niñas que cantaban sus oraciones, formando natural contraste con el *chau-chau* ensordecedor de aquella gorrionera que no cesaba un momento.

Hallábase Patrocinio en la escuela una mañana, cuando le sorprendió la segunda carta de don Anselmo, en la cual ya no le anunciaba indirectamente la venida de Marrodán como en la anterior, sino su estancia en Argandoza y la posibilidad de que se hubiesen encontrado en la calle. Leyendo esto quedóse inmóvil, sin saber lo que le pasaba, y las niñas más cercanas pudieron observar que su maestra sentada, con un papel en la mano, se había puesto pálida y luego tan encendida de color, de un vivo color de rosa, como si acabaran de avergonzarla por cualquier grave falta. Pero en seguida se guardó el papel y se levantó de la silla para seguir inspeccionando las labores de las mayorcitas, ya serena y repuesta de aquella profunda impresión. Mientras el anuncio de la venida había sido una esperanza, su imaginación podía muy bien recrearse con ella, como se recrea uno al despertar con las raras y caprichosas peripecias del último sueño que ha tenido. Ahora era ya una realidad, y debía traer para Patrocinio, que conservaba frescos todavía sus recuerdos de enamorada, las palpitaciones de la vida con sus dudas y temores, con su ansiedad y sus sobresaltos. Después de cuatro años de

labor y de dulce tranquilidad, de repente, en menos de dos segundos, cambiaba por completo la escena. ¿Sabría Marrodán que vivía en Argandoza como en sus tiempos más felices? En esto no le cabía la menor duda. ¿Se acordaría de ella con la misma intensidad y el mismo afecto de antes, dispuesto á cumplir la solemne promesa renovada en presencia de su amigo Caviedes?... La solución de este problema era lo difícil. Algo habría decaído su ánimo, siempre esperanzado, si hubiera llegado á saber por algún amigo oficioso los proyectos que desvanecían por aquellos días á su novio; pero le era tan costoso desprenderse de su fe en la palabra de éste, que tal vez la habrían parecido quimeras ó supercherías de la gente. En esta firmeza de su querer, igual que en su antigua y admirable resignación, revivía el genio de la raza que no ha degenerado seguramente á pesar de las calamidades sin número que pesaron y pesan sobre ella. Luego calculaba los días transcurridos, y se extrañaba de que á la hora menos pensada no hubiera aparecido en su casa, después de averiguar su paradero. Esta extrañeza, que iba degenerando en ansiedad penosa conforme pasaba el tiempo, la tenía desvelada de noche y con cierta inquietud durante el día. Sin embargo, no se quejaba de su enemiga suerte, ni áun se atrevía á confiar tal secreto á la señora Agueda, antigua sirvienta de su tía, que podía considerarse como de la familia por su adhesión

y su afecto nunca desmentido, y los muchísimos años que comía el pan de la casa. Era triste esperar de este modo, condenada á perpetuo silencio; pero la que había esperado tanto tiempo bien podía alargar la fecha quince ó veinte días más, aunque estos días fuesen como de prueba para su impaciencia devoradora y la zozobra de una última decepción.

Acompañada de Clara, la niña que su hermano Genaro confió á su cuidado, salía un domingo de la catedral después de oir misa, vestida como una señorita, con falda de lana de color de hoja seca, adornada sencillamente con dos volantes, y un abrigo de los llamados *visita* de paño negro diagonal, que por entonces empezaban á usarse, además de la mantilla de blonda, que era de rigor en ella, y que por esto mismo sabía llevarla como natural y gracioso adorno de la cabeza. Había en esta sencillez de su traje cierto buen gusto que no debía pasar inadvertido para un ojo inteligente que se fija y valúa lo externo, acaso como reflejo del propio pensar y sentir de la persona. La niña, que apenas contaría siete años, se apoyaba cariñosa y familiarmente en el brazo de Patrocinio, y parecía por su aire de formalidad y su carita pálida y la vivacidad de sus ojos, verdadera hija suya. Hallábase en la edad de la curiosidad insaciable, pueril, incontinente, y le iba preguntando el por qué de variar el color de las casullas de los curas todos los domingos,

siendo siempre igual la misa mayor. «Dime, mamita, ¿tú lo sabes?»

Un caballero plantado en la acera de enfrente, entre otros varios, que estaba contemplando la salida de la gente, vió venir á Patrocinio, y su rostro expresó una gran sorpresa en medio de una momentánea vacilación. Oyó la pregunta de la niña, y debió ocurrírsele al momento, no sin alguna inquietud, lo de: «¿Será ésta Patrocinio?» También la maestra debió reconocerle al pasar, porque desvió con disimulo la mirada y la fijó en la niña como si fuera á contestarle. Volvió entonces la cabeza nuestro caballero, y se dirigió resueltamente á saludarla, llamándola por su nombre:

—Patrocinio, Patrocinio... ¿Cómo es esto, tú por aquí....?

—Creí que no me habías conocido.

—Y por eso pasabas sin decirme nada. Vaya una grata sorpresa, vamos, vamos.

—Pero una sorpresa que no esperabas, de seguro—repuso ella con cierta seriedad, en cuya expresión creyó notar Marrodán cierto amargo dejo de resentimiento.

—¿Que no esperaba? ¿Y por qué no había de esperar?

—Esto es un suponer, y nada más... Después de tantos días que debes andar por aquí....

—Te debo una explicación, querida Patrocinio. Espero que te dignarás recibirme en tu casa, que es el único sitio donde pueden darse es-

te género de explicaciones. Conque... tú dirás.

—¡Ah! ¿No has averiguado todavía donde vivo?

—A esa preguntita debo responder y confesarte que soy un poco perezoso, pero en la tierra..... no sé qué tiene nuestra tierra, que aquí se centuplica la pereza y se me pasan los días sin saber cómo.

—Pues en la calle de Olmedo, enfrente del palacio de Suelves, tienes tu casa.

—Un millón de gracias, señorita Patrocinio. ¿Y esta niña tan simpática y tan monísima, se puede saber.....

—Esta es Clara, la de mi hermano Genaro, que ya recordarás... Una hijita que Dios me ha dado.

—Vaya, pues si es una mujercita... ¡Cómo pasan los años! Quedamos, por consiguiente, en que mañana subiré á tu casa.

—No dejes tus ocupaciones por vernos. Ya sé que estás atareadísimo.

—¿Eso es guasa? Pues de veras que te envidio ese buen humor.

—Eso es lo único que nos queda á ciertas personas de esta tierra: salud y un poco de buen humor. Y Dios nos lo conserve.

—Hasta mañana, Patrocinio. Adiós, Clarita.

—Hasta mañana, ó cualquier otro día. No corre prisa. Adiós.

Hay que considerar que bajo la aparente ligereza de este diálogo, movíase en uno y otro per-

sonaje una gran marejada de vivos y contrarios afectos, de contenidas emociones y de recuerdos repentinamente suscitados que se mezclaban con las esperanzas muy largo tiempo acariciadas. Y en el mismo momento en que se cruzaban sus réplicas, examinábanse atentamente sus fisonomías con la curiosidad y el ansia del espía que debe reconocer en los rasgos particulares del rostro que se le presenta, la personalidad desconocida que se busca. ¿Y quién había de figurarse, después de lo sucedido entre ellos, que en este primer encuentro, especie de preámbulo diplomático, brevísimo y casi sumarial, fuese nuestro Marrodán el que quedase más impresionado y pensativo ante la aparición inesperada de su antigua novia? Esperaba él sin duda que la realidad viva de ahora concertase y se identificase en un todo con la imagen sencilla y risueña, así como púdica, que aún conservaba de la joven que conoció en el colegio de la calle de San Crisóstomo. Pero no era así: diríase que los años le habían embellecido y afinado y hecho de ella una verdadera señorita, que sabía insinuarse, guardar su puesto y defenderse con aquella prudente agudeza que sólo se aprende en la áspera y difícil escuela del mundo. Pocas palabras hubieron de cruzarse entre uno y otro; y, no obstante, bastaban para que Marrodán, el ingrato y veleidoso Marrodán, comprendiese la enorme diferencia.

Patrocinio, por su parte, creyó hallar en la ex-

presión de sus ojos, algo de aquel antiguo calor con que él solicitaba su simpatía, procurando despertar hasta su admiración si podía, pues siempre había tenido formada de sí mismo muy ventajosa idea. Por esto se conceptuó ella desde luego más fuerte que antes de verse con el enemigo cara á cara, y se dispuso á no ceder ante los primeros aproches. La solidez del terreno que defendía, le garantizaba el buen éxito de la empresa y de que el enemigo no consiguiera abrir brecha como en otros desdichadísimos tiempos, que no pasaron en vano. Cedería, sí, porque al fin y al cabo era mujer y lo amaba y lo había esperado como dulce y lejana recompensa; pero esto si transigía desde el primer momento con ciertas y determinadas condiciones. Pensando en la probabilidad y las dificultades que el asunto ofrecía, pasó el lunes y Marrodán no se dejó ver por el colegio de la calle de Olmedo. Sucedía, pues, algo de lo que Patrocinio iba temiendo, conocido su carácter, y no cabe duda que en ciertas suposiciones acertaba. Una nueva consulta con el arquitecto que dirigía las obras del paseo de los Mártires, le entretuvo la mayor parte de la mañana. Luego se marchó al Casino, según su costumbre, y allí se vió comprometido á continuar una partida de tresillo, en la cual llevaba perdidos setenta y dos reales y céntimos. Le habían dado sus compañeros cada codillo y cada revolcón que mi hombre no podía naturalmente levantarse

de la silla, sin tomar un amplio desquite y poder gritar muy alto: «¡Ahora tallo yo!»

Fué, pues, el martes, después de saborear el café y echar un párrafo con los amigos cuando se presentó en casa de la maestra. Lo recibió amablemente la señora Agueda, que estaba ya al tanto de la vida y milagros de nuestro personaje, y le rogó que pasara á la salita donde solía recibirse á las familias de las educandas. Modestamente adornada, aunque con cierto buen gusto, no ofrecía más de particular á la mirada de los curiosos que la jardinera del balcón, de esbelta y graciosa forma, regalo de una gran señora conocida de Patrocinio, y los cuadros diversos de paisajes que alegraban con sus vivas y risueñas notas de color los tres principales lienzos de esta estancia. Al poco rato se oyó abrir las puertas de la clase y una infinidad de niñas de todos los tamaños se precipitó, si así puede decirse, escalera abajo en medio de una bulliciosa cháchara interpolada de risas y voces altas y áun de chillidos. Aquello parecía una pajarera en revolución. A los oídos de Marrodán llegaron también los ruidos de esta infantil deserción, y hasta la voz de Patrocinio que despedía desde el pasillo á algunas de las más formalitas. «Adiós, Rosa, adiós. Hasta mañana. Y tú, Leonarda, que no te olvides del bastidor.» En seguida se presentó en la sala.

—Dispénsame, querida Patrocinio, que no haya sido tan exacto como fué mi intención—le dijo

Marrodán después de saludarle y estrechar su mano—pero asuntos perentorios de los que no puede prescindirse me entretuvieron aquel día mañana y tarde.

—¿Y con qué derecho voy yo á exigirte semejante puntualidad?... Tú puedes venir aquí cuando gustes, lo mismo hoy que mañana.

—No esperaba menos de tu reconocida amabilidad, pero ya sabes que...

—¡Ay Dios mío, cuántos peros vamos poniendo en la banasta!...

—Déjate, mujer, que todos madurarán. Decía, pues, respecto á lo de las exigencias que era natural entre nosotros ese reproche, y yo lo esperaba y hasta me adelantaba á darte la necesaria explicación. ¿No es esto?

—No, señor, no es eso, y dispensa que no esté conforme. Mucho antes de ahora no negaría que fuese eso natural entre nosotros, entre personas que se estiman y disfrutan de idénticos derechos. Pero ¿me hallo yo al presente en este caso, señor don Fernando?...

Tal pregunta dirigida con cierta seriedad por la maestra en cuyos labios tomaba la fuerza de un *argumentum ad hominem*, debió parar los pies á Marrodán, que se disponía alegremente á tratar todas estas cuestiones con su acostumbrada familiaridad. Quedóse un momento pensativo, contempló á su interlocutora con alguna fijeza como si quisiera leer en sus ojos, y contestó con muchísima templanza:

—Vuelvo á pedirte dispensa por esta equivocación, error, ó chifladura, ó como quiera llamarse. Tienes razón de sobra. Tres años y meses, cerca ya de cuatro sin escribirte, sin darte cuenta de mi viaje á Filipinas, de mi estancia en Colombia, de mis campañas políticas, de mis negocios buenos y malos, pues de todo tiene la viña del Señor, son motivos muy suficientes y muy fundados hasta para cerrarme las puertas de tu casa.

—Abiertas las encuentras, ya lo ves. Pero...

—¡Hola! También tú pones peros.

—Con su cuenta y razón.

—Inconvenientes de una separación excesivamente larga. ¡Ay señor, si habré yo llegado tarde á tu casa!

—Ni tarde ni temprano, es decir, ¿cuántos días hace, sobre poco más ó menos, que entraste por las puertas de Argandoza?

—A primeros de Septiembre llegué aquí.

—Luego no te has acordado del santo de mi nombre ni de buscar mi casa hasta el día en que la casualidad te puso en mi camino. Un poco tarde es en efecto.

—¿Y no habrá remisión de culpas y pecados? porque una buena cristiana como tú debe saber perdonar.

—No entiendo ese lenguaje, señor don Fernando. Hay cosas que una mujer perdona muy rara vez, y el talento y la delicadeza del hombre consisten precisamente en adivinarlas.

—Querida Patrocinio, no recordemos lo pasado; me hace daño sólo el pensar...

—No, no; si esto es de lo presente.

—Entonces... no comprendo. ¿Tomas acaso por una ofensa gravísima, imperdonable é irremediable el que haya tardado veinte ó treinta días en venir á verte? pues no creo que sea tan grande mi pecado.

—Bueno, tú lo crees así... También yo puedo pensar que vienes á mi casa por cumplir nada más, por obligación, por curiosidad, por no haber encontrado otra cosa mejor... ¡quién sabe!

No suponía Patrocinio al decir esto que sin querer hería á su antiguo novio en lo más vivo y delicado de su amor propio, resentido todavía por la pimientilla de las críticas del señor Villacastín. Hasta sospechó que bien pudiera haber oído algo y que entre otras frases inofensivas le soltaba esta indirecta para mortificarle y vengarse. Se irguió, pues, de pronto, y con voz más llena y enérgica acompañada de ciertos movimientos de su diestra le dijo:

—Pues has de saber tú, para que te des por enterada, que aquí vengo por propia voluntad, impulsado por el afecto, y no por mero cumplimiento, como supones equivocadamente; que en donde yo me presente bien recibido he de ser y tan estimado como el primero, porque ya comprenderás que no voy á meterme sin ton ni son en ninguna parte, y menos donde no me lla-

man. ¿Se va usted enterando, señorita Patrocinio?

—Me voy enterando, sí señor, pero no lo dije por tanto, ni en son de desprecio como parece que lo has tomado. Aquí debe haber alguna mala inteligencia, ó algo que no me explico, señor don Fernando, puesto que tú te has picado poco ó mucho.

—¿Hablas de verdad, querida Patrocinio? ¿no lo has dicho por herirme indirectamente, por despreciarme, por vengarte de lo otro?

—¿Por vengarme?... ¡Vaya unas ocurrencias! ¿de qué? de que tardaste á subir á mi casa? No estabas en tu derecho y en libertad de hacerlo cuando bien te pareciera? Puedo yo exigirte que adelantes ni dos minutos la hora de venir?

—Sí puedes. Y en esa indiferencia y frialdad con que lo afirmas, percibo yo el mayor daño para nuestras relaciones. Significa eso que no me has perdonado, que no quieres perdonarme; que no eres ya para mí lo que en otro tiempo fuiste; que un mar de hielo se ha atravesado sin duda entre nosotros y que no existe modo ni forma de que nos entendamos, ¿no es eso?...

Se expresó Marrodán con tal apasionamiento y tal sinceridad, aun en medio de su natural exageración, que la maestra, un tanto conmovida, estuvo á dos dedos de manifestarle con idéntica sinceridad lo que en lo más recóndito de su pecho pasaba: pero cuatro años de incertidumbres ó de vanas esperanzas, obligada á pensar en las

tristezas de su juventud, le dieron la fuerza y la reflexión necesarias para mantenerse en su puesto heroica y serena.

—Y volvemos á lo mismo. No significa nada de eso, desengáñate; ni hay tal mar de hielo que se atraviese, ni cosa que lo valga.

—Pues entonces.....

—Tú subes, te presentas, se te abren las puertas en seguida, y además puedes venir á la hora que gustes para verme y tratarme; ¿qué más quieres? No creo que debas quejarte, porque esto ha sido aquello de llegar y besar el santo.

—¿Te ibas á negar á Fernando Marrodán?....

—Bien pudiera haberme negado, puesto que tú el primero me has dado el ejemplo, haciendo de tu capa un sayo. ¿He tenido yo noticias de lo bueno ó lo malo que por allá dejas hecho en estos tres años y medio?

—Pero mi intención ya la conocías. Te constaba además por el amigo Caviedes cuál era el deseo que me guiaba....

—Eso no basta, señor don Fernando, y eso no me lo negarás. El mundo y los que en él vivimos, necesitamos hechos, porque obras son amores y no buenas intenciones.

Levantóse Marrodán al llegar á este punto de la conversación, y quedándose de pie, contemplando á su novia con risueña complacencia, repuso en tono de dulce transacción:

—¡Es deliciosa esta Patrocinio cuando se em-

peña en tener toda la razón de su parte. Sí, señorita, á usted no le falta razón, su poquito de razón; pero no la exija usted toda entera, completa y absoluta, porque eso sería ya tener demasiada razón. Y respecto á la parte que á mí me queda, demasiado comprendes también que no voy descaminado. ¿Qué importa ni qué falta hace muchas veces que se crucen cartas, ni telegramas, ni noticias, cuando existe lo principal entre ciertas personillas? Verbigracia: tú y yo. Y no digo más. En fin, chica, observo que vives en una gran casa, y esta salita es superior—añadió luego, acercándose á mirar con grave curiosidad los muebles y adornos de la estancia.—Estas butacas y las colgaduras con esa combinación de oro y grana, son de muy buen gusto. La jardinera es preciosa.

—Me la regaló una señora amiga, que tuvo en mi colegio sus cinco niñas.

—¿Cinco nada menos? ¡Gran Dios! De seguro que su excelente esposo debió repetir en más de una ocasión, á pesar de su excelencia, aquella frasecilla: «¡Mala noche y parir hija!» Cinco retoños, y en estos tiempos de guerras, viudas y pretendientes. Esta alfombra, con ese fondo claro, y sus flores grandes de vivos colores, también me gusta. Y no hay que decir los cuadros: son alegres, con bastante luz, y la mayoría de ellos bien entonados, porque eso á la vista está. Tienes una bonita colección.

—Esos cuadritos no son lo que parecen desde cierta distancia... Los he pintado yo en las vacaciones de verano.

—¿Tú los has pintado?... Pues habilidad se necesita. Vaya, vaya con esta señorita maestra, y qué primores nos va descubriendo. ¿Y quién fue tu maestro, si puede saberse?

—¿No recuerdas? Nuestro amigo Caviedes.

—Eso en Madrid, *in illo tempore*. Pero, ¿y en Argandoza?

—El de aquí fue una señorita, hoy día casada, que es toda una profesora de dibujo... Como que tuvo cuadros de mucho mérito en la Exposición regional del 69.

Marrodán la contempló de nuevo, y añadió en tono familiar y afectuoso, dando otra vuelta por la salita:

—Nada, chica, que te felicito por tus nuevas habilidades, que desconocía por completo; y que teniendo tu permiso subiré á verte cualquier otro día.

—Cuando gustes.

Después de despedirse y recordando al salir de la casa la contestación de Patrocinio, sobre sus maestros de dibujo le ocurrió este pensamiento, que no carecía de exactitud, y que debía halagar en extremo su vanidad: «Esta mujer ha pensado mucho más en mí que yo en ella.»

Satisfecho en parte con este descubrimiento, no quiso faltar, al llegar el domingo, á la tertulia

de los señores de Villacastín. Impulsábale por un lado, la curiosidad de saber cómo andaban los negocios de los pretendientes no declarados, y por otro, el deseo de establecer ciertas comparaciones que se le venían inesperadamente á la imaginación. Se vistió, pues, de levita, tomó el abrigo para la salida, y escogió uno de sus conocidos bastones filipinos, á pesar de aquella frase de Villacastín, en la que le tocaba representar al basto, apodo algo temible por lo que se prestaba al equívoco. Sea, al fin, lo que fuere, lo cierto es que lo recibieron como siempre con su acostumbrada amabilidad y cortesía, lo mismo los padres que sus señoras hijas. Luego se habló de los sucesos de la localidad y de política, las aficionadas una tras otra se despacharon á su gusto en el piano, mientras los señores mayores discutían acerca de la primera insurrección de Cuba, y al final se bailaron algunos rigodones un tanto incompletos, porque faltando en las parejas dos ó tres caballeros, viéronse obligadas las señoritas á hacer de hombres para que el cuadro resultara bonito.

Pudo, por lo tanto, nuestro Marrodán, en medio de este movimiento, comparar y formar juicio entre la antigua y la nueva elegida de su corazón. Siendo dos tipos distintos de mujer, su contraste tenía que ser naturalmente grande y marcadísimo. La primogénita de Villacastín rubia, delgada, pálida como una clorótica, con su as-

pecto de gatita de Angola mimosa y fría al mismo tiempo, denunciando en sus actitudes y movimientos la inmensa pereza de su temperamento, aparecía demasiado señorita al lado de Marrodán, en plena madurez, todavía incansable y vigoroso. Por su exterior, igual que por su impresión moral Aurorita y Patrocinio podían compararse con dos frutas selectas, dos albaricoques, el uno pálido, fresco, sin olor, cubierto todavía de cierta pelusilla, mientras el otro suave, lustroso, con su limpio color de ante y su exquisito aroma muestra bien á las claras que llegó á su sazón. Patrocinio, que frisaría ya en los veintiocho, conservaba la frescura de la juventud y su antiguo aspecto de novicia risueña y maliciosa, debido en parte á su buen temperamento, y en parte al régimen de una cierta clausura á que la obligaban las atenciones diarias del colegio. Además, sin estar gruesa ni mucho menos, veíase ya en ella á la mujer formada, á cuyo aspecto complácese el artista en adivinar la morbidez carnosa de sus brazos, y la atrevida y movible curva que dibuja su seno, y la forma redonda del cuello que va á unirse á éste con la suavidad natural de una flor á su pujante y esponjado talle. Pero así como sobre el follaje espléndido, y sobre los colores más vivos y brillantes, flota el aroma con la vaguedad de un espíritu invisible, de la envoltura carnal, sobre todo del rostro, se desprende de igual modo el encanto y la simpatía, y los atractivos, el va-

lor moral, en suma, de la persona. Y en este punto vencía también Patrocinio, á juicio de Marrodán, que la comparaba con Aurorita Villacastín, en cuya fisonomía de niña mimada, nerviosilla á veces, podían leerse una infinidad de palabras; palabras de música, de francés, de modas, de labores, de frasecillas y fórmulas sociales, de exageraciones y monerías graciosas, muchísimas palabras, pero pocas ideas. Fuera de las morales y religiosas bebidas en su niñez y que servían de único contrapeso á la ligereza y movilidad de aquel cerebro de pájaro, ¡qué espantoso vacío y qué pobreza de pensamientos por todas sus celdillas y rincones!

Pero era la hija mayor del señor Villacastín, persona muy distinguida y considerada en Argandoza, y era además rica, una excelente proporción para cualquier soltero, y el asunto variaba completamente de aspecto. Como prueba que convencería á cualquiera, allí se hallaba nuestro Marrodán y el propio podía contar los pretendientes no declarados, pero que entraban en escena sólo para despertar las simpatías de Aurorita: el capitán siempre tan complaciente y tan gallardo; el joven terrateniente entusiasta y apasionado de las grandes cosas y de las ricas propiedades, sobre todo de las suyas; y algo más lejos, sentado en la banqueta del piano, con una flor blanca en el ojal, respirando afabilidad y cortesanía como el más perfecto de los caballeros de buena socie-

dad, aquel hombre moreno, un tanto pálido, buen mozo, tipo escencialmente madrileño y palatino, que era el último que hubo de entrar en escena. Si éste era rico y de buena cepa, según todas las apariencias, colmadas se verían las risueñas esperanzas del señor Villacastín, puesto que contaba con un juego completo: oros, espadas, copas y bastos.

Después de las doce y media de la noche, próximamente á la una, se despedían los convidados y tertulios á la puerta de la casa. Marrodán acompañó hasta la suya al señor Mendívil, que también había asistido, y como la temperatura fresca, sin llegar á fría, con el viento en calma y un creciente de luna clarísimo, convidaba á los trasnochadores, volvió pasos atrás y se encaminó de nuevo á la calle de los Arcos. Era ésta una de las más anchas y modernas de la población y hacia su extremo, cerca ya de la catedral, vivían los de Villacastín. Marrodán creyó, pues, más higiénico alargar el paseo y dar una vuelta mayor para entrar en su casa; pero al aproximarse al susodicho extremo vió abrirse el balcón de un principal, asomarse una mujer y arrojar un objeto que debía ser alguna carta, objeto que se apresuró á recoger un caballero, que sin duda lo esperaba, recatándose algún tanto en el hueco bastante espacioso de la puerta. Marrodán alzó la vista, se fijó en la casa y observó la acción disimulada del nocturno caballero. No le cabía duda;

la casa era la misma donde habitaba el señor Villacastín, la mujer Aurorita y el rondador el capitán. Marrodán lo reconoció en seguida en los lentes, en la nariz picuda, en su marcialidad y en el color del abrigo. No lo confundía con otro, estaba segurísimo: era el mismo. Continuó por lo tanto su camino como si nada hubiera visto, ni observado, ni reconocido á nadie; pero... ¡vaya un chasco que se llevaría cualquier prójimo que no estuviese enterado de aquel paso y luego se presentase tan fresco!... Marrodán, estupefacto, ya que no chasqueado, no se cansaba de pensar en las diabluras y ocurrencias de algunas mujeres, porque si aquella sosita de Aurora se atrevía á tanto, hasta dar un disgustazo á su padre ¿qué no harían las otras, las más arrojadas y revolucionarias? ¡Vaya con nuestra gatita de Angola y cómo sacaba los pies del plato! «Pero esto es la primera parte; discurría para sí nuestro pretendiente, esperaremos á la segunda, que debe ser sumamente entretenida y deliciosa.»

IV

A últimos de Noviembre Marrodán pasaba parte de la mañana en las obras de la casa del paseo de los Mártires, contemplando la solidez de las paredes de carga con su hermosa trabazón cruciforme y las divisiones ya marcadas sobre el terreno por lo edificado, y recreándose al propio tiempo en el trazado de la fábrica toda, que debía hablar muy alto en favor de la riqueza y buen gusto de su propietario. Las tardes y las noches, con excepción de las dedicadas á Patrocinio, las consumía en el casino ó en el teatro, discutiendo sobre política con su habitual apasionamiento, procurando concertar voluntades, ganarse simpatías y conquistar amigos para el día, no lejano, en que diese comienzo á su campaña. Cierto que algunos intransigentes, de los que nunca faltan en todos los partidos, le mirarían siempre con recelo y hasta le tirarían alguna dentellada si podían por sus antiguos tratos y amoríos con la democracia. Pero, al fin y al cabo, la sinceridad del

que confiesa su error y se arrepiente de veras y, sobre todo, la fuerza avasalladora del dinero, acaba por imponerse y desvanecer como un soplo los repulgos de las conciencias pusilánimes lo mismo que las protestas de los caracteres independientes y enérgicos. En último resultado sería uno de tantos de los innumerables políticos que, con interés ó sin él, abominan de lo que amaron y aman lo que aborrecieron.

En realidad, Marrodán no abominaba sus antiguas ideas, sino que las miraba como errores y pecadillos de su juventud, de los cuales lo habían curado el conocimiento del mundo y de los hombres, una amarga experiencia de la vida, y en particular los prudentes consejos de su jefe y protector La Riva. Recordaba muy bien aquella frase suya que tanto le dió que pensar: «Hay que abrir los ojos á la conveniencia propia, amigo Marrodán, porque cualquiera que sea nuestro director político no ha de tener la potencia milagrosa de Moisés para conseguir que nos caiga á la menor crisis económica el pan de cada día en forma de maná.» Y aquella otra no menos substanciosa que representaba por sí sola todo un tratado de economía política: «Un hombre práctico vale por dos,» es decir, un hombre que no se aferra brutalmente á las teorías y sabe aprovecharse oportunamente de los hechos. Por eso había dado él de mano á las que defendió en otro tiempo, y por igual razón, enterado de la significa-

ción política en Argandoza del señor Villacastín, procuró entrar en su casa con buen pié, hacerse escuchar de los suyos como un verdadero correligionario, y esto sin contar con la probabilidad, al presente muy problemática, de agradar á la señorita Aurora. Existía, pues, un doble interés en esta aproximación, para la cual hizo valer Marrodán su estancia en Filipinas y sus relaciones con la familia de la señora de Villacastín, oriunda, como ya indicamos, de Manila. Conveníale cultivar su amistad, áun cuando en definitiva no le tocase en aquella lotería *sui géneris* el premio de la mano de Aurorita, puesto que entre sus diversos proyectos, acariciados durante la travesía, figuraba el de volver á la política militante con la representación de un distrito como diputado conservador. Pero esta casta de empresas, mucho menos que ótras, no se improvisan, y precisa establecer una serie de grados de mayor ó menor duración, como en toda buena milicia. Respecto al asunto de sus aspiraciones á la mano de la señorita de Villacastín, no le mortificaba gran cosa aquel fracaso, después de su encuentro con Patrocinio, con quien le unían más fuertemente simpatías de persona, de clase y áun de conveniencia para lo porvenir. No se le ocultaba que enlazado con una señorita tan entonada y rica como Aurorita, adquiría desde luego ciertos compromisos, cierto modo de vivir, una especie de cadena de flores, pero al fin cadena, que debía

impedir sus movimientos con mayores molestias y atenciones que la de su antigua novia.

Reflexionando sobre la diversidad de puntos de vista con que hoy se presenta cualquier problema de esta índole, esperó al domingo para ir á la reunión de Villacastín, y satisfacer su curiosidad. El sábado hubo de saludar al señor Mendívil en la calle, pero éste no le habló una sola palabra del asunto, aunque debía estar bien enterado seguramente. Era hombre reservado sin duda alguna, un excelente amigo que no se gozaría en descorrer el menor velo, si lo había, por ligero que fuese. Llegó, pues, á la hora de costumbre y Marrodán se presentó en la casa, echando de ver al momento que la señorita Aurora no estaba en la sala, ni en el gabinete del piano. Con la mayor naturalidad preguntó por ella á su señor padre, el cual contestó sencillamente que se hallaba un tanto molestada por un pertinaz catarro, y que por consejo del médico guardaba cama. Marrodán había llegado de los primeros y pudo observar la diversa impresión que causaba en los tertulios la ausencia de Aurorita. Entre estos no faltaron el joven terrateniente y el caballero moreno pálido, sobrino del Gobernador, que fué de los que más se extrañaron y dolieron. Pero al capitán no se le vió á ninguna hora, otro detalle que Marrodán no se olvidó de apuntar en el libro verde, como prueba de lo que se temía. No hubo nada más de extraordinario por aquella

noche. Al acabarse la tertulia, le ocurrió salir de los primeros al recibidor para recoger el abrigo y ver si cruzaba por algún lado la cocinera. En efecto, la casualidad acabó por favorecerle, porque la llamada Ruperta asomó su carita risueña al final del pasillo y pudo indicarle con una seña que necesitaba hablarle al día siguiente. La cocinera debía saber algo.

Al otro día, entre ocho y nueve, después de hacer un esfuerzo casi heróico para levantarse tan temprano, Marrodán bajó al Mercado á sufrir los encontrones de las cestas de las cocineras, y los codazos de los asistentes, y las rociadas de los vendedores hasta dar con la consabida Ruperta. Al extremo del Mercado se hallaba tan pacífica, delante de un puesto de pan. Y para no perder tiempo, le espetó en seguida la pregunta con todos los pormenores y circunstancias que él creyó oportunas:

—Me han dicho que el señor Villacastín, se ha enterado al fin de las relaciones de tu señorita con el capitán, y ha habido un poco de marimorena, ¿es verdad eso?

—Pero ¿quién le ha ido á usté con ese cuento, señorito?.....

—Mira, déjate de cuentos, ¿es verdad ó no lo que yo digo?

—Pues la verdad, meramente la verdad, es que el amo se encerró en el gabinete con la señorita Aurora, y no sabemos más. Son cosas esas que...

—Pero tonta, tú no ignoras que á mí me consta, que lo sé de buena tinta que hubo algo grave entre ellos. ¿Crees que no estoy al tanto de lo que son esos líos y enredos de familia, y que voy á descubrirte porque me cuentes cualquiera menudencia de esas? En primer lugar muy mal me conoces si piensas eso de mí, que aborrezco á los chismosos; en segundo lugar, en esta cuestión ni me va, ni me viene nada. Maldito el interés que tengo yo, ni por el uno, ni por el otro. Otra cosa es que me pique la curiosidad, yendo como voy á la casa y me guste estar enterado. ¿No te gustaría á ti también el que te enterase de la manera de asar un pollo en doce minutos?

—¡Recol! ¡en doce minutos! pues no ha dicho usté poco... ¿Y cómo se hace eso?

—¿No ves tú? pues entérame de lo otro, que lo demás ya vendrá.

—Mire usté, señorito, la cosa es más grave de lo que usté se piensa. Mi amo le cogió una carta á la señorita Aurora y hubo lo del encierro como ya le conté; y además, la tuvo tres días en su cuarto sin consentir que saliera á la mesa ni á ninguno otro menester, y allí comía y todo. Luego vino una persona desconocida para nosotras, de parte del señor capitán, con el hito de hablar dos palabras con el amo; y no sabemos lo que hablarían. Debió ser cosa fuerte y enrevesada porque todo el santo día se les pasó en ir y

venir, y en cuchichear por los rincones, y los amos apenas comieron.

—¡Demonio! eso de pasar sin comer es muy grave.

—Vamos, que algo probaron en la mesa, pero se les conocía que de muy mala gana. Nosotras nos sospechamos que este enredo no iba de buenas cuando, en vez de animarse y volver á lo de costumbre, á todos les daba por callar. Nada, que no se oía una mosca en toda la casa. La doncella, que es aficionada á arrimar la oreja á las puertas, me dijo que había oído algo así como si el señor capitán quisiera sacar de su casa á la señorita, pero á las malas.

—¡Demonio, demonio! depositarla en otra parte... Pues esto es más grave todavía. En fin, querida Ruperta, prepárate á presenciar, si Dios no lo remedia, gravísimos acontecimientos y desusadas peripecias en tu casa. Vaya, vaya, ¡quién había de pensar que esa señorita, que parece más buena que el pan de flor y más inofensiva que una palomita, se atreviese á subirse á las barbas de su señor padre!

—Pues es lo que decimos nosotras, ¡recol! ¡si parece mentira! Ande usté, ande usté y fíese del agua mansa.

—No creas, chica, que cuando el agua mansa se pone turbia... no hay cristiano que la beba de puro mala.

—Y dígalo usté.

Para evitar las miradas indiscretas de algún conocido que acertara á pasar por allí cerca, Marrodán se despidió hasta el próximo domingo de la cocinera, agradeciéndole con un piropo de los suyos las noticias tan graves que por adelantado tenía de ella. Que le impresionaron bastante no cabe negarlo. Habíase forjado grandísimas ilusiones respecto á las simpatías que debía obtener su modo de ser franco y despejado en la familia de Villacastín, y este inesperado desenlace de la comedia las echaba por tierra de lastimosa manera. Quizá algún día, en los espejismos formados por su vanidad, se imaginó ser este héroe amado, tan audaz como prestigioso, que se atrevía á colocarse frente al mismo padre de su novia y declararle la guerra. De modo que no pudo venir una realidad más inclemente á deshacer toda esta miserable fantasmagoría. Así es que áun previendo lo que iba á suceder, después de observar aquel detalle de la carta echada por el balcón, quedóse un poco corrido como al que le roban bonitamente el reloj sin que él se dé cuenta de ello. Luego recapacitó, como es natural, y hasta vino á dar gracias á la casualidad que le abría los ojos, que no lo colocaba enfrente del amigo Villacastín, y que por último le obligaba á pensar seriamente en Patrocinio. Y como hombre un tanto impresionable y activo para los asuntos de interés propio, aquella misma tarde subió á visitar á su antigua novia.

Lo recibió como siempre, con la sencillez del que sigue su camino, contento y esperanzado, dispuesto á recibir, si así lo ordena el cielo, la recompensa que merece. Marrodán estuvo sumamente cariñoso y decidor, como acontece al que ha recibido una herida en su amor propio y busca el desquite, es decir, el bálsamo de la compensación en otra parte. Despues al despedirse, cuando ya estaba de pie y con el sombrero puesto, le dijo á ella de pronto:

—A lo que vengo vengo, señorita. ¿Y qué hay de aquello?

Patrocinio le miró con alguna extrañeza:

—No entiendo... ¿qué es aquello?...

—Pues lo nuestro. ¡Toma! ¿Aún no habías caído?... ¡Ay qué Patrocinio de mis pecados, digo, de mis entretelas! que ya no sé lo que me pesco cuando se trata de lo nuestro; tan turulato me pongo.

—De eso... hay que hablar seriamente, señor don Fernando. Ya comprenderás que las circunstancias han variado bastante en estos tres años...

—Bueno, sí, pero suprime entre nosotros ese señor don Fernando, que me pone la carne de gallina. Y ahora continúa, ¿qué circunstancias son esas que han variado, me vas á decir?...

—Con mucho gusto. En primer término ya no me encuentras sola como antes, sin ningún compromiso ni lazo que me atara: tengo una hija.

—¡Zambomba! ¡y nada me habías dicho!...

—Déjate de bromas, Fernando, porque esto es para tratado en serio, y en serio te hablaba yo: tengo una hija, pues por tal considero y estimo á la niña de mi hermano Genaro.

—Obligación muy seria, en efecto, es esa que te impones, querida Patrocinio; pero ¿no podría su propio padre cargar con ella en tiempo más ó menos lejano? ¿no podría reclamarla por cualquier motivo y hacer completamente estériles los sacrificios que te cuesta su educación?

—No puede ya. Y en cuanto á los sacrificios los hago con mucho gusto.

—Pues entonces ¿qué hay aquí?... ¿no la reconoció Genaro? Me agradan poquísimo los misterios, ya lo sabes.

—Cuando te digo que ya no puede reconocerla ni reclamarla te doy á entender, y me obligas á repetirlo en otra forma, que mi pobre hermano no existe.

—¡Cómo! ¡Genaro!... ¡Aquel queridísimo amigo mío!...

Pronunciadas estas frases hubo un largo silencio por parte de uno y de otro. Patrocinio se enjugó con la punta del pañuelo una lágrima rebelde que asomaba á sus ojos. Marrodán no supo qué contestar. Era esta otra impresión, pero de diversa especie que la anterior, mucho más honda y duradera. Enamorada nuestra imaginación de ese algo vago, superior ó difícil que simboliza la felicidad humana, espera oir ternezas, frases li-

sonjeras, recrearse en esa dulce correspondencia de miradas que tanto nos halagan, y de repente, en medio de este idilio amoroso, surge inesperadamente, á modo de un nublado que todo el horizonte oscurece, la imagen de la muerte punzadora y fría. Aquel inseparable amigo que se llamó en vida Genaro Casañal, con quien había partido las ideas y las esperanzas tan ardientes como desinteresadas de la juventud, demócrata y patriota, soldado de fila como él, y como él lleno todavía de fuerza y de vigor yacía yerto bajo la miserable tierra, en algún oscuro rincón, olvidado de todos. Aunque impresionado tan desagradablemente Marrodán, cruzó dos ó tres veces la salita á lo largo y volvió á detenerse delante de la maestra:

—En este momento, querida Patrocinio, no podría explicarte lo que me pasa. Quería yo á tu hermano como se quiere á un amigo de toda la vida, y siento en el alma haber quedado tan mal con él en cierto modo. Pensaba que algún día me sería fácil compensarle con mucho bien y á mi satisfacción el daño involuntario, recordando aquello de «arrieros somos y en el camino habremos de encontrarnos,» pero nuestra suerte no lo ha permitido... ¡cómo ha de ser! Cuando las cosas nos obligan de esta manera no hay más remedio que conformarse. De lo nuestro hablaremos otro día, porque bien merece que lo pensemos uno y otro.

Dicho esto se despidió de Patrocinio, que no lo

vió marchar sin cierta inquietud al adivinar en su semblante el disgusto, apenas disimulado, que producía en su ánimo esta nueva contrariedad. En efecto, camino de su casa iba pensando Marrodán en lo que con frecuencia sucede: basta que se decida uno á entrar por el buen camino, á cumplir su deber por gusto y voluntad propia, para que desde aquel momento se presenten algunos obstáculos y todo sean tropiezos y dificultades. Deseaba complacer á Patrocinio y complacerse á sí mismo, impulsado de un buen propósito, pero á ella solamente, y no llevar su sacrificio hasta un punto inconcebible en beneficio de cualquier persona extraña. Era, pues, una gran contrariedad la exigencia de semejante sacrificio. Con esto, llegó Marrodán bástante mal humorado. Su amable tía doña Escolástica se lo conoció en la cara, á la hora de cenar, y picada de una curiosidad muy natural le soltó alguna indirecta, ó dicho en su lenguaje más pintoresco le *tiró de la lengua;* pero sin duda no estaba el sobrino, á pesar de su carácter expansivo por confesarse en tal ocasión, y habló de cosas indiferentes.

Más sosegado, ó más reflexivo, al día siguiente debió recapacitar que aquella persona extraña á quien se refería en su inquina estaba en realidad inocente de toda culpa, y era además la hija de un antiguo y verdadero amigo, de un hombre que ya no existía. Y respecto á este punto Patrocinio no le había indicado con claridad su propó-

sito, pero ya se sospechaba que debía ser este el prohijarlo, puesto que otra solución más racional no había. De este modo complacería en extremo á su novia y se vería por igual colmado de agradecimientos y de cariño. De su buen carácter y de sus nobles sentimientos, no podía esperarse otra cosa. ¿Qué negocio habrá en este mundo que no tenga su poquito de hueso y su poquito de cáscara, bien amarga y durilla algunas veces? Marrodán que deseaba con ardor las soluciones propuestas por él mismo, vino á conformarse con su suerte, que al fin y al cabo bien podía variar con el tiempo. Aquella mañana salió de su casa más satisfecho, ya que no contento, y la primera persona con quien tropezó en la calle fué con el caballero Mendívil, que le adelantó la siguiente noticia: «Que aquel señor capitán, á quien él conocía de sobra, sostenía relaciones extraoficiales con la señorita Aurora, y el señor Villacastín, para evitar todo género de murmuraciones y de críticas consentía en que estas relaciones se formalizasen por completo.» Queriendo pasar por hombre de mundo y de penetración nuestro expretendiente, contestó en el acto á su amigo:

—Aquí, en confianza, señor Mendívil, debo confesarle á usted que no me coge de nuevas. Había observado algo de lo que pasaba entre uno y otro, pero naturalmente... estas cosas son más bien para calladas que para dichas. Pues si al fin no resultan y se dicen, queda en ridículo aquel

que las propala ¿y qué se saca en limpio?....

—Conformes, amigo Marrodán, completamente conformes. ¿Irá usted el domingo por allí? por mi parte no pienso faltar.

Con la promesa de ir á la reunión despidióse Marrodán de nuestro caballero y se encaminó directamente al paseo de los Mártires. En la misma plaza del Trinquete oyó una voz conocida que desde cierta distancia repetía su nombre. Volvió la cabeza en seguida y reconoció en el que le llamaba al infatigable y simpático Reinoso. Saludáronse afectuosamente, y al momento le preguntó éste último por aquel buen negocio cuyo filón hubo de indicarle él propio tiempos atrás:

—¡Bonito negocio... y bonito filón, amigo Reinoso!—exclamó Marrodán cruzándose de brazos y acabando por reirse.—¡Vamos, que tiene usted una mano para elegir novias!...

—¿Pues qué sucede, señor don Fernando?

—Sucede que la señorita de marras, aquella seráfica joven que usted vió salir de la iglesia con el aire y el candor más encantadores se nos casa á disgusto de sus papás con un capitán de infantería. Pero antes de esto y para cortar esas relaciones vitandas á los ojos del señor Villacastín, éste la tuvo tres días encerrada en su cuarto á pan y agua.

—¿Pero es verdad lo que usted me cuenta?...

—¿Que si es verdad? Dentro de veinticuatro horas serán probablemente públicas y oficiales

esas relaciones. Y lo demás lo sabrá usted en confianza, como se saben estas cosas.

—Pero hombre, señor don Fernando, y ¡yo que ahora me desayuno! ¡que no sabía una jota, ni nadie me había enterado de nada!

—Bueno, pues ya está usted al otro lado de la calle.

—Usted no habrá dejado de sentirlo, como yo también lo siento por la parte que tuve en ello y porque una proporción como esa...

—Tengo otra mejor, amigo Reinoso.

—¡Canástolis! usted no pierde ripio. ¿Con que otra mejor?

—A usted se le puede confiar, porque es usted una buena persona y un buen amigo. Por lo menos así lo considero y estimo.

—Muchas gracias por tanto favor, señor Marrodán; y ya lo sabe usted, por mi parte procuro corresponder con mis débiles fuerzas.

—Pues bien, la señorita de Villacastín es una excelente proporción, á juicio de cuantos la conocemos y tratamos. Pero crea usted que, mejor que para mí, está cortada para uno de esos títulos ó ricachones que se pasan la vida entre visitas, convites, reuniones y viajes. Me han dicho que ese señor capitán, novio de la niña, es rico por su casa y muy encopetado y amigo de la aristocracia: pues tal para cual. Luego le harán comandante ó coronel y pedirá el retiro, y ¡á vivir, tropa! Bajo diversos aspectos, me conviene mucho

más una mujer de su casa, lista, instruída, que sepa lo que cuesta ganar una peseta y con alguna experiencia de la vida. Pues por este estilo es la que yo he elegido.

—Acertado, pero ¡muy acertado! señor Marrodán. Y eso es tener caletre y conocimiento del mundo y saber gobernarse un hombre. Y todo lo demás son aleluyas y plantaina para los canarios.

—Cuando llegue el caso... ahora estamos en el preludio, ya usted verá si la cosa lo vale.

—Ha corrido usted mucho mundo para que usted no entienda esa música. Y hablando de lo otro, de ese gran palacio del paseo de los Mártires, ¿cómo marcha?

—No tanto, amigo Reinoso, no tanto. Hay que rebajar lo de gran palacio y dejarlo en lo que será si los cuartos no faltan, porque á este paso la vida es un soplo: será una bonita casa y nada más. Ahora voy allá.

—Tiene usted razón, sí señor, se han puesto los negocios hoy día de tal modo... y luego hasta lo más pequeño le cuesta á usted un ojo de la cara, cuanto más el levantar una casa. Y entre paréntesis, señor Marrodán, antes de que se me olvide: si por casualidad no cuajara lo de esa proporción de que usted me hablaba hace poco... conozco yo una familia, rica, buena, decente, pero muy decente, que lo recibirían á usted con palmas. Lo conocen á usted y algo saben ellos de lo mucho que usted vale.

—Gracias por la lisonja, pero... En fin, ya hablaremos, amigo Reinoso, ya hablaremos. Véngase usted por casa cualquier día.

Favorablemente impresionado, después de esta conversación, nuestro novel propietario se dirigió á la obra del paseo de los Mártires, donde encontró al arquitecto que lo esperaba con alguna impaciencia rato hacía. Tratábase ya del revestimiento de la fachada y de las clases de piedras y mármoles sencillos con que había de contarse para la escalinata, entrada y patio. A juicio del arquitecto, bien podía hacerse alguna modificación en el primitivo diseño para mayor adorno y hermosura de la obra, redundando á la postre en su beneficio, aunque subiera algunas pesetillas más el presupuesto. Marrodán transigió fácilmente arrastrado por un cierto afán de ostentación, sin considerar que las adiciones pequeñas forman la cuenta grande. Olvidábase asimismo de los consejos de su antiguo jefe La Riva, puesto que el hombre práctico no sólo debía aprovecharse oportunamente de los sucesos para medrar como él decía, sino que tampoco debía estirar el brazo más de lo que es la manga, imponiéndose un presupuesto de gastos excesivamente mayor que el de los ingresos. Además, Marrodán, como tantos otros, se equivocaba al juzgar del valor que suele dar nuestra sociedad á la apariencia ostentosa de cualquier personaje que, juntamente con su nombre, adquiere una gran fortuna y se rodea del

fausto adecuado á su posición. Creía él que esto era lo principal, lo que más podía influir para sus medros personales, lo puramente externo, lo más fácil para tantas medianías enriquecidas; pero si el verdadero valor intelectual ó social no les acompaña, ¿de qué les servirá que el pedestal sea de oro macizo? Todos cuantos vean y entiendan lo tasarán según sus méritos, y algunos se atreverán á añadir: «¡Lástima de pedestal para tan pobre figura!»

Pensando después en su conversación con Patrocinio, dejó transcurrir unos cuantos días, y al fin un sábado se determinó á subir al colegio á la hora en que salían de clase las niñas, que era de las más oportunas. La señora Agueda lo acompañó con su habitual complacencia á la salita, y allí esperó unos minutos la llegada de la maestra. Su rostro al presentarse expresaba una cierta timidez unida á un regocijo interno particular, como el que debe experimentar un general victorioso que admite á parlamento á su enemigo. Este enemigo vencido que vuelve á buscar á su vencedor, vuelve dispuesto á admitir algunas condiciones. Deseaba Patrocinio que llegase esta ocasión, pero la temía. Marrodán se expresó con la claridad que ella apetecía.

—Cuando vengo un día y otro día, ya comprenderás, querida Patrocinio, que lo hago con la idea de complacerte y de realizar en completa armonía nuestro antiguo proyecto. Tú me con-

testas con la lealtad de una mujer pundonorosa: «Las circunstancias han variado; me encuentro ligada con este nuevo lazo que voluntariamente acepté.» Por mi parte, lo repito, no es obstáculo que me contraríe ni me obligue á recoger mi palabra ese lazo aceptado por ti. Respecto á la forma que se ha de dar para legalizarlo, supongo que también estaremos acordes.

Con voz muy débil, nuestra maestra tardó unos instantes en contestar:

—Mucho te agradezco por lo que valen estos buenos deseos, y quisiera desde luego pasar adelante, pero.....

—¿Pero qué?

—No sé cómo tomarás estos escrúpulos míos, pero no puedo remediarlo, no sé fingir una tranquilidad que no siento, ignorando ciertas cosas...

—No entiendo, explícate.

—Tú no habrás perdido por completo la conciencia ¿verdad, Fernando? Por la tranquilidad de la mía es por lo que desearía saber algo de lo mucho que ignoro. Mira, por mi parte hace tres años y cuatro meses que vine á esta casa, acompañada de mi hija Clara y de la señora Agueda, que me conoce desde niña. Puedes preguntar á los inquilinos de los cuartos y á los vecinos y á cuantos me tratan: todos te dirán mi modo de vivir bien sencillo y bien trasparente por cierto. Mi vida en estos tres años no tiene ningún repliegue. Aquí no han entrado más hombres que

mis parientes, los dos ya viejos, y el portero de la casa de mi difunta tía, el señor Pascual que es el que cobra las tandas de los cuartos alquilados.

—Bueno, ¿y qué?...

—Poco he cambiado en este tiempo, puesto que nunca aspiré á ser más de lo que fuí siempre, una sencilla maestra de enseñanza elemental y superior. Es verdad que viviendo con alguna economía se puede contar con algunos ahorrillos, además de las dos casas que heredé de mi tía la hermana mayor de mi buena madre. Bien mirado esto es muy poco, pero aunque fuera más no habría salido por eso de mi esfera.

—¿Y quieres decir con toda esa historia que yo me he salido?

Patrocinio no contestó al pronto, pero como Marrodán insistiese con la misma pregunta, vióse obligada á ser más explícita:

—En realidad yo no sé nada, puesto que nada me has contado de tus empleos, de tus viajes y de todo lo demás; pero si se ha de dar algún crédito á las apariencias...

—¿Y qué afirman esas apariencias?

—Hombre, yo no sabré decirte ni lo que afirman ni lo que niegan, pero las apariencias son de un gran señor, de un potentado ó cosa así...

—¿Y es eso lo malo que tú encuentras en mí? pues no veo la razón, ni áun siquiera la punta.

Marrodán se hacía el desentendido. Y como ciertos viejos refractarios á lo nuevo, ó excesiva-

mente envanecidos que han tenido una gran influencia y autoridad sobre determinada persona, no quería reconocer que ésta pudiera adquirir con los años más ó menos experiencia, conocimiento del mundo y hasta cierta independencia. Y esto precisamente, este espíritu de observación, esta nueva fase del carácter de Patrocinio era lo que más le irritaba y ofendía. ¿Sería ésta aquella joven sencilla, risueña, tan comedida y resignada con su suerte, que conoció en otro tiempo? Seguramente que no lo parecía, á pesar de sus afirmaciones de no haber variado un punto en su manera de ser. Por las primeras ofensas, ó las que él tomaba por tales podía pasar nuestro Marrodán; pero lo que es por esta última... esta última le hería en lo más vivo. ¡Singular pretensión la de exigirle cuenta de su conducta de una manera tan fina y tan bonita, así como aquel que no quiere la cosa! Se hacía, pues, el desentendido sólo por ver hasta dónde llegaba ella con sus exigencias. Como no contestase nada, añadió en seguida:

—Con que tú dirás.

—Yo creo que más bien te toca á ti el explicarte, salvo mejor parecer, porque yo ya te dije lo que tenía que decirte.

—Pero vamos á ver, ¿significa esta manía tuya una completa desconfianza? ¿te figuras que podría volver á mi país con la cara tan levantada si hubiera alguna mancha en mi conducta pública?

—Pues tanto más á mi favor en ese caso para que no haya inconveniente por tu parte en enterarme de lo que no me has dicho una palabra todavía.

Esta insistencia de su antigua novia acabó por irritarle de tal modo, que levantándose repentinamente del sillón, lanzó sus frases entre violentos ademanes y con tanta fuerza, que parecía más bien que las escupía:

—¡Y vuelta á lo mismo! ¡Y dale! ¡Y machaca! Algunas veces parecéis idiotas, completamente idiotas. ¡Cuidado que es terquedad de mujer! ¿Exiges explicaciones? Pues no las doy. Hemos terminado.

Sin inmutarse, con voz natural que apenas se oía al lado de la recia y sonora de Marrodán, Patrocinio se atrevió á contestar lo siguiente:

—Tienes razón, no había caído en ello. ¿Con qué derecho va á pedir una idiota explicaciones de ningún género á un hombre de tanto talento como tú? Naturalmente....

—Aquí no hay más talento que esa mutua confianza que debe existir entre personas que se estiman. ¿No existe? pues todo es inútil.

—Esa confianza, á mi corto entender, no debe ser ciega.

—En ciertas ocasiones sí, ciega y sorda.

—Eso es, ciega, sorda y muda. Y entonces sí que será idiota, como tú decías.

—Será lo que sea. Hemos terminado.

—Pues hemos terminado... y acatemos tu voluntad.

—¡Has almacenado tú mucho orgullo en muy poco tiempo, hija mía!

—Bien sabes que no tengo en qué fundarlo. He sido vencida, como tantas otras, por un cariño sincero que no se libró de ciertas horas de ilusión ó de ceguedad, por mi desdicha. Me quedaba de aquel tiempo un poco de dignidad, que he sostenido decorosamente en medio de una vida de continuo trabajo, que bien pudiera llamarse honesta y recatada. Y tú que debías alegrarte de encontrarme con ese poco de dignidad, eres el primero que me lo echas en cara. Está bien.

Era tan certera esta estocada, que Marrodán, turbado, enojadísimo y rabioso, no tuvo otro recurso que coger precipitadamente el sombrero y salir de la sala, repitiendo en distintos tonos:

—¡Vaya una dignidad y vaya unas pretensiones!

También se levantó Patrocinio y salió hasta la puerta, pero en cuanto vió que se marchaba sin más explicaciones ni más saludos, volvió á sentarse en el rincón más oscuro, y se llevó el pañuelo á los ojos. Sin una queja, sin la protesta más leve, sus lágrimas corrieron abundantes y silenciosas como desahogo de un corazón que se vé obligado á reprimir su natural ternura para alcanzar alguna probabilidad de salir victorioso en la inevitable lucha.

V.

La mañana del martes, que fué la inmediata á la tarde en que ocurrió la escena un tanto tormentosa de la sala, se despertó Patrocinio con un cierto decaimiento físico, debido sin duda á haber pasado la mayor parte de la noche en vela. No solía padecer de insomnios, ni se rendía con facilidad á la menor fatiga, porque su naturaleza, sana y bien equilibrada, se reponía en seguida por sus propios medios; pero en aquella ocasión el exceso del dolor moral se reflejó en sus nervios, y como es de suponer en el organismo entero. Excitada la imaginación, estuvo largos ratos ocupadísima en hacer castillos en el aire, como vulgarmente se dice; su natural buen sentido andaba el pobre bastante alicaído, y era ella, la loquilla de la casa, la única soberana que gobernaba y revolvía á su regio capricho aquel misterioso recinto del cerebro por donde cruzan las ideas á modo de relámpagos, se coloran las imágenes y se forjan las más estupendas y singula-

res fantasías. ¡Cuántas cosas había soñado la buena maestra! Y es que para enmarañarnos los sesos y perturbar nuestra razón, no hay fecundidad de medios como la suya.

Después de empezar la clase, hacia las nueve de la mañana, con el movimiento y la labor del día parece que cobró fuerzas y que, según su expresión, quiso entrar en caja su cuerpo, siendo ya otra mujer dispuesta á pensar en el problema que tanto interesaba á su corazón. ¿Habría estado exigente en demasía al pedir á su antiguo novio las necesarias explicaciones? Pero si bien considerado no existía otro medio para evitar que algún día fuera tan inútil como tardío su arrepentimiento..... ¿Cómo negar que le amaba? pero ¿cómo negar asimismo que le conocía muy á fondo, y que de un hombre como él podía esperarse hasta lo imprevisto?..... Para ella, en realidad, no era malo, sino impresionable y un tanto olvidadizo y sujeto, como el corcho que flota, á las corrientes más impetuosas que suelen traer tanta espuma como cieno. Y, no obstante, le dolía, le dolía en el alma haber sido con él tan exigente, tan obstinada y tenaz en su demanda, que debió figurársela como mujer insensible con los cantos y durezas del pedernal. Pero hecho el daño, ya no tenía remedio. Ahora lo que urgía á toda prisa era buscar el paliativo, algo que le indicara de un modo indirecto que lo sucedido la anterior tarde no era el camino que ella había buscado

para el rompimiento, sino un lamentable accidente que carecía á sus ojos de importancia. La dificultad estribaba en encontrarlo; esto en primer término, y después en llevarlo á la práctica. Al pronto no se le ocurría ninguno. ¡Qué boba de mujer y qué pobreza de imaginación! Pensó en escribirle, recurso gastadísimo, y además no confiaba gran cosa en las razones aducidas por escrito, ni en las excelencias de su estilo, ni en que la tal carta, breve ó difusa, obrara ningún milagro en el ánimo del ofendido. Luego se acordó de su primer encuentro con él á la salida de la catedral, y la pobre maestra, creyendo haber hallado una buena idea, hubiera hecho todo lo posible en aquel instante para que el martes fuese víspera de domingo. Por desdicha no era esto fácil, y hubo necesidad de aguardar la llegada del sábado. ¡Qué largos le parecieron aquellos cinco días! Por las mañanas, al levantarse ó al salir de la clase tropezaba con el calendario pequeñito donde solía leer el santo del día, y siempre repetía lo mismo: «¡Pero Dios mío! ¿cuándo llegará ese sábado?.....»

Por último, anunció el día deseado, que no era precisamente sábado, sino domingo, y acompañada de Clarita, salió con tiempo de casa para estar en misa mayor en la catedral. Un gentío numeroso llenaba como de costumbre la nave principal, pero ella se colocó en un costado, delante del coro, para sustraerse en lo posible á los primeros

empellones y dificultades de la salida. Acabada la misa, desde la misma puerta del templo divisó Patrocinio en la acera de enfrente un grupo de caballeros y jóvenes entre los cuales se hallaba Marrodán. Pero en aquel momento se había vuelto de espaldas para hablar con algún amigo, y no era posible que reparase en ella. Una contrariedad. ¿Y qué hacer en este caso? Se dirigió á una especie de casetilla de madera, dentro de la cual había un hombre sentado expendiendo billetes para la próxima rifa de una Virgen de plata, iniciada por una sociedad de Beneficencia. Clarita eligió dos números mientras Patrocinio, buscando el dinero en su portamonedas, miraba hacia el grupo de los caballeros y observaba la fisonomía de Marrodán, vuelto ya de frente. Después de recoger los papelitos le dijo á la niña:

—¿No es aquél don Fernando?... Sí es, sí. El otro día te trajo unos dulces, y si ahora nos saluda le das las gracias.

Marrodán no parecía fijarse en ellas..... Dios sabe por qué, pero al cruzar cerca del grupo, Clara levantó la manita enguantada, le saludó afectuosamente y añadió con voz alta:

—Muchas gracias, don Fernando, por los dulces.

Entonces no tuvo otro remedio que acercarse y besar á la niña, y saludar á la maestra. Habló poco; pero ésta se atrevió á decirle:

—Este sábado te esperaba por la tarde, y no

viniste; y no sé por qué, pues supongo yo que lo del pasado no será motivo para que dejes de pisar mi casa. Lo sentiría de todas veras. En fin... si quieres venir, las visitas no obligan á nada, ya lo sabes.

Estas palabras ablandaron un tanto á Marrodán, que contestó algo más risueño y animado de semblante:

—Puesto que mis visitas no te desagradan, yo iré á verte una de estas tardes. No cito día porque lo dejo á la casualidad, no sea que me llames luego olvidadizo ó perezoso ó cualquier cosa peor.

—Te lo agradeceré; y prometo no llamarte más que por tu nombre.

Se comprenderá fácilmente por las anteriores frases, que nuestra maestra trataba de variar de táctica. Pensando después en esto, cuando se hallaba ya en su casa, alegrábase del encuentro buscado expresamente por ella, pero temblaba al propio tiempo ante la idea de que Marrodán no correspondiese á esta nueva táctica con un cierto movimiento de generosidad. Ella habría correspondido desde luego, y en esta creencia se determinaba á verificar esta prueba peligrosa, jugando el todo por el todo. ¡Y qué prueba! que la Virgen pusiera tiento y discreción con sus palabras, era lo que le pedía.

El lunes y martes de aquella semana, aún trascurrieron con alguna brevedad en medio de las esperanzas concebidas, pero el miércoles y

viernes, y aún más el sábado, se le hicieron mortalmente largos, con el desaliento y las dudas que le acometieron. ¿Faltaría Marrodán á su palabra? ¿Sería tan grande la herida de su amor propio que no se hallara dispuesto todavía á olvidarla?..... Patrocinio llegó á desconfiar de todo, de su suerte y de la formalidad de su antiguo novio. Por fin, aquella misma tarde, hacia el obscurecer, desde el encierro de su gabinete, oyó la voz de la señora Águeda que abría la puerta, y la voz más sonora y recia de Marrodán cuando se dirigía á la salita. A los pocos minutos acudió la maestra. Se saludaron afectuosamente, aunque en el semblante de él se observaba todavía una expresión dudosa, como la de aquel que procura disimular su superioridad ó su orgullo, y no lo consigue. Luego hablaron de Clarita, de quien contó Patrocinio que una tarde, con esa curiosidad imprevista de los niños, que á veces nos dejan parados, hubo de preguntarle: «Y ese don Fernando ¿ya no viene á verte?» De esta pregunta se sirvió ella para entrar de lleno en el principal tema de su conversación:

—Naturalmente, como pasaban días y más días y no te dejabas ver, la pobrecilla se extrañaba; y por mi parte... la verdad, no creí que te dieras por ofendido. Estuve un poco exigente y algo machacona, y desde luego, si hubiera remedio retiraba todas mis palabras con tal de no verte enfadado.

—Bueno, mujer, ya lo sabes: no hay ofensa cuando no existe verdadera intención de ofender.

—Es que á veces... sin reflexionar. Y sucede que las palabras irreflexivas llevan en sí mismas la penitencia, porque después vuelven á la memoria y mortifican tanto ó más al que las dijo que al que tuvo que aguantarlas. En fin, todo esto lo dejo á tu discreción y á tus buenos sentimientos.

—A mí también me extrañaba muchísimo el encontrarte tan distinta de lo que fuiste en otras ocasiones; pero pensaba para mí y decía: las personas suelen variar, si no en el carácter, cuando menos en la apariencia; y hay algunas que por venir á más por su posición ó por su riqueza, se vuelven fatuas, dengosas y se dan un tono de personaje que no hay cristiano que las resista. Entre nosotros no cabe ese cambio.

—Gracias á Dios, no puedo darme por aludida, porque no me tengo por una de esas personas, y espero que con el tiempo y el trato me hagas esa justicia.

—Con muchísimo gusto, querida Patrocinio, porque en este mundo... ¿pero quién entiende este mundo donde cada vida es un *batiburrillo* de cosas sin tres ni revés? Figúrate yo mismo: antes de conocer al señor La Riva, por mis pecados ó por lo que fuera, yo era un pobrete de solemnidad sin más renta que las veinticuatro horas del día. Me enganché con él, tuvimos juntos nuestros líos, políticos se entiende, me dió muy bue-

nos consejos, aprovechéme de ellos, me porté muy bien, trabajé con fe, me nombró su secretario, nos embarcamos, llegamos allá, y héteme á Periquito hecho fraile, lo cual quiere decir: ahí tienes á Marrodán con unos cuantos pesos fuertes en el bolsillo. Y por supuesto, hecho un personaje, porque allí, en la isla, todos los que vamos con autoridad ó al lado de la autoridad *toos semos presonajes*, como decía el baturro.

—¡Poco tono que te darías tú haciendo de Gobernador!...

—Y dilo. Cuando me tocaba hablarles con alguna prosopopeya y en buen castellano, indios y mestizos, indígenas y extranjeros, se quedaban con tanta bocaza abierta. Y entonces... ¡si me daría yo tono! ¡canástolis! como dice el amigo Reinoso, figúrate. Porque has de saber que allí en Filipinas hay mucho dinero. Y otra cosa también: el que quiere trabajar de veras gana dinero, pero muy buenos pesos. Me dedicaba yo á veces á escribirles algunas instancias, alguna solicitud en papel sellado, y por esto sólo me largaban quince ó veinte pesos. Te digo que con mi valer y mi actividad y un título de abogado en el bolsillo, me hago yo allí millonario en tres años.

—Es un país rico, se conoce.

—Riquísimo. España no sabe lo que allí tiene, y nuestros políticos tampoco. Pero no hablemos de plagas, hablemos de nosotros.

—¿Y estuvisteis allí mucho tiempo?

—Dos años y medio. Subieron los liberales y nos limpiaron el comedero, como decimos en nuestra jerga. La Riva recogió el petate para volverse á España; pero antes me dejó colocado en Aduanas con un sueldo corto, aunque acompañado de buenos emolumentos. Después trabé amistad con un francés que iba á fundar un periódico á Colombia. Este francés, que era listo como un diablo, chapurraba el español, el inglés, y hasta muchas expresiones del tagalo, y se entendía admirablemente con los frailes, que son allí un gran elemento. Decidido, pues, nuestro viaje, nos embarcamos en un vapor inglés, que después de hacer bastantes escalas nos llevó á uno de aquellos puertos más concurridos, y en cuanto nos internamos para llegar á Bogotá, que es la capital, nos pareció que nos hallábamos en la España del 73: partidas por aquí, insurrectos por allá, una columna de ejército por el Norte, un general sublevado por el Sur, en fin, una verdadera república, tal como la entendemos los españoles.

—Después de ver cómo andaba aquello ya os arrepentiríais...

—Te diré; yo estaba ya curtido en esto de jaranas y belenes á diario, y en cuanto al francés también había estado en París cuando los *petroleros* bárbaros incendiaron el palacio de las Tullerías. No nos asustamos por eso, y una vez en Bogotá pedimos una audiencia particular al Gobernador con intención de conseguir su permiso y

su protección para la empresa periodística de información y de inmensa propaganda que proyectábamos. Nuestro periódico al mismo tiempo iba á ser de combate, y era como si le pidiéramos el santo y seña, puesto que nos cobijábamos bajo su bandera.

—Se necesitaba un poco de valor, estando las cosas tan medianas.....

—Figúrate. Arriesgábamos por de contado nuestro capital, puesto que yo también puse en la empresa la mayor parte de mi dinero; y además, estando las cosas tan medianas como tú dices, nos jugábamos la pelleja si hubieran triunfado los revolucionarios. Afortunadamente no fué así. La tortilla se volvió del todo, porque las tropas leales cogieron á los insurrectos en muy buen terrreno y les dieron una pateadura como para ellos solos. Buena pateadura fué aquella. Al general me lo pescaron en no sé que punto, y le soplaron cuatro tiritos. Con lo cual muerto el perro, se acabó la rabia.

—Es horrible eso de matarse como animales... ¿Y vosotros no tuvisteis ningún percance?

—Algo había de haber, porque desde el periódico les cantábamos las verdades y les decíamos cada perrería... Dos lances tuvimos con unos militares, como no podía menos. Además, uno de aquellos días en que circulaban peores noticias y eran críticas realmente las circunstancias por hallarse los insurrectos á quince leguas de la capi-

tal, subieron á nuestra redacción unos cuantos forajidos dispuestos á todo. Pero estábamos allí seis hombres bien templados y bien armados, y dispuestos como ellos á armar zafarrancho. Así es que á sus imposiciones y brabatas contestamos como nuestro Palafox: «Guerra y cuchillo.» En fin, que cuando el jefe de la cuadrilla trató de echarse encima, sonó un tiro que en un tris estuvo que no lo dejase seco. Se armó un poco de ruido, se oyó otro tiro, hubo unos palos, y al cabo tuvieron que escapar, comprendiendo que no éramos novatos, sino gente bragada que sabe repartir leña.

—¡Qué gente, santo Dios! Sólo de oirlo se le ponen á una los pelos de punta.....

—Gente de guerra y de mala idea, que suele ir pagada para eso, para cometer unos cuantos atropellos y algunas atrocidades. Cada vez que me acuerdo de aquellos días... Por último, y para acabar: á los quince meses estaba ya la República y el país todo como una balsa de aceite. Nuestro periódico fué subiendo, subiendo, cada día más pujánte y con mayor número de suscripciones, como apoyado por el Gobierno. Nuestro periódico era una media sábana de papel, el más grande de todos, con la mar de anuncios, avisos, balances, recomendaciones y cincuenta mil detalles interesantes para el comercio, la industria y la agricultura de todas aquellas repúblicas sudamericanas. Y hay que confesar que el

Gobierno nos ayudó y nos recompensó espléndidamente. Se portaron como unos caballeros. A los dos años y medio, ó cerca de tres, liquidé con el señor Chapellier, que allí se quedó como director y propietario del periódico. Habíamos simpatizado desde el primer día, pues era hombre alegre, vividor, de mucha inventiva, activo y trabajador como un demonio, y sintió muy de veras mi marcha. Me iba cansando un poco de aquel género particular de vida.

—Y eso ganando dinero.

—Se ganaba muchísimo, sobre todo con los anuncios y reclamos, pues allí en América parece que hay furor por anunciar en grande. Contemos también con que nuestro periódico, gracias á la *mundología* del amigo Chapellier, se supo ganar las simpatías de los colombianos, y se puso á la cabeza de todos. Ese Chapellier hará allí un fortunón.

—Y sin embargo, te viniste.

—Me separé y me vine, porque la tierra tira mucho, querida Patrocinio, cuando se halla uno á dos mil leguas de ella; y además... me acordaba mucho de ti.

—¿De mí?... ¡Ay qué gracia! lo que á ti no se te ocurra..... Vamos, como galantería lo admito; ahora, como pura verdad.....

—Si no quieres creerlo, no lo creas; pero en el fondo te juro que me acordaba muchísimo de todas las cosas ricas que dejé por aquí.

—Y por eso, cuando volviste te diste tanta prisa en venir á verme. ¿Eh, qué tal?

—Mujer, por Dios, lo principal era pisar nuestra tierra, y ya la pisaba; os tenía á todos tan cerquita como antes; después traía un ansia feroz de poseer una casa propia, un nido de amor como dicen los poetas, y en seguida me puse á hacería; después pregunté por ti á unos conocidos.....

—¡Uy qué mentiroso! Ni tan siquiera te acordaste de semejante cosa.

—Bueno, bien; si tienes empeño en ello..., yo soy más razonable que tú: concedo que tus recuerdos, en calidad y en cantidad, sobrepujasen á los míos; pero de ti algo me había de acordar, siquiera un poquitín.

—Qué sé yo.....

—Entonces no vendría yo aquí á verte para ponerme á tus órdenes y cumplir mi palabra.

—Algo es algo. Pero mira, la verdad, las circunstancias y los años me han obligado á ser un poco positivista, y á las buenas obras me atengo. De las palabras hay que hacer poco caso.

—Pues... si no lo llevas á mal, por las palabras es preciso empezar, porque si no lo *parlamos* no sé cómo vamos á ponernos de acuerdo.

—Es verdad, la tuya es la que vale. Ahora vengan esas palabras.

—Pero chiquilla ¿te parece que hemos hablado poco?

—Un año entero estaría yo oyéndote hablar

de esas cosas de tus viajes y no me cansaría.

—Pero ¿de veras te acordabas de mí?

—Muchísimo.

—¡Qué exageradora!.....

—Vaya, Fernando, no me hagas hablar. Después de las tristezas y de los malos ratos que me has hecho pasar, aún tienes valor para insultarme..... Te voy á poner como un trapo sucio si hablo. Ya lo sabes.

Recostado como se hallaba Marrodán en el mismo sofá y á la izquierda de Patrocinio, fácilmente pudo extender el brazo y rodear con él su cintura mientras le decía:

—En fin, pelillos á la mar y un poquito de charla, porque hablando es como se entienden las personillas buenas como nosotros.

—Quita, quita—repuso ella separándose un poco.—¿Buena persona tú? ¡vamos, que si todas las verdades que sueltas, son como esa... apañado estás, hijo!

—¡Qué gracia de mujer! Ea, me marcho; pero antes una pregunta, la última, ¿se permite?—preguntó Marrodán levantándose del sofá.—¿Qué tal me encuentras después de estos cuatro años y meses de *faitigas* y penillas?

—Regular, pasadero. Vamos, de carnes no estás mal.

—Pues yo te encuentro lo mismo, y casi casi más guapa.

—Gracias, don Fernando, es usted muy fino.

—Ahora ya me dirás si tienes algún unto milagroso, algún bálsamo especial, ó elíxir ó específico, para rejuvenecerte de ese modo y conservarte tan fresca y tan monísima. Y supongo que me darás algo.

—Sí, sí, te daré algo, pero en su día y con su cuenta y razón.

—Adiós, mujer positivista, hasta el día menos pensado.....

—¿No vas á venir mañana?.....

—¿Mañana? ¿á contarte más cosas? ¿pero tú crees que guardo una historia de viajes ó de fechorías para cada día de la semana, como el *Año Cristiano?*

—Después de cuatro ó cinco años de ausencia, aún me escatimas el tiempo.....

—Basta, no digas más. Hasta mañana.

Marchóse Marrodán contentísimo, pensando que el hallarse al lado de Patrocinio era como estar en su casa propia y entre la familia, con el desahogo y la tranquilidad provechosa del que se ve rodeado de personas íntimas, de afectos probados y seguros. No se creería tan obligado como en la lujosa morada de los de Villacastín á guardar ciertos enojosos miramientos, y á sufrir la molesta vecindad de los parientes que se presentan á lo mejor con exigencias y pretensiones ridículas, como si se hubiera casado con todos ellos. Para nuestro antiguo demócrata, aún más que para la zorra de la fábula, fue un bien oportuno el que

las uvas estuvieran verdes y se contentase con lo comido. Duraba todavía su satisfacción á la hora de la cena, á la cual llegó con algún retraso, como de costumbre, entretenido en el Casino con sus discursiones y polémicas políticas. Doña Escolástica que lo presumía, no le aguardaba y había dado ya buena cuenta del primer plato de verdura cocida, cuando se sentó su sobrino á la mesa. En cuanto desplegó éste su servilleta, dirigióle una mirada sumamente expresiva, repitiendo su exclamación:

—¡Excelente apetito, queridísima tía!

—¿Y cuándo no es fiesta para ti?

—No, señora, no. Distingamos: yo estoy sujeto, como cada quisque, á la influencia de los días nefastos y á las horas de dulce satisfacción. Y esta es una de ellas.

—¡Alabado sea Dios! alguna noticia fresca que me traes. Te lo conocí en la cara.

—La noticia no es fresca, pero es buena, quiere decirse, satisfactoria. Ahora no me dará usted en rostro con lo de no haber seguido sus consejos. Creo que la nueva sobrina que le traeré á usted será de su gusto...

—Me supongo quién es: la maestra de la calle de Olmedo—le interrumpió doña Escolástica con esa viveza de las personas eternamente curiosas y locuaces.

Quedóse Marrodán como cortado ante esta inesperada salida, y después de contemplar á su tía

y dar dos grandes pellizcos al panecillo, todavía con la boca llena, le preguntó de pronto:

—Pero ¿cómo demonios sabe usted tanto?...

—Pues muy fácilmente. La confitera de la Plaza de San Braulio, donde sueles comprar dulces, es muy devota del Santísimo y conocida mía además, y esa es la que me dijo: «Su sobrino de usted me compra dulces con mucha frecuencia; luego vendrán los de la boda.» Lo demás me lo supongo yo. De modo que si eso es verdad, te habrás ya dejado de esa *turruntela* de querer emparentar con alguna marquesa, ó condesa ó señora de la sangre azul. Muy bien pensado; porque, desengáñate, cada oveja con su pareja.

Tampoco esto sentó bien á Marrodán, que interrumpió su comer, y que, accionando con el tenedor en la diestra, contestó á su tía en el acto:

—Pues sepa usted que razones particulares, que no son ahora del caso, me han impulsado á obrar en diverso sentido del que pensaba primeramente. Pero no ha sido por creer que el emparentar, como usted dice, sea cosa del otro jueves ni carezca de cierta conveniencia. Los hijos de los banqueros se casan hoy con muchas encopetadas marquesas; y de los hombres políticos no hablemos, porque eso es el pan nuestro de cada día. Ahora bien, aunque yo no sea millonario, ni alcance la talla de un Ríos Rosas, ó de un Bravo Murillo, no irá usted á confundir á su sobrino con cualquier zampatortas de la calle.

—Naturalmente que no.

—Y en cuanto á la maestra de la calle de Olmedo, también sabrá usted que es una señorita muy bien educada, muy instruída, de muy distinguida familia, que sabe ganarse una peseta y dirigir una casa tan bien como la primera. Y no es una proletaria, vestida de persona decente, sino que guarda sus buenos ahorros en el bolsillo y dos casas ó tres que heredó de una tía suya.

—También sabía yo eso.

—¿Lo sabía usted y se lo callaba?

—Es natural. A un hombre de tus años, de tanta experiencia y conocimiento como tú, según me dijiste cierto día de sobremesa, no iba á dar pormenores de cosas que las tendría olvidadas de puro sabidas.

Sin suspender el bocado que llevaba en aquel instante á la boca, volvió Marrodán á contemplar á su tía con cierta irónica y mansa curiosidad, pensando para sí: «de todo se acuerda y todo lo sabe. ¿Y qué es lo que no sabrán estas viejas *refitoleras* que andan por todas partes rezando y murmurando?» Pero engullido ya el bocado, contestó sonriendo:

—Veo que conserva usted todavía excelente memoria, querida tía, y no extrañe que un hombre de mis años no reciba sus consejos con tan buena cara como si fueran doblones. Pero por otra parte, debe servirle á usted de satisfacción el saber que los he seguido al pie de la letra. La

elección de una mujer muy de su casa, muy dispuesta, de buena cepa y propietaria no es grano de anís...

—Y buena cristiana además, que es lo principal.

—Sí, señora, en el mundo de las buenas almas, donde usted vive, eso será lo principal; en el mundo de los pobretes condenados donde yo actúo, lo cortés no quita á lo valiente, y si son buenas las virtudes teologales, también los monises son buenos. Y sepa usted que cada día se necesitan más puños y más jarcias para ganarse los garbanzos. Esta es la verdad, y lo demás son *pamplinerías* y armas al hombro.

—Naturalmente, si se prescinde de la Providencia, el mundo se convierte en un país de salvajes.

—Yo acato sus leyes, querida tía: pero Dios ha dicho siempre al hombre: «Ayúdate y te ayudaré.»

—Y ha dicho también otras cosas.

—Muchísimas, ya lo creo. Pero volvamos á nuestro cuento: aquí lo esencial es saber si yo he seguido sus consejos, si usted está satisfecha por su parte y si le agrada la elección que acabo de proponerle.

—Esos ya son otros cantares. En esta manera de hablar reconozco al hijo de mi hermana, y los consiguientes respetos que deben guardarse á las personas mayores. Te diré, pues, que en esa elec-

ción encuentro ciertos puntos oscuros... pero ya aquello pasó, y como la mayor culpa estuvo de tu parte y ahora se borra en cierto modo con este nuevo estado, no conviene hilar muy delgado, sino desear que te formalices por completo y hagas un buen padre de familia.

—Amén.

—Broméate, que algún día te acordarás de mis palabras—repuso doña Escolástica con un tono tal de profunda convicción y amenaza proféticas, que tentó la risa de su sobrino; pero pudo reprimirse y responder, aunque con la boca llena:

—Soy el primero en desearlo, créalo usted, porque me conviene.

—Pero, oye, oye, ¿es cosa ya decidida eso de la elección?

—Dos meses voy á darle de término á mi novia para arreglar los papelotes y prepararse... á bien vivir. Me parece que será bastante. Soy yo muy ejecutivo, como usted irá viendo.

—No, no, ya lo veo; si es que llevas eso adelante.

—Diríase que duda usted de mis palabras.

La tía, que tenía en este momento el vaso del agua entre los labios, movió la cabeza al dejar de beber, como negando que dudase, y una vez enjugados los labios con la servilleta, contestó con viveza:

—No es que dude de tus palabras, no señor, sino que á veces las cosas no salen á medida de nuestro deseo.

—En resumidas cuentas: que á usted le parece bien mi elección ¿no es eso? pues lo demás... déjelo usted correr, que ello vendrá.

—Dios mediante, todo llega y todo se pasa en este mundo.

Callóse Marrodán y arremetió con los postres. Le removía un poco la bilis este espíritu de contradicción, estos peros y distingos que había de oponer doña Escolástica constantemente á las menores y más corrientes afirmaciones. Y á pesar de eso, aquella noche, como una de las mejores, durmió muy á su satisfacción.

VI

Resuelto en su primera y principal parte uno de los problemas que más preocupaban á Marrodán por aquellos días, vino á aguar un tanto esta satisfacción la resolución que había de dar al segundo, representado por los gastos de la nueva casa. En menos de cuatro meses se le habían ido unos cinco mil duros próximamente, y se hallaba en los comienzos, dispuesto á desembolsar otros tantos de continuar los trabajos, cumpliéndose una de las obligaciones del contrato. Mal aconsejado por el demonio de la vanidad, en cuanto llegó á Argandoza quiso realizar una gran empresa, levantar una casa que pareciese un palacio, sin calcular las consecuencias. ¿Qué podría rendirle con el tiempo aquella magnífica propiedad urbana, aun cuando renunciase á disfrutarla? difícilmente habría de percibir un dos ó tres por ciento, contando con los nuevos gastos de contribución y de sostenimiento. En esta parte, á pesar de su falta de experiencia en los negocios, no consultó con

nadie, ni aun con el amigo Reinoso, que de todo entendía un poco. Y lo que sucedió era lógico: al presentarse al arquitecto con semejantes proyectos y su aire de potentado creyó éste adivinar en Marrodán á uno de esos hijos mimados de la fortuna que tornan de América, atiborrados de dinero y llenos de caprichos. De modo, que si el trazado y coste de la obra debía llegar poco más ó menos á unos veinticinco ó veintiocho mil duros, pensó para sí el arquitecto que bien pudieran estirarse á treinta y dos mil, sin grave detrimento del bolsillo que lo pagaba.

Transcurridos ya cinco meses, muy adelantada la obra, y en vísperas de formalizar sus relaciones con Patrocinio, hallábase Marrodán con su carro metido en un pantano, vacilante y pesaroso de lo hecho, sin saber qué partido tomar para salir del apuro. Porque realmente, de continuar los trabajos tan activos de la edificación, cabía asegurar que enterraba en ellos su capital enterito, y verdadero. No era esto solo un mal negocio, sino una grandísima equivocación que no debía escapársele á cualquier mediano inteligente en empresas de esta índole. Comprendió, pues, su error, aunque tarde. Ahora, lo acertado sería el consultar con alguna persona práctica que le iluminase y le sacara de este mal paso. ¿Pero á quién se dirigía con una embajada como ésta? Para nuestro vanidoso Marrodán lo más sensible era el confesar su equivocación, y por ahí debía

empezar en todo caso. Obligado, por lo tanto, á declarar parte siquiera de ella, una mañana que halló á Reinoso por la calle, lo citó para el día siguiente que era domingo. Lo esperó en su despacho á la hora señalada, y en efecto, minutos después se presentaba á su vista con su ordinario aspecto de hombre servicial, incansable y activo, que no desperdicia ocasión de ganarse una peseta.

—A la orden, señor don Fernando—saludó sonriendo y quitándose el sombrero.—Con que buenos y santos días.

—¿Cómo va, amigo Reinoso? Siéntese usted y hablaremos.

—Con su permiso. Pues usted dirá.

Marrodán cerró la puerta del despacho, hizo sentar al corredor en una de las butacas de reps que había á su izquierda, y él se acomodó en la otra más próxima como para dar anticipada idea de lo que iba á tratarse, negocio trascendental y dificultoso que debía discutirse á puerta cerrada.

—Bien dice el refrán, amigo Reinoso, que el hombre propone y el de arriba dispone; porque yo me proponía echar raíces en mi tierra, fincar un poco, cuidar tranquilamente de lo mío; pero veo que las cosas lo disponen de otro modo. Veo que aquí la vida es bastante cara, aunque no tanto como en América, y el que ha de sustentar una familia necesita menearse y trabajar todo lo que pueda para buscar la santa peseta, ¿no le parece á usted?

—Soy de la mismísima opinión, señor don Fernando. Tiempo habrá para descansar cuando uno se muera y estire la pata. Aquí me tiene usted á mí terne que terne con mis cincuenta y nueve y pico por delante. ¿Cree usted que aunque fuera rico, que no lo soy, me jubilaba? ¡Quiá, quiá, de ninguna manera! No quiero jubilación, ni pizca. A trabajar.

—Pues es el caso, que con esa idea que me calentó los cascos, emprendí los trabajos de la casa del paseo de los Mártires; y ahora, si he de decirle la verdad, estoy algo arrepentido. He gastado en ella bastantes pesos duros, amigo Reinoso, y el dinero que se vá... ya no vuelve.

—Ha gastado usted... ¡y lo que te rondaré!

—Pues eso precisamente es lo que me pone de mal humor, porque aunque la casa será de dos pisos y no muy grande, faltan cuando menos dos partes para su conclusión. ¡Y figúrese usted la dinerada que habrá que soltar antes de que yo vea el tejado!... Verdaderamente, que si hubiera algún medio práctico de recoger velas y traspasar á otro los gastos, crea usted que lo pensaría. Esto es lo positivo. Y usted en mi lugar, ¿qué es lo que haría, amigo Reinoso? Usted que es hombre de experiencia...

—Una vez metido en harina, no hay más remedio que *apencar*, por lo que diré después. Yo *apencaría*, y adelante con los faroles; quiere decirse, que aunque sea mermando los gastos, qui-

tando de aquí y de allá, concluiría la casa, y una vez concluída á mi gusto, buscaría una persona de posibles que le acomodase, que no había de faltar.

—¿Y usted cree que eso sería fácil?

—Muy fácil, muy fácil, no; pero posible, sí. Mire usted, don Fernando: cuando compró usted los terrenos, no dejaría de haber una persona, de esas de pocos ánimos que miran setenta veces al cielo antes de salir de casa, que pensaría para sí: «¡Canástolis! El caso es que esos terrenos los hubiera comprado yo porque me convenían para esto, ó lo otro, ó lo de más allá.» Esto es lo que sucede. Pues bueno, la dificultad consiste tan sólo en dar con esa persona y decidirla á la compra. Más de dos y de tres maestros de obras sé yo que han hecho un bonito negocio con estos traspasos.

—Comprendo muy bien el negocio cuando se trata de casas baratas, de tres ó cuatro pisos, con muchas habitaciones, pero esta mía que carecerá de esas condiciones....

—Con más ó menos dificultad todo se despacha en este mundo; lo barato y lo caro. Que la casa sea bonita, señor don Fernando; que yo me encargo de buscarle pretendientes á la novia. Y no le faltarán, créalo usted.

—Usted encuentra fácil y hacedero este recurso, pero... no sé por qué se me figura que en una población como esta deben andar muy esca-

sos los buenos compradores. Se observa además bastante paralización.....

—No señor, no; ya se irá usted fijando. Aquí no nos meneamos mucho ni salimos de nuestro paso; pero se adelanta, se adelanta.

—Y no me ha dicho usted todavía el por qué había de desecharse desde luego la idea de cierto traspaso.....

—A eso voy. En primer lugar, no sería negocio; y después no causaría buen efecto entre las personas que le conocen á usted la suspensión de las obras por cualquier motivo que fuese. Vería usted lo que la gente decía... Quiá, quiá, no le conviene á usted de ninguna manera.

Mientras hablaba Reinoso, levantóse Marrodán de la butaca, y alcanzó de un medio estante colgado, donde había libros y otros enseres, una cajita de madera de la que sacó dos cigarros puros de excelente traza, color y aroma.

Alargó uno de éstos al amigo Reinoso, y en seguida encendió el otro, invitándole á que hiciera lo mismo; pero contestó que con su permiso se lo guardaba como extraordinario para el final de la comida. Marrodán continuó la conversación de pié:

—Comprendido. Tiene usted razón, no era negocio. Ahora otra advertencia, aunque esta sea inútil, tratándose de una persona tan discreta y honrada como usted; desearía que se reservara usted lo hablado entre nosotros, y que

por lo tanto no trascendiera de puertas afuera.

—Eso de contado, sí señor. Pero descuide usted, que por mi parte nadie ha de saber de esto ni pizca.

Marrodán acompañó á su nuevo consejero hasta la puerta de la habitación, pero al llegar al pasillo, bajando éste la voz, le preguntó con mucho interés:

—Y de aquello, ¿qué hay? ¿marcha bien la cosa? Porque ya sabe usted, como le dije hace tiempo, que contamos con un personal de primera clase.

—Va perfectamente, muy bien—contestó aquél cayendo en seguida en la cuenta.—Nos hemos entendido á las mil maravillas; y tanto es así que de aquí á dos meses, según mis cálculos, habrá un día de gala, una fiesta de toda solemnidad, con misa de tres en *ringla*, pero entiéndase, para este cura.

—¡Canástolis! me deja usté... me deja usted... —parecía que se le atragantaban las palabras.

—¿Cómo le dejo á usted, amigo Reinoso?

—¡Hombre, chasqueado, chasqueadísimo! porque yo creí que la cosa iba para largo y que daría tiempo para que usted viniera á vistas.

—No, amigo Reinoso, no son estos negocios para andar todos los días de vistas. Con esta ó con ninguna, pues yo me conozco y como soy un poco zurdo si empiezo á izquierdear... no sé á dónde iré á parar; que no se me enrede la madeja, porque si se me enreda una miaja pego

un bote y no me ven ustedes el pelo en esta tierra lo menos en veinte años.

—Eso no, don Fernando, de ninguna manera. «Con mal ó con bien á los tuyos te ten,» como dice el refrán.

—Pero cuando los míos no me quieren...

—Hombre, habrá de todo. Ya sé que nuestros paisanos son muy particulares, y á lo mejor tanto monta arriba como abajo, quedar bien como quedar mal; pero vamos, no todos son así y aquí hay mucho corazón y cuando se quiere de verdad, se quiere.

—Por mi parte debo haber perdido los memoriales de todo eso, y yo hablaré de la feria según me vaya en ella. Habrá aquí muy buena gente, como usted dice, y mucho corazón. Bien; pues yo voy á danzar un buen rato en el corro. Y á ver si nos encontramos por ahí.

—Se encontrarán, no lo dude. Con que usted me mande, señor don Fernando.

—Igualmente, á su disposición, amigo Reinoso. Ya nos veremos.

Después de cerrar la puerta de la habitación oyó Marrodán los pasos de gata de doña Escolástica, que sin duda se habría asomado al pasillo al olor de la conversación con Reinoso, y se retiraba disimuladamente hacia algún escondrijo.

«Pero qué curiosona es mi señora tía,» pensó para sí el sobrino, «y cómo se relamería la *indina* de que yo le contase de pe á pa lo hablado con el

otro; pero por lo mismo no ha de saber nada; que se contente con el olor.»

Reflexionando luego en su despacho sobre las palabras de su consejero, comprendió que había cometido una pifia mayúscula, puesto que en realidad aquello de la casa nueva con apariencias de palacio y jardín á la inglesa y escalinata de mármol, podían convenir al dueño de un capital de doscientos mil duros, pero de ningún modo á un señor Marrodán que no era millonario ni muchísimo menos. Pero ya no tenía remedio y debía seguir adelante y pagar los trabajos conforme fuesen venciendo los plazos, lo cual le producía un ansia indecible de acabar la obra para salir cuanto antes de aquel mal negocio. Iba todas las mañanas al paseo de los Mártires, á ver lo que se adelantaba, y algunas veces, tal era su impaciencia, habría cogido de muy buena gana una vacía de yeso ó media docena de ladrillos y se hubiera puesto á trabajar como un simple peón para animar á la gente y acabar antes. Hasta le parecía que intencionadamente aquello se eternizaba y que los peones todos se habían confabulado con los *paletas* y el aparejador, y quién sabe si con el propio arquitecto para que no viese el remate de la casa.

A Patrocinio no le indicó nada de esto, ni con reserva ni sin ella, pero no dejó de influir algún tanto en su ánimo para la determinación de última hora de lo que había hablado á Reinoso como

asunto decidido. Involuntariamente pensaba en los ahorros de la maestra y en la renta anual de sus dos casitas que quizá vinieran algún día en su ayuda. Y no porque Marrodán fuese hombre interesado, ó avaro, ó de cálculos ruines y mezquinos, sino llevado de sus impresiones y por la adversión ya fatigosa que le inspiraba el consabido mal negocio.

En estas andanzas y temores se pasó el mes de los preparativos y llegó Febrero, que era el señalado para los grandes acontecimientos: por un lado la realización de su antiguo compromiso con la maestra, tan ardientemente deseado por ella; por el otro, la entrega del tercer plazo para los trabajos de la casa nueva; después su entrada en la política militante presentándose como aspirante á la representación de algún distrito de la provincia en las primeras elecciones que hubiera; después, el negocio de la venta á la conclusión de las obras, que no era sólo para encomendarlo á buenas y expertas manos, sino negocio también de suerte el tropezar con una persona rumbosa y caprichosa; y en último término, su ansiada ascensión á aquella inconmensurable escala social en cuyo remate brillan las estrellas de primera magnitud, los grandes estadistas, los egregios patricios, los oradores ilustres, los insignes hombres de ciencia, las altas personalidades del arte y de las letras, escritores y artistas eminentes que forman por sí solos la representación más

viva y luminosa de la patria. Y pensando y soñando con esto, creía Marrodán que si llegaba á ser diputado al fin iría á parar al *pozo grande*, es decir, á Madrid, porque Argandoza era escenario pequeño para una figura de alguna magnitud. Como cualquier cosa dorada brilla mucho más, era evidente á su juicio que para tamaña empresa se necesitaba bastante dinero, y entonces caía de nuevo en el tormento de aquel pésimo negocio de la casa y el dinero gastado en ella, que Dios sabe cuándo volvería á su bolsillo. Ciertas cavilaciones no pueden menos de salir al rostro, y Patrocinio fué la primera que observó en el de su novio aquellas momentáneas sombras que de vez en cuando le oscurecían.

A pesar de no sospecharse cosa buena, no se atrevió la maestra á preguntarle la causa de no charlar tanto como antes, ni mostrarse de tan buen humor y venirse con aquella cara de traidor de comedia ó de conspirador barato. Hasta llegó á imaginar la pobrecilla, conociendo la variabilidad del sujeto, que allá en sus adentros quizá se sintiera algún tanto arrepentido de haber andado tan deprisa en aquel asunto. Tampoco se sentía con fuerzas para llamar la atención de su novio acerca de este nuevo caso de conciencia amorosa y facilitarle la salida del laberinto, porque á su carácter leal y generoso debía repugnarle firmemente todo lo que no fuese afecto verdadero, inclinación y buena voluntad. De mala gana

y como por obligación no quería nada, ni áun el agradecimiento. Y todo esto en vísperas de boda, á mediados de Febrero. Realmente era inexplicable. Patrocinio pasó quince ó veinte días malísimos, entre sospechas y temores, sin el valor suficiente para protestar y menos para renunciar á aquel hermoso sueño, acariciado durante cinco años, en el momento preciso en que lo veía más próximo á realizarse.

Por fortuna, en estos preparativos imprescindibles, halló Marrodán un motivo de satisfacción que le aligeró en mucha parte de aquel peso moral, representado por la casa, tragándose su capital día por día. Fué este motivo el ofrecimiento de don Cirilo Ximénez de Orús, antiguo diputado y gobernador en la época de González Brabo, que había sido condiscípulo y después buen amigo del padre de Marrodán, en cuya librería hablaron mil veces de política, porque ambos eran personas de orden, moderados recalcitrantes y admiradores incondicionales del Duque de Valencia. Al observar ahora á nuestro Marrodán en el buen camino, afiliado al partido conservador, había sentido don Cirilo renovarse por el hijo las simpatías que tuvo por el padre, y le ofreció primeramente su casa al reconocerlo en el Casino, y después el ser padrino de su boda, en el caso de que le faltara una persona de su familia más íntima y allegada. Siendo este don Cirilo Ximénez, un caballero estimadísimo y de cierto viso en la

poblacióu y áun de influencia en su partido, era muy de agradecer su ofrecimiento, y á Marrodán le pareció de perlas, por lo cual aquella misma noche se lo comunicó á Patrocinio con tanta animación y tan satisfecho, que no dejó de chocarle á la misma. El motivo no era para tanto; pero como desde entonces empezó á traer mejor cara y buen humor, también á la maestra se le disiparon las negruras de los pasados días y se creyó más dichosa al considerar que no eran las causas de la preocupación de Fernando las que ella estimó como tales al principio.

Por fin, la hora feliz llegó á su tiempo, después de dos meses de preparativos, el día 28 de Febrero. Una semana antes había dado parte oficial de este suceso á sus amigos y correligionarios, á su padrino, á los señores de Villacastín, á Reinoso y á todo bicho viviente que le saludaba una sola vez en la calle, pues de seguir sus impulsos hubiera hecho lo posible para que su casamiento fuera un verdadero acontecimiento en Argandoza, y qne hasta los perros hablaran de esto a su modo y manera. Patrocinio, á quien, Marrodán ponderaba estos preparativos, le recordó aunque indirectamente con mucho mejor sentido, su orfandad, su historia y los antecedentes que mediaban, para darle á entender que en realidad no había fundamento para tanto ruido. Su felicidad, y era natural que él se la desease, se hallaba muy completa en la sencillez de esta fiesta de familia;

y no le dijo que todo excesivo aparato era ridículo, como así lo creía, sino que no merecía una simple maestra las demostraciones ostentosas y públicas debidas á una señora principal ó de la aristocracia.

—Tan digna eres tú de esas demostraciones, como la primera—afirmó Marrodán arrastrado por la pícara vanidad, una tarde que se hallaban en la salita de la calle de Olmedo.—¿Serás tú menos acaso que la condesa de Cifuentes?

—Ya lo creo. Alguna diferencia hay de ella á mí.

—Ninguna, absolutamente ninguna. En estos tiempos democráticos ya no existen clases.

—Desengáñate, Fernando, siempre las ha habido y las habrá siempre en el mundo. Recuerdo que mi maestro don Anselmo decía que no era la igualdad la ley de la naturaleza humana, sino más bien la desigualdad. Nunca verás dos hombres iguales, ni en saber, ni en virtud, ni en talento.

—Valientes ideas te ha metido á ti en la cabeza el bueno de don Anselmo! Creí que el amigo era un poco más liberal.

—Pues liberal conservador era como tú, si no me engaño.

—Me parece que te engañas y que tira más bien á oscurantista. De todos modos en esta parte no estamos conformes. Y ahora, lo que observo en todas estas cuestiones, es que yo me crezco y tú te achicas.

—Será ese mi carácter; pero también te digo que hay tiempo para crecerse. Además, cuando yo sea tu mujer, si creces y subes mucho, yo sabré crecer á tu lado, y si te nombran archipámpano de Sevilla, por ejemplo, yo iré contigo y seré con mucho gusto archipampanesa.

—Pero si á ti no te gusta la política ¿cómo lo vas á arreglar?

—No importa, ya me darás tú algunas lecciones á ver si le cojo el gusto. Pero te advierto que si te ganas un buen destino, no me gusta estar solo á las duras, como en otro tiempo, sino también á las maduras.

—Miren por dónde respira ahora la señora maestra.

—Por donde respiráis siempre los políticos: por chuparos una buena breva.

—Hay clases, señora mía, hay clases; porque no todos buscan únicamente la breva, sino el bienestar y el progreso y la prosperidad moral y material de su país.

—¡Hola! ¿con que hay clases, señor liberal?—repuso ella con tanta oportunidad y tal gracia, guiñando el ojo, que Marrodán, en vez de amoscarse, se rió como un chiquillo cogido con el hurto en las manos, y fué directamente á abrazarla.

—¡Qué lista! ¡pero qué pronto las pesca!...

—No, no, Fernando, formalidad. Mira que está ahí cerca la señora Águeda y pudiera...—le dijo retrocediendo paso á paso hasta uno de los ángu-

los de la salita; pero él la siguió como pobre porfiado y la estrechó cariñosamente, y áun trató de besarla al mismo tiempo que repetía:

—Anda, ingratona, que bien te has burlado de mí. ¿No me he de cobrar en algo?...—Después, con algún sobrealiento, desordenado un poco el cabello, con las mejillas sonrosadas, y los ojos brillantes como iluminados por el dulce amor que que ardía bajo su pecho, Patrocinio le decía á su novio:

—Otra vez no me cogerás aquí sola, no; te recibiré en el gabinete ó en el saloncillo, delante de las niñas. Ya conozco tus mañas.

Seguidamente despidióse Marrodán, riéndose, y se encaminó al Casino, muy contento, como el que acaba de resolver un problema bastante difícil y cuenta con descansar muy tranquilo, sin tener que madrugar al día siguiente. Los que faltaban para llegar al 28 se pasaron con pasmosa velocidad, según sus cálculos, porque aún le quedaban que perfilar algunos pormenores y hasta formalidades imprescindibles en estos casos. Siguiendo la costumbre de sus padres, quiso Patrocinio que la misa, con todas las demás menudencias de la ceremonia, fuesen por la mañana, lo más temprano posible. Por lo tanto, vióse Marrodán en la precisión de madrugar para vestirse con algún esmero y acudir á la iglesia, seguido de doña Escolástica, dos parientes de los más cercanos, su padrino, el señor Orús, y dos ó tres ami-

gos de los que trataba con mayor intimidad en el Casino. Pero la novia había madrugado más todavía, y cuando ellos entraron en la sacristía ya la vieron en medio de un grupo de señoras: dos primas hermanas de su madre, su antigua profesora de dibujo y una amiga de la vecindad, que ya se conocían y trataban de antiguo: Hallábanse también á su lado dos caballeros cubiertos con grandes capas de paño azul y sombreros de copa que guardaban en las manos, sombreros enormes que por su hechura y pelaje debía remontarse la fecha de su primera armazón al año 55 ó poco menos. Los dos peinaban canas, y el más joven y de mejor ver era además administrador íntegro y solícito de las dos fincas urbanas que poseía su sobrina. Esta, por su parte, se hallaba en aquel momento más pálida que de costumbre: pero vestida de negro con falda de seda, mantilla nueva de encaje, guantes de color claro, muy bien peinada, se veía realmente favorecida, personificando á su manera el tipo de la novia, es decir, de la mujer elegida, fresca, candorosa y simpática, doblemente interesante por su juventud y por su belleza.

Esta figura esencialmente femenina, con su habitual sonrisa y sus ojos vivaces de colegiala, no disonaba, sin embargo, al lado de Marrodán, de mayor talla y corpulencia, moreno algo tostado, con su bigote de engomadas puntas, su cabello negrísimo y crespo, bien arreglada la barba, con

su cabeza un tanto erguida de tribuno, vestido de levita negra, con el aire y el empaque y la serenidad de un señor Gobernador que va á tomar posesión de su cargo. En su fuero interno hubiera querido que aquella modesta parroquia de San Lamberto se transformara de repente en la anchurosa nave central de la catedral en medio de la solemnidad de la misa mayor, con la asistencia nnmerosísima de los fieles que á esta hora se congregan, para que el gran acontecimiento de su boda, se difundiera por los ámbitos todos de la población y en todas partes se supiera, y se comentara. Para este caso de que lo más mínimo y particular fuese público, había reservado doce onzas de oro, que oportunamente salieron á relucir cuando la presentación y entrega de las arras. Acabada la ceremonia, testigos y convidados se dirigieron en diversos grupos á casa de la novia, donde se les sirvió un suculento chocolate, y un vaso de leche, acompañado de bizcochos, roscones, tortas y otras apetitosas golosinas. Repitiéronse de nuevo las enhorabuenas y felicitaciones, quedando citados allí mismo, excepto los hombres de la capa azul, para la una y media que sería aproximadamente la hora de la comida. Estos hombres de la capa azul, parientes de Patrocinio, se excusaron de asistir por sus particulares ocupaciones; pero ya se echaba de ver en sus cataduras de artesanos sencillotes que no habían de estar muy á sus anchas en medio de tanto señorío.

Comprendiéndolo así Patrocinio les rogó que vinieran á cenar con ellos cuando menos, en día tan señalado como aquel, pues lo harían en familia sin más convidados ni testigos.

—Bueno, mujer, bueno; ya veremos si se puede—contestaron uno y otro; pero ella les esperó desde luego.

A la una y media de la tarde, volvieron, pues, á reunirse en casa de Patrocinio la mayoría de los asistentes á la misa, y poco después empezó la comida sin incidente ni peripecia digna de referirse. Por fortuna era el comedor espacioso y dos mesas unidas, cubiertas por largos y blanquísimos manteles, bastaron para que todos se colocaran desahogadamente, comenzando por el señor Ximénez de Orús, que ocupó la cabecera, al lado de doña Escolástica, la de más edad y más allegada al novio por su parentesco. Abrieron la marcha del festín dos soperas enormes, llena la primera de dorado arroz y la segunda de sopa de pan con rajas de huevo duro por encima salpicadas de azúcar y canela al estilo del país, dispuestas como todo lo demás por la inteligente señora Joaquina, que era la llamada por la familia para estos peliagudos lances. Después vinieron, como frito, croquetas sabrosas de picadillo, dos anchas fuentes de exquisito lomo, unas anguilas en salsa que era de lo más fino en pescado que pudiera apetecerse, cordero en pepitoria y unos pollos asados que parecian haberse cebado con trigo

puro ó más bien con manteca y leche, según la delicadeza, blancura y buen gusto de sus carnes. Manzanas en compota, cabello de ángel, dos riquísimos flanes y una gran fuente de natillas, hechura de la cocinera, además de las camuesas y uvas negras y moradas, frescas y apetitosas todavía, componían con otras diversas pastas y dulces finos, los postres que se presentaron en la mesa. Pero la novedad para cierta parte de los convidados y áun de la misma novia que nunca lo cató, fueron tres grandes botellas de *champagne* legítimo que se abrieron luego entre la algazara y la animación, las risas y las voces de los que levantaban la copa dispuestos á alegrarse un poquillo. En aquella época era indiscutible la soberanía del *champagne* en toda solemnidad pública y privada. Le hubiera parecido desde luego á Marrodán que su boda se igualaba con la de cualquier menestral por lo cursi ó modestísima si después de los postres y la charla de los comensales no se oían de pronto los taponazos de las botellas. Hoy día, gracias á la baratura y á la falsificación de tanto *champagne* insípido como se expende, que no tiene más que ruido, aquella indiscutible soberanía ha venido muy á menos. Subieron de punto, como iba diciendo, las voces y las risas de los convidados y fué éste el momento histórico de los brindis, de las indirectas, de las frases de doble sentido y de las oportunidades y ocurrencias de los marru-

lleros que usan y abusan de su derecho; derecho que se apoya quizá en lo extraordinario de la fiesta y en el razonamiento de aquel viejo verde que decía á su pareja de baile: «Hay que aprovechar la ocasión, amiga mía, porque ya no se divertirá usted en su vida de más joven.»

Fuera de estas licencias... prosaicas más bien que poéticas, no hubo que lamentar ningún incidente ni *quid pro quo* desagradable para los novios y convidados. A media tarde aún seguían los caballeros de sobremesa fumando y discutiendo de política, mientras las señoras se solazaban revisando los trapitos nuevos de la novia, las faldas de seda, los pañuelos bordados de Filipinas, los espejitos de marfil de diversas formas para el tocador y otros dijes y caprichos regalados por Marrodán como prueba de que nunca, por lejos que estuviera, le había olvidado. Por fin, antes de oscurecer empezó el desfile de todos ellos y se renovaron, como era natural, las felicitaciones y los deseos de ver colmada su dicha, que para ser completa debía coronarse con una hermosa y dilatada prole. Embutido todavía en su levita y en su camisa de cuello alto, Marrodán contestaba á estas alusiones y bromitas de buen género con largas sonrisas y cabezadas de satisfacción, estrechando calurosamente la mano de sus amigos. Algo más sensible que su marido, Patrocinio, en medio de su regocijo, no podía ocultar al observador que estudiase su semblante algo más arre-

batado que de ordinario, el rubor y la confusión que le producían inevitablemente ciertas intencionadas frases y ciertas miradas de ávida curiosidad, que debían tener para ella la procacidad burlona de las de Mefistófeles en presencia de Margarita.

Encendidas ya las luces, pasaron á darle la enhorabuena dos familias conocidas de la vecindad y en compañía de éstas salieron luego á respirar y á estirar un rato las piernas, puesto que el ambiente no era desapacible como suele serlo en aquellas tardes frías y ventosas de Marzo. Después, al volver los novios á su casa, ya se encontraron con los hombres de la capa azul, tan exactos y complacientes como de costumbre; pero áun así y todo, hubo que retrasar la cena hasta las diez, hora en que se sentaron de nuevo á la mesa, con deseos más bien de descansar que de satisfacer su apetito. Había, sin embargo, que cumplir con los parientes y dar buen ejemplo, probando de todo un poco, aunque no fuese más que un simple bocadillo. Marrodán sacó unas cuantas botellas y entre éstas, una de un vinillo añejo de Cosuenda, que era una delicia y de calidad tan milagrosa que al que probaba de él, cerrando los ojos, le quitaba inopinadamente veinte años de encima. Alegráronse, pues, unos y otros; bebió Patrocinio y hasta doña Escolástica se echó dos copas entre pecho y espalda, según su frase, y se puso tan risueña y tan otra, sin ceño ni arrugas, que en

efecto parecía haberse rejuvenecido. Sólo se turbó un poco cuando le aseguraron que habían dado las doce de la noche. ¡Santo Dios!... ¿pero era verdad? Más de la media noche y fuera de su casa todavía!..... «No pase usted cuidado, querida tía,» le contestó Marrodán; «aquí estamos nosotros para acompañarla y aún llevarla en volandas, si es menester.» A pesar de esta cariñosa advertencia, desde aquel momento se manifestó un tanto inquieta, dirigiendo al reloj del comedor rápidas y frecuentes miradas. Conociólo en seguida Patrocinio y fue la primera que dió la orden preventiva de marcha, porque no iban á pasar la noche charlando como cotorras, por dulce y agradable que fuese esta charla.

Levantáronse los caballeros, se abrigaron las señoras, recobraron los parientes sus viejas y cumplidas capas, y todos reunidos, se encaminaron hacia la calle de la Cruz donde vivía doña Escolástica. Despedidos aquéllos á la misma puerta, subió la primera Patrocinio y detrás Marrodán dando el brazo á su señora tía, con la que guardaba siempre esta atención, pues algo había de pegársele al fin y al cabo después de andar tanto tiempo entre gente fina. Conocía ya Patrocinio la casa toda y el gabinete de su marido con aquella amplia y hermosa alcoba recién estucada, donde se alzaba á uno de sus costados, cubierta por rica y blanquísima colcha, la cama de matrimonio maciza y dorada, con el brillo y la

fascinación del mueble nuevo. La conocía como su propio dueño, y sin embargo, no pudo reprimir cierto movimiento de inquietud y de zozobra, igual que si entrara en un palacio encantado ó en una de esas casas antiguas que el vulgo señala con terror como morada de duendes y aparecidos. Así es, que á los primeros pasos que dió por dentro, se acercó á doña Escolástica y le acompañó hasta el comedor, dándole el brazo para que se apoyara; pero en realidad, porque era ella la que se sentía necesitada de apoyo y de protección. Entrando en el comedor, rogóle la tía que cogiera el quinqué y lo levantara hasta cierta altura, para que se viese claramente la hora en el reloj. Señalaba la una y media de la noche. ¡Vaya una hora de retirarse! de fijo que aquella bendita noche se la pasaba en claro por ser tan tarde y no poder coger el sueño. Al bajar la vista se fijó en el semblante pálido de su nueva sobrina y en sus dulces ojos negros, que la miraban con significativa fijeza, como los de un niño que espera algo prometido, ó no quiere quedarse solo. Doña Escolástica no era tonta, ni áun distraida, y cuando observó que Patrocinio la seguía por el pasillo hasta su cuarto, comprendió que su egoismo de viejo tenía que hacer algún sacrificio, y que era la única mujer á quien aquélla podía mostrarse y confiarse con su natural pudor y sus timideces de novia en aquel solemne momento. Quitóse, pues, los guantes y la toquilla negra de lana, y luego el grueso

mantón de abrigo, y se sentó al lado de Patrocinio que acababa de apoyarse maquinalmente, cansada como estaba, en el filo de la primera silla.

—Aquí estás como en tu casa, hija mía—le dijo afectuosamente—por consiguiente, si quieres tomar algo ó te apetece cualquier friolera puedes decírmelo con entera franqueza. Si quieres retirarte á descansar, lo mismo. Te acompañaré á tu gabinete...

En esto se oyeron los pasos de Marrodán que venía deprisa por el pasillo adelante preguntando en alta voz:

—¿Por dónde, por dónde anda mi señora mujer? De charla ¿eh?... ¿Saben ustedes la hora que es? ¿y mi señora tía no se cae de sueño todavía? Miren, miren si es valiente.

Dijo ya esto delante de la puerta donde se detuvo al ver á las dos señoras sentadas. Entonces levantóse doña Escolástica con mucha parsimonia, y apoyada en el brazo de Patrocinio, le dirigió á Marrodán estas sencillas palabras:

—Ahora, nuestro don Fernando se queda aquí haciendo unos cigarrillos, porque en mi cuarto no se permite fumar. Mientras tanto, voy yo con mi sobrina al otro lado, que está bien cansada con tanto tráfago y es hora ya de que descanse...

Algo sorprendido éste al observar los semblantes de una y otra que no aparecían tan risueños como él esperaba, ni mucho menos, se sentó como

por complacerlas en uno de los sillones, y al poco rato volvió á levantarse y á dar unas vueltas por el cuarto. Sin acordarse de la advertencia de doña Escolástica, ya iba á encender un cigarrillo cuando se presentó ésta y le dijo con cierta satisfacción:

—Vaya, ya está tu mujercita acostada, y ahora me toca á mí. Pobrecilla, así, á su manera, es de lo más formal y mirado que conozco. Conque sobrino... á descansar.

Preguntóle éste si necesitaba algo, y deseándole igualmente una felicísima noche, cerró la puerta y se dirigió muy despacio, después de encender un cigarrillo, al gabinete donde descansaba Patrocinio. Acercóse á la puerta que estaba entornada, y á media voz, con la mesura del pretendiente que se detiene ante la mampara de un despacho, formuló su demanda:

—¿Está usted visible, señorita?...

Y en contestación á la pregunta se oyó una voz dulce y trémula de mujer que decía como un niño que llama:

—¡Fernando!

Abrió éste apresuradamente y se dirigió á la alcoba, casi á tientas, puesto que la bujía, con pantalla de color rosa, apenas alumbraba el gabinete; se aproximó á la cama, y apoyando la cabeza en la almohada para estar más cerca de ella, repitió en voz baja:

—Soy yo, soy yo, Patrocinio mía; no tengas miedo.

VII.

Comparada con la casa donde vivía Marrodán en compañía de su tía, la de la calle de Olmedo resultaba necesariamente mucho más pequeña, y no contaba además con una alcoba capaz y desahogada que pudiera contener la cama de matrimonio, con la mesilla de noche, el lavabo y otros enseres de más ó menos precisión. Hubo de ser por esto condición ineludible de la fiesta aquel traslado de domicilio de última hora, con harto sentimiento de la maestra que abandonaba por vez primera aquel rinconcito suyo tan lleno de esperanzas y de recuerdos inolvidables. En los dos meses de preparación que le señaló Marrodán para arreglar sus asuntos, no pudo encontrar una maestra que le tomara el local en buenas condiciones, con todos los trastos nuevos y viejos. Esto le había obligado por el momento á poner en el colegio una sustituta, mientras daba los pasos necesarios á fin de conseguir lo que se buscaba. Al propio tiempo, casi por costumbre, y en

interés del colegio, se iba algunas mañanas á la calle de Olmedo y se presentaba á las niñas, inspeccionaba las labores, observaba la marcha de la sustituta y le dirigía las convenientes advertencias. Solía acompañarla también su ahijada Clarita, la de su hermano Genaro; y no estará demás advertir que Marrodán, cumpliendo lo ofrecido, había presentado por aquellos días al Juez de primera instancia un pedimento, en que le manifestaba su deseo de adoptar como hija á la huérfana de padre y madre, Clara Casañal, por las circunstancias especiales en que se hallaba, pidiéndole, por lo tanto, la debida autorización para el otorgamiento de la escritura de adopción. Así complacía en extremo á Patrocinio, que no hubiera acertado á separarse de aquella mujercita de siete años tan discreta y tan formalita. Cuando después volvían juntas del colegio y Marrodán les veía venir tan deprisa, á la hora de comer, se reía muchísimo de su mujer y le preguntaba si no se había cansado todavía de lidiar con tanta mocosa y tanta hija de su madre. En cambio doña Escolástica elogiaba este interés constante que se tomaba por sus cosas, afirmando que una mujer de su casa debía atender á todo y hasta á lo más insignificante, por aquello de que «un grano no hace granero, pero ayuda á su compañero.» Para el buen observador no carecían de cierta significación estos elogios. Patrocinio se había captado las simpatías de doña Escolástica, respetando sus

rarezas y sabiendo escuchar sus reflexiones y consejos, que eran infinitos, como los de muchas devotas que se creen poco menos que impecables. Reíase su sobrino de algunas de estas ocurrencias... filosófico-morales, como él las llamaba, pero Patrocinio las tomaba en serio, como buena cristiana que era; porque se ha de respetar siempre la intención cuando es santa y buena, aunque se manifieste en una forma prosáica y chabacana.

La acompañaba á la iglesia alguna que otra tarde y le daba el brazo al bajar y al subir las escaleras que se encuentran en los atrios de algunos antiguos templos de Argandoza. Lo que agradecía doña Escolástica esta buena compañía no hay para qué decirlo. Iba tan oronda y tan satisfecha al lado de su nueva sobrina lo mismo que si fuera su propia hija. Dios, que en sus inexcrutables designios le había negado el consuelo de ver á sus hijos hechos hombres y el apoyo de su marido muerto en el cólera del 55, le concedía este inapreciable don de hallar en una persona extraña aquella consideración y aquel natural afecto que son patrimonio exclusivo de la familia. Pudo, pues, por algún tiempo forjarse la ilusión de vivir bien acompañada en el resto de sus días y ser respetada y querida como una verdadera abuela; pero muy pronto le enteró Patrocinio de los nuevos proyectos de Marrodán de actuar como político militante y presentarse diputado por al-

gún distrito de la provincia. Al oir tal anuncio, se le cayó el alma á los pies á la buena señora.

—¿Pero será posible que tu marido vuelva otra vez á meterse en libros de caballería? ¿Tan bien le fué en aquella primera de marras? Pero señor, ¿qué sacarán de la política estos hombres que tienen algo que perder?... Es cosa que no me la explico. Si tú pudieras quitarle de la cabeza...

—Dificilillo va á ser eso, querida tía; porque si á Fernando le da por ahí habrá que dejarlo.

—Tú lo conoces bien: habrá que dejarlo—repuso doña Escolástica poniendo un papelito de señal en un grueso tomo en pasta del *Año cristiano* que acababa de cerrar al entrar Patrocinio en el gabinete.—No habrá quien lo apee de su burro, tienes razón. Pero mira, si yo estuviera en tu pellejo, con mucha monita, le había de hacer entender los perjuicios que trae para una casa eso de andar siempre en belenes, en viajes y en dejar uno sus obligaciones por hacer el fantasmón. Que será diputado. ¡Mire usted qué prebenda! Cualquiera creería que por ser diputado se iba á embolsar tres ó cuatro millones. Y lo que sucederá, será todo lo contrario: que le costará algunos disgustos y bastantes cuartos. Eso como si lo viera.

—¿Y qué le va usted á hacer, si son hombres ya formales.....?

—Pues yo te diré. Mi difunto Casiano, tenía como único defecto, la manía de la *juguesca*: que él á la treinta y una, que él al guiñote, que él al

mús, que él á la lotería del Gobierno... allí donde hubiera juego, no quería más. Se pasaba las tardes en la trastienda del droguero, que era vecino y amigo, y tan guapamente! La familia que se pudra y que tenga paciencia. Yo le predicaba á todas horas, pero ¡que si quieres!... hasta que un día me enfadé de veras y le dije que tendría en mí una servidora, pero de ningún modo una esposa complaciente y... demás. Mi enfado duró muchos meses, un año y pico de mala cara. Y al fin conseguí quitarle el vicio; y únicamente los domingos nos reuníamos por las noches algunos parientes y amigos antiguos, y jugábamos á la lotería. Pero fuera de casa, ni un ochavo.

—Fué una satisfacción para usted ese triunfo. Pero aquello era un vicio y tenía usted la razón de su parte; la política es otra cosa.

—Sí, otra cosa peor—repuso doña Escolástica con súbita vehemencia.—La política no ha servido nunca más que para desmoralizar á los pueblos, á lo menos en España. Prueba al canto: por un compromiso de familia tuvimos oculto en casa el año 58 á un señor militar que andúvo en varias jaranas políticas y venía comisionado de Francia para... ¿para qué dirás tú?

—¡Quién sabe! Difícilmente lo acertaría.

—Pues venía para entenderse secretamente con algunos jefes del ejército y ver el modo y manera de que se sublevasen contra la Reina. A unos les daba dinero, á otros les prometía grados, y á

todos ares y mares. En pura plata: venía á corromper el ejército y á hacer malos á los buenos.

—Ellos dirían que era trabajar por su causa.

—Mala compostura tiene eso, chica. La causa podrá ser la que quiera, pero si los medios son abominables las consecuencias tienen que ser pésimas, no hay remedio. ¿Y en las elecciones? ¿qué es lo que pasa en las elecciones?

—Vamos, tía, que sabe usted tanto de política como mi marido.

—Ya lo creo. A tu marido se las he tenido tiesas muchas veces. Estoy enterada de *muchísimas* cosas, pero de muchas. ¿Y cuándo se fué por primera vez á Madrid?... yo ya se lo dije; tanta falta haces tú en Madrid como los perros en misa. Y lo que él hizo ya sonó, pero á hueco. En fin, no nos acordemos de aquello, porque ya no tiene remedio. Y vengamos á lo de hoy.

—Por lo que veo, querida tía, ni los desengaños, ni los malos ratos, ni las desazones curan á los hombres de sus monomanías. A Fernando le ha dado por ahí y él cree que ahora que disfruta de mejor posición que antes podrá trabajar y llegar á figurar en su partido.

—Sí señor, es mi sobrino y lo quiero, y deseo su bien como es natural; pero habrás de convenir conmigo en que realmente hay una monomanía general por la política, y á él le toca también su cacho. Muchos son los que se empeñan en figurar. ¿Y para qué? pregunto yo. ¿Vamos á ser fe-

lices por eso? ¿rebajarán las contribuciones? ¿nos pondremos más gordos?... pues todo lo que no sea para mejorar no merece la pena de tomarse tanto trabajo.

—¿Y las ideas, dónde me las deja usted? le dirán que no va usted más que á lo positivo.

—Pues á eso vamos, á lo positivo, á tener orden, mucha moralidad y buena administración, porque un buen gobierno viene á ser como una casa bien montada que no descuida ninguna de sus obligaciones. Esto es lo práctico y lo que he oído á personas muy competentes que saben algo más que mi sobrino en esta materia.

Al oir tal especie recordó al punto Patrocinio que una tarde, después de la reserva, entraron en la sacristía de San Braulio y se encontraron con dos reverendos padres muy cumplidos y muy afectuosos. Sospechó ella si serían jesuitas y desde luego de muchas campanillas, pues les preguntaron con mucha finura y bastante interés por el señor Marrodán y los demás parientes. Luego su tía se separó de ellas unos pasos y habló reservadamente con los reverendos. A Patrocinio le vino entonces al magín, al recordar esta circunstancia, aquello de «bien decía yo que no eran esas flores de su huerto.» Sin embargo, no lo dió á entender, ni dejó de prestar á su tía la debida atención, contestando á sus palabras con la siguiente frase:

—Naturalmente, siempre hay quien gane á todo.

—Así, pues, los gobiernos para ser buenos deben de ser baratos, y este es el mal del día. Antes, fíjate bien en esto, eran diez, ó doce, ó veinte los personajes gordos que mangoneaban en todo y *arramplaban* con lo mejor. Ahora son ciento y la madre, con todos sus parientes, habientes y paniaguados. Pero como los paganos somos los mismos, de aquí la canción de siempre, la canción que repiten los gobiernos al país: «tú que no puedes llévame á cuestas.» Porque eso se ve bien claro, que con las guerras, las contribuciones y los impuestos estamos ya los contribuyentes con el agua al cuello y el tarquín al ombligo.

Sonrióse Patrocinio, oyendo este pintoresco estilo con que su tía hacía la oposición al gobierno en clase de contribuyente y suspiraba por la baratura de los antiguos, de los cuales no podía juzgar por no conocerlos más que de oídas. Quizá tuviera sobrada razón para quejarse tan amargamente, después de tantas plagas y calamidades como ella hubo de conocer, y quién sabe la forma y el tamaño de las que le tocarían. Viendo, pues, ésta que su sobrina callaba, resumió el debate á su manera: «Lo malo es que no todos saben esto, y mi sobrino es uno de ellos. Por eso lo que podemos hacer es sacar la conversación de sobremesa, á ver por dónde respira, ¿no te parece?

—Sí, que lo va usted á convencer.

—No digo convencerle, pero sería bueno que nos oyera, que supiese lo que opina su mujer y

lo que cree su tía, que pocas veces se engaña.

—¿Pero no hemos quedado muchas veces en que las señoras no deben tener opinión política? ¿qué caso va á hacer de las nuestras?

—Si no es eso, mujer, no es eso. Aquí no se trata de opiniones, sino de que por volverse á meter en libros de caballerías, pagues tú los vidrios rotos; quiere decirse que abandone lo cierto por lo dudoso, los intereses de su casa por sus negocios de fuera, que ni le van ni le vienen. Esa es la madre del cordero.

—Sí, señora, todo lo que usted quiera, opino lo mismo; pero verá usted cómo sale con esa tecla de que no entendemos una jota de política, de que si sabemos ó no lo que puede ocurrir el día de mañana, y que un hombre debe atender á todo, á la política y á sus intereses.

—¡Ah! debe, pues verás cómo se queda con el debe y no te paga, ó te pagará con palabras que son la moneda de los malos pagadores.

—Bueno, tía, le hablaremos de ese punto, puesto que le parece á usted provechoso.

—Mujer, yo por tu propia conveniencia, y por la mía también, todo se ha de decir. ¡Ah! este Fernando... lo conozco muy bien, á éste le ha faltado lo que yo me sé. Si hubiera vivido su madre... porque mi pobre cuñado que esté en gloria, era uno de estos hombres de bien que sirven para pocas cosas y menos para padres. Lo primero que debe de tener un padre es carácter y después ra-

zón, y con estos dos palitroques bien manejados, ya se puede sacar la familia adelante.

Miróla Patrocinio de soslayo después de oir esto, y pensó para sí «sean ó no estas flores de su huerto, esta mujer no es tonta, sabe discurrir.» También ella conocía la madera de aquel amado Fernando y adivinaba por instinto, ya que por indagación reflexiva y científica no le era dable, las deficencias de su carácter, y la falta de una buena dirección en sus primeros pasos y tanteos en la vida. Cuánto vale la educación debía conocerlo ella por experiencia en su profesión de maestra de niñas. El saber viene después y como remate del edificio, pero la buena educación siempre constituirá la base. Estas ligeras reflexiones sirvieron para animar á Patrocinio á seguir los consejos de su tía, alistándose en aquella especie de propaganda antipolítica, á pesar de considerarla de escasos y contraproducentes resultados. Por dos noches, después de cenar, se sacó la conversación, pero Marrodán parecía andar como huído y temeroso, pues veía el anzuelo y no picaba; casi con el bocado en la boca plegaba la servilleta, y se escapaba al Casino donde le esperaban los amigos para tratar de asuntos de interés perentorio. Si su mujer ó doña Escolástica le miraban con extrañeza al observar tales prisas, se dirigía á una ó á otra, muy complaciente y extremado en sus expresiones: «Dispénsame, querida Patrocinio, y no te extrañe la urgencia,... pero en cuanto me

despache vuelvo; antes de media hora estoy aquí. Conste, pues, que vuelvo.» Y en efecto, algunas noches volvía á las diez y media ó las once para leerles el periódico de la noche, y acompañarlas á acostarse. El se quedaba luego escribiendo ó leyendo, hasta la una ó las dos de la madrugada.

Cierta noche vino algo más tarde á cenar y se presentó en el comedor donde ellas le aguardaban, dando voces, risueño y contento como un chiquillo que vuelve de la feria con un juguete en cada mano:

—¡Esta es la nuestra, señoras, esta es la nuestra! ¿No saben ustedes la última? que hay crisis. Ahora sí que podremos decir, querida tía: santa crisis *ora pro nobis*;—y como doña Escolástica le mirara con cierto gesto de desagrado procuró rectificar añadiendo:—Bueno, respetemos la liturgia, la crisis no será santa, pero convengamos en que ya era hora de que viniese.

—¿Y esa es toda la noticia?—preguntó Patrocinio con alguna curiosidad.

—Esa, que el jefe del partido liberal ha presentado la dimisión del ministerio, y será aceptada. ¡Vaya si será aceptada! Y entonces... pero no digo más, no precipitemos los acontecimientos.

—¿Y entonces qué? nos pones la miel en los labios y no nos dejas catarla.

—Entonces, si se acepta la dimisión y entramos los conservadores, como es lo lógico, el señor don Fernando Marrodán, vuestro caro esposo,

se presentará diputado á Cortes por el distrito de *Lashoyas*. Y tal vez... no digo que triunfe, pero tal vez podamos cantar victoria. Por lo tanto, ¡viva la crisis! He dicho.

Tía y sobrina se miraron de un cierto modo que venía á expresar un mismo pensamiento. «¡Pues, señor, nos hemos lucido!» Comprendieron igualmente que no era esta ocasión propicia para levantar bandera de oposición declarada, porque en el estado ardoroso y semicandente de Marrodán habría sido como echarle un jarro de agua fría. Callaron y se contentaron por de pronto con poner en cuarentena la noticia. ¡Quién sabe lo que al fin resultaría de la crisis! Pero él se revolvió en seguida ante la menor duda como si le hurtaran algo del bolsillo, y exclamó con acento de profunda convicción: «¡Por Dios y por todos los santos! señoras mías, no me agüen ustedes la fiesta! De la crisis no puede resultar más que una sola cosa, la más natural del mundo: que el ilustre jefe del partido conservador, se tome la molestia de formar gabinete, ni más ni menos.»

Doña Escolástica y su sobrina tornaron á mirarse en silencio. Pensaban para sí, indudablemente: «¡Ave María, y cómo está el hombre! ni que le hubieran prometido un puestecito en el Paraíso...» Marrodán entretanto, cenaba con gran apetito, casi con avidez, y la buena señora, que desconocía por completo las agitaciones de la política y las fiebres de todas estas devoradoras pa-

siones, hacíase cruces observando el estado de ánimo de su sobrino, que charlaba, y se reía, y gesticulaba, y comía de prisa, todo á un tiempo. Aquella noche no hubo sobremesa.

—Ya me dispensarán ustedes, ¿eh?—les dijo al acabar.—Y tú, querida Patrocinio, ya lo ves, tengo el tiempo tasado para una porción de asuntos que hemos de despachar esta misma noche. Quizá venga un poquillo tarde, pero no importa; tú te acuestas, y usted lo mismo, querida tía.

Y se despidió tan afectuoso y tan contento, con tantas y excelentes razones, que lo mismo Patrocinio que su tía, algún tanto preocupadas, se reservaron lo que por su imaginación cruzaba en aquel momento. Sólo ésta última, al tiempo de retirarse, le dijo á su sobrina:

—En fin, cómo ha de ser... Veremos en qué paran estas misas.

Confirmada al otro día por los periódicos la crisis y la formación del nuevo Ministerio, volvió Marrodán á la hora de comer, contento sí, pero no tan animado como en la anterior noche. Les traía una sorpresa, que desde luego para su mujer no debía ser muy grata, según los medianos recuerdos que conservaba de aquella tierra. Por lo tanto, por vía de preparación, les habló durante la comida de los sacrificios que en determinadas ocasiones imponía la política, y no había otro remedio que aceptarlos so pena de renunciar á los beneficios que también llegaban á su debido

tiempo. «¿Qué sacrificios serán estos?» pensaban para sí las dos mujeres, no sin recelo. Después de comer les rogó que fueran con él al gabinete para enterarles de lo que había.

—Ya comprendo, querida Patrocinio, que esto no será plato de tu gusto; pero qué quieres, son exigencias de la política, y no hay otra salida.

—Acaba, hombre, ¿qué exigencias son esas?...

—Después de todo no tiene nada de particular, porque un viaje... pués bien, esta misma noche debo marcharme á Madrid.

—¿Esta noche?... ¿Pero esta noche?

—Sí, mujer, sí. Lo cargante es que aquí en provincias no podemos dar un paso sin la venia de los manipuladores de allá. ¿Y cómo se arregla esto? pues yendo uno mismo á la fuente, que á veces el primero que llega es el que bebe el agua más clara. Por esta razón me conviene marchar cuanto antes, y eso me lo han dicho todos: «Váyase usted y preséntese usted inmediatamente al ministro de la Gobernación, que es el que tiene los hilos de la madeja.» Por cierto que en buenas manos está, porque es un galopín.....

Patrocinio disimulaba su tristeza sin hablar, con la vista clavada en el suelo. La tía fué la que le preguntó con alguna sorna:

—Y... ¿para cuántos días? si se puede saber.

—Muy pocos días; los precisos para presentarse uno al ministro, hablarle brevemente del asunto y que lo resuelva en idéntica forma que los de

aquí. Me apresuro á ir para evitar que el Gobierno se comprometa con algún otro candidato y venga luego el consabido empate entre los de allí y los de acá. Y volviéndose á Patrocinio, añadió:

—Y ahora, si te parece, me arreglas en dos voleos el saquito de noche, y con esto ya está uno listo para cuando llegue la hora.

Dicho esto, se puso á recoger unas cartas, se vistió de prisa y se marchó á ver á un tal don Marcelo Lacosta, en cuya casa se reuunían los conservadores más caracterizados de Argandoza.

—Bien le decía á usted que estaba empeñado en seguir adelante y nada sacaríamos con predicarle—indicó Patrocinio á su tía en cuanto se quedaron solas.

—Bueno, sí, ya veremos—repuso ésta graciosamente.—Ahora está muy contento como chiquillo con juguete nuevo, pero en cuanto lo rompa y vea que no hay nada dentro, ya será otra cosa. Porque ten por seguro que no ha de ser eso de llegar y besar el santo, que para cada dulce hay tres amargos y que no dejarán de venir los apuros. Entonces será ocasión de hablarle.

—Está muy encariñado con su política, querida tía.

—Déjate, mujer, que todo se andará, como decía el ahorcado.

Las oportunas reflexiones de doña Escolástica no acababan de convencer, ni áun de consolar, á su sobrina que oponía á todas ellas este secreto

pensamiento: «Fernando será siempre el mismo, hará su santa voluntad pese á quien pese.»

No habiendo incidente particular que lo detuviera, Marrodán, después de cenar, al llegar la hora de la marcha se dirigió á la Central y no permitió que las señoras le acompañasen estando la noche tan fría y destempladísima. A la Central acudieron varios amigos y correligionarios políticos á despedirlo.

Marrodán llegó á Madrid un jueves por la mañana, y aquel mismo día escribió á Patrocinio, dándole cuenta de algunos curiosos pormenores por comprender que un recién casado debía esta compensación para demostrar á su mujer que la tenía presente á todas horas, de lejos lo mismo que de cerca y á su lado. Era ya en él costumbre inveterada el usar de estas retóricas, tanto en sus cartas amatorias como en las políticas. Contestóle Patrocinio á vuelta de correo y así un día tras otro, la semana y media que permaneció en Madrid, sostuvieron ambos larga y expresiva correspondencia. Y hay que confesar que por entonces volvió ileso de toda mácula amorosa, porque sin duda la política y los políticos le absorbieron el tiempo de que podía disponer en la Corte. Buscó y encontró al fin á su antiguo jefe y protector don Cristino de La Riva, y apoyado por éste, además de los buenos oficios de otro diputado de la provincia, paisano de Marrodán, consiguieron hablar detenidamente con el subsecretario y la con-

firmación de lo hecho por la junta de Argandoza obteniendo por consiguiente la representación del gobierno.

Llegó, pues, un sábado entre seis y siete de la mañana, no yá contento, sino contentísimo y dispuesto á trabajar su candidatura con todo el arte exquisito de un hombre que es orador y por contera poseedor de unos miles de pesetillas, tan necesarias para suavizar las consabidas asperezas. Recibiólo su mujer muy satisfecha por tenerle ya á su lado, y la misma doña Escolástica, aunque acompañando sus expresiones con aquella sonrisita que ella reservaba, según su frase, para las cosas puramente mundanas y de mojiganga. Entretanto el nuevo gobierno formaba la lista de los candidatos y dictaba á los gobernadores, que se iban nombrando, aquellas recomendaciones tan útiles como prácticas para casos tales. Corría ya el rumor de que probablemente para primeros de Mayo podrían abrirse de nuevo las Cortes. De modo que lo que le convenía á Marrodán era no perder lastimosamente el tiempo y trabajar este asunto en su propio terreno. Así se lo indicó á su familia una mañana que se levantó con ánimo resuelto y decidido á todo:

—Otro nuevo sacrificio, querida Patrocinio. Pasado mañana, lo más tardar, habré de tomar el tren hasta *Villamontesa* y allí el coche-diligencia que me llevará á *Lashoyas*. Ocho horas largas

de vehículo, ¡figúrate tú ahora qué viaje más divertido!

—¿De manera que vas á pasar el año viajando?.. .

—No, mujer, no exageres, porque te contestaré aquello de que por un perro que maté ya me llaman mataperros.

—Bueno, esto es empezar.

—Concedo que sea empezar y aún mucho más el que se den terceras y cuartas ediciones de la misma obra; pero, amiguita mía, lo que mucho vale mucho cuesta.

Doña Escolástica, que estaba, como si dijéramos, al paño, tomando tranquilamente su chocolate no lejos de su sobrina, volvió al momento la cabeza para decir á Marrodán.

—Lo que vale se sabrá después, señor don Fernando, si aflojas la mosca como es de cajón en estas marimorenas.

—Aquí no habrá marimorenas, querida tía, sino que todo se arreglará de un modo pacífico, con buenas razones y algunos tragos.

—Me alegraré que así sea y que cueste poco.

Marrodán lo tomó á risa para no faltar al respeto á su señora tía, según después confesó á Patrocinio, haciéndole observar de paso que, de algún tiempo á esta parte, la encontraba sobrado pesimista y más aficionada que antes á llevarle la contraria. Contestóle ella que ya conocía de antiguo su enemiga contra la política y que aho-

ra con los años y sus devociones y las rarezas propias de la edad, era natural que se le encomara y avivase esta malquerencia. Por de pronto satisfizo á Marrodán esta explicación, pero le daban bastante qne pensar aquellas cáusticas salidas y aquellos pronósticos de mal tiempo con que solía salpicar su conversación doña Escolástica. Y esto era lógico, porque de rechazo todas estas flechas, aunque inofensivas, iban á dar contra su vanidad, la parte más sensible de nuestro político.

Llegó, por último, el día de la marcha y Marrodán envió á la estación con el equipaje á su criado Alejo, un muchachote de toda confianza que hubo de tomar para cuanto se ofreciera por recomendación de su tía, què conocía á la familia. La salida era á las siete de la mañana, por lo que se vieron eu la precisión de madrugar con harto sentimiento del candidato, trasnochador incorregible de toda la vida. Hasta *Villamontesa* no fué mal en un coche de primera, con su manta de viaje y un recio *capotón* para las aguas por si al tiempo le daba el capricho de llover ó romper en alguna repentina nevasca, que no fuera extraño. Al llegar luego al pueblo paró el tren los cuatro minutos de reglamento y bajaron del vagón para subir y encajonarse en la berlina de un mediano coche-diligencia que llevaba el correo á *Lashoyas*. Soplaba el cierzo por aquellos peladísimos llanos que únicamente servían para pas-

tos, que era un horror, y en los cortos momentos que Marrodán inspeccionó el equipaje y sacó unos cigarros puros, quedóse convertido en un carámbano de puro frío. Acomodados ya los viajeros tomó el coche carretera adelante puestos los caballos al trote largo, y por cierto que, á causa de haber llovido con excesiva abundancia la anterior noche, estaba la tal carretera llena de barrizales y salpicada de charcos que obligaban al tiro á detener el paso.

Después de trotar cuatro horas presentóse el terreno algo más quebrado, por lo cual se estrechaba el camino en medio de largas y penosas cuestas, y cuando no había cuestas se tropezaban con extensos baches que hubieron de ahondar sin duda los grandes carromatos cargados de harinas ó de cereales que de diario lo cruzaban. ¡Qué condenada carretera aquella! Cinco veces lo menos pensó Marrodán que volcaba el coche y que viajeros, caballos y equipajes iban á rodar por los tajos y peñas que hacia la izquierda se divisaban, concluyendo por hacerse añicos en algún profundísimo barranco. De modo que no les costó sólo ocho horas el llegar á *Lashoyas* como creían ellos, sino nueve mortales y de las más largas que son las de estos socarrones trajinantes y mayorales. Con los huesos molidos fueron bajando uno tras otro del coche, y Marrodán, seguido de su criado se dirigió á la posada mejor de la villa que se hallaba hacia la derecha en la misma en-

trada. Por fortuna era grande, sólida, de dos pisos, y su construcción pertenecía á los tiempos en que ni se soñaba siquiera con las vías férreas. Por delante de su ancha y maciza puerta cruzaban las diligencias de *Cayudes* y un sin número de carros y de recuas obligados á pasar en todo tiempo el puerto de *Manso-Auñón.*

A los pocos momentos circuló en la villa la noticia de haber llegado el candidato que apoyaba el Gobierno, y se pusieron en movimiento los prohombres del partido á cuya cabeza figuraba el señor Fantova, concejal perenne, presunto alcalde y rico propietario, cortado de la buena madera de los caciques. Sabían de antemano, por cartas, la venida de Marrodán, aunque no precisamente el día ni la hora. Hallábase éste en la cocina, delante de la chimenea, donde ardía una buena fogata, cuando se vió sorprendido por el señor Fantova y sus compañeros. Le saludaron con encantadora llaneza, á la cual correspondió Marrodán en la misma forma, declarándoles que en aquel instante preguntaba á la posadera por las señas de sus casas para tener el gusto de visitarles. Nada de cumplimientos, era su lema. Por lo tanto, y en vista de tal conformidad, se empeñó el señor Fantova en que se hospedara en su propia casa, donde podía acomodarse como en la suya, aunque no con tanta comodidad ni tanto ringorrango. Marrodán no se atrevió á meterse de primeras á buenas en una casa extraña, y se ex-

cusó desde luego repitiéndoles que venía por breves días para preparar el terreno, y que tal vez se corriera hasta *Cañices* y llegara á *Manso-Auñón*. Esta era en efecto su intención; y así es que después de conocer en el Casino el personal político de *Lashoyas* y tomar café con todos ellos varias tardes, se fué en el coche-correo á *Cañices*, donde permaneció tres días. Se hizo muy amigo del secretario y del médico, que era hombre de historia y había vivido algún tiempo en Madrid. Luego pasó á *Manso-Auñón*, que por su numeroso vecindario, su comercio y su hermosa huerta, tan fértil en legumbres y en frutas de todo género, merecía ser la cabeza del distrito por muchas más razones que *Lashoyas*. Rivalizaba, pues, con ella; y bastaba ponderar algo de ésta última villa para enajenarse en absoluto sus simpatías. Advertido ya Marrodán de este juego, se presentó como quejoso de la gente de aquella tierra, que no le parecía tan franca y tan decidida como se creyó en un principio. Tratada después la cuestión de los votos con que podría contarse como cosa muy probable, les prometió volver á primeros de Abril, que empezaban las elecciones, para ver si eran hombres de palabra. Desde allí dió la vuelta de nuevo, á los tres días, hacia *Lashoyas*, centro del distrito, para organizar las juntas manipuladoras, influir en el nombramiento de los interventores y enviar algunos peatones con cartas para los secretarios y prohombres de

los vecinos pueblos que más votos cosechaban.

Aquella misma semana se supo que estaba para llegar, de un momento á otro, el candidato del partido liberal, diputado electo de las pasadas Cortes y triunfante en la mayoría de las elecciones. Otra tarde salía Marrodán del Casino con el señor Fantova y dos amigos más, cuando vió venir de frente á un hombre de mediana talla, aunque recio de cuerpo, muy moreno, con fisonomía y aspecto de cuákero, es decir, de hombre despreocupadísimo, que no hace caso de ciertos pormenores, vestido de un gabán de color de tierra y un sombrero negro, redondo, de fieltro, sobre el cual se había posado á su sabor el polvo del camino. En cuanto estuvo á algunos pasos de ellos, volvióse el señor Fantova á Marrodán y le dijo:

—Ese que acaba de pasar ahora es el candidato independiente; otro contrincante. Y aquí viene bien aquello de «éramos pocos y parió mi abuela.»

—¿Y cómo se llama?

—Juan Manuel Lucientes, si no me eqnivoco.

—¡Canástolis! como dice el amigo Reinoso. ¿Será verdad?... ¿con que ese es don Juan Manuel?... pues entonces, con permiso de ustedes, subo á saludarle al Casino.

—Tiene cara de pocos amigos el hombre; se lo advierto á usted para su gobierno, señor Marrodán.

—No importa, quizá se acuerde de mí;—y

acompañado de los amigos volvió á subir al Casino, donde encontró al susodicho Lucientes hablando con el alcalde y otros conocidos suyos. Acercóse Marrodán á una de las mesas y saludándole cortesmente, le preguntó que si con el permiso de aquellos señores, podría escucharle un momento.

—Estoy á sus órdenes—le contestó muy fino levantándose de su asiento y ocupando el que Marrodán le brindaba:

—El señor Mendívil, á quien debo algunas atenciones, me ha hablado de usted diversas veces como de una persona de mérito, antiguo condiscípulo nuestro, y bajo este supuesto me he decidido á molestarle, recordándole al propio tiempo mi nombre, Fernando Marrodán.

—Ese nombre me suena, sí señor, me suena, y ahora lo recuerdo; y no crea usted que es por corresponder á sus lisonjas. ¿Su padre de usted, no era librero? y ¿no se llamaba también Fernando y tenía la tienda en la calle de la Alfarería?.....

—Justamente.

—¿Ve usted, hombre? gracias á Dios conservo todavía una parte aunque mínima de la memoria feliz que tuve en otro tiempo, y no suelo confundir las señas. Usted es más joven que yo, desde luego, pero á pesar de eso tengo una cierta idea de que en las Escuelas Pías, á donde juntos fuimos, era usted de los que más faltaban á clase.

—De los que *hacían pimienta*, exactísimo, no

puedo negarlo. Buena memoria tiene usted. Por mi parte puedo recordar, gracias al amigo Mendívil, que usted ocupaba una de aquellas primacías de la clase que se repartían entre Roma y Cartago; y usted propendía á Roma. Era usted un latino aprovechado.

—Por aquella época, mi abuela, que era una santa mujer, quería que estudiase para cura y que supiese tanto latín como el señor Magistral que nos visitaba. Después, mi padre, que conocía mejor mi carácter, me dedicó á la carrera militar. Pero al fin de los años, ya lo ve usted, ni lo uno ni lo otro, y venimos á ser lo que Dios y las circunstancias disponen. Y ahora, volviendo á lo presente, me parece que estoy hablando con el candidato que el partido conservador propone para este distrito.

—El mismo. Y mis pecados debieron traerme por estos andurriales, puesto que voy á luchar con una persona tan meritísima como usted.

—Muchas gracias, señor Marrodán; pero quién sabe si serán sus pecados ó su buena suerte, en el supuesto de que yo soy un contrincante muy flojo. Aunque le parezca á usted superlativamente extraño el caso, sepa usted que yo me presento como independiente; ni blanco, ni negro, ni azul, ni rojo; independiente, sin color conocido.

—Si usted se atreve y sale diputado, hace usted perfectamente; menos compromisos.

—No señor, no va por ahí el agua. Los com-

promisos los aceptaría con mucho gusto del distrito, y no del Gobierno, si el diputado fuera verdadero representante y legítima encarnación de su país. Pero esto sería bueno si existieran entre nosotros prácticas y costumbres políticas. Hasta ahora no hemos visto más que movimientos; y para que el pueblo se mueva, necesita siempre una bandera. Si es la del absolutismo grita ¡vivan las cadenas! y se arma de fusiles. Si es la del progreso grita ¡viva Espartero! y se forman las milicias nacionales. Si es la de la revolución, ha pedido á voz en cuello la república, y mañana pedirá cualquier otra cosa, la liquidación social, algo que traiga el desorden, el barullo y mucho río revuelto. Pero eso de la elaboración lenta, de la teoría, el voto espontáneo, la selección racional para elegir á los buenos patricios, eso no lo entienden ellos, ni quieren, ni pueden.

—Y si no lo practican lo entenderán menos cada día—repuso Marrodán que no acertaba á ver claro en aquellas lucubraciones políticas de su compañero.

—Quizá el interés ó la pura necesidad les obligue algún día á entenderlo, como se les obliga y predica para asistir á ciertas reuniones públicas de esas que ahora llaman *meeting* con la idea de reclamar ciertos derechos; pero lo dudo mucho. Tienen muy de sobra con pensar en sus trabajos para que vayan á ocuparse en los ajenos.

—Cuando los ajenos son de un interés general me parece á mí que.....

—Pues no le parezca á usted, señor Marrodán, porque eso del interés general tan claro y evidente para usted, no les apasiona á ellos hasta el punto de abandonar voluntariamente sus quehaceres ó el rincón de la taberna para ir á votarle á usted, á usted que representa eso mismo, el interés general.

—Entonces... no comprendo con qué clase de política va usted á gobernar.

—Con la más sencilla y la más barata, con la que menos se preste á corruptelas y á abusos; porque el pueblo trabajador, en general, prefiere que se lo den todo hecho, y por su propia iniciativa, créalo usted, se mezclaría pocas veces en estos asuntos de política. Aquí, como usted sabe bien, se vota por puro compromiso, y todos los gobiernos, buenos y malos, que sepan manejar la máquina electoral sacarán mayoría en las elecciones. En los Estados Unidos, que pasan por el modelo del género, con sufragio universal y todo cuanto usted quiera, se vota por dinero. Cualquier truchimán, cualquier político de pega saldrá diputado si lo paga bien. Ahora elija usted lo peor, porque todo es malo..... Por lo tanto, si esto de las elecciones no se ha de convertir en una farsa, y ha de traer algún provecho al pueblo, y ha de servir de algún estímulo á los indiferentes, hoy por hoy, el problema es irresoluble.

—Observo que es usted más conservador que yo.....

—Conservador sí señor, pero de otra parroquia. Y le digo esto porque francamente, me desagradan estos correligionarios nuestros que toman la habilidad como único procedimiento político, y reducen las elecciones á un juego de cubiletes y alardean de contar con estómagos agradecidos en todas partes, y disponer de cientos de sectarios ferocísimos decididos á todo como las antiguas mesnadas. Luego, estos reyezuelos sin corona, en el apogeo de su poder se jactan de menospreciar á la opinión pública. Y á mi juicio el hombre de Estado debe llevar siempre á su lado á esa opinión pública con un fin serio, como se lleva á la mujer legítima, no como se lleva á una concubina para satisfacer sus caprichos.

—Conservador, ordenancista de pan y palo, le llamarían á usted algunos de los nuestros si le oyeran.....

—Le advierto á usted que en mis juveniles años también fuí yo liberal y librepensador, y sentí el entusiasmo, ó mejor dicho, la fiebre que sentimos todos cuantos habíamos perdido la chabeta por las ideas radicales y humanitarias. La humanidad ha sido ya redimida por fortuna, y de las miserias y dolores que la acompañan no hay Cristo que las redima. La vida será siempre amarga para los racionales que conserven sus cinco sentidos, mientras sea vida.

—¿Y está usted seguro de que esto no mejora elevando la dosis de libertad, igualdad y demás, ó suprimiendo ciertos rodajes viejos de la máquina política, como quieren algunos socialistas?—preguntó Marrodán sonriendo:

—Nada, no hay supresiones que valgan. Cada época tiene la libertad necesaria para desarrollarse, sin que se desgracie ni malogre ningún adelanto positivo. Veinticinco años de reflexión y de observación, estudiando los hombres y las cosas, andando de aquí para allá, me han enseñado mucho más que doscientos volúmenes de esos que se extraen de los tesoros de una biblioteca, pidiendo reformas de todo género. Conozco las obras de algunos ilusos notables de Francia y Alemania que hablan de la Jauja socialista y de la anarquía futura, las conozco, sí señor; y por eso mismo para esos señores locos que saben tanto, yo establecería lejos de Europa, en Nueva-Guinea, por ejemplo, un hermoso manicomio de *celebridades contemporáneas*.

—¡Canástolis, si le oyeran á usted ciertos caballeros que se llenan la boca con haber estado en París, en Berlín ó en Londres!...

—Me tildarían... Dios sabe de qué. No me importa. Y ahora, usted, que apenas me conoce, dirá usted para sí: «¡Pues no son flojas las pretensiones de este caballero!»

—¡Lejos de pensar tal cosa, me felicito, por el contrario, de haber venido á *Lashoyas*, de ha-

llarle en mi camino, y de haberle escuchado con muchísimo gusto.

—Muchas gracias, señor Marrodán. Por mi parte me felicito igualmente de encontrar una persona razonable que sepa escuchar, y argüir y exponer sus opiniones sin despampanar como hacen muchos, ni tomar los argumentos del contrario como salidas de pie de banco. Soy un hombre convencido por los hechos y las ideas que me jacto de conocer, pero no es mi criterio tan cerrado que deje de admitir la luz y la verdad porque vengan del campo enemigo.

—A usted le querrán anonadar en seguida, llamándole retrógrado.

—Justamente, esa es la flor que me sueltan los que no distinguen de ideas ni de colores. Y eso que les he repetido mil veces: señores, entendámonos, si no queremos que el mundo retrograde ni vuelva pasos atrás, cosa casi imposible á menos de no ocurrir un cataclismo social, ó una invasión de razas conquistadoras como aconteció en otras épocas. Lo que le pedimos es una ligera desviación de su camino, que en vez de ir hacia la izquierda siga hacia la derecha, ni más ni menos. A su izquierda se adivinan abismos y derrumbaderos sin cuento. A su derecha el camino no se presentará tan llano ni pintoresco, pero tampoco se hallarán esos formidables peligros de muerte. Cuáles sean estos peligros, no me lo pregunte usted, porque ya hemos hablado bastante y no

ha de faltar ocasión en que nos veamos. De todos modos, le deseo á usted el triunfo de su candidatura.

Marrodán no pudo menos de reirse:

—Pero entonces no triunfa la suya, señor don Juan Manuel, ¿y cómo arreglamos esto?

—Muy fácilmente. Aquí, para *inter nos*, le confesaré á usted que el triunfo ó la derrota me tienen con muy poco cuidado. Vine á meterme en estas andanzas por empeño de mi señor hijo. Un día me dijo: «Usted debía ser diputado, padre, ¿qué menos que eso? con el entendimiento que Dios le ha dado y las nobles ideas que usted defiende podría usted venir al Congreso que es donde se oyen y proclaman las verdades.» Y yo le contesté: «Sí, se oyen como quien oye llover. ¿Sabremos lo que son las mayorías?...»

—Sin embargo, la nación las lee y se va enterando...

—No sea usted infeliz, señor Marrodán. ¿Cuántos millones de españoles cree usted que saben leer?

—Hombre, la inmensa mayoría creo yo que...

—Pues cree usted muy mal; pero démoslo por supuesto, ¿cuántos sabrán discurrir?

—Si tanto lo vamos alambicando...

—Vea usted aquí la razón de que muchos pensadores de Europa y hasta de América creen que al pobre pueblo se le carga demasiado la cabeza cuando le llaman á votar y á discurrir sobre los

asuntos políticos; y además se le nombra juez en los Jurados, y juez para las cuestiones literarías y juez para las científicas y juez para todos los problemas, chicos y grandes, que no se atreven á resolver, áun después de bien estudiados, las mayores inteligencias. Y ellos se preguntan por lo tanto, ¿no serán sueños de nuestra fantasía estas esperanzas, tan generosamente concebidas acerca de la capacidad, de la madurez y del buen juicio de las democracias?

—No se ganó Zamora en una hora, don Juan Manuel; y así poco á poco nos vamos civilizando y aprendiendo y, aunque el camino sea larguísimo, al fin se llega.

—Se llega, si Dios no lo remedia, á la torre de Babel, á una confusión de ideas, derechos y deberes como nunca se ha visto, á una resurrección de todas las vanidades humanas, áun las más pequeñas y exóticas, peores mil veces que los microbios y los parásitos que afligen nuestra naturaleza. Existen además otras razones más hondas y más... pero ahora que caigo ¿vamos á estar aquí charlando de política hasta mañana?

—Hasta cuando usted guste. Por mi parte no tengo prisa.

—Pues yo sí la tengo. De modo que con su permiso...

—¡Oh! desde luego, don Juan Manuel, y dispense usted si le entretuve por el gusto de oirle.

—No hay que dispensar nada. Tanta parte tu-

ve yo en ello como usted. Con que señor Marrodán, reconózcame usted como un amigo y un buen compañero, lo mismo aquí que en Madrid, donde tiene usted su casa...

Ofrecióle igualmente la suya nuestro Marrodán, y con esto quedó terminada esta primera y larga conversación, sostenida por la curiosidad del uno y la llaneza atractiva del otro que nunca se negó á buenas razones. Excitado por los elogios que le hizo Mendívil de este antiguo condiscípulo, no quiso Marrodán perder la ocasión de conocerlo por dentro y por fuera, hablándole de todas estas cuestiones y problemas sociales que habían de interesarle necesariamente. «Este hombre, pensaba luego para sí, tiene la fuerza y la pasión de un converso.» Por su parte don Juan Manuel halló en su contrincante un compañero simpático y corriente, con quien podía alternar y echar de vez en cuando alguna parrafada.

VIII.

Cinco ó seis días después volvieron á reunirse en el Casino, y Marrodán fué el primero que se acercó á saludarle para darle una noticia que muy pocos sabían todavía: que estando tan próximos los días de las elecciones había decidido reunir á sus electores y dirigirles un discurso-programa en el único salón capaz de contener algún numeroso público, que era éste del Casino monárquico ó de los señores, como le llamaban en la villa. No le pareció mal la idea á don Juan Manuel y le prometió asistir á la reunión, aunque creía sinceramente que las tales peroratas eran paños calientes. Otras armas de mejor temple, más sólidas y positivas, se requerían para semejantes casos; pero cada uno se las compone como Dios le da á entender, y si al fin de la jornada alcanza el objeto que se propuso, resultará que tan bueno es predicar como dar trigo. Hay que advertir que por su parte Marrodán se hallaba también dispuesto á darlo cuando las circunstancias

de la elección lo demandasen, por no ignorar que con *trigo* abundante se ablandarían muchos pechos de bronce y correrían hasta los cojos para dar á tiempo su voto.

Llegó, pues, el día señalado, que era uno de tantos festivos como nos quedan, y valga por lo que valiere nuestro Marrodán, pudo ver congregados en los dos salones más grandes del Casino á los notables de la villa, número crecidísimo de correligionarios y mucha gente del pueblo que llenaba los pasillos y rebosaba hasta en la escalera. Entre tanto los chiquillos corrían por la plaza, se paraban delante de los balcones del Casino y lanzaban voces alusivas, gritos desaforados, oyéndose de vez en cuando algún «¡que salga el diputao!» Por no hacerse esperar Marrodán se dispuso á empezar su discurso, moviéndose detrás de una mesilla con tapete de hule que colocaron los socios sobre una tarima vieja en el testero del salón grande. A su disposición tenía en la susodicha mesa un gran vaso de agua y una botella de anisete, sin duda para refrescar la sangre. Se descubrió en seguida y empezó de este modo:

—Señores; el último representante del partido liberal-conservador va á dirigiros brevemente la palabra por creer llegada la oportunidad, y ser nueva y excepcional para él la situación en que se encuentra. Frescos están todavía los acontecimientos del período revolucionario, y no hay para qué recordar las tristezas y los errores funestos

confesados al fin y al cabo por los propios hombres que en ellos intervinieron. Dos guerras civiles consumiendo las fuerzas vivas de la nación; un gobierno sin autoridad por única garantía del orden; nuestra hacienda sin crédito, una plebe fanatizada, tomando la libertad por símbolo y pantalla de todas las malas pasiones; la insubordinación en el ejército y el motín en la calle; tal era el cuadro trágico y sombrío que se ofrecía á nuestros ojos en los tristes comienzos del 73. Fué, pues, necesaria, inevitable y lógica la intervención de la espada en los negocios enmarañados del Estado. Y las consecuencias de esta intervención no tardaron mucho tiempo en manifestarse. Puede decirse, por lo tanto, que el golpe de Estado fué como la concepción de aquel plan salvador que se hallaba en la mente de la mayoría de los españoles, y la proclamación del Rey don Alfonso el venturoso fruto que puso término á la ansiedad y á las inquietudes de la madre patria. Enfrente de aquellas circunstancias, atreviéndose á recoger tan mermada y desastrosa herencia, bien comprenderéis cuál era la misión del partido conservador. La más difícil de todas: rehacer la patria. Porque la agitación y la destrucción son propias de todos los elementos que se desencadenan como la tempestad, el huracán, el agua y el fuego. La reconstrucción ya es más dificultosa, porque no basta que el hombre se convierta en elemento de fuerza, brutal y desordenado, sino en ser inte-

ligente, perspicaz y trabajador. De un tronco deforme de encina fácilmente haréis leña si tenéis buenos puños y una hacha á vuestro alcance; pero si de ese mismo tronco os proponéis sacar una mesa ó un simple banco, entonces comprenderéis prácticamente las dificultades de la construcción. Tendréis que medir, calcular y acomodar unas tablas con otras. Y áun con todo esto no bastará que un verdadero gobierno medite las leyes, calcule los gastos y se acomode á las circunstancias, si no provee y atiende á lo porvenir en cuanto lo permite la limitada inteligencia humana.

Al llegar á este punto esforzóse hábilmente nuestro orador en pintar por medio de símiles y comparaciones, un tanto vulgares, las dificultades de un Gobierno como el conservador, que no podía prometer mucho en medio de la penuria de la Hacienda y de la desorganización moral y material que se hallaba en todos los órdenes. Buscando luego el contraste con inusitado vigor entre lo pasado y lo presente, se aventuró á lanzar á la faz de aquel auditorio, compuesto de muy diversas castas de políticos, las siguientes frases que acabaron por promover algunos rumores y y motivar un apóstrofe:

«Una porción de ilusos, llevando su radicalismo hasta las últimas consecuencias, consiguieron casi borrar del mapa de los pueblos civilizados el nombre de España; pues donde no existe gobierno, ni legalidad, ni justicia, ni ejército, ni

patriotismo, en manera alguna cabe que exista lo que llamamos nación. Por lo tanto, España no existía.»

Apenas pronunciadas estas palabras, se oyeron rumores hacia los últimos términos del salón, y en la misma escalera cuajada de gente labradora; y luego una voz recia aunque mal entonada, que gritó:

—Eso es una mentira. Y había libertad, que hoy no tenemos.

Sin inmutarse por semejante afirmación, sino que redoblando sus bríos de tribuno, Marrodán se creció un momento, y apostrofó de este modo á su interruptor:

—Yo desafío á la persona que me ha desmentido, quien quiera que ésta sea, á que me lo pruebe con hechos, con hechos reales y positivos, porque ya se sabe que las palabras por sí solas nada prueban. Continúo, pues, el desarrollo de mi tema, haciendo caso omiso de lo afirmado en contrario, porque no es este sitio, ni la oportunidad ni la hora de entablar una discursión mano á mano. He dicho que no existía Gobierno. ¿Se hallaba acaso la fuerza y la legalidad de este Gobierno en aquellas Cortes impotentes y ultraradicales? ¿Habría que buscarlo en Cartagena? ¿Estaría quizá en la corte del Pretendiente? La prueba fundamental de mi tesis, es que ninguna de aquellas representaciones ha prosperado. Dolorosas tragedias de nuestra política que nos pare-

cen hoy día un sueño; y eso á nosotros, que fuimos de los más entusiastas que pelearon bajo la amplia bandera de la libertad, creyendo de buena fe que al colocarla sobre el trono de la patria se purificaría de las pasiones malsanas, y sería al propio tiempo numen tutelar y lábaro de justicia, símbolo purísimo de todas las más altas y acrisoladas glorias. ¿Y qué fué, sin embargo? todos lo recordaréis. Yo no me atrevo.»

Este final volvió á promover en el concurso prolongados rumores, la mayoría de aprobación.

«En cambio, si salís á la calle y echáis una mirada á nuestro alrededor, comprenderéis que el ambiente no es de guerra, sino de paz; que no existen tres Gobiernos débiles, atacados de anemia política, sino la unidad robusta de la patria; que no se halla amenazada vuestra propiedad, sino garantida de toda agresión armada; que con tranquilidad podéis ir á vuestro trabajo, sin que vengan á reclamaros á la hora menos pensada, como rehenes de guerra; que no tenéis que atrancar vuestra puerta por temor á una cuadrilla de latro-facciosos. ¿No es esto algo? ¿No representa este nuevo estado de cosas la virtualidad y la inteligencia del partido conservador? Pues este es el principio del camino emprendido. Más adelante, si la fatalidad y las pasiones rebeldes no nos crean obstáculos insuperables, veréis cómo ese mismo partido realiza su programa, que no puede ser otro que la prosperidad de la patria, la re-

novación de todas las fuerzas vivas de nuestro pueblo, y el progreso eficacísimo y verdadero en todos los órdenes de la actividad. Por mi parte, con sinceridad lo declaro, creo servir fielmente á mi patria alistándome en sus banderas, y por esta razón, aunque no sean grandes mis merecimientos, me presento en este distrito designado por mis jefes para obtener vuestra confianza y los votos justificativos de su representación. (Aquí nuestro orador hizo una breve pausa, bebió un sorbo de agua, y añadió):

«Dos palabras para concluir: cómo debe ejercitarse esta altísima, digna y elevada representación, es lo que conviene tener presente para no llamarse á engaño, lo mismo representados que representantes. Debe ser, á mi juicio, un buen diputado el defensor justo, sincero y elocuente de las necesidades verdaderas de su país ante los intereses generales representados por el gobierno de la nación. Justo y elocuente he dicho, porque con la justicia por delante bien se pueden arrostrar la indiferencia ó las iras de nuestros adversarios, y con la elocuencia, digna y mesurada, dejarse oir de todos los hombres de buena voluntad, que es lo que conviene. Ahora, para recabar vuestros votos, pudiera yo halagar con promesas irrealizables las nobles ambiciones de esta heróica villa, tan injustamente olvidada de los pasados gobiernos; pero no haré yo eso. Prefiero que los hechos hablen con más elocuencia que mis palabras,

y que el día de mañana podáis repetir de mi gestión lo que se dice de los leales y pundonorosos: 'cumplió como bueno y nunca le faltó la voluntad,' Porque demasiado sabéis que más hace el que quiere que el que puede, y que lo primero de todo es querer, pues en habiendo querer habrá poder, y firmeza, y decisión, y camino abierto para llegar á lo más alto, que es la prosperidad de la patria, la mancomunidad de los intereses nacionales y la deseada paz, honrada por el trabajo; obra gloriosa y fecunda á la cual todos debemos contribuir, como buenos hijos, en la medida de nuestras fuerzas, pero con el mismo interés y el mismo generoso patriotismo.»

Grandes y prolongados aplausos acogieron estas últimas palabras de Marrodán pronunciadas con el calor y la vehemencia del antiguo tribuno, decidido como en otro tiempo á ser algo más que simple comparsa de la política, confundido en la escena con los coros y partes de por medio. A pesar de estos aplausos, un grupo de labradores, los primeros que bajaron á la plaza, comentaban algunas frases del discurso, y como resumen de los comentarios, decía uno de ellos, hombre ya machucho, alto como una espingarda, seco, huesudo, con tantas canas como marrullería, que había oído á Castelar en la capital y visto de cerca la zaragata del 4 de Enero:

—Pa fin y pa rematar más pronto, todo eso son romances de ciego, como aquello de

Madres que tenéis hijos,
padres que tenéis esposas,
mirad y vez este ejemplo
que sucedió en Calahorra
el año cincuenta y cinco
como lo cuenta esta historia.

Y todo eso es inventao y sacao de su caletre pa ganarse cuatro cuartos y tener pa un piazo de pan.

—¿Y no habrá algo de verdá, tío *Raspa?*... Miusté que el hombre habla mu bien y de corrido, como si lo leyera en un papel—preguntó el más joven y crédulo del corrillo, aunque no sin intención porque le interesaba.

—Quiá de haber, hombre, quiá de haber. La verdá es lo que no se sabe, y la mentira todo lo demás, pues esò lo canta por su convenencia; como los romances del otro, que no son más que sacaineros.

En otro corro se discutía el derecho de interrumpir al orador cuando éste se atrevía á faltar á la verdad tan descaradamente, y á sostener una apreciación inexacta ante una concurrencia tan numerosa como respetable. Al mismo tiempo empezó el desfile del salón, que muy menguado de luz á esta hora, con aquella atmósfera turbia y sofocante, impregnada del vaho de los alientos y del humo de los cigarros, junto con el tufillo de las ropas y mil desagradables olores, presentaba el aspecto de un inmenso bodegón

animado por los grupos compactos de labradores, ganaderos, traginantes y de gente acomodada de la villa; tipos en su mayoría morenotes, macizos, achaparrados; cuadro original y digno de un Ribera, que uniese á la fuerza portentosa del color y del claroscuro, la minuciosidad y la gracia de la escuela holandesa. Algunos de estos, correligionarios de Marrodán, le felicitaban calurosamente y le estrujaban la mano, asegurándole que estaban á su lado, porque no había dicho más que la pura verdad, y con la verdad se iba á todas partes. También se acercó á darle la enhorabuena don Juan Manuel, que le dijo en voz baja, separándole dos ó tres pasos del grupo que le rodeaba:

—Usted no los convencerá porque son muy cerriles, pero veo que se va usted al bulto y me gusta. Habla usted claro y con serenidad; le digo á usted que me gusta.

—¿Y se va usted ya?—le preguntó nuestro orador, á quien sin duda halagaban en extremo las palabras de su antiguo condiscípulo.

—A escape, sí señor. ¿Quién resiste más rato este ambiente caliginoso y este olor pestífero á tabaco barato y á sobaquina y á pezuñas y á demonios hechos tizón?

—Es verdad, es verdad. Pues ahora saldremos juntos;—repuso Marrodán sonriendo y observando el aspecto del salón, donde las cabezas obscuras y movibles se esfumaban y desvanecían como

en la penumbra de una grandísima cueva, que parecía invadida en aquel momento por una densa y aplomada humareda. Discutiendo, ó más bien, charlando de política, fueron desfilando unos tras otros, y aún se detuvieron un rato en la plaza, delante del Casino, donde se formaron dos ó tres corros. Por último, Marrodán se despidió de don Juan Manuel, aunque algo contrariado por no haber logrado su deseo de hablar con él largamente acerca de estas interesantes cuestiones del día y de las señales particulares, buenas ó malas, que se barruntaban con relación á su causa. Indeliberadamente, sin darse cuenta, sentía hacia su antiguo condiscípulo cierta inclinación y como apego, quizá por reconocerle con mayor alteza de miras, mayor entendimiento, ó de un carácter enérgico y entero de esos que sin gran esfuerzo cautivan y se imponen. Pero la obligación política le traía como ineludible el compromiso de acompañar á sus correligionarios, de ser de la partida á donde quiera que fuesen y dejarse obsequiar siempre que llegara el caso.

Ya de noche, después de las doce, al volver á la posada, observó con alguna extrañeza que se le atragantaba la saliva como si tuviera gran dificultad en pasarla, y que se había quedado sin voz, casi afónico. Era la primera vez que esto le sucedía y se acostó caviloso. Recordó en seguida lo que decían en Lashoyas del diputado liberal, que en cuanto entró en la villa se hubo de quedar

sin voz y nunca más pudo dirigirles la palabra en público, ni echarles siquiera medio discurso. Otros más enterados, sin embargo, le aseguraron que la escasez aquella de voz de este señor, provenía del abuso de los licores y de su desordenado modo de vivir. Fuera ó no cierto, ello es que nuestro Marrodán, contra su costumbre, durmió muy pocas horas, y hasta bien entrada la mañana en que recobró la voz, no se le quitó la aprensión ni el maldito recuerdo del diputado.

Al día siguiente, que era domingo, se reunía la comisión inspectora del censo, y se nombraban los interventores que habían de formar la mesa y empezaba el manejo del manubrio electoral, que tiene mucho que ver en estos pueblos de provincia donde abundan los cazurros, y los tumbones, y los tíos *de pensé qué*, flor y nata de esta holgazanería tan castiza y tan española que deja siempre los asuntos propios y ajenos para el día de mañana. Marrodán conservaba en el fondo una viva esperanza como candidato del Gobierno, con sus viajecitos de propaganda y su discurso tan mesurado que había producido excelente efecto entre los contribuyentes. Así se lo escribió aquella noche á Patrocinio, contestando á su anterior carta, y animándole á tener un poco de paciencia porque las cosas de Palacio iban despacio; dicho en el supuesto de que los electores eran allí los soberanos, y para que pudieran regalarle un cacho de esa soberanía, de precisión

era también el esperar al domingo siguiente.

Hallándose Marrodán en la plaza aquella tarde vió venir del lado de la carretera de Manso-Añón, montado en un caballazo blanco de grande alzada á un caballero que frisaría en los cuarenta, chupado de carnes, y de mediano color, que saludó á dos de los presentes que allí había, aunque apenas se le oyó.

—Miuste, don Fernando, ahí va el otro;—le dijo uno de sus correligionarios después que hubo pasado el del caballo—y aunque lo ve usté así tan *pocho*... ya nos dará guerra el hombre, ya.

—Bien puede ser, porque trae mala cara.

Esto contestando, volvió Marrodán la cabeza hacia otro grupo de hombres, labradores en su mayor parte, donde se comentaba el paso del candidato liberal.

—Ese viene de Manso-Añón. ¿Si les habrá predicao como aquel año que *bajemos* á la feria de la Virgen?.....

—Quiá, si no puede—contestó con su habitual socarronería aquel otro de más edad, el más alto y huesudo de ellos.—Le falta la campanilla.

—No sea usté mal pensao, tío *Raspa*; á ese señor no le falta nada. Lo que es que tiene una miaja de ronquera.....

—¡Sí, sí, buena ronquera te dé Dios! No la querría pa mí.

Sonreíase Marrodán, escuchando estos y otros sabrosos comentarios que indirectamente parecían

halagar su vanidad de orador y de hombre varonil, recio y bien formado. Pero tales satisfacciones infantiles, se disiparon bien pronto, en cuanto se supo que la mayoría de los interventores votados eran liberales, aunque de notoria justificación. «Hay que apretar las clavijas, le repitieron por vía de consuelo sus correligionarios, y se apretarán.» Y sin duda por esto, al otro día enviaron unos *propios*, personas ya prácticas, á Manso-Auñón, á Muñesa, á Tamarit y á Fragante para que repartiesen unos monises y se animara la gente, después de atracarse de cordero y echar unos tragos, que bien era menester si habían de salir con fortuna de aquel mal paso. El mismo Marrodán se tomó el trabajo de montar á caballo y pasar acompañado de un propio á Tamarit, que distaba unas cinco leguas, para avistarse con el alcalde que era hombre de empuje y agudísimo escamoteador de votos. De modo que el que lo tenía de su parte podía contar con una buena porción de los susodichos. Permaneció allí día y medio, pero la víspera de las elecciones se hallaba ya en Lashoyas.

Por último amaneció el deseado domingo, y con no escaso asombro de Marrodán vino á calcularse que por una respetable mayoría de votos saldría triunfante el candidato liberal. Hecho, en efecto, el escrutinio con la legalidad acostumbrada, resultaron derrotados el conservador y el independiente don Juan Manuel Lucientes. ¿Sería

posible? Marrodán no se avenía á creerlo y andaba un tanto receloso acerca de la buena fe de los propios, y de los alcaldes, y de los concejales, y hasta de los electores que parecían tantos y luego quedaron reducidos á tan pocos. Recordaba la figura escuálida del candidato liberal, cruzando á caballo por medio de la plaza, con su rostro chupado y aguileño que le traía á la imaginación el de aquel judío que hiere á Cristo en el costado con su lanza, en uno de los más hermosos pasos de Jueves Santo que salen en la procesión de Argandoza. «¡Buen culebrón debe ser ese *tío*, pensó para sí Marrodán, si la cara no miente!» Por su parte, haciendo de tripas corazón, como dicen por allá, se despidió á los pocos días de sus buenos amigos y correligionarios con la sonrisa en los labios y fuertes apretones de manos, asegurándoles que en su casa como en Lashoyas sería siempre el mismo para ellos en cualquiera ocasión que lo necesitaran. Por la noche buscó en el Casino á don Juan Manuel y le encontró en el cuartejo sin libros que llamaban gabinete de lectura. Preguntóle si le daba algún encargo especial para la capital, puesto que al día siguiente salía pitando de Lashoyas donde le acababan de regalar el más soberano de los micos. Mucho se rió Lucientes de estas y otras parecidas frases que el reconcomio y la pena de su derrota á nuestro nuevo candidato le inspiraban, y por su parte también quiso consolarlo.

—Vamos á ver, señor Marrodán, ¿tiene usted verdadero y decidido empeño en salir diputado por este distrito?

—Decidido y verdadero.

—Pues de aquí á ocho días nos veremos en Argandoza y le daré, ó mejor dicho, le explicaré á usted el arte de salir diputado con ó sin el apoyo del gobierno.

—Pero usted no lo aprovecha...

—No, señor, me repugnan toda clase de farsas, áun las representadas en provecho propio. Ahora, si usted, como me sospecho por lo que he visto, no es hombre que se para en barras ni en escrúpulos de monja, tenga usted por casi seguro el logro de sus deseos.

—Siendo no más que escrúpulos de monja como usted me indica—repuso Marrodán por aparecer como hombre de pundonor y de conciencia.

—Así los llamarán seguramente los políticos que son de manga muy ancha, como usted sabe bien. Ahora, volviendo á lo otro, le diré que así como hay una ciencia de las magnitudes que son las matemáticas, hay otra ciencia de las probabilidades, que es la política. Y para este estudio también son precisos los dos métodos de inducción y de observación si se ha de acertar verosímilmente con lo probable. Y basta de matemáticas, como dicen en la comedia.

—Ya me ha picado usted la curiosidad. Siento no poder detenerme unos días más.

—Qué diablo de impaciencia, hombre. Tiempo habrá de sobra para hablar, que no es ello estocada de pícaro. Por razones de salud me conviene permanecer por aquí unos ocho días más, porque la caza y el ejercicio al aire libre, en plena campiña, me ponen como nuevecito. Como y digiero y me distraigo como un estudiante en vacaciones. Conque espéreme usted por allá, que no faltaré.

—Con muchísimo gusto, don Juan Manuel.

El miércoles de aquella misma semana se hallaba Marrodán en su despacho, recostado en uno de los sillones, y tenía á su lado á Patrocinio á quien refería minuciosamente los lances y pormenores de su campaña política. A su mujer, y áun á su señora tía, podía muy bien presentarles las mil causas, unas imprevistas y otras desconocidas, que en cierto modo excusaban su derrota; pero interiormente la sentía como un golpe repentino que nos deja aturdidos, sin aptitud para acertar por el pronto con su procedencia, ni la razón que vino á motivarlo. Rebelábase su inmensa vanidad contra aquel palo de ciego inesperado que acababa de hacer añicos y echar por tierra la combinación admirable de sus proyectos. Pero no se creyera que iba á renunciar por eso á su realización. A ratos, hasta acariciaba la idea de volver á Madrid á poner en juego sus relaciones políticas, las de su padrino inclusive, para que se le diera cualquier distrito de Castilla ó de Valencia, ó de las islas *Chinchas*, con tal de ser

diputado. Sin embargo, esto había que pensarlo. Por de pronto, lo que convenía era salir con bien de la cuestión de intereses, pues al fin y al cabo lo de la campaña política no sería más que preparación para entrar en materia. Contempló de soslayo á su mujer, mientras chupaba ávidamente el cigarro puro que entre los dedos tenía, y debió parecerle, sin duda por el aspecto de su rostro, que se hallaba en esa buena disposición de ánimo en que las cosas feas se nos figuran menos feas de lo que son en realidad.

—Pues bien, querida Patrocinio, lo de Lashoyas no me apena. El día de mañana, con más experiencia y atando bien los cabos, ¿quién sabe si me saldré con la mía? Pero, hoy por hoy, si algo me preocupa en este momento, es el no haberte hablado de la cuestión de la casa.

—¿Pero no la están terminando?... ¿No es acaso tuya?

—Seguramente. Ahora que en esto hubo cierta imprevisión por parte del arquitecto. Me presentó éste el presupuesto, que no me pareció mal, y con esta base dimos comienzo á la obra. Luego empezaron las variaciones, en apariencia insignificantes, puesto que en tal sitio y con estas mejoras el dinero que en ella se invirtiese era un dinero productivo. Yo no debí ceder ni transigir con aquellas insignificancias y pequeñeces, calculando que detrás de éstas vendrían los gastos excesivos y el presupuesto enorme con el cual andamos hoy

á la greña. ¿Qué hacer en este caso? Lo consulté con el amigo Reinoso, que es hombre inteligente y muy práctico en estos asuntos, y me dijo textualmente: «No hay que apurarse, señor don Fernando, porque no ha de faltar un caprichoso que exclame al cruzar por delante de ella: '¡Muy bonita casa! la compraría de buena gana si me la vendiesen.'» Y eso es lo que estamos esperando.

—¡Cómo! ¿que estáis esperando venderla?— preguntó Patrocinio con no disimulado asombro.

—Claro que sí; porque ya hemos gastado bastante más del presupuesto primitivo, y yo entiendo que no es negocio si entierro mi capital en esa sola finca. Por mucho que me paguen los inquilinos, aunque la arrendara á un banquero, no ha de poder darme la renta que necesitamos para vivir.

—Pues, hijo, no lo entiendo...

—De modo que si la suerte me proporciona un buen comprador que pague el valor total de la finca... entonces nada habré perdido, y hasta sería negocio.

A Patrocinio, por ese espíritu conservador propio de la mujer, le había parecido siempre muy bien el poseer una casa tan bonita, con su jardín á la inglesa y su escalinata de mármol que la asemejaba á un palacio. De aquí su natural asombro y las razones que le sugería su buen sentido.

—Entonces... si aún dudas de encontrar quien la pague bien, tan bien que te resulte negocio,

no se á qué conducen las molestias de comprar el terreno y lidiar tanto tiempo con el arquitecto, y el maestro de obras y los albañiles...

—Qué quieres, estos son los percances de todo el que emprende algo: unas veces se acierta, y otras no se llega á hacer ni media carambola. Creí que la construcción de una casita de dos pisos no costaría aquí más que unos cinco ó seis mil duros. Pero dando oídos á las buenas proposiciones del arquitecto, hombre de mucho crédito, hemos ido subiendo, subiendo la puntería de tal manera que habrá necesidad de vender.

—Si antes lo hubieras consultado conmigo...

—Pues en ti pensaba precisamente cuando comenzamos la obra—repuso Marrodán por halagar el afecto y el natural amor propio de su mujer.—Me figuraba que con el tiempo habíamos de vivir en ella hechos unos señores.

—Eso lo creo, porque siempre te gustó á tí echarla de *lampa* y de gran señor.

—¿Y la buena intención, señora, no se agradece? En fin... percances, como dije antes, y nadie se libra de ellos. Y vamos á lo otro.

—¿Qué otro?... ¿todavía hay más... percances?

—Sí, mujer, sí; porque estos maldecidos percances son como las cerezas, que agarras de una y te llevas doce. Sin embargo, este es de menor tamaño que el de la casa: se trata de retirar unos treinta mil reales de aquel dinero que te coloca-

ron los parientes en la casa de los vizcaínos, los de Zaitegui, ya recordarás...

—¿Pero eso es de precisión?...—preguntó Patrocinio en voz baja, como expresando cierto sentimiento que no debía aparecer como hijo exclusivo del egoísmo.

—Si no fuera de precisión, compréndelo, ni siquiera me pasaría por las mientes; pero al presente no queda otro remedio que echar mano de ese cachito, pues día vendrá en que podamos recuperarlo y con creces. Yo así lo espero por lo menos y me llevaría un solemnísimo chasco si venía la contraria.

—Un chasco como el de la votación de Lashoyas, y serían dos.

—No, por Dios, no confundamos las cosas. Esto es sencillamente un negocio, y aquello es un asunto político que depende de muchas y varias circunstancias. Pero no creas que me doy por vencido, no señor.

—¿Que aún piensas volver á las andadas?

—Volveré con más práctica y más tunantería, pero volveré. Los Marrodanes somos así, constantes en las empresas y firmes en su querer.

Patrocinio no contestó nada; pero de aquella firmeza del querer podía recordar por su desdicha casos algún tanto problemáticos. Era su marido, lo quería y no le pareció bien negar su asentimiento al primer favor de este género que se le pedía. Se resignaba, como en otras ocasiones,

confiando en las promesas sostenidas en apariencia con tanto calor y tan buena fe. Cuando salían marido y mujer del despacho, encontraron á su tía que volvía de la iglesia con su falda de merino negra y su mantilla espesa y su rosario y su abanico grande de varillas negras que sabía mover con mucho señorío mansa y pausadamente:

—Así me gustan á mí ver los matrimonios, juntitos y en santa paz—les dijo con cierta sonrisilla, sin dejar de andar por el pasillo.—Y no algunos del día en donde la mujer se queda sola en casa, mientras el marido corre por ahí la ceca y la meca convertido en procurador de pobres, ó en otra cosa peor.

—De todo ha de haber, queridísima tía, y eso depende de la oportunidad. Conviene á veces quedarse en casa, y en ocasiones echarse á la calle á perseguir los negocios que son como las liebres, y bien sabe usted que el que las sigue las mata.

—Ya sé, ya sé. Pero si fueran como las liebres más fácil te sería ir al mercado y comprarlas muertas.

—Es que se han de cazar vivas, vivitas y coleando.

—Pues, hijo, por la muestra muchas patadas te van á costar las tales liebres.

—Con el tiempo maduran las uvas, querida tía...

—Lo cual quiere decir que no te das por desengañado. ¡Ay qué chicos estos!...

—Desengañado, ¿y por qué? cualquiera diría que me han roto alguna costilla en Lashoyas.

—Bueno, hombre, bueno.

Patrocinio seguía andando detrás de ellos y pensando algo pesarosa en estas raras coincidencias que nos salen al paso, pues bien pudiera sospecharse Marrodán que se habían puesto ellas de acuerdo para darle matraca con el mismo tema. Por fortuna, á doña Escolástica esperábale en la cocina con verduras frescas una hortelana conocida, y como era aficionadísima á estos gustosos productos de la huerta volvió á salir del gabinete en cuanto se quitó la mantilla. Marrodán se marchó luego á ver á Reinoso; y un rato después, cuando tía y sobrina se reunieron de nuevo y se quedaron solas, ésta se acercó sonriendo á aquélla, y le dijo:

—Mire usted que es casualidad: acabábamos de hablar de lo mismo.

—Vaya por Dios, habrá pensado que... ¿Pero impenitente y duro de pelar?...

—Durísimo; no hay quién le convenza, habrá que dejarlo.

—¿Cómo dejarlo? Ya hablaremos, ya hablaremos de eso otro rato.

Aquella misma semana Marrodán se avistó en el Casino con su antiguo condiscípulo don Juan Manuel que venía á cumplirle su promesa. No hay qué decir lo que se le alegraron las pajarillas á nuestro candidato á la vista del insigne varón

que le iba á enseñar *gratis et amore* el arte de salir diputado con ó sin el apoyo del gobierno. Dos largas sesiones tuvieron á puerta cerrada por aquellos días, y como fueron secretas nadie supo por el momento lo que allí se habló. Nosotros, sin embargo, lo sabremos más adelante, ya por las consecuencias que origine, ya por las teorías que habrá de recordar Marrodán á su mujer al presentarse la primera ocasión. Tal ocasión no podía llegar en seguida como hubiera deseado, porque debía recorrer este camino sobre ruedas de oro, ó en otros términos, que para empezar esta campaña se necesitaba dinero en abundancia, y él se hallaba en crisis por culpa de la casa del paseo de los Mártires. Tampoco se atrevió, á pesar del ardor renaciente de sus proyectos, á sacrificar los ahorros de su mujer, comprendiendo que á los dos meses de casado era esta una incalificable falta de delicadeza. Además, le convenía reservarse en lo de pedir favores, puesto que quedaba para el día menos pensado otro género de sacrificios que Dios sabe cómo los tomaría Patrocinio. Ello es que á los pocos días volvió á encontrar en el Casino á don Juan Manuel que había subido á verle y á despedirse, teniendo ya formada su determinación de marchar á Madrid á la noche siguiente.

—Celebraría muy de veras—le dijo éste—que el gobierno le designara un nuevo distrito de los vacantes y que se decidiera á poner en práctica mis consejos y que volviéramos á reunirnos en Madrid.

—Pues figúrese usted si yo lo celebraría, amigo don Juan Manuel; con el alma y la vida. En fin, se trabajará, se pondrán los medios, y ya conoce usted mi carácter: yo no cejo, ni vacilo, ni me desespero, ni me amilano ante las dificultades. Mientras quede un palmo de brecha, allí estaré yo.

—Así me gustan los hombres. Y si hay que esperar algo de ellos, espérese de los que creen en su valor y en la justicia de su causa—repuso Lucientes estrechando su mano y deseando sinceramente su triunfo, aunque no se le ocultaba que era muchas veces la vanidad, la inmensa vanidad de Marrodán, la que hablaba por su boca con aquella arrogancia y aquella caballeresca energía, propias tan sólo de las grandes convicciones.

Con este mismo ardor con que solía empezar sus empresas fué á la tarde siguiente á casa de Reinoso, y era la cuarta ó quinta visita que le hacía aquella semana. Si no lo hallaba en el despacho lo aguardaba una media hora ó más para saber noticias acerca de sus últimas gestiones. »¿Qué tenemos de nuevo, amigo Reinoso?» este era su primer saludo. A su manera, riéndose y en estilo de broma, aconsejábale Reinoso dar tiempo al tiempo y hacer un poquito acopio de paciencia, porque á los buenos compradores no se les encuentra sembrados en todas partes como las patatas. Conviene esperar que nos salgan al paso, ó que broten inesperadamente y cuando menos se

piensa. Aunque de mala gana, Marrodán acababa también por sonreirse y exclamar con cierto dejo cómico de amargura: «¡Mal año de compradores es este, amigo Reinoso; y la cosecha debió helarse en Marzo, cuando no se ve ni medio por un ojo de la cara.

—Hay que esperar, sí señor. Compradores no faltan, pero son gangueros. Ayer tarde mismo me habló un caballero que ofrecía con mucha monita y muy buenas palabras á un tipo más bajo que el de la tasación. ¿Eh?... ¿Si sería tonto el hombre?...

—¿Y se lo callaba usted? ¿Y usted le volvería la espalda á ese caballero que empezaba por ofrecer... algo? ¡Quién sabe á donde habría llegado si usted le escuchaba!

—Como que el pájaro no estaba enterado. Vaya usted, vaya usted á buscarlo.

Sin la experiencia y los buenos consejos de Reinoso, seguramente que Marrodán se hubiera precipitado en la venta de la casa, perdiendo un uno ó un dos por ciento, en medio de aquel rabioso afán de realizar pronto y á cualquier precio. Lo fué conllevando con su humorismo sano y vulgarote, prometiéndole encontrar lo que se buscaba, aunque un poco tarde; y así trascurrieron dos meses ó poco menos, que se convirtieron para el impaciente propietario en dos meses de purgatorio. Por último, una tarde que salía del Casino, se halló de manos á boca con el simpático agen-

te, que le hizo entrar nuevamente en el amplio portal para decirle cuatro palabras:

—Nada entre dos platos, señor don Fernando; pero en fin, allá va: el administrador del barón de Eguiluz me ha manifestado esta mañana que á su señor le gusta la casa, y ofrece... en resumidas cuentas, unos mil duros más de la tasación.

—Pues mañana nos avistamos con él.

—¿Cómo, don Fernando, se decide usted así tan...? Pero si eso no es negocio, si usted ha de sacar mucho más... La casa está ahora concluída, tan nueva y tan guapa; deje usted que la gente la vea, que ella sacará novio, y un novio rico.

—Yo no busco expresamente el negocio, amigo Reinoso; con tal que me den su valor; es decir, el tipo de la tasación que le puso el arquitecto, me basta y me sobra. Ya recordará usted, tengo mis proyectos, cierto plan de campaña, y nada puedo hacer sin dinero.

—Bueno, bueno, señor don Fernando... Pero si usted tuviera una miaja de paciencia para esperar otro mes... ¡por vida de San Balandrán! yo le aseguro que la vendía muy requetebien, con un dos por ciento de ganancia, así como suena. Y se embolsaba usted....

—¿Otro mes de reclamo? Pues no haré yo pocas cosas en un mes. No señor, no; vamos á lo seguro, porque más vale pájaro en mano que buitre volando.

—¡Pero si no es buitre señor, sino una hermosa vaca de oro la que se le entra por las puertas! ¿Usted sabe bien lo que representa ese capitalillo, aunque no sea más que al cuatro por ciento? pues es una friolera.

—Pues no me decido. Le confesaré á usted que no sirvo para comerciante, y que esa divina cachaza que usted posee y que yo envidio, no casa con mi carácter.

—¡Por vida de San Balandrán! mire usted que...

Marrodán se cerró á la banda, y no hubo medio de convencerle de la bondad de aquel sencillo negocio, que consistía en callarse y armar de nuevo la trampa á ver si caía algún caprichoso, es decir, una ganga que no había de faltar en una población de noventa á cien mil almas. Hombre de más sentido práctico, sentíalo Reinoso como cosa propia, y le dolía verdaderamente que una finca tan bonita y en un punto tan céntrico se vendiese por aquel precio, que era á su juicio, como darla por una bicoca.

Ocho días después, se firmó en casa del notario la escritura de venta, y por consejo de Reinoso colocó Marrodán unos ventidós mil duros en papel del Estado, aprovechando una momentánea baja debida á las influencias del mercado extranjero. En cuanto recogió los títulos y dispuso de dinero abundante, ya se le ensanchó el corazón, pensando de nuevo en su venidera campaña, inspirada por los consejos y advertencias de su compañero

Lucientes. Vendida, pues, la casa del paseo de los Mártires, con gran sentimiento de Patrocinio, calcularon ésta y doña Escolástica, que se acomodaría poco á poco á la vida pacífica de Argandoza, desistiendo por el presente y en vista de su derrota, de toda tentativa política. De sus fanfarronadas no había que hacer caso, conocido su carácter ponderativo y sus deseos de desquite. Pero cuál sería el asombro de las dos mujeres, cuando una mañana, después del desayuno, les anunció su nuevo viaje á Lashoyas. La tía se hizo una cruz muy larga desde la frente al pecho, que era en ella uno de los signos de mayor admiración. Patrocinio le miraba como la que ve visiones. La causa del viaje se la explicó en pocas palabras: necesitaba ir preparando el terreno para el día de mañana que volvieran á efectuarse nuevas elecciones. ¿Pero con tanta anticipación? ó ¿es que las elecciones van á venir todos los años como las malas cosechas, ó las contribuciones, ó cualquier plaga por el estilo? Estas preguntas de las mujeres no podían ser más naturales, y Marrodán tuvo que contestarles, que en efecto, aquello no era seguro por depender de múltiples y desconocidas circunstancias, por lo cual necesitaba vivir preparado para cualquier eventualidad y volver á Lashoyas.

Así lo hizo, y los primeros quince días que estuvo en la villa, se dejó ver en todas partes, renovando sus relaciones políticas para oir y saber lo

que principalmente le interesaba. No tardaron mucho tiempo en manifestarse las consecuencias: próxima á la plaza, compró en treinta y ocho mil reales una casita de dos pisos, con corral grande que bien pudiera transformarse en jardín. La amuebló provisionalmente con algunos enseres de los más precisos y á los pocos días escribió á Patrocinio, pintándole la hermosura de aquellos campos reverdecidos por las primeras lluvias de Abril, y animándola á que viniera á pasar allí un par de semanas, para lo cual le enviaba á su fiel Alejo, que le serviría de mucho. Era esta otra sorpresa que no esperaban ni tía ni sobrina. ¿Qué iba á hacer allá su mujer? ¿Querría también meterla en el jaleo de las elecciones? Leída con alguna detención la carta, pudo comprender ella, que una invitación tan pintoresca no se hacía á humo de pajas, ni por gastar tinta, sino con el exclusivo objeto de que fuese aceptada. Doña Escolástica convino también en ello, y por lo tanto Patrocinio se puso en viaje, acompañada del antedicho Alejo.

Alegróse lo indecible nuestro Marrodán al verla llegar á los dos días á la posada; y en cuanto se lavó y descansó, después de comer tranquilamente, la llevó á la casita que acababa de comprar, sin advertírselo por supuesto, y únicamente para conocer su impresión. Bien orientada como estaba al mediodía, limpia, pintada y blanqueada de nuevo, con su amplio corral y sus buenas lu-

ces, presentaba muy agradable aspecto, y así se lo manifestó Patrocinio. Entonces él, volviéndose hacia su mujer, la preguntó muy risueño y satisfecho:

—¿De veras te gusta? pues ¡ea! ya puedes prepararnos alojamiento: esta casa es tuya.

—Pero... ¿no lo dices en broma?

Como lo vió sonreir, y era para ella otra sorpresa, la maestra dudaba. Convencióse en seguida, naturalmente, cuando su marido le indicó en voz baja, para que Alejo no se enterase, que aquella compra y el vivir ellos una temporadita en Lashoyas, tenía su razón de ser en la preparación del terreno electoral. Convenía en primer término que hubiese algún interés, algún lazo, algo de común entre un candidato y la villa que le había de elegir diputado.

Al día siguiente recibió Patrocinio la visita de la Alcaldesa y de otras señoras, no menos distinguidas de Lashoyas, cuyos maridos eran amigos y correligionarios políticos de Marrodán. Algunas fueron por curiosidad, pero las más de ellas por su carácter franco y hospitalario que las impulsa á ofrecer al forastero los buenos servicios de la amistad como la cosa más natural del mundo. De modo, que estos primeros días se pasaron en un vuelo entre las visitas y el arreglo provisional de la nueva casita, á donde se trasladaron muy gustosos á los pocos días por la mayor libertad y desembarazo que en ella habían de tener mejor que

en la posada. No por eso dejó Marrodán de ir al Casino y al cafetín de la plaza, y á todas partes donde bullían políticos y gente conocida. Se hablaba de mil cosas, y en particular, de dos ó tres problemas que preocupaban con mucha razón á los de la villa. Uno de estos era la proyectada carretera de Lashoyas á *Collarada*, que debía facilitar extraordinariamente el trasporte de los cereales, caldos y demás productos naturales, supuesto que á una legua de ésta segunda cruzaba el ferrocarril, y había estación de tercer orden. Dos años hacía que un verdadero patriota convocó á una reunión á los propietarios de los terrenos por donde debía pasar la carretera y les propuso la formación de una sociedad que agradó á todo el mundo, con pactos muy sencillos y equitativos; pero hubo luego cierto pique con los de Collarada, retiráronse éstos y no se habló más de la carretera. Existía ciertamente comunicación entre uno y otro pueblo por medio de un camino de herradura y algunas sendas ó atajos que atravesaban la parte más quebrada y montañosa, aunque ya se comprenderá que no bastase esto para una exportación en mayor escala, como deseaban ellos. Marrodán por su parte encareció su importancia y sustuvo en más de una ocasión que si él fuera el diputado de Lashoyas habría ya trabajado y áun arrancado al Gobierno la concesión de una carretera como aquella, tan necesaria y provechosa para el distrito.

Veinte días después de estas discusiones observaron los vecinos que Marrodán salía una mañana á caballo, acompañado de un ingeniero y dos ó tres ayudantes, en dirección á Collarada con la idea de estudiar el terreno, medir las distancias y calcular los gastos para poder presentar luego un presupuesto aproximado. Este estudio se haría por su cuenta, sin otra mira particular que la de servir de pauta y áun de estímulo si el día de mañana amanecía algún otro amante de su país que intentara y lograra aunar en beneficio de todos las voluntades dispersas ó mal avenidas. Con este motivo volvió á suscitarse en el Casino la cuestión de la carretera y á Marrodán se le escuchó con mayor interés, porque ya no eran sólo palabras sino muy buenas intenciones y mejores obras las que aquel hombre les merecía, mejores cuando menos que las de los mamelucos de Collarada. Fué, pues, considerado como espléndido; y desde el día en que volvió de la medición y evaluación del terreno el señor ingeniero con sus ayudantes, se le miró con mejores ojos.

Amueblada luego la nueva casita en cuanto á lo más indispensable y necesario, devolvió Patrocinio las visitas recibidas acompañada de su marido, conforme señalaba la etiqueta de la villa, que en ciertos pormenores de la vida de relación aún era más rigurosa que en la propia capital. Mostróse en todas partes muy contenta y satisfecha del buen trato que había en Lashoyas, del carácter de la

gente, de la sanidad y abundancia de sus campos, por cuya razón no sería extraño que su marido comprase alguna huerta grande ó alguna viña, como aditamento natural de la casa. A consecuencia de esto, ó de las simpatías que obtuvo en ciertas familias, no tuvieron otro remedio que aceptar algunos convites, y salir algunas tardes en su compañía á las giras improvisadas, para comer un pedazo de cabrito asado y unas tortas de manteca hechas al estilo del país ó bien una fuente de lechuga, fresquísima y blanca, que venía á ser como la primera fruta de la primavera. Algunas bromas un tanto pesadas, algunas escenas cómicas que esmaltaban á lo mejor estas francachelas y expansiones campestres obligaban á Patrocinio á morderse los labios ó á reirse de muy buena gana, pero su pintura exacta y minuciosa no entra en las condiciones de nuestro cuadro y nos basta con apuntarlas.

Fuera de estas ó parecidas excursiones, Marrodán pasaba las tardes en el Casino, alrededor de la única mesa de billar que allí había, entre diez ó doce jugadores asiduos, gente joven y campechana todos ellos, que le trataban con sin igual franqueza y le llamaban chambón y *palitroquero* cuando se le escapaba alguna carambola bien preparada. Después leía los periódicos á la hora de llegar el correo, ó se pasaba á las mesas del cafetín de la plaza donde siempre se encontraban ociosos; tertulia y gacetilla diaria de los sucesos

cuentos y chismecillos de la villa. Una tarde, con asombro de todos los concurrentes, se leyó en un periódico de Argandoza que el diputado liberal de Lashoyas, señor Arizábal, había fallecido casi repentinamente, en muy pocas horas, á consecuencia de un vómito de sangre. Marrodán se quedó estupefacto; los que le conocían de antiguo no se extrañaron tanto porque sabían la vida que había llevado y la profecía del médico que, al visitarlo en las elecciones pasadas, hubo de indicar á algunos amigos: «Este hombre no llega á los cuarenta años.» Y, en efecto, aquel verano debía cumplir los treinta y ocho.

Instantáneamente cundió la noticia por la villa, y entonces se supo lo que Marrodán ignoraba todavía: que el antiguo gobernador de Argandoza y este diputado eran uña y carne, como vulgarmente se dice, y que, unidos al secretario de Lashoyas y á dos ó tres concejales, constituían realmente una sociedad de caciques y manipuladores del distrito, los que pagaban menos contribución, elegían al juez ó destituían á los maestros y monopolizaban los estancos. Y esto lo podían hacer á su gusto, subiesen los conservadores ó mandasen los liberales, por estar patrocinados por cierto personaje de Madrid de positiva influencia. Así se explicaba el que el señor Arizábal saliese diputado cuantas veces quisiera. Después de la estupefacción vino para nuestro Marrodán el natural regocijo, y al día siguiente, hablando con Patrocinio

de este asunto mientras se vestía y acicalaba, de cíale muy satisfecho:

—¿Ves lo que vale vivir prevenido? pues ahí lo tienes. Ahora la casita, las relaciones, los amigos, los dineritos gastados y todo género de sacrificios, pues sacrificios son, y no pequeños, como el venir tú aquí á sufrir algunas impertinencias; todo esto, en pura plata, representa una acta de diputado.

—Eso si no te sale algún nuevo competidor como el difunto Arizábal.

Marrodán, que había metido en aquel momento el brazo derecho por la manga de la americana, se quedó sin acertar á coger la embocadura de la otra manga, mirando á la maestra hasta con enojo.

—Vamos, mujer, que también tú tienes unas salidas, que me río yo... ¡Un nuevo competidor! ¿Creerás tú que los competidores se fabrican en veinticuatro horas, como esas tortetas de manteca que aquí te regalan?

—Bueno, bien, no entenderé de eso; pero el señor Arizábal tenía un sobrino y dicen que se presentará, como heredero de su tío, á hacer valer el apellido que lleva.

Vestida ya la americana, Marrodán se había acercado á un espejito, colgado cerca del balcón, para ponerse el alfiler de la corbata, cuando al oir la anterior observación se volvió de repente, como si le hubieran llamado bestia:

—¡Qué sobrino ni qué niño muerto! si es un zagalote que le hicieron abogado á puñetazos hará unos cuatro años á fuerza de empeños y recomendaciones, y ellos son siete hermanos ó nueve, si mal no recuerdo, con más hambre que vergüenza, sin una peseta en el bolsillo ni esperanza de tenerla.

—Hombre, su tío era rico, según dicen, y bien podía ser que...

—Su tío, su tio... Su tío se gastó todo lo que tenía, y ha hecho divinamente. Era hombre así, que no le dolía el dinero; y además sabía gastarlo, que no todos saben.

Patrocinio cortó sus observaciones. Con sólo ver la cara que ponía su marido, debió comprender el ansia y la pasión y la íntima creencia en que estaba de que renovadas las elecciones había de salir necesariamente diputado por Lashoyas; de modo que bastaba la menor observación en sentido contrario para que se le revolviera la bilis ó estallara repentinamente su mal humor. Había, pues, que dejarlo regocijarse con la risueña perspectiva de la diputación. Enterado algún tanto de los amaños del difunto Arizábal, aquella misma tarde se avistó con dos de los concejales que se entendían con éste, procurando sondear su ánimo y asegurándoles que por su parte las cosas seguirían como hasta el presente, si la fortuna, voluble y caprichosa como toda mala hembra, lo llevaba el día menos pensado á la Diputación pro-

vincial, ó lo investía de la representación de su país, ó bien le regalaba el bastón de gobernador, que todo podía ser. Marrodán se despachó á su gusto en cuanto á estas cuentas galanas, pero ellos, taimados y marrajos como perros viejos, no soltaron prenda: contestaron muy respetuosos con algunas generalidades, con los muchos desengaños sufridos de los políticos, y la conveniencia del país que era á lo primero que debían mirar antes de contraer compromisos de ningún género. Marrodán no se dió por resentido, sino que se despidió muy satisfecho, estimándolos como conservadores y buenos patriotas. Después, al entrar en el Casino, pensaba para sí como la zorra: «Estos no están maduros todavía, pero ellos han de madurar tarde ó temprano; y entonces me pagarán la hiel que me han hecho tragar esta noche.»

Señalado por fin el día de la elección parcial por acuerdo del Congreso, que ya funcionaba desde mediados de Abril, volvieron á nombrarse las mesas y á moverse la gente, aunque no con el calor y el empeño de la anterior lucha. Presentábase como candidato y campeón del bando liberal el sobrino del señor Arizábal que apenas habría cumplido veinticinco mayos, falto de la experiencia, de la representación y hasta de la generosidad tan genial y espontánea de su tío, por cuya razón con sólo verlo y oirle hablar desmayaron mucho áun los más decididos y apa-

sionados. En cuanto á los republicanos, sabido es que allí se hallaban en una declarada minoría, y únicamente en Collarada, en Manso-Auñón y en Laniza bien organizados podrían luchar con alguna ventaja contra los conservadores. Como es de suponer Marrodán no se dió un punto de reposo por aquellos días. En Lashoyas casi tenía la seguridad de vencer, pero no así en otras secciones como las ya mencionadas, por lo cual, hablando en el Casino con sus compañeros de billar y otros no menos dispuestos, discurrieron organizar una partida que pasase á Collarada á animar á la gente y luego por un atajo conocido á Manso-Auñón y á Laniza. Y dicho y hecho; montaron á caballo los quince ó diez y seis amigotes y al despuntar el día se pusieron en marcha.

A pesar de que el camino angosto y quebrado no era para galopar ni picar mucha espuela, porque áun siguiendo la falda y declives de la sierra á veces se internaba en pleno monte, á las ocho de la mañana estaban ya en Collarada. Gente joven, alegre y acostumbrada á estas correrías, sobre todo en tiempo de ferias, no era de extrañar que la jornada se hiciera en breves horas. En cuanto llegaron al pueblo se distribuyeron en grupos para buscar á los amigos y conocidos, y que éstos á su vez animasen á la gente tibia, á los parientes y á los jornaleros con voto, porque se trataba de un amigo, de un hombre muy campechano y muy corriente que venía con ellos y los

esperaba en la plaza. En efecto, frente á la casa del Ayuntamiento se hallaba el correo y un gran portal donde paraban los coches, y á la misma entrada había un banco de madera que sirvió á Marrodán y á los de su partida de punto de cita. A poco más de media hora habíanse reunido cincuenta y tantos electores, personas de más ó menos viso, que prometieron votarle y trabajar en su favor cuando fuera posible, basta que venía él mismo y en compañía de tan buena gente. Marrodán se cansó de apretar manos encallecidas y regalar cigarros puros, de los que traía una buena provisión. Luego se improvisó un magnífico y suculento almuerzo que corrió de su cuenta.

A las diez volvieron á montar á caballo y se encaminaron hacia el atajo, conocido de todos ellos, para llegar antes de las doce á Manso-Añón. Tampoco en esta gran villa los esperaban, y como es natural causó no poca sorpresa su bulliciosa entrada por la calle Mayor adelante, á cuyo final se hallaba la casa del Ayuntamiento, donde se celebraban las elecciones. Reuniéronse, como en Collarada, con una porción de amigos y correligionarios y se corrieron los consiguientes avisos para que fuesen á votar todos los disponibles según ley, puesto que era ocasión de hacer un favor á un buen amigo y se había de hacer costara lo que costase. Después se discutió entre los de la partida si comerían allí ó en Laniza, pero Marrodán y la mayoría de ellos determina-

ron dejarlo para la siguiente jornada. En cambio circularon de mano en mano los vasos rebosantes de lo tinto y hasta los ventrudos porrones, con algunos de anisado entre medias, y no hay que añadir que se bebería copiosa y alegremente hasta apurarlos por no desairar á tan generosos compañeros.

Hacia las tres de la tarde entraban en Laniza, pero tan alegres, bromistas y bulliciosos que los mozos que estaban en las puertas y los grupos reunidos en la plaza delante de un titiritero lo tomaron como burla ó brabata de forastero. Hay que advertir que los de Laniza gozan fama de tener pocos aguantes, de hombres seriotes y de malas pulgas, que á la menor indirecta se sulfuran y echan mano á la vara ó á la navaja. Ello fué que se congregaron unos cuantos, de los más brutos y feroces, por metérseles en la cabeza que lo de entrar en su pueblo de repente, dando voces y riéndose de la gente y atropellando á los chicos y como en son de desafío, era una mala vergüenza que no debía consentirse de ninguna manera. Luego se supo que venían con el candidato conservador, y con motivo de las elecciones, lo cual sirvió para echar más leña al fuego, porque los republicanos, vencidos la anterior vez, tenían determinado *volcar el puchero* si no sacaban mayoría absoluta de votos. ¿A qué testigos de vista? contra menos bultos mayor claridad; por lo tanto, allí sobraban muchos y más que nadie los forasteros. En este

intermedio, los de la partida de Marrodán habían dejado los caballos en la posada, y una media docena de ellos que se dirigían á la plaza se encontraron con un grupo numeroso de los mozos soliviantados que iban gritando:

—¡Fuera, fuera! ¡Fuera de aquí los *foranos*!

Uno de los de Lashoyas, más vivo de genio, se encaró con los del grupo y les dijo, parándose en seco:

—¿Va por nosotros eso?

—Va por *vusotros* ó por quien sea. A nadie le importa y menos á *vusotros*.

—Pues sí, señor.

—Pues no, señor.

Otro gritó más recio:

—¡Fuera los *foranos!*

Pero aún no había acabado de decirlo, cuando el de Lashoyas levantó la vara, que era de haya vieja, fibrosa y recia como un garrote, y la dejó caer como un rayo sobre la cabeza del mozo, que se quedó aturdido y como sordo, sin saber lo que le pasaba. Sin embargo, esta fué la señal de la acometida, porque los de Laniza venían casi en doble número, armados también de palos y varas. Marrodán, sorprendido, quiso hacer valer su autoridad.

—Pero pedazos de bárbaro ¿á qué viene esto?... si nosotros...

No pudo concluir la frase, porque los palos de los contrarios llovían á su alrededor y amenaza-

ban á su cabeza. Enarboló, pues, el suyo, que era recio y macizo como de campaña, y arremetió contra dos de los llamados bárbaros que se le venían encima. Y sea por la fuerza de la razón que en sí llevaban, ó por la influencia dinámica del vino, los compañeros de Marrodán *repartían leña*, como allí se dice, de tan buena gana y con tal ímpetu, que mal año para los de Laniza si á los cinco ó seis minutos no hubieran acudido en su ayuda otros compañeros suyos, y dos concejales que tuvieron aviso inmediatamente, y una pareja de la guardia civil de á caballo; todo lo cual no impidió el que hubiera sus contusos y sus heridos y que se vieran obligados los amigos de Marrodán á refugiarse en el portal de una casa próxima. Cesó, pues, la lucha en el momento, interviniendo la autoridad y algunos vecinos pacíficos, y entonces se supo que había dos heridos de consideración entre los mozos de Lashoyas. A no dudar, alguno de sus contrarios sacó la navaja, esa maldecida navaja que no debía deshonrar tantas manos ennoblecidas por el trabajo, y arremetió con ella hiriendo levemente al más joven de la partida y al propio Marrodán, que pudo esquivar el golpe dirigido quizá á su pecho, pero recibiéndolo en el brazo izquierdo que resultó traspasado. Presentóse en su consecuencia una hemorragia tan grande, que se creyó al pronto que la herida hubiera interesado á alguna gruesa vena, por cuya razón le acompañaron sus amigos

á la posada. Preparáronle en seguida cuarto y cama aparte, el mejor de todos, después de avisar al médico, que no tardó en llegar apresuradamente por tratarse sin duda de tal persona, propietario y presunto diputado cuando menos.

Desnudo ya el brazo y examinada la herida, comprendió que era de las regulares, que no había interesado ninguna arteria ni vena de consideración, y que el salir tal abundancia de sangre se debía más bien al temperamento particular del enfermo, donde dominaba la riqueza del tejido vascular sanguíneo. En todo caso, lo que podría perjudicarle, en mayor ó menor grado, serían los excesos de bebida y de fatiga de aquel día memorable, día de actividad y de fiebre á que le había condenado su campaña política. Declaróse, en efecto, después de la exploración y lavado de la herida un poco de fiebre, opinando desde luego el médico que la prudencia aconsejaba el no moverse de la cama y pasar la noche tranquilamente en Laniza. Marrodán, que soñaba á pesar de todo en el buen éxito de las votaciones, protestó en el acto.

—¡Cómo! ¿Por una simple herida voy yo á pasar la noche en este condenado pueblo, sin tener noticia de mi mujer ni de los de allá? ¿Qué van á pensar de mí en Lashoyas?

—Que piensen lo que quieran, no se preocupe usted ahora de eso—repuso el médico que parecía hombre de mucha práctica, formal y celoso de sus

deberes.—Además, que no le faltará á usted un amigo que vaya esta misma tarde á la villa y les dé cuenta exacta de lo ocurrido.

—¿Contarles lo de mi herida? de ninguna manera. Yo iré mañana, si no puedo esta noche, porque... efectivamente, siento algún dolorcillo hacia esta parte.

—Esos son los nervios, un poco de molestia, pero cosa leve. Y siendo leve como es, ¿no comprende usted que es mucho mejor que lo sepan y salgan de una vez de cuidados?

Como en señal de asentimiento Marrodán no contestó una palabra. Mientras tanto, se había avisado al Alcalde de aquel desagradable incidente y dado orden de detener á los mozos de una y otra parte que lo promovieron. Tomáronse luego declaraciones, y vino á resultar al cabo que ninguno de ellos llevaba navaja, ni cuchillo, ni arma alguna punzante, y en su consecuencia, ¿á quién podía considerarse como presunto causante de las heridas? Las heridas debieron hacerse solas; era lo más natural. Se les amenazó con dar parte al Juzgado de Lashoyas que formaría inmediatamente sumaria, los metería en *chirona* y quizá pagaran justos por pecadores; pero todo fué inútil, y como las heridas no eran de consideración, el mismo Marrodán, al hablar al otro día con el Alcalde, fué el primero que se opuso á semejantes medidas, tomando la *punzadita* como uno de tantos percances de la vida política. Que-

dáronse, pues, aquella noche con Marrodán dos de los alegres compañeros que con él salieron de Lashoyas, el uno contuso además de cansadísimo, y el más joven de todos, un muchacho de veintidós años, morenote y fornido como un Hércules, que tenía una herida leve en el muslo y no podía montar á su satisfacción. Los demás, después de comer bien, volvieron grupas.

En cuanto llegaron á la villa, uno de ellos que conocía á Patrocinio se dirigió á la casa, hallando al fiel Alejo en la puerta en espera del amo. Refirióle en seguida lo ocurrido, y la probabilidad de que Marrodán se detuviese hasta el día siguiente, por lo cual convenía prevenir á su señora sin alarmas de ningún genero, puesto que nada tenía esto de extraordinario, y al fin la herida era levísima. Pero Alejo, sencillo y fiel como un perro, pero como un perro ladrador, echó á correr escaleras arriba y se presentó á Patrocinio, diciendo á voz en cuello ó poco menos:

—¿Vé usté, señora, vé usté cómo usté tenía razón en quitarle al señorito de la cabeza eso del viaje?... pues ahí verá usté.

—¿Pero qué ha pasado?

—Que no viene esta noche; que á todo tirar vendrá mañana. Ahí *bajo* está Pedrín, el amigo del amo, que es el que trajo la noticia.

Sorprendida y asustadísima Patrocinio por las palabras del criado, sin poder contenerse, bajó corriendo las escaleras y se asomó á la puerta de

la calle, porque el llamado Pedrín se hallaba hablando con otra persona dos casas más arriba. Volvióse al punto al verla asomarse, y la enteró de parte de lo ocurrido, sin revestirlo de la menor importancia, asegurándole al mismo tiempo que al día siguiente tendría á don Fernando en Lashoyas tan bueno y tan campante como cuando se fué. Con esto se quedó más tranquila; pero el susto y la semicaída que tuvo en el último tramo de la escalera, donde se quedó como arrodillada por ir sobrado de prisa, y la cavilación que le entró luego, dieron por fatal resultado el sentirse enferma á media noche con algunas congojas y trasudores, amén de un mediano dolorcillo de vientre. Por fortuna, la indisposición no fué de las graves, y con el reposo y el cuidado del médico, inteligente á la verdad en achaques de este género, todo ello quedó reducido á un accidente desagradable, sin más consecuencias que el natural resentimiento del golpe.

Entre cuatro y cinco de la tarde llegó al día siguiente á la villa nuestro Marrodán, acomodado guapamente en un carricoche que les prestó una familia conocida del otro compañero herido, que también venía con él al lado del otro contuso, muy contentos y satisfechos los tres porque en Laniza se había ya sabido el resultado del escrutinio: electo por mayoría de votos. Pero al bajar del carricoche, el fiel Alejo, que sentía una ansia feroz por dar noticias, le enteró de que Patrocinio

se hallaba en cama desde el día anterior, con lo cual se le aguó un poco la fiesta á Marrodán, que llevaba ya su proyecto de celebración entre ceja y ceja. Despidiendo á sus amigos en la misma puerta de la casa subió en seguida al piso principal donde estaba la enferma, resignada y contenta al propio tiempo por tener á su marido á su cabecera, aunque siempre con el temor de que no fuese este inesperado percance de Laniza el último ni el peor de todos. Marrodán la besó y abrazó cariñosamente, doliéndose de no haber venido mucho antes y haber sido causa indirecta de aquel malhadado accidente. Después cuando se presentó el médico, ya de noche, volvió otra vez á dolerse de aquella fatalidad y mala sombra que le aguaba su mejor fiesta:

—¿Eh? ¿qué le parece á usted, doctor, si es perra suerte la mía? allí en Laniza me reciben á palos; y aquí se me pone malita la mujer y quizá me falle lo de ser padre, lo que más deseaba. ¿Qué le parece á usted? ¡Canástolis! como dice Reinoso, por vida de San Balandrán! crea usted que lo siento con el alma y la vida, y que debía emigrar de esta tierra, pero á escape.

—Eso es natural, muy natural, señor don Fernando—repuso el médico que, como viejo algo sentencioso, tenía la muletilla de la repetición;—pero hay que conformarse porque las cosas podían haber salido mucho peor, pero muchísimo peor: usted se encuentra muy regular de su herida, que

en otro sitio hubiera sido grave; y no hay que añadir que su señora de usted se halla casi buena, en completa convalecencia, porque eso salta á la vista.

Salió, en efecto, acertado el pronóstico del médico y al cuarto ó quinto día Patrocinio pudo ya levantarse y llegar á reponerse por completo. Y, sin embargo, Marrodán, diputado por Lashoyas, debió exclamar al igual de Sancho: *Si buen Gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta.* A él no le costaba azotes su diputación, pero sí malos ratos, sustos, temores, palos y bastante dinero. Esto sin contar con el accidente de Patrocinio, que bien podía haber traído mayores consecuencias. ¿Vendría algún día para él la compensación? Aquella noche hubo de acostarse muy temprano, por acompañar á su mujer, y como se despertara antes del amanecer parecióle oir rumor de voces en la calle y así como si templaran instrumentos de cuerda. También Patrocinio acababa de despertar, excitada por su mucha sed, y notando que su marido se removía le rogó que se levantara para que le diese medio vaso de agua siquiera, porque tenía la boca sequísima como un esparto. En el momento de levantarse comenzó á tocar una rondalla que, según la claridad con que se oía, debía hallarse debajo de sus balcones. Eran, en efecto, unos cuantos mozos de la villa que á su manera trataban de desagraviar á nuestro Marrodán del mediano recibimiento que le hicieron

los de Laniza, agradecidos al propio tiempo al interés que mostró en la cuestión de la carretera, y á su generosidad como diputado que no quiso ser menos que su antecesor. A tal hora, en el silencio de la noche, interrumpido tan sólo por el lejano aullido de algún perro, producían un efecto mágico los acordadas sones de las guitarras y bandurrias combinados con los agudos y vibrantes de los guitarros, en medio de la sencillez y melodía de la música. Uno de los mozos cantó en seguida al estilo del país, con cierto dejo melancólico y sostenido, una copla alusiva al objeto que podía agradar por su expontaneidad y llaneza campesinas:

Mucho más que el sol hermoso,
y más que los pajaricos,
madrugan en esta tierra
los pechos agradecidos.

Continuaron tocando, y al poco rato otro de los rondadores, con idéntica entonación, cantó otras dos coplas felicitando al nuevo diputado y deseándole mucha suerte en las cosas de la política. Marrodán, que estaba ya medio vestido, se aproximó á la cama y le dijo á su mujer muy esponjado y satisfecho:

—Oído al parche, chica, porque ahora te toca á tí, á la señora diputada.

Y salió cierto lo que él esperaba, porque otro de la rondalla cantó una cuarta copla, donde se le

decía á Patrocinio que bien podía dormir tranquila, puesto que se hallaba entre gente honrada y que en aquella tierra no había simiente de ingratos ni de traicioneros. Luego vino la despedida y después que cesaron de tocar volvieron á oirse las voces, y la rondalla continuó su camino. Marrodán, por curiosidad, abrió un poco el balcón y asomó la cabeza. Empezaba á amanecer en aquel instante; y allá, á lo lejos, en los solitarios campos, entre los verdes olivares, ó en la linde de alguna viña se oyó el canto alegre y repetido de una codorniz que quizá anunciaba un espléndido día de Mayo.

Repuestos los dos de sus respectivas dolencias, dedicáronse aquella semana á preparar su vuelta á Argandoza y á despedirse muy finamente de sus nuevas y flamantes relaciones. En todas partes les decían lo mismo:

—¡Pero por Dios, qué prisa llevan! Se van ustedes en el mejor tiempo.

No dejaban de comprenderlo, pero ¿qué remedio tenía? Marrodán era ya diputado y por obligación debía presentar su credencial, es decir, su acta á la comisión designada por el Congreso. Ocho días después, con gran contentamiento de Patrocinio, se hallaban en Argandoza, en el comedor de su casa, discutiendo con su tía Escolástica un nuevo problema: defendía ésta que su sobrino podía muy bien irse á Madrid á una fonda decente, como otros tan caballeros y tan diputa-

dos como él, y no instalarse allí con los gastos imprescindibles del que pone casa. A Patrocinio tampoco le agradaba el meterse otra vez en aquel profundo hervidero de malas pasiones, del cual no debía conservar muy buenos recuerdos. Por su parte Marrodán las dejaba charlar y desahogarse cuanto quisieran, para entrar luego en turno y compaginarlo todo con suma facilidad, probando á su manera que en lo de poner casa no había tales y cuales gastos, sino que con unas cuantas pesetillas de extraordinario se arreglaban tan divinamente; y que aquel hervidero de tanta profundidad sólo existía en la imaginación de los provincianos.

Luego Marrodán cogió aparte á su mujer y le pintó con vivísimos colores la necesidad de tener casa en Madrid, de presentarse juntos en todas partes, de hacer relaciones que les valdrían algo más que las de Lashoyas, de vivir conforme á su posición social, etc., etc. En cuanto á su tía... su pobre tía no había salido nunca de Argandoza y hallaba muy natural que no entendiese una jota de lo que era política, gobierno, sociedad y vida moderna; en suma: que no conocía el mundo ni sus arrabales.

—Pero ella es feliz á su modo...—le contestó Patrocinio, á quien tampoco trastornaba la cabeza la brillantez de ciertas apariencias de dicha.

—Feliz como el topo que sale de un agujero para meterse en otro. ¡Vaya una felicidad!—repu-

so Marrodán. Y como prueba de que él estaba en lo cierto, le enseñó la carta de felicitación de don Juan Manuel, su antiguo condiscípulo, hombre que valía mucho, y de otros amigos y compañeros, entre los cuales figuraba su excelente y simpático maestro don Anselmo Caviedes. «¡Calle! también don Anselmo se acordaba de felicitarle.» Mucho se alegró Patrocinio al saberlo y al leer luego su carta, donde vió que le dedicaba un largo párrafo, afectuosísimo y sincero como suyo.

Hábil parlamentaria, también á su manera, doña Escolástica volvió á la carga á los dos ó tres días, en cuanto se presentó ocasión, para anunciar á su sobrino que los tiempos eran de economía más bien que de despilfarro; que hoy día se necesitaba ser millonario para meterse en ciertos libros de caballería; y que mandaran ellos ó mandaran los otros, la cosa no iba á mejorar sino á empeorar en todo caso. Y acabó diciendo:

—Y al que le coja en su casa con buena ropa y el puchero del cocido arrimado á la lumbre, no hará poco.

—Pero, querida tía, ¿qué pronósticos son esos que se trae usted á casa? ¿va á volver otra vez el año del hambre?.....

—No del hambre, pero sí el de las necesidades.

Para nuestro Marrodán no había argumentos que le convencieran cuando se hallaba decidido á ejecutar cualquier hecho ó realizar cualquier idea; de modo que antes de finalizar Mayo dispusieron

su viaje, recogieron los objetos más precisos y empezaron las despedidas de los parientes, de los amigos, de su padrino don Cirilo de Ximénez y de los señores de Villacastín. A Patrocinio se le humedecieron los ojos la noche de la marcha, en el momento de abrazar á su tía, al abandonar aquel rinconcito de su casa, tan lleno de recuerdos, en medio de esas horas de sosiego, que al igual de los grandes remansos, parecen reflejar constantemente las imágenes familiares de nuestra vida ó las fisonomías más expresivas de los que nos amaron. Era la segunda vez, que por unir su destino al del hombre elegido por su corazón, salía de Argandoza, trocando un modo de vivir sencillo y modesto, pero de positiva dicha, por los azares de otra existencia algo más notada y activa, aunque no exenta de peligros y contratiempos. Como recuerdo vivo de aquélla más antigua y plácida, acompañábale Clarita, su nueva hija, á quien no quiso abandonar ni áun en la buena compañía de doña Escolástica durante su permanencia en la Corte, comprendiendo que Marrodán tardaría muchísimo tiempo en volver á su país, y eso si volvía.

IX

A la mañana siguiente, entre ocho y nueve, llegaban á la corte y se instalaban provisionalmente en la fonda de Madrid, como una de las más céntricas, donde hallaron también á algunos diputados y personas conocidas, de esas que se encuentran en todas partes, en los Casinos, en los Círculos, en el salón de conferencias, en los teatros y en los baños de mar. Aquella misma tarde, mientras Patrocinio sacaba y preparaba algunas ropas, Marrodán fué á visitar al señor La Riva que le acompañó á Gobernación para hablar con el Subsecretario, porque el señor Ministro estaba ya en el Congreso donde había un poco de marejada, como de costumbre, á causa de las elecciones: una acta problemática que podía clasificarse de grave, según la opinión de algún diputado de la minoría. Atraído por la influencia que hubo de ejercer en su espíritu el carácter de don Juan Manuel, al otro día, después de almorzar, se encaminó al barrio de Salamanca, con intención de sorprenderle en su modesto tugurio,

como él llamaba á su casa. Sin saber por qué sentía Marrodán una viva curiosidad y deseaba conocer por la expresión de su fisonomía lo que podría esperar de sus buenas palabras y hasta de su última felicitación. ¿Lo recibiría acaso con la sencillez y la llaneza semicampesina con que le recibió algún día en el Casino de Lashoyas? Agradóle desde luego el aspecto de la casa algo señoril, con portal espacioso y ancha y limpia igualmente la escalera, con cristales de colores en las ventanas que mitigaban la luz y producían muy bonito efecto. Lo recibió un muchacho con traza de lacayo, que le preguntó por su nombre y la indicación ú objeto de su visita. A Marrodán le extrañó un poco el que gastaran tanto requilorio para acabar por decirle que don Juan Manuel no se hallaba en casa. Ya bajaba la escalera cuando volvió á abrirse la puerta del cuarto y oyó la voz del muchacho que le llamaba por su nombre. Salió á recibirle al pasillo el propio don Juan Manuel, que le condujo á su despacho y le obligó á sentarse á su derecha, en un cómodo y elegante sofá de yute.

—Mi hermana fué la que recibió el recado—le dijo éste último—y como no recordaba su nombre de usted, se le despedía muy cortesmente. Porque, aquí, contra los importunos y los pedigüeños y *sablistas* de oficio, hay que cerrarse á piedra y lodo. Dispense usted por lo tanto la equivocación, que ya no se repetirá.

—No, si la dispensa me toca á mí pedirla, amigo don Manuel, porque sin más permiso ni más cumplido, me meto por la puerta como Pedro por su casa...

—Usted es muy dueño, ya lo sabe usted, y cuando se la ofrecí no fué por mera cortesía, sino porque ese era mi gusto, y me figuraba que con el tiempo había usted de venir al hoyo, quiero decir, á Madrid. Usted estuvo aquí, según me contó, y esto tira mucho. Supongo que á pesar de los pesares y de mis consejos un tanto maquiavélicos, traerá su acta muy limpia...

—Más limpia que una patena.

—Frase de la tierra; me gusta. Porque esta condenada política nos coloca á veces en situación de personajes borrosos, quiero decir, de conciencia dudosa; y me disuena lo indecible eso de que se le tache de traer manos puercas á un pundonoroso padre de familia que en su vida privada no tiene tacha. Pero todo se andará y se depurará... pues ciertas épocas bastantes añejas de nuestra política fueron peores que las presentes, digan lo que quieran los tradicionalistas á la francesa. ¿Cuándo llegó usted á Madrid?

—Ayer mismo.

—¿De modo que una de sus primeras visitas...

—Ha sido la de usted. A mí también me place ser franco y natural en mis afectos cuando de personas francas se trata.

—¿Y estarán ustedes en la fonda?...

—Provisionalmente. Vamos á buscar casa á escape, porque á Patrocinio no le gusta esa obligada mezcla y familiaridad de las fondas.

—Pues me ocurre una idea: que el cuarto tercero de arriba se halla vacante hace dos meses, y pudiera ser que por esta circunstancia lo rebajaran algo de su precio. Conozco al administrador, que es una bellísima persona, y si á ustedes les gustara y se determinasen á tomarlo, yo mismo les acompañaría.

—No sabe usted lo que se lo agradezco, señor don Juan Manuel, puesto que todavía no está uno orientado en estas menudencias, y quizá me evite usted el andar de ronda por esas calles de Dios en busca de algo que no se encuentra.

—Cosa fácil eso de buscar casa, pero si la busca usted á la medida, con ciertas ideas de comodidad y desahogo, no hay nada más difícil.

—Lo tendré presente. Y por mi parte, si algo le ocurre por la casona de los leones, como llamaba un amigo mío al Congreso, ya sabe usted igualmente que me tiene á su disposición.

—Muchísimas gracias, señor Marrodán. Me tomaría la libertad de dirigirme á usted con preferencia á cualquier otro amigo, por la confianza que debe inspirar un paisano, un antiguo condiscípulo y un hombre franco.

—Y además correligionario; porque yo creo que será usted un buen conservador.

—Conservador... *sui géneris*. Pero de esto ya hablaremos.

Marrodán se despidió luego muy satisfecho y punto menos que encantado de su recibimiento, porque realmente en la mirada, en el tono, en la voz de aquel hombre, en su elocuencia tan natural como persuasiva, se hallaba un cierto atractivo como reflejo de algo superior que bien pudiera encerrarse en su espíritu, en su carácter ó en su inteligencia.

Quince días después de esta conversación, y debido á la coincidencia de conocer don Juan Manuel al administrador de la casa, tomó Marrodán el cuarto vacante con el consentimiento y agrado de Patrocinio, que lo prefirió desde luego á cuantos vieron por los alrededores del Congreso y áun por otras partes.

Viviendo en la misma casa, y mediando aquella instintiva inclinación de Marrodán de que anteriormente hablamos, era natural que se estrecharan sus lazos de compañerismo y buena amistad. El nuevo inquilino envió sus tarjetas de ofrecimiento á los demás convecinos, y don Juan Manuel con su señora hermana subieron una tarde á visitarles. Otra noche bajaron Patrocinio y su marido á la habitación de su amigo, que las más de las veladas solía quedarse en casa por venir algunas de sus relaciones. Repitieron, pues, las visitas, y pudieron observar que su conversación era amena y variada, que tenía ideas pro-

pias sobre algunos problemas sociales del día y puntos de vista originales. En este primer mes por la circunstancia de acompañar á Patrocinio siempre que salía á comprar algo preciso para la casa, y la de asistir á las sesiones del Congreso mientras se aprobaba su acta, Marrodán, todavía en el buen camino, buscaba la luz y la experiencia, encontrándolas al lado de don Juan Manuel, en el trato y conversación de aquellos amigos suyos que se reunían en agradable tertulia.

Los martes y sábados solían acudir algo más temprano para tomar té ó café en su compañía y pasar luego del comedor al saloncito del billar, donde don Juan Manuel ponía á su disposición una hermosa mesa con todos los utensilios que pudiera apetecer el jugador más caprichoso. Mientras ellos se entretenían en dar tacazos á las bolas, charlaban las señoras en el gabinete de la calle con su hermana Elena, una señora viuda, muy discreta y muy amable, que por haber estado casada con el hijo del conde de Revollares, no podía disimular en ocasiones dadas cierta tiesura y presunción aristocráticas. Su marido, hijo primogénito del conde, murió, siendo teniente coronel, en una de aquellas memorables victorias del ejército liberal, en la última guerra civil que tantas víctimas y tanta sangre costaron á la patria. A una arrogante figura unía una inteligencia viva y cultivada y una sangre fría admirable, por lo

cual era opinión unánime entre sus amigos el que fuese éste uno de los coroneles que más pronto y por méritos propios, ciñera la faja de general. Aquella muerte repentina, trágica, inesperada, llegó como un rayo á noticia de la pobre señora, y como el rayo pareció dejar en su espíritu y áun en su semblante, la huella horrible y permanente de su paso. Acometíale en determinados días un temblor nervioso inexplicable, que solía calmarse á veces acostándose y tomando enormes tazas de tila. La expresión habitual de su rostro era de tristeza, aunque había ocasiones en que su mirada adquiría una fijeza particular como de sonámbula ó de demente.

Por único consuelo le había quedado una niña de dos años, á quien llamaban Inés, fruto de aquella dulce felicidad tan completa como breve, que fué para su imaginación de mujer enamorada como el recuerdo de un día de estancia en el Paraíso. Inesita, por consejo de don Juan Manuel, no pisó ningún colegio, y, por lo tanto, no se hubo de separar del lado de su madre en esos diez años primeros de verdadera infancia para ella, porque uno y otro hermano procuraron hacer cierta selección en las amigas y compañeras que venían á jugar á su casa. Bastaba observar su desarrollo, su color, el sonrosado de sus mejillas, la limpidez y la alegría de sus ojos y la viveza infantil de su imaginación, para comprender que era un alma de niña, inquieta y móvil como una

mariposilla, la que animaba aquel lindo cuerpo de adolescente.

El primer domingo que Marrodán bajó á la reunión de don Juan Manuel reparó en un muchacho moreno, esbelto y guapo, que apenas pasaría de los diecinueve abriles, si bien por su desembarazo y naturalidad en la manera de presentarse habríase tomado por un hombre corriente y curtido en el trato social. Y así como en los movimientos vivaces y espontáneos de Inesita, se adivinaba á la niña, en el aspecto de formalidad de aquel joven parecía traslucirse la reflexión y la seriedad del que lleva algunos años en el combate de la vida. Un observador sagaz hubiera advertido, no obstante, ciertos gestos, ligerísimos matices de su fisonomía, que quizá revelaban una excesiva petulancia ó un oculto y disimulado orgullo. Sus ojos, negros y grandes, eran de los que bastan para hermosear un rostro; pero no se asemejaban á los de don Juan Manuel, que, aunque negros y vivos, se contraían ligeramente al mirar, como los de los miopes; aquellos ojos, según los inteligentes, eran acabada imagen de los de su madre. Marrodán, que estaba en autos de su historia, nunca se había atrevido á interrogarle acerca de aquel su pasado, tan dramático como desdichado; y pudo observar también que, por su parte, don Juan Manuel no hacía jamás la menor referencia ni áun para quejarse. Chocábale, pues, á su amigo, como á otros muchos, aquella espe-

cie de división radical de su vida que parecía cortada en dos mitades, pero cortada á pico, y como si entre una y otra parte mediara un abismo. Muy amarga debió ser su primera parte cuando tan grande y tan profundo olvido le merecía; mas al presente, esta segunda, en apariencia por lo menos, se deslizaba dulce y tranquilamente en medio de una vida ordenada de familia, sostenido por el afecto de su hermana y el amor de sus hijos, pues Inesita le adoraba como si fuera realmente su padre. Llevaba á bordo el amor y la paz, comparando nuestra vida á un largo viaje; ¿qué más podía desear?

Por el aspecto exterior de la casa, por la riqueza y el buen gusto con que se hallaba adornada, hubo de deducir igualmente Marrodán que debían disfrutar de una posición desahogadísima y de rentas seguras y positivas para poder sostener aquel género de vida, que no era brillante ni de aparatoso lujo, pero sí de considerables gastos. Fué este primer mes para él de observación de estudio y de tanteos, así en la tertulia de don Juan Manuel, como en los escaños del Congreso, donde la impresión de los jefes reconocidos, de las personalidades señaladas, de los oradores de empuje prácticos y experimentados en estas lides, sirven de estímulo á los que realmente valen y sienten enardecerse sus cerebros en esta cálida atmósfera de combate. Una de aquellas tardes se hallaba en el salón de conferencias á poco de em-

pezar la sesión, con tres ó cuatro diputados aficionadísimos á los toros, como Marrodán, y amigos igualmente de estas manifestaciones populares de canto y baile andaluz, mal llamados *flamencos*. Sostenía uno de ellos que esto era lo alegre, y lo regocijado, y lo jacarandoso, y todo lo demás en su comparación resultaba tristón y monótono como un canto de difuntos. De pronto cortó estas discusiones la voz de un caballero de mediana talla, recio, activo, de barba rubia, que se dirigió á nuestro novel diputado, diciéndole con viveza: «Señor Marrodán, se va á votar la proposición de ayer, y éste no es el puesto donde yo quiero verle.» Algo corrido por la amonestación y subyugado por la mirada de aquel hombre que Marrodán había visto multiplicarse en otras tardes y hablar dos horas largas con admirable desparpajo, se dirigió despacio al salón de Sesiones. Y luego iba pensando para sí: «¡Pero qué memoria tiene este señor Ministro, que no se ha olvidado de mi persona ni de mi nombre entre aquella caterva de novatos que fuimos presentados!» En efecto, era el propio Ministro de la Gobernación.

Aunque parezca inverosímil, este hecho tan sencillo vino á alentar en cierto modo las secretas esperanzas de Marrodán, que pensaba terciar en un debate con anuencia del Ministro en cuanto se presentara asunto idóneo del cual pudiera hablar con bastante conocimiento de la materia, y sorprender á este heterogéneo auditorio como ha-

bía sorprendido en otras ocasiones á gente peor dispuesta á escucharle. Imaginábase acaso que la notoriedad se gana en una tarde, con una sola batalla, con una brillante y apasionada improvisación que promueva murmullos en todos los ámbitos y arranque entusiastas aplausos á los amigos. Debía ignorar seguramente que este lauro tan señalado de un triunfo indiscutible, se halla reservado para los más grandes oradores, y que áun estos palidecen á veces al lado de otros no menos insignes que ocupan ya de antiguo los primeros puestos de una asamblea, acostumbrada á aplaudirlos y respetarlos; que es preciso repetir los golpes, y que éstos sean muy hábiles y certeros para que la opinión pública se fije en el obscuro luchador. Pero Marrodán, como la mayoría de los perezosos y retrasados, apetecía la brevedad de la campaña y salir lo más pronto posible de soldado raso.

Llegó al fin la ocasión que esperaba con motivo del incidente promovido por un diputado republicano, que se levantó á acusar al propio Ministro de Ultramar de la culpable tolerancia con que había mirado cierta ilegalidad cometida en la misma Audiencia de Manila. Habíase formado expediente á un alto empleado de la Aduana por un desfalco de treinta ó treinta y cinco mil duros que... no parecían por ninguna parte; y se aseguraba que el tal expediente no hubo de pasar de los primeros trámites, porque ese señor emplea-

do era pariente lejano de un cierto personaje político muy conocido en Filipinas. Para hablar así le sobraban pruebas y documentos, que presentaría en cuanto los recibiese al Congreso como tribunal inapelable de la opinión pública de España. El escándalo que se promovió ante semejantes amenazas entre los diputados y políticos, no fué de los pequeños, sino de los mayúsculos y ruidosísimos; pues es de advertir, según rumores de última hora, que este asunto del expediente ocultaba otro más grave, y que el diputado acusador no había hecho más que tirar de una puntita de la manta. En cuanto se diera otro tirón... ¡no iban á ser sapos y culebras los que se descubriesen!

Ocurría esto en la sesión de un sábado, de modo que, hasta el lunes próximo, no podría satisfacerse la curiosidad de los malévolos. Marrodán, que por casualidad había servido en la Aduana, bajo la dirección de aquel empleado á quien se acusaba, se acercó al ministro de la Gobernación para indicarle que él conocía personalmente al empleado, que conservaba su biografía escrita por un periódico de la capital, y se ofrecía á terciar en el debate para negar en absoluto la base de la acusación, es decir, que un funcionario como aquél, modelo de probidad y de inteligencia, queridísimo y estimado de todo el mundo, no podía haberse manchado con semejante acción; que un hombre de su posición y de su prestigio no cae ni debe caer en buena lógica, como una personali-

dad obscura de última fila. Los antecedentes lo niegan. Un bribón tan grande no se improvisa. Contestóle el ministro que, previas algunas observaciones que habría de hacerle al tratarse este asunto en el saloncillo, sería probable que pudiera tomar parte en el debate si se planteaba como parecía iniciarse. No habrá que añadir si Marrodán saldría ó no satisfecho del Congreso, y muy dispuesto á recibir las oportunas indicaciones para dejar bien plantado su pabellón de gran orador en aquel arriesgado empeño.

Pero llegó el lunes, y abierta la sesión por el presidente, rebosando de gente las tribunas, llenos de curiosos hasta los pasillos, después de discutirse con alguna brevedad una proposición pendiente, tocó por fin el turno á nuestro diputado, que traía bastantes papeles en la mano y venía por cierto vestido de levita negra de rico paño, pantalón rayado, cuello alto de última moda, todo lo cual realzaba su figura arrogante y distinguida, propia de un aristócrata de raza. Y entre paréntesis, decíase que era hijo del albéitar de *Vélez-Granda*. Habló, pues, nuevamente de aquella horrenda ilegalidad que debía levantar una protesta enérgica y unánime en todos los buenos patriotas amantes de la justicia, y leyó varias cartas de sus correligionarios de Filipinas, donde no escaseaban los pormenores malévolos, con la promesa al mismo tiempo de remitirles pruebas y documentos irrebatibles. La lectura de las cartas

fué un jarro de agua fría arrojado á los cientos de espectadores maliciosos que deseaban ver al ministro en un verdadero aprieto, acusado con textos fehacientes, si no de complicidad, cuando menos de una vergonzosa tolerancia que le obligaría á presentar la dimisión y á dar cuenta detallada de aquel escandaloso negocio. En apariencia, creeríase que el diputado republicano, con su aspecto de juez y sus grandes voces, sostenía la terrible acusación, pero en realidad, cuantos entienden de parlamento y de debates, comprendieron que sus últimas palabras significaban una habilidosa y prudente retirada. Levantóse luego el Ministro de Ultramar para contestarle que estudiaría el asunto con detención, admitiría los documentos autorizados que lo aclarasen, y procedería contra los culpables, satisfaciendo en todo y por todo los fueros sacratísimos de la moralidad y de la justicia. Y no habiendo el anunciado debate, ninguno de los diputados ministeriales, incluso Marrodán, tuvo necesidad de pedir la palabra para salir briosamente y con todas sus mejores armas á la defensa del ministro. ¡Desilusión parlamentaria más completa para unos y otros, pocas ha habido como aquélla!

Circuló después el rumor entre la gente política, de que en este asunto, que traía *cola*, como ciertos cometas anunciadores de grandes calamidades, hubo de mediar una dama de la aristocracia muy *liberala*, protectora en otros tiempos de

nuestro diputado, para el cual no había sido siempre la vida camino sembrado de rosas fácil y expedito. Otros estimaban esto por cuento y echaban á volar el suyo, que aún era peor. Ahora bien, si para los curiosos más inteligentes fué un completo fiasco la sesión de aquella tarde, calcúlese lo que sería para Marrodán que iba preparado y dispuesto á lucirse. A la siguiente noche, al encontrarse con don Juan Manuel en la tertulia de éste, que también había asistido, le preguntó aparte:

—¿Qué le ha parecido á usted la comedia?

—Que peor representada no ha podido estar. Comprendo que estos exabruptos parlamentarios se prevengan, porque para eso es uno ministro; pero en el caso de que no sea posible prevenirlos, comprendo que se vaya á Roma por todo y se grite muy alto: ¡perezcan los compadres y sálvese la justicia! Lo que no comprendo es que se den estos tristes espectáculos á una nación y se desprestigie de ese modo el régimen representativo.

—Aquí para *inter nos* yo creo que esto ha podido llegar á ser un *copo* de primera, figúrese usted; y que al ministro le ha cogido desprevenido.....

—Pues repito lo de antes: ¡A Roma por todo y caiga el que caiga! En esto tengo también mis convicciones. Lo que sostiene y vigoriza un régimen político cualquiera, no es la libertad como creyeron los progresistas, ni la igualdad que no ha existido en ningún pueblo, ni áun la fraterni-

dad, que ha de ser cristiana si ha de valer algo, sino la justicia, Obsérvelo usted: en cualquier período histórico siempre que se duda de encontrar la justicia en las alturas sociales donde debe de estar, aparecen como consecuencias de esta falta las prevaricaciones, los sobornos, las apostasías, las estafas en grande escala y los escándalos entre bastidores.

—Como sucede hoy mismo.

—No afirmaré yo semejante cosa, amigo Marrodán, pero sí que el gobierno más intransigente en esta parte, el que atienda á menos compromisos, el más justo en todos los órdenes, ese será el más respetado. La comprobación la encontraríamos inmediatamente si hojeáramos la historia de todos los reformadores sociales; pero contentémonos con lecciones más modestas, con la tradición oral de cualquiera provincia nuestra ó de la primera población que nos ocurra. Pregunte usted á los ancianos de mejor memoria y le hablarán al momento de tal gobernador ó de tal juez que limpió la provincia de bandoleros y que en aquella época, bajo su gobierno, vivieron todos en una santa y próspera paz. Seguramente que aquel hombre hizo respetar la justicia, sirvió á la ley antes que á sus pasiones, y fué un carácter íntegro y puro que se impuso á los bribones. En resumen, que puede decirse á los gobiernos lo que á los ambiciosos de cierto género: «El que ama el chanchullo en él perece.»

Marrodán asentía maquinalmente á las razones de su amigo; tanta era la atención y casi avidez con que le escuchaba, pues á la dosis de verdad más ó menos grande que en ellas hubiera, uníanse la claridad y la persuasión del hombre convencido que ha reflexionado algún tiempo sobre estos problemas tan complejos de nuestra vida política. Ello es que á su lado se sentía con mayores alientos para seguir su campaña de orador parlamentario que ha de figurar entre los de primera talla. Hasta le infundía más respeto que su primer padrino Dieguez Quintero, aquel austero y valeroso espíritu que más que para político había nacido quizá para ser un íntegro magistrado.

Y después de estas discusiones amistosas recordaba la entrevista de Napoleón con Goethe, descrita en una *Ilustración* que leyó tiempo atrás y se atrevía á parodiar la frase del Emperador: «Este es un hombre.» Luego en su casa, á la hora de las comidas, hablaba de esto mismo con Patrocinio y le confiaba sus impresiones. «Esta tarde me ha referido don Juan Manuel un lance que tuvo siendo director de una academia preparatoria en Barcelona, y por él deduzco que es un hombre de corazón, leal y noble como un perro, pero perro que ladra y además muerde.» Otra tarde, á propósito de cierta conversación, le dije asimismo: «Este señor Lucientes... me parece un sujeto muy desengañado del mundo. Han de-

bido pasarle cosas muy gordas; sólo que no es él como otros, y se las guarda para sí.»

A su vez Marrodán para ganar su confianza, impulsado por su excesiva vanidad y su deseo de hacer historia, pintándose más bien como un iluso crédulo y apasionadísimo que como hombre de dudosa conducta, contóle á don Juan Manuel sus antiguos amores con Patrocinio. Según esta nueva versión para reparar su falta se fué á Filipinas de secretario con el señor La Riva, y trabajó y ahorró cuanto pudo, pensando siempre en que debía volver á Argandoza á casarse con ella, único desenlace que los hombres honrados pueden dar á la comedia amorosa de su juventud, que tiene muy poco de edificante. Como ciertos pormenores referentes á Patrocinio eran ciertos, comprendió el amigo Lucientes por ellos el carácter de la maestra y su resignación como víctima, unida á una perseverancia admirable y á una dignificación de su conducta por el trabajo todavía más admirable, que bien podía servir de modelo á aquellas desdichadas que se hallen algún día en idénticas circunstancias. A pesar de estas historias, don Juan Manuel continuaba encerrado en una prudente reserva y si algo de su vida pasada confiaba á Marrodán todo ello hacía relación á sus años de residencia en Barcelona y á sus tentativas de hombre político, cuando se presentó por primera vez como candidato en un distrito de la provincia. Semejante reserva excitaba en alto grado la

curiosidad de su vecino y la admiración de Patrocinio, que le consideraba como un ser extraño, víctima de alguna fatalidad, ocultando cuidadosamente sus heridas y que por esto mismo no era de la pasta de tantos otros, menos iufelices quizá, que pasan su existencia en un clamor continuo.

En este intermedio, al llegar Julio con sus ardores y su sequedad y su canícula, se cerraron las Cortes, y la modesta tertulia de don Juan Manuel como otras muchas trasladó sus reales á los jardines del Buen Retiro, punto de reunión en aquella época de la buena sociedad madrileña antes que ésta se dispersara por las costas y balnearios del Cantábrico. Además del teatro, en el kiosco del centro, amenizaba algunas noches la velada una orquesta selecta de profesores que tocaban admirablemente piezas musicales de repertorio, y algunas nuevas no conocidas todavía de nuestro público. A primera hora, Marrodán acompañaba á su mujer y á la niña al rinconcito ya sabido, donde solían reunirse todas las noches, y allí charlaba un rato con don Juan Manuel y los demás amigos; pero luego desaparecía en compañía de los dos ó tres diputados ó políticos que más simpatizaron con él por lo alegres, despreocupadotes, y su decidida afición á lo flamenco y á los cornúpetos, ó séase fiesta nacional, sin importarles un ardite de la audición de la música, así fuese la más clásica y ponderada del mundo.

Quedaba, pues, Patrocinio al lado de doña Elena ó de don Juan Manuel, según los concurrentes, y la disposición de las sillas vacantes, de las que convenía hacer provisión para los compañeros rezagados. En los infinitos temas de conversación que habían de servir de esparcimiento ó de discursión al cabo de tantas noches, pronto se dió á conocer el carácter de la antigua maestra, su discreción y su buen sentido, juntamente con aquella sencilla y como natural tolerancia que tan bien concuerda con la elevación de espíritu y los sentimientos de humanidad. Sólo en las cuestiones religiosas era donde se mostraba indignada y un tanto extremosa, siempre que se tratase de algún grave desacato ó de monstruosa profanación. Las señoras la escuchaban con agrado, á pesar de su inclinación á esa mofa irónica, mansa, inofensiva con que el buen sentido, haciendo unas cuantas cabriolas de chiquillo travieso, se burla donosamente de los defectos y extravagancias del prójimo. Con agrado porque Patrocinio sabía contenerse en cierto límite para n oherir el amor propio ni las susceptibles vanidades femeninas. Además, su cultura, áun siendo tan escasa y limitada, era superior en muchísimos grados y quilates á la de sus compañeras de reunión. Don Juan Manuel lo comprendió desde el primer día; y sus ojos, oscuros y vivaces, se fijaban en más de una ocasión en el rostro blanco, fresco y expresivo de Patrocinio, que, al igual de la fruta completamente sana,

conservaba el natural color y la tersura de la juventud.

¿Qué pensaría en su interior aquel hombre en estos momentos en que su abstracción parecía tomar á los ojos del observador perspicaz los caracteres de un éxtasis? Pensaba, quizá, en esas crueles casualidades y contradicciones de la vida que colocan juntos, en dos metros de terreno, á dos seres antitéticos, que han de acabar por odiarse después de haberse amado; y aleja á veces, separadas por infranqueables distancias, á dos almas que se completan física y moralmente, y que hubieran sido, según las modernas leyes de la selección, núcleo y origen de otras almas inteligentes y nobles. Pensaba, acaso, en que habría sido muy dichoso al lado de una mujer como Patrocinio, cuyo buen carácter se armonizaba perfectamente con un temperamento sano y un natural equilibrio de facultades. De todos modos estas cavilaciones duraban poco, porque era, sin duda, hombre de enérgica voluntad, que sabía tener á raya á su imaginación. Tomaba, pues, parte en la conversación inesperadamente y cuando más distraído se le creía, aunque se tratara de esas pequeñeces á las cuales y por las cuales muestran las señoras mujeres tan animosa y gallarda simpatía. Como resultado de todo ello, añadiremos que con este continuo trato y comunicación habíase consolidado mucho su buena amistad, estableciendo entre unos y otros cierta discreta familiaridad,

como la que se establece entre personas que se estiman por decentes y honradísimas.

Una de estas noches, antes de que Marrodán se levantara de aquellas perversas sillas *cojitrancas*, como él las llamaba, para reunirse con los dos ó tres diputados, compañeros de Casino y de correrías, observaron que don Juan Manuel miraba á todos los lados con extraviados ojos, como si acabara de tener una mala visión. Y bien puede afirmarse que desde aquel instante perdió su tranquilidad. Algo sospechó doña Elena, pero los demás amigos nada, ni era posible, supuesto que carecían en absoluto de antecedentes. Al otro día, al bajar Marrodán á la habitación de don Juan Manuel para salir juntos, como ocurría alguna que otra tarde, se halló con una fisonomía particular muy distinta de la que presentaba habitualmente su amigo, siempre tan atento y afable con todos. Diríase que se había trocado por un caballero taciturno, distraído ó monomaníaco, de áspero y desigual carácter. Claro es que estos fenómenos ó cambios psicológicos no se manifestaron de repente y en una sola ocasión como si fuera un ataque epiléptico; pero harto comprendieron sus amigos que algo grave y extraordinario había pasado sobre el corazón de aquel hombre, que no estaba hecho seguramente de la madera común de los tornadizos. Patrocinio fué la primera que al levantarse una mañana, más tarde que de costumbre, entró en el despacho de su

marido y le preguntó bajando un poco la voz.

—¿Qué tendría anoche el buen don Juan Manuel?... casi podría asegurarte que en las dos horas y media que estuvimos sentados no hablaría cuatro palabras, Es chocante.

—Si no le conociera á fondo—afirmó á su vez Marrodán—si no supiera que es un hombre formal y campechano, me sospecharía que se ha cansado de nosotros, y busca un medio ú otro de romper abiertamente...

—¡De romper! ¿y por qué?

—Vaya usted á saber. Pero por dos veces seguidas me ha contestado brevemente, de mala manera, con enojo, como se contesta á un criado. Y la verdad, si me contuve ha sido por no sé qué, porque me dió por ahí.

—No, hombre, no. Una persona tan buena y tan instruída... por fuerza, por fuerza que debe estar enfermo ó muy aprensivo.

—O que haya tenido alguna gran pérdida de intereses. Dios sabe la mella que hace en algunos hombres esto de quedarse por un mal negocio con dos ó tres mil duros de menos en el bolsillo.

—Yo no me he atrevido á hacer la menor indicación á su hermana, porque sea lo que fuere, siempre será digno de respeto.

—Indudablemente, nada de curiosidad, dejadlos. Si para algo me necesitan ellos se explicarán.

—Lo mismo quise advertirte la otra noche

cuando no respondía... porque aunque te den una mala contestación hay que aparentar como que no se oye.

—Naturalmente. Después de fingir uno que no oye ni chispa, hay que hacerse el sordo, y ¡viva la farsa!

—No es farsa, hombre, no es farsa: son las conveniencias sociales, es el respeto á la enfermedad ó á la desdicha ajena que puede vivir engañada.

Dos días después de esta conversación se hallaron en el Prado don Juan Manuel, que iba acompañado de su hijo y Marrodán, que paseaba con sus tres compañeros de diputación y dos conocidos más de los que veía con frecuencia en el Casino. Reuniéronse todos para dar una vuelta, puesto que la tarde no era de las más calurosas, y antes de oscurecer se encaminaron juntos hacia el barrio de Salamanca. En aquel momento contaba uno de los caballeros su último viaje á Francia y su detención en Lourdes por mera curiosidad, como se detenían otros muchos que nada tenían de devotos ni áun de creyentes.

—¡Aquello... aquello es muy bonito—añadía nuestro caballero con evidente ironía—y de mucho atractivo; pero me parece de un género *rococó*, recargadísimo, de un estilo chinesco, ó mejor dicho, de confitería. Eso sí, ellos entienden muy bien su negocio y han hecho de la tal romería, santuario y puntos adyacentes, una feria continuada, donde todos los viajeros nos dejamos, digo mal,

se dejan muy saneadas pesetillas. Por mi parte, no quise comprar ni un mal rosario, pues no sé para qué sirven semejantes fruslerías...

A este punto le interrumpió don Juan Manuel con alguna viveza:

—Hombre, un rosario será más ó menos costoso, pero no creo que sea malo, ni tampoco que merezca ese desprecio de llamarlo fruslería.

—Bueno, llámemosle como usted quiera... Para mí no tiene otra significación.

—Para usted será así, pero no para la inmensa mayoría de los que compran esos rosarios, entre los cuales se cuenta este humilde servidor de usted.

—¡Vaya, que se fija usted en pequeñeces bien.... raras y pequeñas, amigo don Juan Manuel!

—Yo respeto las suyas, que las tendrá como cada quisque, imperfecto de suyo, y no creo que sea una exorbitancia el pedir que respeten las mías, por raras que á usted le parezcan.

Entraban en aquel instante en el portal amplio y espacioso de la casa, y don Juan Manuel se detuvo para contestar á su contrincante. No conocía éste seguramente el carácter de su compañero, cuando repuso en voz más alta y en un tono que aparentaba ser de una lógica aplastante:

—¡Cualquiera diría al oirle que era usted distinto de todos nosotros, que somos hijos de nuestro siglo, que hemos mamado con la leche de nuestras nodrizas la duda que engendraron los enci-

clopedistas—y como don Juan Manuel le mirase con sus oscuros y penetrantes ojazos, añadió en seguida:—Y no se asuste usted por lo que digo, amigo Lucientes, porque aquí no hay señoras que nos oigan y se escandalicen. Todos somos hombres bien barbados y ya conocemos del pie que cada uno cojea... Conque no nos venga usted ahora con sus pamplinas de devociones y rosarios.

—Pero, señor mío, usted no está en mi interior para juzgar de mis creencias.

—Vamos; hombre, que crea usted á cierra ojos en esas representaciones infantiles de ideas tan retrógradas que no tienen razón de ser hoy día... vamos, eso se aparenta por un cierto respeto, sí señor: ¿pero en el fondo?... en el fondo queda siempre la duda, y usted será el primero que en la primera ocasión...

—Pero ¿usted qué sabe? ¿ha estado usted metido alguna vez en mi conciencia?

—Nada, desengáñese usted, el que otra cosa diga será un hipócrita.

—¡Y usted un canalla!

Y al proferir esta frase abalanzóse don Juan Manuel al cuello de su contrincante, que apenas pudo resistir tan inesperada acometida, porque repentinamente, en un abrir y cerrar los ojos, se vió sujeto, agarrotado, aplastado contra la pared y con una mano de acero sobre su garganta. Tan rápida fué esta escena, que los demás compañeros se quedaron estupefactos y hasta inmóviles

como si no vieran y comprendieran lo que pasaba; y únicamente Marrodán que más interesado en la polémica, había venido observando en el semblante de don Juan Manuel el mal efecto de las palabras lanzadas por el otro, se acercó en seguida al grupo y procuró detener aquella terrible mano que de tal modo oprimía que podían leerse en el rostro del mísero los primeros síntomas de la asfixia. Este rostro, un tanto oscuro y verdoso, iba tomando un tinte violáceo, y de seguro que llegaba hasta el azul. Marrodán los removió con violencia.

—¡Por todos los santos, hombre! Basta, don Juan Manuel, basta. Va usted á cometer un homicidio.....

Al oir su voz volvió don Juan Manuel la cabeza y vió los brazos y los rostros y los asombrados ojos de sus amigos que se habían arrojado á separarlos. Repuesto un poco nuestro contrincante, el señor Irañueta, que así se llamaba, se encasquetó el sombrero, que había rodado por el suelo, y dirigióse con ira reconcentrada á los presentes, diciéndoles secamente:

—Ya lo han visto ustedes, y no hay más que hablar. Lo más pronto posible exijo del señor una satisfacción completa y cumplida de ésta incalificable agresión.

Don Juan Manuel se limitó á contestar:

—Estoy á sus órdenes.

Al punto mismo Marrodán y los demás amigos

procuraron pacificar los ánimos de ambos contrincantes, afirmando que aquello había sido un arrebato, una obcecación del momento, sin que el honor de ninguno de ellos sufriera el menor eclipse, ni la más mínima afrenta; que sin precisión justificada de llevar la animosidad hasta aquel terreno bastaba á su juicio con que mediase entre ellos una explicación breve de lo ocurrido para que don Juan Manuel le diera amistosamente y de palabra la más cumplida satisfacción.—¡Señores, lógica, tengamos lógica—exclamó el más frío y sesudo de los diputados!—Aquí no ha pasado nada; nadie se ha enterado, ni siquiera los porteros.....—Pero por el momento no parecía que el asunto tuviera fácil compostura, puesto que el ofendido se mostraba inflexible y don Juan Manuel, sin despedirse, se encaminó hacia la escalera. Marrodán subió detrás alcanzándole en la misma puerta del cuarto y quedó encargado de buscar otro amigo suyo para que fuesen desde luego sus representantes. A la hora de comer subió Marrodán á su habitación, y en cuanto vió á Patrocinio, le contó lo sucedido aquella tarde, impresionado como se hallaba todavía y sin saber cómo acabaría tan inesperado lance. Y á cada momento repetía lo mismo: «¡Chica, chica, pero cómo está don Manuel! yo creí que lo ahogaba, que lo ahogaba irremisiblemente.»

A pesar de estos augurios, no faltó al día si-

guiente un amigo solícito que le enteró al caballero ofendido de que el tal don Juan Manuel, alumno algún tiempo de la Escuela de Ingenieros militares, manejaba el sable tan perfectamente como el florete, que era un cazador diestrísimo y con pistola en mano más temible todavía que con cualquier otra arma. Consideradas las cosas en frío, y después de medir las consecuencias de un lance que le caía como llovido del cielo, no tuvo inconveniente en aceptar la interpretación de sus buenos amigos, que estimaban la ofensa como un arrebato, una alucinación, una locura debida al temperamento vehemente y nervioso del ofensor, el cual se hallaría á aquella hora arrepentidísimo de su fechoría. Bajo esta impresión de templanza reuniéronse en casa del diputado sesudo los representantes de uno y otro, acordando que por no haber motivo suficiente para exigir una reparación por medio de las armas, debía ir don Juan Manuel al propio domicilio del ofendido, acompañado de sus representantes como testigos, y darle de palabra una satisfacción cumplida, confesándole que su intención no fué ofenderle, ni agraviarle en ningún sentido; que las palabras de uno y otro se consideraran como no dichas, por cuya razón todo lo ocurrido venía á resultar ilógico y negativo, producto de una exaltación de ánimo pasajera.

En efecto, puestos de acuerdo respecto á la hora, fueron los tres á casa del señor Irañueta y

todo se ejecutó tal y conforme se habia pensado, portándose los dos como caballeros, á juicio de Marrodán y aún más don Juan Manuel, que estuvo nobilísimo en las sencillas y corteses frases con que hubo de aplacar y satisfacer al ofendido amor propio de su contrincante. Pero no por el feliz desenlace del incidente volvió á recobrar nuestro amigo su antiguo carácter franco y expansivo, según pudo observar el propio Marrodán, sino que todavía pareció oscurecerse más y más la especie de cerrazón que dejaba traslucir su semblante.

X

Cierta mañana, entre diez y once, se vió sorprendido nuestro diputado por el anuncio de una visita inesperada, ya por la hora, ya por la persona que era una dama guapísima, vestida de negro y con extraordinaria elegancia. Creyó Marrodán al pronto que se trataba de alguna recomendación política y la hizo pasar á la sala, mientras de prisa y corriendo, se ponía un *chaquet* decente y se anudaba una corbata, y se calzaba las botinas para presentarse en escena con aquella dignidad y aparato que el argumento requería. Salió, pues, al momento y aunque acostumbrado á ver buenas mozas como hombre enamoradizo que se fija particularmente en esto, quedó algo sorprendido al encontrarse con la susodicha dama, porque quizá entre las bellezas admiradas y conocidas por él fuese ésta una especialidad: una mujer escultural, si cabe decirlo de este modo, así por la belleza de la forma como por su morbidez y relieve; tipo moreno claro, femenino y atractivo

al primer golpe de vista, pero de complexión vigorosa, cálida y aun algo pletórica, según lo abultado y macizo de algunas de sus mejores partes; fisonomía expresiva que se anima bajo un óvalo gracioso algún tanto ensanchado hacia la parte superior del cráneo, coronado por un hermoso florón de cabellos negros, es decir, una cabeza digna por la amplitud y la corrección enérgica de sus líneas, de una emperatriz romana, de una Popea ó de una Fulvia que tanta influencia tuvieron. En cuanto á sus ojos... negros, oscuros, vivos, tristes ó risueños, imperativos ó mimosos, según el estado de su alma, no podía negarse que eran españoles, quizá meridionales, hermosísimos desde luego, cobijados y embellecidos como se veían por la movible sombra de sus pestañas.

Marrodán saludó cortesmente y se puso á sus órdenes:

—Dispénseme usted, caballero, que venga á molestarle á esta hora tal vez intempestiva—dijo la dama con voz tan entonada, clara y gratísima al oido, que involuntariamente recordábase al escucharla la de algunas actrices, intérpretes admirables de los diversos tonos y matices de los afectos humanos.—Pues bien, las circunstancias me obligan á faltar á ciertas conveniencias sociales y usted lo comprenderá perfectamente cuando sepa que soy la esposa legítima de su íntimo amigo don Juan Manuel Lucientes...—Y como Marrodán no pudiera evitar un movimiento de ver-

dadera sorpresa preguntóle la dama con voz más dulce todavía:—¿No es usted acaso amigo íntimo de mi marido?

—Sí señora, no cabe duda: en mí tiene un verdadero amigo.

—En ese caso, recurro á la bondad y á la nobleza de su corazón, que me consta que son muy grandes, y le ruego encarecidamente que me sirva como de mediador en esta lucha sin razón de ser que venimos sosteniendo. Compréndalo usted, caballero Marrodán, para el ejemplo de los hijos, para tranquilidad de nuestras conciencias, esta lucha, ó más bien esta separación voluntaria de algunos años debe acabar de una vez; ¿no cree usted que debe acabar?

—Pero señora, yo... ignorando como ignoro...

La dama no le dejó concluir la frase, porque hablaba con la facilidad y la corrección de un letrado que relata á su cliente las fases y peripecias por las que ha pasado el asunto que le encomendaron:

—Allá, en nuestros primeros años de matrimonio, cuando éramos jóvenes, se comprende que por incompatibilidad de carácter, por la vehemencia de nuestras sangres, se comprende, repito, que llegara un momento de ofuscación, y por lo tanto la ruptura de nuestras relaciones. La responsabilidad es mía, y cargo gustosamente con la culpa. Fué mía la culpa, no debo negarlo. Era una niña antojadiza y mimada, á quien nunca le

negaron sus padres el menor capricho. Con el carácter algo irritable, algo voluntarioso de mi marido, era natural que el día menos pensado viniera el choque de dos temperamentos tan opuestos. El era el pedernal y yo el acero; y salté y me fuí de su casa y me refugié en la de mis padres, ansiosa de aquella omnímoda libertad que disfrutaba en otro tiempo á su lado. Créalo usted, caballero Marrodán, se lo juro por la santa memoria de mi madre, que ya no existe; se me antojaba... no, no se me antojaba, sino que era la pura realidad, que me faltaba hasta el aire para respirar en aquella triste casa donde mi marido rígido y formal, parecía á todas horas la representación soberana de un Dios que todo lo llenaba. ¡Sufría, sufría horriblemente!... Y para no sufrir la abandoné, como se abandona la oscuridad y el encierro de una cárcel. Obré mal, lo confieso, y me ha pesado millones de veces, al verme después sola, triste, acobardada, sin la sombra protectora de mis padres, ni la del hombre que debía estar á mi lado.—Hizo aquí ella una ligera pausa, porque al adivinar en el semblante de Marrodán el vivo interés con que seguía los incidentes de su relato, le preguntó de pronto:—¿Pero acaso ignoraba usted que viviese esta pobre mujer?.... ¿No le ha contado á usted nada de estos disgustos domésticos?.....

—Nada sabía, señora, por él; algo... de referencia por algún antiguo amigo y condiscípulo.

—¿Pero nada absolutamente? Es muy extraño que á un íntimo amigo como usted no le hubiese confiado una parte siquiera de su vida, lo más amargo ó lo que más duele; algo, en fin, de lo que nunca se olvida. En esto podrá usted conocer su carácter; hombre insaciable, celoso, avariento y egoista, que todo lo quiere y guarda para sí, hasta las amarguras de la vida. El se guardó nuestro hijo, como se ha guardado otras muchas cosas y las retiene ilegalmente, según me enteraron personas conocedoras de las leyes. Pero yo he buscado por mil partes al hijo querido, á nuestro Marino, y sé que tiene mi sangre, mi carácter y mi corazón, porque no ha podido olvidar que soy su madre, que lo llevé en mis entrañas como hoy lo llevo en mi alma.

Aprovechando este instante en que la dama cesaba de hablar para tomar aliento, Marrodán trató de formular algo parecido á una evasiva:

—Mire usted, señora, son estas cuestiones privadas de una gravedad y de una trascendencia tal, que no sé quién se atrevería á intervenir en ellas no siendo....

—No, dispénseme usted, señor Marrodán, no le busco en esta ocasión como juez, á pesar de su clarísimo talento y de la rectitud de su juicio; le busco como letrado, como intercesor, como persona de nobilísimos sentimientos que acaso pueda influir algún día en el ánimo de mi marido. No vaya usted á creer, si no quiero litigar; busco

nada más que el perdón y el olvido de una antigua ofensa que el ofuscado entendimiento del ofendido juzga como imborrable mancha y padrón de ignominia. Las lágrimas de una infeliz mujer, la humillación de una esposa legítima que besaría el suelo por donde él pisa, ¿no bastarán á borrar la magnitud de su culpa? Contésteme usted, caballero, déme usted su opinión, siquiera para llevarme algo suyo, la primera vez que vengo á su casa, que yo lo estimaré en lo mucho que vale. ¿No habrá camino para el arrepentimiento, por grande y sincero que éste sea? Entre padres é hijos, entre marido y mujer, ¿no se han de perdonar hasta las ofensas más graves? Contésteme usted: ¿no cree usted que merezca obtener ni áun el derecho á la consideración de las personas honradísimas y justas?

—Desde luego, señora..... ¿A quién se le niega esta consideración, que merecen, sólo por ser personas, hasta los mismos criminales?

—Pues bien, esa consideración tan justa me la niega mi marido.

—No puede ser. Don Juan Manuel es incapaz, á mi juicio, de cometer una.....

—Entonces no lo conoce usted, no lo ha tratado suficientemente, no lo ha visto usted en aquellos lances críticos y apurados en los que el hombre se desnuda y se muestra como es, sin antifaz alguno, lobo ó cordero, con su verdadero carácter.

Inmediatamente recordó Marrodán la agresión inesperada al señor Irañueta en el propio portal de su casa, y experimentó una nueva emoción. ¿Tendría razón aquella singular mujer al quejarse tan amargamente de la dureza de su marido? ¿Ocultaría éste en el fondo de su naturaleza, aquel doble carácter de amigo noble, generoso y digno, y de esposo tirano, sin entrañas ni ley para su víctima?

—Señora, creo conocerle un poco. Ahora... de la vida privada no es fácil juzgar á primera vista.

—En la vida privada es intratable, quiero decir, tan rígido, tan intransigente y formalista, que un inquisidor de los más duros y suspicaces resultaría á su lado un niño de la doctrina.

—Convengo, convengo hasta cierto punto en esas intransigencias de mi buen amigo don Juan Manuel, que ya digo, no conozco ni comprendo en las actuales circunstancias. En fin... desearía saber el papel que puedo desempeñar honrosamente en este grave conflicto.

—Sencillísimo, señor Marrodán. Si usted le trata hace tiempo, habrá observado en su carácter alguna que otra anomalía inexplicable. Hay temporadas en que por cualquier causa levísima le verá usted reconcentrado, taciturno, de mal humor, huraño y hasta desatento con sus propios amigos. Yo no lo sé, pero si al presente pasa por una de estas crisis, bien pudiera usted indicarle que posee una eficaz medicina que le sería de su-

mo provecho para su cuerpo y para su alma. Empezaría usted á quejarse de la poca confianza que ha puesto en usted, su mejor amigo, cuando no ignora nada de las desdichas y pesares que le afligen. Una casualidad ó más bien, la Providencia, así lo ha querido. Usted no ignora nada, y sin embargo... ¿no fué él su antiguo condiscípulo y buen amigo, el que le ha confiado el secreto de haber venido á ser desventurado, el que aún pudiera ser dichoso—y al decir esto nuestra dama algo conmovida, ó fingiendo conmoverse, sacó del bolsillo un pañuelo blanco de batista y lo llevó momentáneamente á los ojos, como si temiera no poder contener sus lágrimas.—¡Dichoso! sí señor, ¿quién lo duda? y yo dichosísima al lado del hombre á quien debo agradecimiento, respeto y verdadero afecto; ¿había yo de negarlo? Y sobre todo, en compañía del único hijo que nos concedió el cielo. ¡Sería esta una dicha tan grande, tan inmensa! ¡Dios mío! ¡Y pensar que algún día podemos deberle á usted la principal parte de esta dicha!... Señor Marrodán, dispense usted que una pobre mujer haya llamado á sus puertas y entrado en su casa sin previo consentimiento, sin relación y sin títulos que abonen esta libertad.

—Señora, usted era muy dueña de entrar en ella... desde luego; soy diputado, y mi casa está abierta para el primero que...

—Lo sé, lo sé. Pero esto no amengua mi agradecimiento y mi confianza ilimitada en el caba-

llero que ha atendido y escuchado mi ruego, el ruego de una desdichada madre.

—Crea usted, señora—contestó Marrodán levantándose del sillón—que si mi intervención puede conseguir algo será porque no ha de faltarle mi buena voluntad; por más que los medios, ó mejor dicho, mi influencia en el ánimo de mi buen amigo no sea tan grande ni tan eficaz como yo desearía...

—¡Oh, gracias, gracias, caballero, un millón de gracias! ¿Me da usted su permiso para volver á verle, no es verdad? Pues bien, Dios me iluminará, y yo le indicaré, cuando nos veamos, algún otro medio que en este momento no acude á mi imaginación.

Y levantándose y hablando de su gratitud, se despidió de Marrodán con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza, realzadas con un sello tal de distinción y de cortés agrado que no hubieran desdeñado ninguna de aquellas ilustres y linajudas damas que más brillo prestan á las recepciones de Palacio.

Cuando su acompañante volvía por el pasillo, se encontró con Patrocinio, en cuyos vivos ojos brillaba la curiosidad de la colegiala que mira por el ojo de la llave ó por la celosía de la reja.

—He preguntado á la muchacha y me ha dicho que era una señora muy elegante y muy *finolis*, con vestido negro de seda y gorro de terciopelo. Por la curiosidad de verla me he metido en el

cuarto del pasillo, cerrando la ventana; y á oscuras, para que nada notase, la he visto cruzar. Era guapa.

—¡Que si era guapa!... ¡recanástolis! como diría Reinoso, ya lo creo. ¿Y tú sabes quién es? No será fácil que lo adivines. Discurre.

—Entonces...

—Pues la mujer de nuestro amigo don Juan Manuel. Me ha contado una porción de cosas, disgustos, líos, en fin, que viven separados hace mucho tiempo, y ahora parece que ella trata de...

—¡Calla, calla! ¿con que la mujer?... ¿quién había de pensar?... Vaya, ahí tienes explicadas las murrias de nuestro amigo; no te quepa duda.

—Sí, sí, debe influir—repuso Marrodán algo pensativo ante aquel nuevo punto de vista que le abría la observación, justa y verosímil, de Patrocinio.

—Y sin embargo, anoche mismo, después que te fuiste, la señora de Hurtado tocó la cuestión del matrimonio porque se casa una sobrina suya, y don Juan Manuel habló tan bien, con tanto discernimiento y elocuencia de este punto, que cualquiera hubiera creído que había sido el más feliz de los maridos. Después hablamos aparte, y me pintó la mujer como complemento del hombre, tal cual debía ser á su juicio, para labrar la felicidad del matrimonio y ser verdadera madre de familia.

—Sí, sí, un curso de terapéutica conyugal, ó

séase el arte de ser felíces por poco dinero y al alcance de todas las inteligencias. Me lo sé de memoria.

—Pues... veremos si se te olvida, que no creas tú que me quedo tan contenta, cuando te vas por ahí con esos amigotes y vuelves á las dos de la mañana.

—¡Qué exageración! A las dos de la mañana... En fin, á lo que estamos, tuerta. Pues esa individua no venía sin objeto, como es de presumir: quiere que yo intervenga en estos asuntos y hable á su marido.

—¡Ay, ay, qué malitos papeles son estos, querido Fernando! Permite que meta también mi cucharada.

—Pero si me lo ha pedido por Dios y por todos los santos, poco menos que de rodillas...

—Es una opinión mía nada más. Tú verás cómo lo arreglas. Por mi parte, tengo á don Juan Manuel por una excelente persona. Ahora, lo que entre ellos habrá pasado no lo sabemos.

—Pues yo sé bastante, poseo algunos datos de reconocida importancia, aunque nuestro amigo no me haya revelado jamás ni un ápice. Es un carácter bien particular y bien raro el de ese hombre.

Callaron ambos y nuestro Marrodán se sintió en tal momento con fuerzas suficientes para acometer aquella problemática empresa, y áun otra mayor que se le encomendara. La contradicción

había excitado, sin duda alguna, su amor propio y su vanidad nunca desmentida.

Tres ó cuatro días después bajó una mañana á la habitación de su amigo, y preguntando por él lo pasaron en seguida á su despacho. Hallábase éste sentado en un gran sillón, cómodo y bajo, y tenía delante de sí una magnífica mesa de las llamadas de ministro, cubierta totalmente de libros, revistas, cuartillas y papelotes donde se veían los apuntes tomados á vuelapluma en esa letra grande y garrapatosa que carece en apariencia de forma.

—¿Vengo á interrumpirle, á molestarle, á distraerle, amigo don Juan Manuel?—preguntó nuestro diputado.

—Nada de eso. Viene usted á la hora más oportuna del mundo, á la hora del descanso. Fumaremos y charlaremos.

Encendieron los cigarros, y tras el tema político que fué el primer punto que tocaron, Marrodán vino á preguntarle si se hallaban solos de modo que pudieran hablar reservadamente de cosas que le interesaban.

—Sin ningún inconveniente, sí señor. Este es el último rincón de la casa y por eso lo elegí para despacho.—Y como Marrodán vacilara algún tanto continuando callado, porque el lance no era para menos, añadió luego en broma:—¿Pero qué es eso, señor diputado, traía usted su discurso aprendido y se le ha ido el santo al cielo?...

—Crea usted que se necesita ser muy buen amigo y hombre de muchísima facundia para hablar de estas cosas.

—¡Recontra! como dicen los chicos de mi tierra, ya me va usted poniendo en cuidado. ¿Qué demontre de cosas serán esas cuando á usted tanto le apuran?

—Cosas y percances de la vida, amigo don Juan Manuel. Y aunque usted nada me ha dicho, ni nada me ha contado, no ignoro yo que usted ha sufrido y sufre quizá con valor heroico tremendas amarguras, que no dudo habrán de influir en su carácter y hasta en su propia salud, más tarde ó más temprano. Por eso...

—Una observación, antes de pasar adelante— indicó don Juan Manuel, echando á su amigo una mirada de aguilucho exacerbado y furioso.—Me figuro á dónde va usted á parar, pero aunque me considere como enfermo, en cierto sentido, todavía me tengo en pie y por eso no he llamado á mis amigos á consulta. Quiere esto decir que usted se adelanta, á mi modo de ver, y hay ciertas oficiosidades que no conducen á nada.

—Otro en mi lugar se ofendería, pero ya vengo dispuesto á sufrir algunos reproches, porque realmente es desairado y hasta cargante el papel del amigo oficioso. No me encargaría yo seguramente de este papel si no se tratara de un amigo á quien aprecio en el alma, de un amigo á quien veo sufrir un día y otro día con verdadera

pena; y si no se tratara de otra persona, no menos desdichada, que besaría el mismo suelo que usted pisa para aliviarle en algo de ese gran peso y contribuir con el alma y la vida á la paz deseada por todos.

—¡Basta, señor Marrodán, ni una palabra más —gritó don Juan Manuel, levantándose del sillón como una fiera en la jaula hostigada por la vara de hierro del domador.—Respeto que está usted en mi casa. En otra parte y con otra persona usaría otro lenguaje. Pero de todos modos ¿con qué derecho se mezcla usted en mi vida privada y se pone á dar consejos á quien no se los pide, ni acaso los necesita?

Marrodán, asombrado, algo pálido, se levantó igualmente del asiento y contestó, no sin emoción:

—Con el derecho que da un corazón noble y desinteresado que con gusto se sacrificaría por el amigo querido.

—Pues ese corazón... se lo guarda usted para su uso particular.

Al oir esta frase de desprecio tuvo Marrodán rayos en la mirada, calor en la sangre, una potente vibración en todos sus nervios, un súbito estremecimiento en sus músculos; pero contempló á su amigo y volvió á sentarse, tranquilo en apariencia, sin saber lo que hacía.

—Amigo don Juan Manuel, sépalo usted: le respeto y le admiro y le quiero demasiado para

reñir con usted. Y digo lo mismo: con otra persona ¡Cristo mío! no sé lo que haría con otra persona...

Cruzado de brazos, silencioso, con la cabeza baja, como si se hallara bajo el peso de una grave responsabilidad, cruzó el primero dos ó tres veces el despacho de un lado á otro, sin dirigir á su interlocutor ni una sola mirada. De pronto paróse en seco, y extendiendo los brazos y apretando los puños, exclamó en voz alta:

—¡Pero, Señor! ¿será posible que no acabe de una vez para siempre este tormento? ¿no lograré ya vivir nunca en paz? ¿habré de renunciar para siempre al sosiego de mi espíritu? Ella convence á mi hermana, seduce á mi propio hijo, entra en casa de los amigos...—Y volviéndose hacia Marrodán añadió:—Porque de seguro que habrá tenido el descaro y la audacia y la desvergüenza de presentarse en su casa de usted.

—Sí, señor. Y me ha suplicado con lágrimas en los ojos que mediara en este asunto, conociendo el vivo afecto y la cordial amistad que le profeso. Por eso me atreví...

—Ya sé, ya sé. Llora muy bien; pero es una lástima que no haya una piedra de toque, otra de jaspe negro como la que tienen los plateros, para distinguir las lágrimas verdaderas de las fingidas. Y se expresa muy bien, y le parece al que la escucha que la asisten la razón y la justicia en sus pretensiones. Ahora, que para saber á qué ate-

nerse, sería preciso conocer á esa señora. Y para conocerla se necesitaría que yo le pusiera á usted en autos; confianzas bien inútiles por otra parte. Pues para dar ó quitar la razón, es decir, para obrar en conciencia, me basto y me sobro yo.

—No estamos conformes, amigo don Juan Manuel. Usted mismo conoce mi historia y mis numerosos defectos. ¿Dejará usted de apreciarme, si realmente me aprecia, sólo por conocerlos? Estas confianzas que hacemos á los amigos ¿no son acaso lazos que nos atan más fuertemente hasta identificarnos y hacer solidarias las penas y las alegrías de la vida? Vivir para sí sólo es cosa bien triste; vivir para los demás es mucho más hermoso y más humano. Ahora bien; si yo soy digno, ó no lo soy, de recibir esas confianzas... Usted quizá no me conoce bien á fondo...

—No se trata de eso, señor Marrodán. Es que no sabe usted lo mucho que me duele recordar estas desdichas mías, renovar heridas que no cicatrizaron todavía, y pasar por el bochorno de confesar una vez más que he sido juguete en dos ocasiones distintas de una misma mujer.

—Yo también fuí juguete de otra taimada que me hizo perder el juicio por completo en una época...

—En una época en que usted no lo tenía; allá en sus veinte...

—No es eso; en una época en que más lo necesitaba, porque era en los comienzos de mi carrera

política. Pero un hombre á los cuarenta años, ó carece totalmente de juicio ó tiene que reconocer los errores de su juventud y rectificar su vida.

—En fin, le referiré á usted un detalle de los más lejanos para que usted forme idea. Estudiaba yo en Guadalajara como alumno de la Academia de Ingenieros y me hallaba con muy buenas notas en el tercer año. Antes de que éste acabase me presentaron á una familia distinguidísima, en cuya casa se pasaba agradablemente las noches, y allí conocí á la señorita Blanca en el apogeo de su belleza y de su juventud, llena de infinitas gracias y atractivos. A los dieciséis años, aquella encantadora joven tocaba admirablemente el piano, hablaba francés é inglés con bastante corrección; dibujaba, pintaba acuarelas y poseía el don de la simpatía de tal modo, que bien podía asegurarse que adonde quiera que se presentase sería la niña mimada de los salones. Como la mayoría de los jóvenes, yo quedé prendado de aquella singular criatura que parecía reunir por especial privilegio, la sencillez de la juventud á la reflexión y cultura de los treinta años. No he podido explicarme todavía cómo entre los muchos que la obsequiaron fuese yo el preferido. Ni buen mozo, ni guapo, ni figura arrogante, ni modelo de elegancia, nada de esto debía encontrar ella en mi persona.

—Pues yo sí que me lo explico. Pero siga usted, que ya hablaremos de eso.

—Esta preferencia, como todas las de la mujer, debía ser amarga para alguno. Un señor coronel, ya viudo, profesor de la Academia, creyó ver una ofensa en aquella simpatía amorosa de Blanca, y me cobró una ojeriza que no pudo disimular desde el primer momento. La menor falta de disciplina que involuntariamente cometiera, constituía á sus ojos un delito. Cinco veces, en muy corto tiempo, estuve arrestado por verdaderas insignificancias. La quinta vez fué debida á un choque violento que hubo entre seis compañeros que fuimos de gira y unos zagalotes sin educación, vestidos de señoritos, que habían armado jaleo entre ellos, después de beber con exceso. Yo que había tratado de poner paz entre ellos y nosotros, fuí declarado como el autor de la riña. Aquella injusticia me irritó en extremo. Atrevíme desde luego á visitar al señor coronel y con las mejores formas del mundo, le dí á entender que era un absurdo aquel género de inquina, que quizá se fundaba en cosas de un orden privado; que yo acataría sus órdenes, como superior mío que era, en las cuestiones de estudio y de disciplina; pero que mis sentimientos me pertenecían por entero y no podía dejar de amar ó de aborrecer por puro capricho, como se viste uno de militar ó de paisano. Oyendo estas razones, que procuré fuesen dichas de un modo atento, digno y aun casi humilde, me señaló la puerta y me contestó, que á un alumno no acostumbraba á dar explicacio-

nes de su conducta, ni como profesor, ni como particular. Yo insistí. Me cortó la palabra y quiso arrojarme á empellones de la habitación. Me sostuve... cegóme la ira y rechazando la fuerza con la fuerza, le afeé su comportamiento, más propio de un soldadote sin educación que de un cumplido caballero. Entonces intentó abofetearme, pero yo le encadené las manos, acudió en seguida gente, vinieron los criados, y por casualidad dos capitanes que solían pasear con él todas las tardes. En conclusión: trató de formarme consejo y expulsarme ignominiosamente de la Academia. Pero contaba yo con muchas simpatías entre los profesores y no había pruebas ni testigos que declarasen haberle faltado de obra y de palabra. Mi pundonor y mi deseo de darle una lección, me impulsaron á escribirle una carta, declarándole que rompía mi espada de teniente, que dejaba de ser alumno, y que, como particular, le enviaría dos amigos míos para que le exigieran una cumplida satisfacción. No contestó á mi carta, y cuando éstos se presentaron, les manifestó que no daba ni tenía por qué dar satisfacciones á un alumno, tan terco como alborotado.

—¡Vaya un militar, que se niega á ir al terreno con una persona tan digna como usted!

—No fué por cobardía, sino por un orgullo reventante que no le cabía en el cuerpo. Pero yo le pesqué una noche en la calle, le solté á mi gusto cuatro frescas y le llené la cara de dedos, como

dicen los chulapos. Entonces sí, no hubo más remedio. Vino el lance, salimos una madrugada de paseo, y á las terceras de cambio le propiné una cuchillada que á poco más le parto el cráneo; mi venganza se satisfizo. De aquel hermoso sablazo le quedó memoria para toda su vida. Pero por otro lado me costó la carrera, aunque no por eso abandoné los estudios.

—Y el consabido reconocimiento y la admiración de la señorita Blanca.

—Esa fué la causante de todo, porque quizá ella misma alentó las pretensiones del viudo, según podrá usted deducir de su carácter. Al pronto, sí, agradecimiento, gratitud, afecto vivo y apasionado, una inmensa alegría, un gozo delirante... pues, transcurridos unos cuantos meses, me casé con Blanca, continué mis estudios, me hice doctor en ciencias, me trasladé á Barcelona, y en compañía de un antiguo amigo, muy bien relacionado, abrimos un colegio especial de preparación para el ingreso en las Academias militares. No nos faltaron alumnos desde el primer mes, y la suerte coronaba nuestros trabajos con crecientes ganancias y un excelente crédito.

—De modo que pudo usted decir al poco tiempo lo de «no hay mal que por bien no venga».

—No, señor; no pude decir eso. ¿Y sabe usted por qué?... porque á los dos años y medio aquella ingrata mujer, por quien me habia jugado la carrera más brillante, abandonó una noche mi casa

y se fugó en compañía de este amigo socio y profesor de nuestro colegio.

—¿Pero es posible?... ¡una mujer, una niña como esa, tan admirable y tan bien educada!...

—Tan cierto como la luz que nos alumbra. Tampoco yo lo quería creer y me imaginaba alguna desgracia súbita, misteriosa que la había hecho desaparecer de mi casa. Por el momento estuve á punto de perder el juicio. Era un dolor que me anonadaba, una pena y una angustia sin nombre, porque mi pobre corazón la adoraba con verdadera locura.—Y al evocar estos recuerdos volvía á aparecer sobre la fisonomía obscura y contraída del narrador, cierto reflejo de aquel profundo pesar que debió penetrar en su alma como un incendio devorador, que deja huellas y tristezas indelebles. Marrodán lo contempló algunos instantes en silencio.

—¿Y después?

—Después, al otro día, me acometió de repente el vértigo de la venganza, y salí escapado de Barcelona con intención decidida de perseguir, hasta encontrarlos, á los burladores de mi honra. Y le juro á usted que si en aquellas veinticuatro horas de fiebre tropiezo con ellos en algún rincón, los mato. No llevaba otra intención. Pero Dios tuvo, sin duda, piedad de aquel pobre loco y no pude dar con ellos, ni en Gracia, ni en San Martín, ni en ninguna otra Estación en donde pregunté.

—Pasarían á Francia... tal vez se fuesen á París...

—Sí, señor; en París se ocultaron. Al cabo de algunos meses, cuando aquella pena sin nombre se fué calmando, busqué otro socio que me ayudara en las ímprobas tareas del colegio y tomé el trabajo asiduo de todas las horas, como preocupación y refugio de mi vida más íntima. Pues aunque le parezca á usted chocante, amigo Marrodán, yo disfrutaba en aquella época de mi lozana juventud, de dos vidas muy distintas y aún diré que de tres: la vida activa y social que me proporcionaba singulares satisfacciones, y la vida de dulce intimidad al lado de la mujer querida, de los parientes, de los amigos y compañeros del alma, en que gozaba de otras más puras y más intensas. Y aún me quedaban, á veces, horas de estudio y de reconcentración en mí mismo, en que me creía estar solo como en un desierto, ó tan lejos del ruido y del torbellino del mundo como si inesperadamente y de un modo milagroso me hallara en el planeta Marte. Y me juzgaba feliz al igual de un ser único y privilegiado. Pero bien poco me duró semejante felicidad.

—Vivía usted con demasiada confianza, y en este mundo.....

—¡Qué confianza ni qué calabazas, señor! Ni á usted, ni á ninguno que se hallase en mis circunstancias, le hubiera pasado por la imaginación la menor sospecha. ¿Cómo ni por qué? Blanca

vivía contenta y dichosa en apariencia. Podía satisfacer sus menores caprichos por ser rica y porque mis ganancias me permitían gastar hasta en lo superfluo. Había sido madre dos veces sin excesivo sufrimiento y se veía de continuo obsequiada, complacida, rodeada de personas que la querían como se quiere á una reina discreta, cariñosa, llena de juventud y de atractivos. ¿Qué más podía exigir de su marido? Pero en fin... aquello pasó, pasó para no volver..... Después de tres, cuatro, cinco años de silencio, cierta mañana recibí una carta de Blanca. Conocí en seguida su letra, debí quemarla y no abrirla.

—Pero usted no haría eso.

—No lo hice por mi desdicha, porque este corazón nuestro, que no cesa de palpitar un sólo instante, está lleno de misterios y contradicciones inexplicables. Y digo mal, no es el corazón: somos nosotros que nos dejamos guiar por la imaginación antes que por la razón. Ello es que una vez abierta, la leí de cabo á rabo. Trazaba en ella la historia de aquella funesta pasión que hubo de precipitarla en el deshonor y en la desdicha. Después de haber pasado por sufrimientos indecibles, arrepentida y enferma, volvía á implorar el perdón de la horrible ofensa. Confiaba para conseguirlo en la nobleza y en la generosidad de mi corazón, que ella conocía tanto. Era madre dos veces, y sus hijos la llamaban. De noche y de día y á todas horas oía sus vocecitas infantiles, y

lloraba amargamente por no poder acudir á su llamamiento. ¿Querrá usted creerlo, amigo Marrodán? la lectura de aquella carta me llegó á conmover y me obligó á reflexionar seriamente. Desde el fondo de mi alma subían á mi memoria, como suben los invisibles aromas, las reminiscencias de aquel antiguo amor sepultado entre tantas amarguras. Lo pensé y lo medité mucho y quise atenerme á la sola razón; pero me sentía impulsado por no sé qué reflexiones morales á la reconciliación con mi mujer. Luego volvía los ojos á mis hijos, que se educaban sin madre, uno de los primeros elementos para una sólida y cristiana educación..... En resumidas cuentas: después de pensarlo y devanarme los sesos mucho tiempo, cruzáronse varias cartas entre nosotros, y acabé por abrirle de nuevo las puertas de mi casa.

—Un día de regocijo y de satisfacción para la familia. Había de suceder sin remisión alguna, cuando así sucedió.

Miróle don Juan Manuel con alguna fijeza, al decir esto Marrodán, y repuso en seguida:

—Si había de suceder fatalmente, como usted indica, ¿dónde deja usted entonces nuestra libertad, es decir, nuestra responsabilidad de hombres libres?... Finalmente, Blanca, que se hallaba, en efecto, desmejorada, se presentó en mi casa con apariencia de sincero arrepentimiento. Uno y otro salíamos muy poco en estos primeros meses, y

empezamos á trabajar en la difícil labor de reconstruir nuestra antigua vida. Empresa sobrehumana. Hay ruinas morales, sobre las cuales es casi imposible levantar el edificio de nuestra pasada felicidad. Y no porque no le facilitara yo los medios, sino porque después de su caída se reveló por completo el carácter dominante de aquella mujer educada para vivir en completa independencia.

—Entonces... comprendo el desenlace.

—Justamente. Pero yo no lo esperaba. ¿Por qué razón? porque si debía acabar de aquel modo ¿á qué conducía la comedia de su arrepentimiento? ¿La obligaba yo acaso? ni yo ni nadie. ¡Pero vaya usted á exigir lógica á las mujeres, sobre todo á las de esta especie! ¡sí, sí, buenas y gordas! A los ocho ó nueve meses se cansó de aquel género de vida retirado, y empezó á vestir con lujo llamativo, á abonarse á los teatros y á pasar el dia entero en la calle, corriendo de casa en casa ó de tienda en tienda. Con la mayor dulzura le advertí que un descuido tan grande de sus deberes de madre de familia no podía traer buenas consecuencias, ni para ella ni para nosotros. Bueno era que disfrutase como antes de las mil diversiones que ofrece una población como Barcelona, pero no de aquel modo rabioso y desordenado. ¿Qué concepto formarian de ella las personas que la viesen en todos los sitios públicos, en cafés y teatros, de día y de noche? A estas y otras reflexio-

nes me contestaba en las nuevas teorías de la igualdad de los sexos: yo como hombre podía salir ó entrar á mi capricho. ¿Con qué razón se le negaba á ella ese mismo derecho? A sandeces semejantes no debí contestar, sino haberla llevado á un convento á que recobrara el sentido común, y la vergüenza, y la idea del deber, en dos ó tres años de reclusión.

—Pero nsted, por consideraciones á la familia y por otras razones muy respetables que tienen siempre presentes los hombres de pundonor...

—Sí señor, yo discutía con ella y hasta creí convencerla con argumentos irrebatibles, porque es lista, eso sí. Su entendimiento es claro, pero esencialmente femenino; muy positivo, muy rastrero, que conoce la significación de los hechos, pero no la trascendencia y elevación de las ideas. Así vivimos un año: yo tolerando cuanto podía tolerarse en bien de nuestros hijos y el buen nombre de la familia; ella, malgastando el dinero y llamando la atención en todas partes por su lujo y su manera particular de vestir. Una mañana, que por cierto era domingo, entraron los niños llorando en mi cuarto porque mamá Blanca y tata Juanita se habían marchado juntas de casa y no volvían; ¿qué le parece á usted?

—¿Otra escapatoria?

—Pues naturalmente, había que huir de la tiranía del marido. Entonces, créalo usted, señor Marrodán, cuando me convencí de su fuga, aque-

lla misma mañana juré que arrepentida ó sin arrepentimiento, viva ó muerta, esa mujer no volvería á traspasar los umbrales de mi casa. Ira, dolor, vergüenza, todo lo sentí de una vez, pero lo sentí para mí. Nadie debió conocerlo en mi semblante, porque hecha y jurada mi resolución, me juzgué ya solo, y busqué resueltamente el apoyo inquebrantable de mi conciencia. Un hombre de mi sinceridad y de mi carácter puede perdonar el engaño una vez; dos veces... jamás.

—¿Y usted quiere cumplir su palabra?

—Es algo más que una palabra.

—Sí, sí, ya recuerdo.

—Transcurrido algún tiempo, mi pobre hermana había quedado viuda, sin familia, agobiada por el dolor de aquella irreparable desdicha; y como yo también me veía muy solo, le brindé con mi casa y con el consuelo de mi afecto. Pero se hallaba tan abatida y enferma que se creyó herida de muerte, y me contestó que no se atrevía á salir de aquel rincón, que debía ser algún día su sepultura. Al cabo de algunos meses empezó á convalecer y á mejorar de tal modo que me escribió algo más animada, sintiendo únicamente el hallarse tan lejos de la familia. Cruzáronse nuevas cartas; fuí por fin á buscarla y la acompañé hasta Barcelona, donde vivimos dos años. En este tiempo, una dolencia inesperada me arrebató á mi pobre hija María. Abrumado con esta nueva pena, y como mi hermana estaba encariñadísima

con su Madrid, decidimos volver aquí y aquí nos instalamos. Ella conoce esta historia, estas profundas heridas hechas en mi amor propio, en mi honor y en mi vida; y sin embargo, después de haber recibido varias cartas de aquella infame aún se ha sentido dispuesta á la reconciliación. ¿Qué le diría en ellas esa astuta sierpe de los infiernos? ¿Con qué elocuencia de Lucifer habrá conseguido mover á piedad el corazón de mi buena hermana?

—¿Pero usted no ha visto esas cartas?...

—Jamás. Son de una condenada y basta. Yo aconsejé á Elena que las quemase inmediatamente: sólo el fuego puede purificar semejante ponzoña. Hará esto, pues, unos cinco años cuando vino á Madrid á turbar por tercera vez la paz de mi familia y con la pretensión de recobrar lo que llama su patrimonio. Pero la ley me protege; porque ¿con qué derecho va á reclamar lo más mínimo la mujer que abandona por voluntad propia, sin fundado motivo, la conyugal morada? Y á pesar de los pesares, buscó medios de persuadir á los amigos, de meter ruido y servir así de tormento á los que aborrecemos la publicidad y el escándalo. Vencida al fin en el terreno legal, ha dejado transcurrir dos ó tres años, y ahora vuelve de nuevo á robarnos la tranquilidad que disfrutábamos. Y ya lo ha visto usted: no le basta escribir á mi hermana, protestando de su arrepentimiento y demandando en nombre de la caridad cristiana

la reconciliación apetecida; se dirige á mis amigos más íntimos, se introduce en las casas y les ruega que se interesen en favor de una desdichada. Y aún hace más todavía.

—¿Todavía más?—preguntó Marrodán admirado.

—Sí, señor. Indagando los sitios que frecuentaba mi hijo Marino, primero como una mujer desconocida y luego como madre, se le ha presentado llenándole la cabeza de historias secretas y de ingeniosísimas fábulas, en las cuales se pinta ella como víctima de la fatalidad y de la traición de los hombres.

—Vamos, que le ha caído quehacer á esa señora. Valdría para agente electoral.

—Y cierto que vale. No le he contado á usted otro incidente de su vida. Pues bien, el primer año de su escapatoria tuvo su amante la suerte de heredar, y fueron á gastar el dinero á París. Ya recordará usted que hablaba el francés con rara perfección, y allí inventó un nuevo parentesco, y se hacía pasar como francesa... muy republicana. Después se relacionó con un paisano suyo, antiguo emigrado, y éste la presentó á Ruiz Zorrilla. Al oirla hablar luego de generales y coroneles y militares altos y bajos, relaciones ó conocimientos de su difunto padre, creyó el bueno de don Manuel que se las había con alguna generala, ó poco menos, que podría servir á su causa. Así es que cuando volvieron á España traía ella la co-

misión de hacer propaganda entre la clase militar. De qué modo mentiría y con qué habilidad pintaría las cosas cuando llegaron á creer en su influencia.

—Y no habrá dejado de moverse, porque es mujer que lo entiende.

—¡Ya lo creo!... allá en su tierra es una... *liberala* de primera magnitud, y se ha rodeado de ciertas relaciones políticas... Es lo único que le faltaba á esa señora para no tener por donde el diablo la deseche. Y ahora crea usted en esos arrepentimientos, y en esas desdichas, acumuladas sobre su cabeza, y en esa soledad en que vive.

—¡Cuidado que es mujer!... Vamos, que la dará á cualquiera.

—¡Ah! pero esta vez yo le juro...—y don Juan Manuel volvió á cruzar su despacho de un lado á otro, como el que trata de calmar un dolor molesto por medio del movimiento. Luego se paró delante de Marrodán.—Ya lo ve usted, la soledad, y la amargura y los arrepentimientos son para mí, y cuando recuerdo que ella... Sólo pido á Dios que no la ponga en mi camino, porque ese día... Vaya, vaya, no pensemos más en estas cosas. Y ahora ya estará usted satisfecho, amigo Marrodán; me ha sacado usted de mis casillas, contándole lo mismo que desearía olvidar.

—Estoy admirado, créalo usted, además de agradecido. Siempre que veo un hombre que ha sufrido, que ha llevado su cruz con entereza y

valentía, que ha afrontado las situaciones más graves y trágicas de la vida con verdadero valor, yo lo admiro sinceramente como se admira á un héroe. Y usted para mí es uno de esos hombres.

—Sí señor, el héroe por fuerza. Habla usted con sinceridad, y sin embargo, usted no sabe la ironía tan acerba que existe en el fondo de sus palabras. ¡Un héroe yo! yo, que he visto truncada mi carrera más brillante, y rota mi existencia, y humilladas mis ambiciones... Si no fuera cristiano, aunque de los menos dignos de este nombre, yo sería á esta fecha un bandido, pero completo; me habría vengado de aquel infame que me robó el honor, y habría estrangulado á la miserable que me abrió las puertas de este infierno donde he vivido tantos años. ¿Hay satisfacción más grande que la venganza? Porque... sépalo usted, tengo agallas para eso.—Y al expresarse así don Juan Manuel, oprimía con fuerza el brazo de su amigo, y brillaban sus ojos como si despidieran extraña fosforescencia, y se trasparentaba en su rostro algo de ese instinto de perversión y de ferocidad que existe á manera de limo en el fondo del corazón humano.—Y á defender lo mío pocos me ganarían, y como aborrecimiento á mis prójimos... razones me sobran para aborrecerlos de muerte.

—¿Y también á mí, que soy uno de ellos, amigo don Juan Manuel?.....

—De Dios había recibido un regular entendimiento, una gran fuerza de voluntad, un buen temperamento, una admirable resistencia para el trabajo, en fin, dones y gracias que nunca agradeceré bastante. Podía ser yo algún día... ¡sólo Dios lo sabe! Pero ellos, apeteciendo lo que yo poseía, arrancándome las nobles ilusiones de mi juventud, asaltando mi hogar, robándome la felicidad y la esperanza, han aniquilado y reducido á polvo todas estas dotes. Yo era un león entre los hombres, y me han trasformado en un lobo hambriento, sin casa ni hogar.

—Por Dios, don Juan Manuel, usted ha sido y es como siempre un perfecto caballero, y cuantos le conocen y tratan convendrán conmigo....

—Sí, exteriormente, como otros muchos. Pero ya le dije á usted antes que era cristiano, que creo profundamente en la realidad de ese misterio que envuelve nuestra existencia y la existencia de millares de mundos que forman el Universo. Nunca oídos humanos oyeron ni volverán á oir frase más sublime que aquella que salió de los divinos labios de Jesús: «Amaos los unos á los otros.» Pronunciada esta frase, se comprende perfectamente la abnegación, el heroismo, el sacrificio, la caridad y todas estas grandes virtudes que faltaron á los paganos. Por lo tanto, esta doctrina que profeso me obliga á perdonar á mis enemigos, pero no á olvidarlos ni á prestarles albergue en mi propia casa.

Marrodán, que lo escuchaba con bastante atención, quedóse algún tanto pensativo, y levantando poco á poco la cabeza, expresó su completo fracaso de este modo:

—¡Pues señor... bien! me ha chafado usted la papeleta, como decimos por allá. Tiene usted razón que le sobra en este asunto, y en cuanto á buenos consejos... ¿quién se atreverá á dar consejos á un hombre como usted?

—Cualquiera, cuando yo se los pida. Pero en lo que atañe á la vida privada, recuerde usted que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Y cuando el loco es toda una gran persona como usted.....

—Vamos, déjese usted de piropos. Y ahora, con franqueza, ¿quiere usted quedarse á comer con nosotros? porque oigo los pasos de Marino y me figuro á lo que vendrá.

Oyéronse en efecto pasos que se aproximaban y unos golpecitos dados discretamente en la puerta del despacho, á los cuales respondió el «adelante» de don Juan Manuel que conoció desde luego al que llamaba. Entró su hijo Marino, que saludó á Marrodán, suplicándole al mismo tiempo que dispensara la interrupción, pues se tomaba tal libertad por considerarle como franco y verdadero amigo, á quien acaso no agradaran ciertos miramientos. Era la hora de comer y venía á darles en su consecuencia el correspondiente aviso. Cuan-

do salían del despacho, y Marino que se fué delante no podía oirles, volvióse Marrodán á su amigo y le dijo, encantado del desembarazo y la gentil apostura del primero.

—¡Qué guapo muchacho! Ahí tiene usted ya un hombre.

—Quizá demasiado hombre, por lo que voy sospechando—contestó éste en voz baja.—Hace días que Marino anda cabizbajo y algo tristón, y no quisiera que saliera cierto lo que llevo clavado entre ceja y ceja...

—Vamos, esos son los celillos exagerados de todo un señor padrazo.

—No lo crea usted. Algo bueno daría yo por equivocarme.

Marrodán entró en el comedor á despedirse de doña Elena y de la niña, y pudo fijarse en el semblante de Marino que, en efecto, á pesar de su sonrisa y del afectuoso saludo con que acompañó la despedida, parecía más bien el de un enfermo crónico que disimula y hasta bromea con su oculta dolencia.

Puede tener cierta exactitud la comparación, porque la fisonomía de Marino morena y enjuta, de rasgos señalados, era ya la cara de un hombre formado, y si algo le faltaba para que la ilusión fuese completa, debía ser el tono y sombreado de la barba. Marrodán pensó para sí: «Este ha empezado á correrla.»

Después cuando llegó á su cuarto, Patrocinio

salió corriendo á su encuentro por la tardanza con que subía. Dos horas y media de charla... bien se habrían despachado uno y otro amigo. Brevemente Marrodán le contó el desenlace de aquella tragedia doméstica, que á su juicio carecía de compostura. Don Juan Manuel estaba muy duro de pelar y con muchísima razón, porque le había tocado en el sorteo marital una prójima... que tenía que ver. ¡Vaya una prójima aquella! el forro y la entretela, lo de dentro y lo de fuera, todo era igualito: allí no había desperdicio.

—Pues... ella volverá por la respuesta y vas á recibirla.

—¿Yo recibirla?—preguntó Marrodán como un poco asustado.

—¡Toma! tú se lo prometiste. Si te hubieras negado á recibirla desde el primer momento...

—Realmente me cogió desprevenido. ¿Quién había de pensar que aquella señora tan compuesta y de tan buena presencia fuese la mujer de don Juan Manuel? Nadie, absolutamente nadie. Sólo en Madrid se ven estas cosas.

—Por eso, como decías tú cuando vinimos, hay que vivir muy prevenido.

Hallándose, pues, en autos y por evitar á tiempo ciertos compromisos, Marrodán desde aquella misma mañana tomó sus precauciones. Negarse á recibir á la interesada era lo más seguro, cuando no habían de faltarle excusas ni razones fundadas. Ocho, diez, y hasta quince días transcu-

rrieron sin que nadie se presentara á reclamarle la palabra empeñada en un momento de verdadera imprevisión. Llegó á pensar que le habrían dado al olvido por imaginarlo poco idóneo para una empresa de tamaña magnitud y de tanto aliento. Pero una tarde que volvía á casa, hacia el oscurecer, muy ajeno de semejante cuidado, observó que subía la escalera tras él con recatado paso una señora enlutada. Al llegar á la puerta del cuarto, por curiosidad, volvió la cabeza y se halló de frente, á tres pasos de distancia, con la consabida prójima. Fué tan imprevista y repentina su aparición, que Marrodán no pudo menos de contestar á su saludo. Entonces la dama, con aquella manera suya de insinuarse, rogóle que le perdonara por su insistencia y por la hora que elegía para subir á su casa. La causa ya se la explicaría en un periquete, si le concedía media hora escasa de audiencia en su propio despacho. Marrodán que había hecho firme propósito de negarse en redondo por razones de conveniencia y de buena amistad, y de falta de tiempo, y de sosiego para pensar en todo aquel tinglado, no supo decir que no en aquel instante, y con la sonrisa en los labios abrió él mismo la puerta para que la dama pasara delante. Y lo primero que le ocurrió al verla en mejor luz en la amplitud del despacho, fué esta frase: ¡Vaya una real hembra! Mirada en efecto bajo este prisma, parecióle á Marrodán más guapa y más joven que la primera vez

que se presentó á su vista. ¿Dependería esto del traje, ó de la luz artificial que ahora iluminaba su rostro, ó del estado particular de su ánimo? Difícil era saberlo, tratándose de un ser tan variable, impresionable y sensible como la mujer. Clavó ella su mirada en su improvisado protector y debió comprender por cierta seriedad y cierto recelo que asomaban á su semblante á pesar de su sonrisa, que se hallaba algo prevenido en contra de su persona. Así es que sin preámbulos ni reparos se fué derecha al corazón del tremendo problema, á la incógnita de aquella oscura y difícil situación, provocada por su asombrosa audacia.

—Caballero Marrodán, mil perdones por el malísimo rato que le habré hecho pasar en presencia de su amigo. Porque supongo que usted cumpliría su palabra, que le hablaría á esa persona y que esa persona le habrá contado perrerías de una pobre mujer que tiene un grave defecto, imperdonable en una señora: el de no admitir imposiciones de nadie, es decir, imposiciones injustas.

—¿Me permite usted, señora, que le dé un consejo de amigo?

—Porque yo combato siempre con la justicia por delante. Si falto y peco como pecamos todos, no seré yo quien proteste contra el castigo merecido, pero no admitiré jamás que el castigo sea enormemente mayor que la culpa. Si ante la sociedad y ante el mundo, que nos juzga muchas veces sin pruebas, no existe esa igualdad que re-

clamo para todos, hombres y mujeres, yo apelaré á los tribunales de justicia, y entonces se verá clara y transparente la historia de esta tristísima lucha. Pero antes de dar semejante paso, créalo usted, señor Marrodán, créalo usted como el Evangelio de la misa, sinceramente arrepentida, yo deseo la paz, el perdón y el olvido de nuestros antiguos resentimientos.....

—Vuelvo á mi pregunta, y dispénseme usted señora que la interrumpa—insistió Marrodán, interrumpiendo en efecto la verbosidad elocuente y admirable de su interlocutora.—¿Me permite usted que le dé un consejo de amigo? Pues bien.....

—Sé lo que va usted á decirme, que busque otro abogado de más.....

—No señora, no es eso: que conozco un poco, digo mal, que conozco bastante el carácter de su marido y yo le aconsejaría á usted por ahora una prudente retirada.

El tal consejo lo recibió ella sonriente, como se recibe una broma de buen género, pero cerró y abrió el abanico que tenía en la mano, de un modo tan particular, que un observador más perspicaz que Marrodán, se habría puesto en guardia desde luego. Volvió á mirar á nuestro diputado y le dijo en otro tono más suave, abanicándose mansamente:

—¡Ay, caballero, qué equivocado anda usted en esos conocimientos! No señor, no conoce usted á mi marido, ni á mí tampoco. Créalo usted, señor

Marrodán, no hay tipos más opuestos: yo soy franca y clara como el agua, y él es turbio y denso y engañoso como las heces. Posee como ningún hombre el profundo talento del disimulo; y aunque viva usted á su lado veinte años, usted no lo conocerá. Sólo lo conocerá el día en que le convenga explotarle á usted, porque ante la explotación y el despojo inícuo, no hay careta bien puesta que no se caiga del rostro. Créalo usted como se lo digo.

—¡Por Dios, señora, por Dios!

—Si no exagero, señor Marrodán, si es la pura verdad. Además, que para hacer justicia conviene oir á las dos partes, y usted no ha oido á la contraria. La contraria soy yo. Pues bien, esta se presenta y declara poder aducir como valederas las pruebas de los malos tratamientos de su marido y de las imposiciones arbitrarias que se permitía en el seno de la familia. No me faltarían cartas ni testigos. Pero esto, como le he dicho á usted antes, lo olvido y lo perdono. Me considero también culpable en parte por mi carácter, por mi irreflexión de muchacha mal educada, y como los años no pasan en balde, juzgo que se me debe creer cuando presento mi arrepentimiento y la sinceridad de mi dolor como garantía de lo porvenir.

—Pues por mi parte—repuso Marrodán, algo molestado por la insistencia de la dama—á pesar de todos sus buenos deseos de reconciliación que

usted manifiesta, me parece poco menos que imposible el convencer á su señor marido.

—También lo creo. ¿No ve usted que á él le conviene disfrutar de las rentas suyas y de las ajenas?

—Dispense usted, señora, pero creo que don Juan Manuel es incapaz de retener ni un céntimo que no sea suyo.

—¡Ah! es verdad; usted que lo trata como amigo hará un año, ó dos, ó tres, lo conoce usted mejor que yo, que lo trato desde los dieciséis años. Es verdad, no había caído en ello. Por eso recordará usted qne se quedó con el dinero y con el colegio de su amigo y socio Ruidell, con quien estaba en compañía. Por eso también, y con todo su puritanismo, recordará usted que viviendo en Barcelona, se pasaba el día y parte de la noche en casa de su prima Luisa, que era casada, lo cual no fué obstáculo para hacer su gusto y dar que murmurar. El motivo de no salir diputado también lo recordará; ¡eso es tan público ya! Y para concluir, señor Marrodán, le advierto á usted que ahora le conviene tenerlo á usted por amigo...

—No entiendo, señora...

—¡Qué lástima! Pues no digo más.

Marrodán se levantó del asiento y acercándose á la dama, le preguntó en un tono de voz que descubría visiblemente la impresión de las frases anteriores:

—Ruego á usted, señora, que se explique con mayor claridad, porque no sé qué demonio tienen sus palabras de usted... Con intención ó sin ella, hable usted.

—He dicho bastante, caballero.

—Pues ha dicho usted una indignidad. No sé si habré acertado con la insinuación oculta de sus palabras, pero acepto la peor, la más mala, la que más puede herir el amor propio de un hombre. La acepto y no creo en ella.

—Está usted en su derecho, caballero. Pero no vaya usted á pensar que yo manejo y me valgo de estas insinuaciones como armas de combate. Reflexione usted, que vengo á pedirle un favor y en vez de agradecerlo ¿me cree usted tan falta de sentido que acabe por mortificarle con una insinuación malévola?

—Pues entonces...

—Pues entonces no me conoce usted. ¿No le dije á usted que era clara como el agua? Por eso se lo advierto, porque me repugna la hipocresía, por agradecimiento y porque usted vea la enorme diferencia entre la mujer que pudo cometer una locura disculpable, pero nunca un crimen, y el hombre que no teme sacrificar al amigo ni al pariente ni á la mujer propia con tal de lograr su objeto. Yo soy así. No seré buena, ni muy mala tampoco, pero no finjo sentimientos que no existen en mi corazón. Si usted me tratara con alguna intimidad me conocería, y se pondría sin

género de duda de mi parte—y como al oir esto moviese Marrodán la cabeza al igual del que estima una cosa por imposible, levantóse rápidamente la dama y le preguntó con visible y dramática ansiedad;—¿Duda usted de mis palabras? ¿no cree usted posible que lleguemos un día á ser buenos amigos? ¿reconoce usted acaso en mi semblante, en mis modales, en mi manera de ser, el sello de la infeliz que ha perdido toda idea de pundonor y de decencia?... Sea usted franco y sincero como lo soy yo. Ya ha visto usted que á mí no me duelen prendas.

—No, no; de ninguna manera. ¿Cómo voy á pensar de usted semejantes cosas?...—Realmente, Marrodán, que al principio hubo de mirar á la dama con ojos de varón concupiscente y luego con cierta prevención, seducido en este momento por la expresión de ardiente sinceridad que resplandecía en su semblante, dudaba de que aquella mujer hermosa y elocuente fuese la malvada hembra que le pintara don Juan Manuel en la historia abreviada de su vida. Imposible. Era una idea que no le cabía en la cabeza. Podía ser mala, pero tanto y tanto como el otro afirmaba... imposible, vamos. Mas de pronto le vino á las mientes aquella pérfida insinuación con la cual había intentado despertar en su ánimo ciertas sospechas que se le antojaron absurdas, y volvió á observarla con recelo, aunque siempre dudoso y vacilante. Entretanto, procuraba ella sincerarse, y

con su acostumbrada audacia le interrogaba de nuevo:

—Si no lo piensa usted ni lo cree, entonces ¿cómo mueve la cabeza en señal de duda? ¿Qué es lo que á usted le parece mentiroso?... Si fuera yo una mujer indigna, una señora sin decoro no se me abrirían las puertas de muchísimas casas donde me reciben con el mayor agrado. Ni usted mismo me habría recibido, yo se lo aseguro, porque la maledicencia cortesana con sus cien mil lenguas de víbora le hubiera prevenido contra mi nombre, murmurándole que yo era una tal y una cual. ¿No lo cree usted así, caballero?

—Sí señora, era muy posible.

—Entonces ¿podré contar de nuevo con su valerosa influencia? Mire usted, señor Marrodán— y aquí, bajando el tono habitual de su voz y apoyando la mano enguantada sobre el brazo de nuestro diputado con graciosa familiaridad, añadió con aire de reserva.—Para que vea usted que se trata de una obra natural, lógica, fácil y deseada por la familia toda, le diré á usted que cuento con el apoyo de mi cuñada Elena y el interés de mi hijo Marino á quien suelo ver con frecuencia. Juan Manuel no sabe lo mucho que nos queremos. Pero cuando llegue aquel hermoso día de nuestra reconciliación... entonces lo adivinará. Tendrá que verlo claro en la alegría de nuestros ojos, en los dulces abrazos con que se desborde nuestro mutuo cariño. ¿Con qué derecho

se le negará á una madre este dulcísimo desahogo? Y usted puede mucho señor Marrodán. ¿Volverá usted á hablarle? yo confío en usted que tiene usted un noble corazón y en él también, porque mi marido, en el fondo no es malo; no causará á nadie el más leve daño sólo por el gusto de causarle, sino por hacer su santa voluntad. Es una imaginación excéntrica, un carácter de hierro, terco y pertinaz, que desearía que el mundo entero se conformase á su manera de pensar. Hay, pues, que cortarle las uñas, como al león de la fábula, para domesticarlo y hacerle ver que somos nosotros los que al fin y al cabo tenemos que conformarnos con las leyes del mundo. ¿No lo cree usted así?

—Sí señora, todo eso es muy verosímil y muy laudable, y por lo tanto, lo poco que pueda ayudar á ustedes yo lo haré.....

—¿Qué es eso de poco, señor Marrodán? poco poco... cuando me consta que usted puede mucho. ¿Pero lo hará usted? ¿no me engañará con esa agradable promesa que yo grabo en mi corazón en este momento? A las pobres mujeres se nos engaña tan fácilmente..... ¿Por qué no va usted alguna noche por mi casa? vivo también en el barrio, ¿sabe usted? Le contaría menudamente nuestra historia. Pero con su permiso, y rogándole que me dispense tanta impertinencia me retiro.

—Cuando usted guste, señora. Está usted en su casa... ya lo sabe.

—Muchísimas gracias.

Y después que estrechó la mano de Marrodán salió del despacho, dejando como leve huella de su estancia delicadísimo y agradable perfume. Volvió aquél al cuarto, se quedó pensando, apoyado de espaldas sobre la mesa, en la apariencia de verdad que llevaba consigo las palabras de la elocuente dama. ¿Sería cierto positivamente lo referido por ella? ¿Le habría ocultado su amigo Lucientes aquellas pruebas aducidas, detrás de las cuales aparecía una fisonomía de tiranuelo hipócrita, que no era la que Marrodán conocía como única y verdadera? A él le preocupaba todavía la vida de su amigo, y hasta creía encontrar en ella alguna siniestra sombra. Era un carácter extraño, muy complejo, con desviaciones misteriosas, por lo cual no se presentaba franco y despejado, ni se comprendía á primera vista. Si algo le inclinaba de una manera resuelta al partido de su amigo era la insinuación malévola, que aún le amargaba y volvía á su memoria como al paladar el mal gusto de una pócima: aquello delataba desde luego en la autora una mala intención, un espíritu rencoroso propenso á la venganza. Reflexionando sobre esto, salió Marrodán al pasillo porque había vuelto á casa con intención de contestar á unas cartas de Lashoyas, pero la tal intención podía ya darse por perdida. Al cruzar, pues, de un cuarto á otro oyó una voz de mujer que se despedía, y luego el

timbre de la puerta. Abrió una de las muchachas y entró Patrocinio, extrañándose al pronto de encontrare n casa á su marido.

—¿De quién te despedías en la puerta?—le preguntó éste.

—Pues... de la vecina, de esa señora del cuarto cuarto que subía conmigo.

—Me pareció que era voz de hombre...

Patrocinio no contestó á esta observación, lo que sirvió, más que para aplacar su curiosidad, para despertar en su ánimo inmotivados y repentinos recelos.

Al otro día, durante el almuerzo, olvidado este incidente, Marrodán contó á su mujer la visita de Blanca, la señora de Lucientes. Luego le pintó sus dudas, porque realmente había para dudar, después de oir las quejas tan fundadas de la esposa, y sobre todo, la pasión y la sinceridad con que estaban expuestas. Era imposible de todo punto que fuese invención suya. Dígase cuanto se quiera, el lenguaje propio de la verdad no puede falsificarse, y aquello era verdad. Pero Patrocinio, que no había sufrido la influencia ineludible de la dama, no le dejó acabar, y le dijo con algún calor:

—¡Hombre, parece mentira que conociendo y tratando á don Juan Manuel vayas á dar la razón á la otra! Yo no la he visto, ni quiera Dios que la vea; pero por lo que tú me contaste la otra vez, se me figura que debe ser una púa la tal señora...

—¿De modo que tú no dudarías?...

—¡Qué he de dudar, por Dios! de ninguna manera. Ahora, en la cuestión de intereses, en lo de si tiene ó no tiene derecho su marido para retener lo suyo, en eso nadie debe meterse porque es delicadísimo, además de que estará arreglado por la ley... me parece.

—¡Ah! ¿con que te parece?—preguntó Marrodán; pero pronunció la frase con tal fuerza y tanta acritud que la mujer se le quedó mirando entre suspensa y temerosa, no acertando á comprender aquella repentina brusquedad.—Pues te parece muy mal, porque ella lo ha repetido terminantemente: busca y desea la reconciliación; pero si su marido no transije, llevará la cuestión á los tribunales; luego alguna razón tendrá. Y como en medio de su sorpresa continuara callada todavía, añadió: «¿Ahora, qué dices á eso? vamos á ver, contesta.»

—Pues naturalmente, que he de contestar.., que tendrá alguna razón. Bueno, yo no lo sé; pero á fe que si la tuviera muy grande, después de tantos años, debía haber empezado por ahí por reclamarla en los tribunales.

—Eso es, reclamarla á los tribunales, no hay más; pero si ella busca y desea la reconciliación y siempre la ha querido ¿cómo iba á pedir el divorcio, que es lo que indica esa reclamación? vamos á ver. ¡Todas sois lo mismo!—Y dicho esto de malísimo humor, Marrodán se levantó de

la mesa como enojado y se metió en su cuarto.

Inquieta y poco menos que asombrada, Patrocinio no sabía á qué atribuir aquel repentino enfado de su marido, y se quedó pensando de sobre mesa. «Pues señor, ¿qué diantre le habrá dado á este hombre para poner esa cara?» Había que estar en ciertos antecedentes para comprenderlo, pues en vista de éstos parecíale á Marrodán muy significativa y desagradable aquella calurosa simpatía de su mujer por el amigo Lucientes. Sin embargo, tales recelos no tuvieron por el momento mayor trascendencia. Pero á los cinco ó seis días, nuestro receloso recibió una carta anónima, aunque el tono y la mesura de toda ella parecían más bien el de una confidencia reservada. La letra era de hombre y la firmaba *Uno del gremio*. Decíale este uno, que viviera un poco más alerta de lo que vivía, que el enemigo lo tenía muy cerca y como prueba le aconsejaba que acudiera entre cuatro y cinco de la tarde á cierto almacén de ropa blanca que se hallaba en la calle de la Montera. Claro es que en otras circunstancias, se habría sonreido ante la vaguedad y pobreza del anónimo; pero conservaba todavía cierto interno rescoldo, y esto bastó para que prendiera el fuego. Así, pues, sin reflexionar se dirigió hacia la calle de la Montera y estuvo largo rato en acecho.

Ya se cansaba de andar y mirar por todos los lados con el consiguiente recato, cuando al tender la vista á lo largo de la calle reparó en dos señoras

que subían charlando muy entretenidas. Las conoció al momento: eran éstas la hermana de don Juan Manuel y la simpática Patrocinio. Lo primero que le ocurrió preguntarse á Marrodán fué lo siguiente: «¿Qué demonios vendrán á buscar á estos barrios, á una legua ó poco menos de su casa?» Algo le tranquilizó el verlas juntas, porque estimaba á doña Elena por muy señora, aunque algo lunática. Entraron en efecto, al llegar á la calle de Fuencarral, en un gran almacén de ropa blanca, y nuestro celoso tuvo que esperar más de una hora para ver en lo que paraba aquella visita. Y gracias á que continuaba en acecho, pues de otro modo le hubiera guipado el propio don Juan Manuel que cruzó la calle y subió al almacén. Marrodán, inquieto y nervioso vacilaba, conociendo lo que es este Madrid; pero á los pocos minutos, desde el portal de enfrente, observó que salían ambas señoras acompañadas del consabido caballero. Y observó también al seguirlas de lejos, que su mujer y el otro llevaban una conversación animadísima que debía ser para ellos muy interesante. Después de cruzar la Puerta del Sol bastante despacio, tomaron la derecha de la calle Alcalá y, cosa rara en ellos, sin previa discusión entraron los tres en una chocolatería conocida. Aquel convite le extrañó mucho al señor Marrodán. Jamás le había apetecido á Patrocinio, yendo en su compañía, ni á la hermana del otro, el tomar una jícara de chocolate. Y luego aquel esperar sin tér-

mino, aquel larguísimo rato consumido en el capricho de una golosina..... Se necesitaba ser marido y tener una curiosidad muy grande y una *escama* más que regular, para aguantar la pesadez de semejante espionaje.

Por fin salieron á la calle; y con la mayor cachaza, deteniéndose delante de todos los escaparates que encontraban al paso, cruzaron por delante de la Cibeles y se dirigieron al barrio de Salamanca. Cuando arribaron con toda felicidad á su casa, era ya de noche. Marrodán tardó unos cuantos minutos en entrar, para no tropezarse con ellos. Una vez en su habitación preguntó á la criada: «¿Ha vuelto la señorita?» Patrocinio no había subido todavía y esto le contrarió sobre manera. Se metió en el despacho y estuvo un cuarto de hora dando vueltas, impaciente, aburrido, nervioso, porque hubiera deseado hallar á su mujer en su gabinete y sorprenderla con su inesperada presencia, y leer en su fisonomía, si algo había que leer en ella. Sería una niñería, pero le cargaba soberanamente este cúmulo interminable de contrariedades. ¿Se aproximaba la hora de comer?... pues ya era tiempo de que estuviera en su casa. Por último, tardaba tanto, que Marrodán volvió á coger el sombrero, salió de la habitación muy decidido y se presentó en la de don Juan Manuel. Cruzó por el comedor y luego por otro cuarto, y le pareció observar que en ese cuarto precisamente doña Elena y Patrocinio cu-

chicheaban muy á su sabor, y que ocultaron algo al cruzar él por delante. ¿Sería ilusión de su vista? A su amigo lo encontró en el gabinete, probándose un traje nuevo de invierno, que se veía tendido sobre las butacas.

Cuando acabó de vestirlo entraron las señoras y se extrañaron un poco de hallar allí á Marrodán. ¿Cómo tan temprano por casa? Era, en efecto, muy temprano para él que vivía con el reloj retrasado como la mayoría de los madrileños. Después se entusiasmaron lo indecible; ¡cosas de mujeres! con el traje nuevecito y flamante que vestía su amigo Lucientes y que le sentaba á maravilla. Hasta la misma Patrocinio estuvo un poco inconveniente, dirigiéndole piropos de esta clase: «Lo encuentro á usted, amigo don Juan Manuel, hasta mucho más joven.» Y él se sonreía irónicamente, al parecer de Marrodán, aceptando el elogio como valor entendido entre personas que llevan aparte otros negocios. Sospechando y rumiando ciertos conceptos Marrodán habló poco y trató de arrancar de allí á su mujer, asegurándole por dos ó tres veces qne traía un excelente apetito, por lo cual le agradecería mandase adelantar un poquito la salida de la sopa. Por su parte, Patrocinio, sin extrañarse de estas prisas, no acostumbradas ni usuales en su caro esposo, se despidió afectuosamente de sus amigos y vecinos.

Cuando se hallaron luego en el comedor, frente á frente, Marrodán no mostró el apetito voraz que

le obligaba á adelantar la hora de la comida, sino más bien cierta distracción bajo la cual se ocultaba el estudio que hacía de su mujer, de su semblante, de su manera de mirar y de comer. La encontraba algo más pálida que otras noches y á pesar de eso observó que comía con gusto, casi con hambre. No dejaba de ser chocante aquel contraste. Por lo demás conservaba la misma naturalidad y aparente sosiego que pudiera disfrutar el varón más justo de la tierra. Pensándolo bien, con estas y otras contradicciones, habia motivo para confundirse. Se abstuvo, pues, de todo interrogatorio.

A la tarde siguiente, Marrodán, después del almuerzo se limitó á preguntar á su mujer: «¿Vais á salir esta tarde?» Patrocinio contestó sencillamente. «No, no, ¿para qué? bien puedes venir temprano á la hora que quieras.» En realidad, no hallaba él fundamento grande ni pequeño en que apoyar una verdadera sospecha. A pesar de eso, antes de las cinco dejó á sus amigos en el Casino, impulsado por cierto indefinible recelo y se marchó directamente al barrio, con intención de subir á su casa, en busca de cualquier objeto olvidado. Cruzaba ya el paseo de Recoletos cuando alcanzó á ver, á una gran distancia, un tipo de mujer que se parecía bastante á Patrocinio, Adelantó vivamente el paso y se puso en contados minutos tan cercano de aquella que pudo reconocerla sin género de duda. Era la misma: marchaba también á

buen paso, con la cabeza inclinada, como si llevara sobre el cerebro el peso de alguna momentánea preocupación. Marrodán inquieto y cauteloso, siguió detrás de ella, á cierta distancia, hasta ver que entraba en su casa. Después, con la misma inquietud, se preguntaba una y otra vez sin encontrar respuesta satisfactoria. «Pero qué diablo de mujeres estas, ¿por qué habrá mentido?»

La sospecha renaciente le arrastró al otro día por la tarde á la calle de la Montera, adonde por segunda vez la vió venir acompañada de su amiga Elena. Para Marrodán aquello era ya demasiado. ¿Con que es decir que todas las tardes abandona su casa y sus obligaciones para tomar el pendingue y gandulear por comercios y tiendas, y gastarse el dinero en golosinas? Porque también aquella tarde entraron á tomar chocolate ó lo que fuera. Visto por último aquel paso de galápago entontecido con que las dos amigas juntas emprendían la ruta de la casa, no tuvo más paciencia y les tomó la delantera para volver al barrio. Luego, como remate, hubo de esperar en su despacho más de una hora antes de ver entrar á Patrocinio por las puertas de su casa. Mandó encender la lámpara del comedor y allí se sentó á leer con un periódico en la mano. Unos instantes después de aparecer su mujer le dijo con un tonillo que parecía de broma y no lo era.

—Vaya, chica, que sea enhorabuena.

—¡Toma! ¿por qué?

—Porque debes tener un gran apetito, mucho mayor que el mío, cuando te vas por ahí de merendola....

Al oir esto, súbitamente la carita pálida de Patrocinio se encendió con un tinte tan vivo de rosa, que hubiera sido bien tonto el negar la excesiva impresión de aquel inesperado saludo:

—Es verdad, tuve que salir con doña Elena, y luego se empeñó en que entráramos á tomar algo; pero mira tú qué merienda, un simple chocolate.

—No, permite, serán dos los chocolates; y por la traza, debéis estar abonadas.

—Bueno, ¿y qué? ¿No podemos entrar nosotras como otras señoras?

—No está en el tomar—le interrumpió Marrodán levantándose de la silla con un semblante de enojo que daba miedo—está en el mentir. Precisamente. Porque tú me aseguras que te quedas en casa, y luego resulta que te vas por ahí Dios sabe dónde.

—Voy á comprar ropa, cosas que hacen falta en la casa. No creo que con esto te ofenda.

—¿Ropa para el amigo Juan Manuel?... lo digo porque como os acompaña á todas partes... ó pasáis la tarde en su casa.....

Patrocinio sintióse herida, humillada, después de escuchar el tono de estas frases, y se levantó de la silla quizá para ocultar la impresión que hacían en su ánimo, ó acaso para evitar que

las criadas se enterasen de aquel escándalo doméstico, que era para ella una verdadera vergüenza. Conteniendo á duras penas su enojo, que todavía no se había desahogado á su gusto, Marrodán sentado ó dando vueltas por el comedor, dejó trascurrir un cuarto de hora. Pero como su mujer no salía, ni camino que llevaba, se enderezó de repente y en un segundo se plantó en el gabinete á donde ella se había refugiado. Y dando grandes voces la increpó duramente:

—¿Qué es esto? ¿no vamos á comer hoy? ¿te has propuesto acabar con mi paciencia? Pues te advierto que estoy cargadísimo, y no me convencen pamemas.

Oculta Patrocinio en el rincón de la alcoba, se enjugaba apresuradamente las lágrimas que acudieron á sus ojos, y se agitaba entre dos vivos y opuestos sentimientos: entre el afán de sincerarse ante su marido, y la satisfacción punzante de pagar al necio que la ofendía tan sin motivo con el desprecio y con el silencio. ¿Era acaso una esclava para tener que darle cuenta hasta del número de pasos que daba fuera de su casa? No podía ocultarle nada, ni áun aquello que la natural delicadeza de la mujer trata de ocultar algún tiempo? Por eso cuando Marrodán la interrogó de nuevo, le contestó dulcemente:

—Come tú si quieres. Yo no tengo gana, ni puedo comer nada esta noche; me haría daño.

Esta mansedumbre, y al mismo tiempo la en-

tereza que revelaban sus palabras, desarmaron algún tanto á Marrodán, que se marchó del gabinete refunfuñando, como chiquillo mal educado. Pasada una media hora, volvió por segunda vez al lado de su mujer que seguía en el mismo rincón, mejor dispuesta que antes á sincerarse por comprender que aquella obcecación de su marido obedecía á un cierto interés, fuese amor propio ó fuese afecto, y que á veces las apariencias las teje el diablo con mucha habilidad... Así es que en cuanto Marrodán le dijo:

—¿Qué es eso, todavía seguimos con lo mismo? ¿vamos á estar jugando al escondite toda la noche?

Salió ella de la alcoba, y abriendo el hermoso armario de luna que se hallaba á un costado y alzando el quinqué que acababa de coger, le enseñó la nueva ropa blanca que había comprado: camisas de mujer, sábanas, colchas y cosas menudas de hilo y de franela propias para reciénnacidos. Marrodán no comprendía

—Bueno ¿y qué?..,

—¡Pero qué tonto eres, hijo!—exclamó ella después de sonreirse.—Esto es ropa que ahora no hace falta, pero mujer prevenida vale por dos, y como yo lo he de coser todo y puede suceder que algún día haga falta, he suplicado á Elena que me acompañe á donde se venden estas cosas más arregladas. Ella conoce Madrid mejor que nosotros. Y la verdad, no te dije nada porque espe-

raba que llegase el día de mi santo; una tontería como otra cualquiera. En fin, qué quieres, somos así. De modo que nuestra amiga es la única que lo sabe. Ahora, si esto es un delito, que venga Dios y lo vea.

—No es un delito ciertamente: pero como nada decías y os ibais todas las tardes de bureo y á tomar chocolate...

—Era natural. Al medio día almorzaba muy poco, y después con el paseito ó por el estado en que una se encuentra me apetecía tomar algo. ¿Qué, tampoco puedo tener un antojo como ese?

Se necesitaba poseer la delicadeza de un artista, de que Marrodán carecía, para comprender la ternura y la poesía de esta escena, donde una mujer ofendida demostraba por medios indirectos la causa de haber tenido por primera vez en su vida un secreto de interés para su marido. Confuso y sorprendido al principio, al descorrerse el velo de aquel misterio, no tuvo para esta mujer más que unas cuantas vulgaridades. Y mucho más merecía ella. Cierto que al fin la impresión llegó al fondo de su corazón y conmovió algunas fibras, pero áun este sentimiento tan natural se halló mitigado por la fuerza avasalladora de las sospechas. No encontrar nada, ni un átomo de culpa, ni siquiera un mal pensamiento era demasiado para no tomarlo con su cuenta y razón; y luego su vanidad, que hasta en esto había de influir para no darse por vencido de primeras á buenas. Com-

prendiendo por último algo de lo que allí había pasado, cogió Marrodán el quinqué, y volviéndose hacia su mujer, le dijo en tono más afectuoso:

—Pero á todo esto ya te habrá vuelto el apetito, porque sin comer no vas á quedarte. Conque, ¿quieres que salgamos? Anda, mujer, anímate...

—¡Qué feliz eres, hijito! tú no lo pierdes tan fácilmente.

—Ni lo quiera Dios tampoco; ¿qué vamos ganando con eso, tonta? Pero á fe que esta noche no me hallo tan bien dispuesto como otras.

Y era la verdad. Después caviló mucho y tardó bastante en dormirse. Soñó cosas agradables que halagaron su vanidad, pero como cada naturaleza tiene más diversos movimientos que corrientes misteriosas nuestro planeta, Marrodán en medio de su satisfacción sentía como el resquemo de aquellas horas de insufribles celos que lo agitaron inútilmente. Y así se comprende cómo arrastrado por este movimiento de protesta contra lo sufrido, volviese á la idea de enterar á don Juan Manuel de aquella inesperada visita de Blanca, origen de todos sus malos pensamientos. No ignoraba el que el cuento habría de mortificarle, pero en estos días, variando un poco de opinión por interés propio, no le parecía tan descabellada ni fuera de la realidad, como á su amigo, la idea de una reconciliación, bien preparada por supuesto. La ocasión se la ofreció el mismo don Juan Manuel una mañana que se encontraron en la es-

calera y le hizo pasar á su despacho. Sobre el pupitre se veían todavía esparcidas unas cuartillas, que á Marrodán le llamaron la atención por estar numeradas, como las que se destinan á la imprenta para trasformarse después en libro.

—¿Tiene usted alguna obra en proyecto?—le preguntó con alguna curiosidad.

—Esto no pasa de ser un ensayo, amigo Marrodán, un ensayo de crítica social, que Dios sabe si podré terminar.

—Y se titula...

—*La aristocracia intelectual;* y es un estudio, de las diversas transformaciones por las que ha pasado el pueblo hasta llegar á ser lo que es hoy día en Europa. Desde su origen necesitaron los pueblos que les ayudaran cabezas privilegiadas, pensadores, artistas, filósofos y hombres de valor y de prestigio. Por eso sin una aristocracia intelectual no se comprende la civilización, ni el progreso, ni áun la vida robusta de las naciones.

—¿De modo que usted es aristócrata?

—Distingamos: mi corazon es del pueblo, y simpatiza desde luego con sus arranques, con su generosidad y sus sentimientos nobles y espontáneos; pero mi cabeza es aristócrata y no puede sufrir las inepcias, la ignorancia y el fetichismo de las muchedumbres. Yo doblo la rodilla en el templo junto al labriego más humilde; pero que una colección de labriegos ó de artesanos quieran tener ellos solos la representación de la Justicia,

de la ciencia, de la ley y de la soberanía de la nación, eso difícilmente me cabrá en la cabeza. Ahora no vaya usted á deducir que soy absolutista. Conservo la tradición de nuestra tierra, que fué en sus mejores tiempos modelo de pueblos libres y bien regidos, cuando en otras partes no se conocían esas libertades ni cámaras, ni *cartas magnas*, ni demás zarandajas políticas.

—De todos modos, amigo Lucientes, veo que su figurín de usted no es el de última moda; que no cree usted en el eterno reinado de la democracia, en el cercano Mesías de la anarquía y en la felicidad del hombre que al fin convertirá este mundo en un nuevo paraíso terrenal, suprimiendo las guerras y transformando á los pobres y desheredados en propietarios inteligentes y pacíficos.

—Sí, señor, todo eso es muy posible; el día en que el asno, que es también inteligente según dicen y tiene una voz muy extensa, aprenda á cantar como el ruiseñor.

—¿A que tampoco cree usted en la redención de la mujer, que no ha de tardar en ser, como el hombre, legisladora, magistrada, militara, médica ó farmacéutica?

—¡Pues no he de creer! A la mujer la hemos de ver con casulla y á la rana con pelo.

—¡Vaya de broma, amigo! Pero á propósito de mujeres—repuso Marrodán observando la buena disposición de ánimo en que se hallaba don Juan Manuel.—¿Sabe usted que la otra tarde me trope-

cé con su señora en la escalera y se me metió en el cuarto?...

—Lo creo; pero usted la echaría fuera...

—¿Y sabe usted que la encontré más apenada y más arrepentida que nunca de sus errores?

—También lo creo. Más fácil le es á ella arrepentirse que á usted cantar misa por mucho latín que sepa.

—No, no, pero de verdad; arrepentidísima de verdad.

—Vamos, amigo Marrodán, júreme usted que se halla en sus cabales, porque de otro modo no voy á creerlo. ¿Habrá entrado en su cuerpo de usted algún espíritu impuro?

—Hablo con formalidad, créalo usted. Será un caso raro, extraordinario, inverosímil, todo lo que usted quiera; pero yo le aseguro bajo mi palabra que he visto lágrimas en sus ojos, dolor en su semblante y sincero y profundo arrepentimiento en sus expresiones.

—¡Buena vista tiene usted, camará! pero no se la envidio. Yo veo mucho más; ¿á que no acierta usted lo que yo veo?

—¡Reconcho! como decía mi abuelo, aún va á resultar que es usted un águila...

—Pues veo el bolsillo de ella que es un limón exprimido, muy escurridito y sin fondo además, como aquel tonel mitológico que usted recordará. Y veo también otra cosa, que no se la digo por no ofenderle. La amistad debe tener sus mira-

mientos, y cuando la suposición no trae aparejada la prueba ¿para qué hablar de ella?

—Con todo y con eso—repuso Marrodán que no se daba fácilmente por convencido cuando su interés ó su inmensa vanidad no se lo permitían—hay problemas en la vida de tan varios aspectos que cuanto más se piensa en ellos más graves y profundos aparecen.

—Bueno, pues por eso, por no meternos en tantas profundidades les daremos esquinazo, si á usted le conviene como me conviene á mí. Y ahora repetiré por ser hora oportuna aquella conocida muletilla de nuestros padres: «¿Quiere usted quedarse á hacer penitencia con nosotros?» A lo cual podrá usted replicar como el fraile de nuestra tierra: «Dígame, hermano, ¿hay pollos cebados, ó magras con tomates, ó cualquier friolerilla por el estilo?»

Sonriéndose y estrechando su mano despidióse nuestro Marrodán de aquel particular amigo que parecía leer en sus ojos, pues en la presente ocasión, á su empeño de insistir y tomar en serio una cuestión ya juzgada, sabía oponer cierta ligereza donosa y ocurrente que venía á decirle en pura plata: «no sea usted pelma, compadre, porque eso es machacar en hierro frío.»

XI.

A últimos de Septiembre, cuando se abren los teatros, algunos amigos y compañeros de Casino de Marrodán se abonaron á un palco en *Apolo*, y le instaron repetidas veces para que formase con ellos el número sexto ó séptimo. Vacilaba al principio, porque además del gasto extraordinario que esto representaba, había que dar alguna razón á Patrocinio á quien dejaba sola en la tertulia de doña Elena. Se habló y se discutió el asunto entre marido y mujer; y al fin vencieron ellos como era de preveer dada la naturaleza sensual y variable de nuestro antiguo tribuno. Se abonó por lo tanto al palco de sus amigos, y lo único que hacía por vía de compensación era acompañar á su mujer hasta las diez ó diez y media, hora en que salía de casa para ir al teatro.

Había entre estos abonados dos, los de carácter más animado y alegre, que conocían al segundo tenor cómico por ser paisano suyo y muchacho de buena familia. Solían bajar al cuarto alguna

que otra noche á charlar un rato, á echar un cigarrillo y dar un vistazo á las coristas. A Marrodán que también bajaba con ellos, según confesión propia, le agradaban más estos pasillos que los del Congreso, y no hay que hablar de su trato con gente tan lista, maleante y picardeada, porque de muy buena gana se habría hecho cómico sólo por franquearse con ellas. Cierta noche que se hallaba entre bastidores, mientras dejaban caer inesperadamente un telón de fondo, le pareció ver cruzar á Marino, el hijo de don Juan Manuel. ¡Cosa más rara! pensó para sí Marrodán, pero no debía ser él...

Pronto pudo convencerse. Otra noche que salía del teatro con sus amigos y el actor mencionado á las dos de la madrugada, se tropezó con el mismo, en la puerta de la calle del Barquillo, que se hallaba esperando sin duda á alguna individua. Se apresuró á saludarle, y acercándose á Marrodán le dijo en voz baja:

—Amigo don Fernando, no diga usted á mi padre que me ha visto por estos sitios, porque no sabe nada. Y si lo oliera... figúrese usted.

Marrodán, guiñando un poco el ojo, le contestó que perdiera cuidado. Después repitió para sí la frase aquella tan vulgarizada: «Vamos, ya pareció aquello. Este vendrá aquí por alguna *suripanta*.»

Cuando estuvieron en la calle volvióse el actor y le preguntó á Marrodán:

—¿Conoce usted á ese muchacho? Muy simpático y muy barbián el chico; pues está loquito por la Sara.

—¿Y quién es la Sara?

—¡Toma! ya no se acuerda usted y acaba usted de verla esta noche en el papelillo ese de doncella algo tentada de la risa.

—Una muchacha preciosa, rubia...

—Justamente, rubia ella, con unos ojos negros y un cuerpecito y una gracia que hay que verlo eso despacio y muy de cerca. Pues bien, esta muchacha estaba en relaciones con Luciano Granados, el *Marquesito*, como aquí le llamábamos, el cual, según cuentan, se dejó este verano en Biarritz sobre el consabido tapete del *bacarrat* cuarenta mil pesetillas. En fin, que es un tipo el tal marquesito, y no se sabe por qué rompió con ella. Está bien; pues ahora se entienden éstos, ambos á dos, y la Sarita le pone buena cara. Pero verá usted, esa chiquilla dará que hablar. ¡Es más fina!... y luego tan desahogada.

—Pues si conociera usted al padre del novio ó del pretendiente.....

—Al padre de la criatura como si dijéramos. Está bien ¿y qué?.....

—Que si supiera que su hijo andaba en estos belenes, ¡buena se armaba en su casa!

—Pues hombre, hay que *diversionarse*. ¿No habrá tenido algún lío en sus verdes años ese caballero padre?

—Seguramente que no, porque hombre más formal y más.....

—¡Camará, eso será un fenómeno! ¿Y no se enseña en alguna feria?

Y así charlando llegaron á la *Chocolatería madriteña*, donde unos se quedaron y otros se separaron para marcharse en distintas direcciones. Marrodán fué de los que se dirigieron á su casa, pensando en el joven pretendiente que habría de entrar poco después de él á las tantas de la madrugada, sin que de ello se percatara su padre. ¿Quién le aguardaría para abrirle la puerta? porque es muy probable que Lucientes ó su hermana echaran la llave y quizás el cerrojo para mayor seguridad. Cuando Marrodán cruzó por delante del cuarto no se percibía el menor aliento ni el más leve rumor: debían dormir todos profundamente. Pero el joven no abusaba y venía sin duda muy de prisa, puesto que al llegar aquél al tercer piso donde vivía, oyó girar la llave en la cerradura del portal. En efecto, alguien entró y sin encender luz ni esperar á que le abriesen se coló muy callandito en el cuarto de don Juan Manuel. «¿Qué duda cabe? pensó para sí Marrodán, no puede ser otro que su hijo.»

Ocho ó diez días después, olvidado de aquel incidente, por acompañar á Patrocinio, bajo una noche á casa de su vecino y le halló encerrado en su despacho, hablando con recia y fuerte voz como el que dirige cargos á un subordinado suyo.

Entraron, pues, en el amplio gabinete donde solían recibir á los amigos, y doña Elena después de sentarse, como estaban solos, les explicó el motivo de aquel encierro de su hermano:

—Bien pueden ustedes dispensar por unos momentos, porque don Juan Manuel se ha metido en el despacho con el chico y le estará echando un sermoncito de los suyos.

—¿Alguna travesurilla de Marino—indicó Patrocinio.

—Mi hermano ya se sospechaba algo, porque pocas cosas se le escapan á él, y esta noche pasada se ha levantado á eso de las doce y media y ha visto que la puerta de la habitación se hallaba sin llave y sin cerrojo. En seguida, naturalmente le ha ocurrido lo que podía ser y ha sorprendido al trasnochador, al entrar en casa.

—Vamos, señora, que aquí la policía madruga mucho.

—Le ha reprendido como era su deber esta fea acción de engañarle, de entenderse y sobornar á la criada, y la imprevisión de dejar tanto rato la puerta de ese modo que cualquiera la puede abrir con un hierro. Además, mi hermano no le niega el permiso de venir tarde á casa: alguna noche fué al Real y volvió muy tarde, pero que lo sepamos nosotros, ¿no es esto lo razonable?

A esta sazón entraron en el gabinete don Juan Manuel y su hijo Marino, que venía á despedirse como de costumbre de los amigos de la casa. En

cuanto éste se marchó volvióse don Juan Manuel á su hermana, y comprendiendo por sus semblantes que ya se hallaban enterados de aquel incidente, le dijo en tono natural y reposado:

—Ya le he dado el permiso de venir á la hora que le acomode; no quiero ser menos que los demás. ¿Que es ya un hombre? perfectamente, no me opongo. Tan sólo deseo que se conduzca y se porte como lo que es.

Hubo un momento de silencio. Y como Marrodán observase con atención el rostro de su amigo, echó de ver bien pronto qué le faltaba la animación y la serenidad de otras noches. Parecía pesaroso ó como abrumado por algún triste presentimiento. Por esto, sin duda, se atrevió á indicarle:

—Amigo Lucientes, todo esto del muchacho no vale un pitillo ni debe preocuparle á usted lo más mínimo. ¡Qué diantre! todos hemos sido jóvenes y hemos hecho de las nuestras, que por cierto no eran santas ni buenas.

—Bueno, bueno, cuando usted sea padre hablaremos de esto. Ahora, generalizando, le diré á usted que esto de la educación es un problema capital. Me entristece el pensar, se lo confieso de veras, el pensar que no hemos de quedarnos nunca en un término medio. Entre la autoridad absoluta de nuestros padres y la libertad omnímoda que ahora reclaman nuestros hijos; entre la ignorancia y la incuria de los antiguos y este afán

de hacer sabios y hombres corridos á los quince años, bien cabía formar una ecuación para aproximarnos á lo natural y verdadero. Esto sin contar con el problema pedagógico preñado de dificultades. Pero lo que fuere sonará. Hablemos de otras cosas.

Marrodán no quiso insistir y por lo tanto, no volvió á suscitarse este tema en el resto de la noche. Luego acudieron otros compañeros de tertulia que trajerou noticias de actualidad, de política, de interés reciente ó de sensación, como ahora se dice, con lo cual la conversación se reanimó de nuevo.

Al otro día, á la hora del almuerzo, recibió Marrodán una carta cuya letra recordó al momento, porque era la misma que la del anónimo pasado. Abrióla con curiosidad y al ver la firma consabida de *Uno del gremio*, sin poderlo remediar, sintió repentina y punzadora inquietud. Si hubiera un artista paciente, un gran escudriñador de almas, que se diese á recoger anónimos por el mundo, como los que recogen sellos usados de diferentes países, de fijo que este último lo habría pagado á peso de oro, como de los buenos. Bajo una sencillez encantadora se ocultaba en él una intención perversa y calculadora, de las que conocen la fuerza y el alcance de las palabras. Marrodán, que lo leyó de corrido, no pudo menos de experimentar inmediatamente el efecto de aquel tóxico. Decíanle, entre otras cosas, que

aunque la persona sospechosa para él le presentara algunas pruebas de su inocencia, nunca podría presentarle todas. Porque la mujer en esto sabe más que el hombre. Puede un marido ser chistoso y ocurrente entre los amigos, regañón con la familia, avaro con los propios y generoso y hasta pródigo consigo mismo. Y de estos contrastes tendrá en su carácter tres ó cuatro. Es decir, que un hombre se presenta en la sociedad bajo tres ó cuatro apariencias; pero una mujer posee veinticinco y aún le queda una de reserva para desfigurarse. En realidad, la mujer educada no conoce la sinceridad sino por equivocación. Es cómica por naturaleza y de este perpétuo disimulo en que vive, sacará siempre sus armas para vencer al amante, engañar al marido y burlarse de su tirano.

Por fortuna de Marrodán, las circunstancias le favorecían extraordinariamente, y todas las sospechas que había de suscitarle el anónimo acerca de su mujer, tenian que caer por su propio peso, como los proyectiles lanzados desde incalculable distancia, con sólo que reflexionara cinco minutos. Si algo le ocultó de su vida, ya le había explicado la causa, declarándole con rubor el estado excepcional en que se hallaba. Esto debía ignorarlo la autora del anónimo, pues de no ser así ya habría comprendido que no era ocasión aquella de poner en duda la fidelidad de una mujer que se halla encinta. Con el primer anónimo ya

había conseguido parte de su objetivo, que era el de colocar á Marrodán enfrente de su amigo Lucientes, y que por recelos infundados se atreviera á abordar de nuevo aquella cuestión de la reconciliación, siempre penosa y desagradable. Pero en este segundo se descubría demasiado, y Marrodán calculó por ciertas frases y por aquella pintura de la mujer de mundo, que el tal debía estar escrito por Blanca. Su efecto, por lo tanto, resultó contraproducente, y después de leerlo más despacio, pensó para sí: «¡Cómo conoce el género esta *tía!*»

Como ya indicamos, Marrodán solía acompañar por las noches á su mujer al cuarto de enfrente, donde vivía el señor Gálvez, empleado en Fomento y conservador como él, ó á casa de su amigo Lucientes, hasta las diez ó las diez y media, hora en que se iba al teatro de Apolo á pasar el resto de la velada en el palco de los amigos, compañeros de Diputación y de Casino. Una de éstas en que se retiraba más temprano por hallarse acatarrado, se le unió á la salida Marino, que sin duda no había perdido la costumbre de visitar aquellos barrios. Después de saludarle afectuosamente le preguntó nuestro joven:

—Dígame usted, don Fernando y dispénseme la franqueza, porque usted me la inspira como ninguno de los amigos, ¿qué les contó á ustedes mi padre la otra noche, después que yo me marché?

—Pues nos dijo que era usted un caballero y

un hombre hecho y derecho, y que en vista de ésto le había á usted dado permiso para retirarse á la hora que á usted se le antojase.

—¿Eso dijo?... ¿pero de verdad? ¡Demonio! ¡qué cosa más rara!... pues mi padre no se muerde la lengua.

—No se la muerde, pero tampoco habla mal de su hijo, ni dentro ni fuera de su casa. Lo quiere á usted demasiado, amiguito mío, para que no le perdonase sus defectos si los tuviera, y sus pecadillos que ya irán viniendo.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Y ahora hablemos de usted, porque á mí también me place la franqueza, y los buenos amigos, y la gente decidida: ¿cómo anda esa chiquilla rubia que usted camela, como dicen ellas? Y bien se puede asegurar que es lo más rebonito que se echa uno á la cara en cuanto pisa el escenario.

—¿Le gusta á usted?

—Camará, eso no se pregunta. ¿A quién le amargaría un dulcecito de esa clase? Vaya si lo vale mi niña. ¿Y dónde conoció usted esa alhaja, si se puede saber?

—Verá usted, una coincidencia rarísima. Subía yo una noche á casa de mi madre y en el segundo tramo de la escalera me tropezé con dos muchachas muy bonitas y muy alegres. Tanto, que... dejé lo cierto por lo dudoso y eché á andar tras ellas. Paso á paso, y á veces corriendo, cruzamos

el barrio y luego Recoletos, hasta la calle del Barquillo. Se metieron en el teatro, es decir, en el escenario y yo detrás. Quisieron detenerme en la puerta y yo contesté que era un primo de ellas y crucé tan serio. Esto de ser primo debe valer mucho. Ellas se rieron de mi impavidez, de mi frescura y de mi parentesco. Y desde entonces tan amigos, ellas y yo, porque ¡ay de mí! no es que lo aparentaba, sino una señorita con mucho pesquis, y mucha travesura, y mucha dignidad y poco dinero.

—Eso del poco dinero me lo temía yo. Y le advierto que si quiere encontrar, como otros guapos chicos, una rica heredera para hacerla su esposa, no vaya usted á buscarla al teatro.

—No es ese mi objeto por ahora, don Fernando, aunque crea usted que por esa chiquilla haría yo cualquiera barbaridad. Ya dicen mis amigos que estoy chiflado. Pero lo que siento es no tener en mi bolsillo cincuenta mil duros. ¡Vaya que no los haría yo rodar!

—Ese sentimiento es muy general, caballero Marino, y yo deploro amargamente y á todas horas no poder disponer de un par de milloncejos para salir del primer apuro que se me venga encima; que de seguro se me viene, porque este Madrid está lleno de apuros.

—¿Y usted me lo cuenta ó me lo dice? A mí, que vivo todavía de prestado, de lo que me da mí padre, que no sé ganar un duro, yo que necesita-

ba veinticinco mil en este momento. ¡Figúrese usted! Porque ocasión como esta... ¿A dónde va uno por esos mundos con una mujer bonita y veinte duros en el bolsillo? Figúrese usted... Pues me atengo á mi refrán, que dice así: «Ya que no tengas seso, ten dinero.»

—Graciosísimo, amigo Marino, y muy filosófico.

—Yo invento refranes para mi uso particular, aunque por desdicha no pueda usarlos, por ejemplo: «Disfruta en tus verdes años, antes que vengan reumas y desengaños.»

—También es chusco: pero no sé qué le parecería á su señor padre.

—¡Bah! mi señor padre toma muy en serio la vida... y la vida vale poco, muy poco... si no se disfruta de ella. Una vida sin placer ni dolor, es buena únicamente para las momias, esas que habrá usted visto en el Museo arqueológico.

—En efecto, allí están sin pena ni gloria.

—De seguro que usted, á mi edad, ya habría saltado las tapias de alguna huerta para ver el color de las medias que gastaba la hija del hortelano.

—¡Ah! yo tenía un padre excelentísimo que no me privaba de nada—exclamó Marrodán con su reconocida vanidad—buen padre, dinero en el bolsillo y mucha suerte con las hembras. Ahora considere usted si me habré aprovechado.

—Ya, ya me hago cargo. Y usted podrá repe-

tir, relamiéndose, aquel otro refrán de mi repertorio: «¡Lo que vale la breva después de comerla!»

Volvió Marrodán á sonreirse ante aquella exclamación tan gráfica de verdadero goloso; y como se hallaban ya á las puertas de su casa, por vía de consuelo le dijo á su joven acompañante:

—Llegamos á muy buena hora, amigo Marino. Su padre de usted va á quedar complacidísimo y satisfecho al ver el buen uso que hace usted de su libertad de ciudadano pacífico.

—Pues... que le aproveche. Por mi parte más me alegrara que hubiera esta noche una de aquellas revueltas populares del 69 y 70 para que no quedase en Madrid ni un solo ciudadano pacífico. Y no es que sea yo revolucionario, no señor, sino que me gusta que haya jaleo con sus correspondientes palos, tiritos ó lo que fuere. Porque la verdad, tanto sainete nos afloja los nervios, y conviene que de vez en cuando tengamos nuestro drama. De otro modo, esto se convertiría en un país de mandarines y se parecería á la China, donde no pasa nada... que yo sepa.

Habían llegado al segundo piso, hablando ya en serio, ya en broma, como dos antiguos amigos, y Marrodán se despidió del joven hasta el día siguiente. Reflexionando luego acerca de esta conversación, nuestro diputado pensaba para sí y decía: «Es un guapo chico este Marino; pero si no le dejan franca la puerta, saltará por las tapias.»

A fines de año volvieron á abrirse las Cortes, y

aunque á Marrodán le ocupaban la tarde entera las tareas políticas, y parte de la mañana las cartas que venian de Lashoyas y las peticiones de sus representados, todavía de noche le quedaba tiempo para asistir con sus amigos al palco y bajar al escenario al cuarto del segundo tenor cómico. Una noche que cruzaba, al empezar un acto, entre la doble fila de las coristas preparadas para salir á escena, le dijo una de ellas sonriendo:

—Adiós, paisanito; porque yo también soy americana.

—No le haga usted caso, caballero—repuso en seguida la de al lado—á esta americana de *camama*.

—¿Tengo yo aire de americano, muchacha?

—El coló, el coló, amiguito, eso es puro americano.

—Pues, hija mía, lo siento mucho que no resultemos paisanos, porque la piel bien puede ser que tenga algo de americana, pero lo que es el forro y sobre todo la entretela, son de la tierra del vino.

—Qué lástima, qué lástima, yo que creí...

—Buen camelo, chica.

—No, si no hay lástima que valga, si á mí me gustan los frutos coloniales tanto ó más que los del país.

—¿De veras? ¿de veritas? ¡ay qué gracia! pues mire usted, con ir corriendito á casa de Prast... al avío.

—Caballero—apuntó la compañera—á ésta le gustan muchísimo los bombones. Pero no se los dé usted, porque se los comerá.

—No importa. Yo estoy muertecito por otras cosas ricas y todo se despacha en el mundo. Pero lo pasaré á la comisión de presupuestos, quiero decir, que lo tendré presente.

A Marrodán le halagó extraordinariamente el que una muchacha todavía fresca y tentadora, con la boca llena de risa y los ojos de las malicias propias de los veinte años, y sobre todo una del teatro, le tomase como americano, porque así lo creyera, ó por llamarle únicamente la atención. Y en casos tales, inspirado por el demonio de la vanidad, nuestro antiguo tribuno se crecía desmesuradamente hasta imaginarse irresistible, y hasta creer que en el fondo había contraído cierto compromiso de esos que un hombre no debe nunca desatender. Era este su carácter: no poder seguir un camino recto, emprendido bajo buenos auspicios, sin que á lo mejor lo abandonase por cualquier halago femenino, por cualquier llamamiento á su vanidad. En la lucha que á todos nos ofrece la vida, vencíanle los sentidos y abdicaba su voluntad y su imaginación en aras de cualquier idolillo de carne. Marrodán cedió, pues, por centésima vez al placer de ese vivir fácil y agradable, que no cuenta las horas enmedio de la molicie y de la deleitosa pereza de su corriente, y una noche la acompañó al café, y otra noche cenaron juntos,

alegres y divertidos como un estudiante y una modistilla que se preparan á pasar unos buenos carnavales.

Tres ideas, sin embargo, amargaban á ratos sus mejores horas al quedarse solo y considerar detenidamente que sus rentas no cubrían los gastos cada vez mayores de la casa; que á sus propios ojos se estimaba como jefe de una nueva dinastía de Marrodanes y quedaba obligado á ser algo más que comparsa en la comedia política; y por último, que su mujer se hallaba encinta, dichoso acontecimiento mil veces deseado por él mismo. Y aunque cavilaba acerca de estos tres grandes problemas, hubo uno de ellos que le cogió casi desprevenido, y fué el del parto que se presentó adelantado, al terminar el mes de Enero. Con bastante anticipación Patrocinio había escrito á su tía Escolástica manifestándole su estado particular y el deseo, así de ella como de su maridó, de que asistiera como madrina al nacimiento de su primer hijo, si su salud y sus ocupaciones se lo permitían. Dudaba Marrodán de que su señora tía accediera á semejante sacrificio y lo sentía por Patrocinio, deseosa de corresponder de algún modo al afecto y á las atenciones de aquélla.

Diez ó doce días tardó en contestar doña Escolástica, á quien la curiosidad y la novedad del caso, al propio tiempo que la idea de que su sobrino fuera á buscarla para acompañarla á Madrid, le incitaban á emprender el viaje; pero por otra par-

te le dolía lo indecible dejar aquella santa comodidad de su casa y sus habituales devociones y su manera de vivir tan metódica y sencilla. Excúsabase pues, en su carta con gran sentimiento, de no aceptar la cariñosa invitación de sus sobrinos, á los que no olvidaba en sus oraciones, no por falta de afecto, sino por no conceptuar fácil y sensato el cambiar á su edad de aguas y alimentos, de hábitos y costumbres, puesto que determinada á ir á la corte había de ser probablemente para una larga temporada conforme á sus deseos. Aquella misma semana que se recibió la carta, al amanecer del sábado, por sentirse cansadísima, como si el día anterior le hubieran molido á palos, no se decidió Patrocinio á levantarse de la cama; y esto sin contar con ciertos dolorcillos que no le parecieron de buen agüero. Fué acertada semejante precaución, pues al promediar la tarde arreciaron de tal modo los dolores, que hubo necesidad de avisar al médico. Vino éste al poco rato y les participó que aquello anunciaba la proximidad del parto, aunque tal vez no fuese la hora determinada.

Con esta incertidumbre se pasó la noche algo intranquila; pero entre ocho y nueve fué cuando se presentaron los síntomas inequívocos. La señora Agueda, á quien Patrocinio consideraba como de la familia por haberla conocido y tratado desde su niñez y llevar tantos años en su compañía, se hallaba á su lado arreglada y dispuesta; y ella

fué la que recibió en sus brazos al recién nacido, un niño hermosísimo que apareció sin ningún contratiempo, como si trajera prisa de venir al mundo. Presentes se hallaban también doña Elena y otra señora amiga, y todas ellas la felicitaron admiradas y convinieron en lo dicho por la señora Agueda, que aseguraba bajo su honrada palabra no haber visto en los días de su vida una criatura tan hermosa como aquella, que era un verdadero rollo de manteca. Oyendo estas y otras alabanzas entre las cuales merecía el primer lugar la del médico, no cabía en sí de gozo y de satisfacción nuestro Marrodán. Ser padre de aquel modo halagaba su vanidad extraordinariamente, hasta pensar que desde aquel instante había crecido en categoría y consideración social. Y cosa también extraña: ante aquella primorosa miniatura de un hombre, se sentía conmovido y maravillado. La misma frase apasionada de la madre, aquel ¡hijo mío! tan repetido, sonaba en sus oídos como una música improvisada que no puede recordarse dónde uno la oyó por primera vez.

Después, al caer de la tarde, mientras Marrodán soñaba con la representación y jefatura de esta nueva dinastía que empezaba en él, abajo en su amplio despacho, leía don Juan Manuel una carta que acababa de recibir firmada por el señor Saenz de Ibarrola. No ignoraba quién fuese el tal Ibarrola, abogado y político, radical en las Constituyentes, amigo apasionado de Ruiz Zorrilla, lo

cual no era óbice para que después lo fuera de Martos y posteriormente, á última hora, figurase en un banquete político celebrado en honor del jefe de los liberales. Ahora bien; leída la carta, comprendió don Juan Manuel la significación que tenía áun sin decir más que lo siguiente: «Que esperaba de la amabilidad del señor Lucientes, el cual le perdonaría la libertad que se tomaba al dirigirle aquellas breves líneas, tuviera á bien el pasar por su despacho, de tal á tal hora, para tratar de un asunto urgente de la mayor importancia.»

Se le removió toda la bilis que tenía en el estómago y á punto estuvo de hacer añicos el papel, y no contestar más que con el desprecio. Pero después de reflexionar un rato varió por completo de parecer: «Si no contesto van á creer que es puro miedo este deseo de evitar todo rozamiento con mis enemigos. Y entre paréntesis le daremos una lección á este señor *politicastro*.» Cogió, pues, la pluma y escribió la contestación: «Muy señor mío y de mi mayor consideración: Recibo su atenta de ayer y siento de todas veras que mis ocupaciones no me permitan acudir á la hora que usted me señala. En cambio, mi casa se halla abierta para recibirle á cualquier hora del día, y usted sabe, por lo tanto, que queda á sus órdenes, etc., etc.»

A la mañana siguiente, revestido de la mayor paciencia, esperó la visita del letrado que, en efecto, no se hizo desear mucho, pues entre once

y doce se presentó en el despacho de don Juan Manuel. Después de saludar con mucha cortesía repitió su nombre, por ser á su juicio uno de los más sonoros y llenos de prestigio que por aquel tiempo corrían: Maximino Saenz de Ibarrola. Era un hombre bajo, grueso, moreno, con la barba corta y entrecana, cierto leve entrecejo y una calva respetable que parecía natural por ser como dilatación de la frente, prestándole el aire de un magistrado encanecido en la administración de la Justicia. Pero hasta en esto había también su poquito de farsa: veinte años hacía que representaba la misma edad, y la misma gravedad y el mismo aspecto de hombre incorruptible; y lo único qne habría crecido en él, por dentro, por supuesto, era su poca aprensión y su mucha marrullería:

—Su señora de usted, doña Blanca Fernández de Mariscal—dijo éste con entonada voz y alguna afectación—cuya familia trato desde hace muchísimo tiempo, ha tenido la amabilidad de elegirme como su representante y mediador en este asunto, conociendo sin duda mi carácter, muy amigo de la transacción y buena avenencia de mis clientes. Comprenderá usted que su posición no puede ser más falsa; pero ella desea ante todo y sobre todo que, suavizados anticipadamente los naturales resentimientos por un arrepentimiento sincero, por un olvido de los pasados errores, tan noble como generoso, llegue el día deseado de la

reconciliación, como la consecuencia más natural en un matrimonio roto y divorciado.

—Usted, señor letrado, y permítame usted que le interrumpa, no debe conocer los antecedentes de esta ruptura.

—La historia la conozco; me la ha referido ella misma.

—Crea usted que es muy mala historiadora—repuso Lucientes con un cierto tinte de ironía—le faltan dos de las principales dotes: la imparcialidad y la buena fe.

—Lo sé, lo sé todo. Fué una verdadera confesión de sus errores la que ella me hizo. Ya sé que huyó de la casa de su marido, siendo casi una niña, impulsada quizá por su aspereza, por sus malos tratamientos, porque hay muchas maneras de tratar á las personas.

—Es verdad. Sólo que esos malos tratamientos se llamaron don Guillermo Ridell, ingeniero de caminos, que se la llevó á París por una larga temporada. ¿Ve usted, señor letrado? Bien decía yo que no servía ella para historiador.

—Ese sentimiento que le inspira á usted la conducta de su señora es muy natural: yo lo respeto por mi parte. Pero no nos engañemos miserablemente, imaginando que toda la razón se halla á nuestro lado y toda la culpa se va con la mujer. Cuando esta mujer es una niña, forzosa, lógica, inapelablemente se nos impone la consideración de que no debe obrar en ella un solo impulso, el

apetito ciego de la carne, como si se tratara de una mujer corrida ó encenagada en los vicios. De ninguna manera. Lógica, señor, lógica. Seamos razonadores. Si usted reflexiona detenidamente sobre su manera de vivir en aquel tiempo, su manera de tratar á su mujer, su comportamiento en circunstancias especiales, comprenderá usted que por su parte habría algún grave error, algún *magnus lapsus*, alguna ofensa que contribuyó á la obcecación de la culpable.

—Absolutamente ninguna. Con la mano puesta en mi pecho puedo jurarle á usted que ninguna. Si no la hubiera querido ciegamente como la quise, ¿cómo habría de odiarla ahora como la odio? Pero dejemos esto, señor letrado, porque no quiero disgustarme ¿para qué? Toda su elocuencia, que es mucha, junta con la de Demóstenes y la de Cicerón, no me convencerían de lo que no es verdad, de lo que ustedes no han visto y yo he sentido.

—Esa intransigencia tampoco es lógica, señor Lucientes. Recuerdo que usted la perdonó una vez, y el quien bien quiere tarde olvida y perdona siempre.

—Eso no pasa de ser una frase. El Señor perdonó á su discípulo Pedro el que le negara tres veces, pero si vuelve á negarlo la cuarta, lo manda á pescar arenques. Porque, créalo usted, no hay cristiano que aguante la tercera bofetada. De sólo pensarlo aún me arde la mejilla. Conque deje-

mos esto, si á usted le parece, como cosa perdida.

—Siendo, pues, inútil toda reflexión que conduzca á la avenencia, entonces nos veremos en la triste precisión de entablar la demanda de divorcio.

—¿Fundada sobre qué?

Al escuchar esta pregunta de Lucientes dirigióle nuestro letrado una mirada particular, de sondeo, como si quisiera medir la intención y la capacidad de aquel hombre raro, que parecía tratar el asunto como de potencia á potencia.

—Pues... fundada, según la ley, en los malos tratamientos y en el odio capital hacia la mujer, como usted le manifestó y le manifiesta todavía, vertiendo amenazas acompañadas de graves injurias.

—En ese caso, señor letrado, debía ser yo el que interpusiera la demanda por una falta más grave, por adulterio; pero no quiero ni disgustarme ni perder el tiempo. Y como prueba de que no hubo por mi parte malos tratamientos, conservo todas sus cartas, ¿usted comprende? desde la primera que me escribió al volver de la emigración, quiero decir, desde que la abandonó el don Guillermo hasta las últimas, en que se mostraba arrepentidísima y me pedía dinero. Son documentos de sumo valor, créalo usted, y por eso los conservo.

—Documentos de un valor relativo, porque si usted ve el asunto por un cierto aspecto yo lo veo por otro.

—Pues Dios le conserve á usted la vista.

—En cuanto á los bienes y derechos de su señora, una vez entablada la demanda, se pedirá igualmente el cumplimiento exacto de las leyes que regulan estos derechos, porque naturalmente, el matrimonio no puede ser un contrato leonino: todo para usted y nada para ella.

—Vamos, señor letrado, usted me ha tomado por algún sacristán de monjas, que no entiende ni áun el latín que masculla. Es una equivocación como otra cualquiera. Pero tenga usted entendido que al recibir la segunda bofetada juré por mi honor que no había de recibir la tercera, ni moral ni materialmente; es decir, estudié la cuestión de los bienes dotales, las obligaciones del marido y los derechos que la restan á la mujer que abandona su casa *et sic ceteris*. En aquel tiempo, mi mujer era muy joven para pensar en estas cosas y no tenía á su lado una persona letrada, como usted, que le aconsejase para las eventualidades de lo porvenir. De modo que pude recoger todos los documentos necesarios y tomar mis medidas. Suceda lo que quiera, muera yo antes ó muera después que ella, no tengo ningún miedo á las reclamaciones.

—Usted no es letrado, señor Lucientes, ya lo veo, porque se necesita ser un letrado muy experto, con treinta años de práctica para no dejarse, en un asunto como ese, ningún cabo suelto. Por lo tanto, pierda usted cuidado, que ya tropezaremos con el cabo.

—Lo dudo mucho.

—Conozco muy bien el terreno, señor Lucientes, y he tenido litigios más escabrosos y difíciles y complicados que esta sencillísima demanda. Conservo también muy buenos amigos en el foro y en la política, y ya sabe usted que los amigos son para las dificultades y para las ocasiones. Muchas veces, ellos me han iluminado, me han tendido su mano solícita, me han sacado, en fin, del compromiso contraído del mejor modo posible.

No había más que una ligerísima insinuación en estas palabras, pero comprendiéndolo al momento don Juan Manuel, levantóse de la butaca y dijo en un tono más alto:

—Entiendo lo que quiere usted indicarme con eso de los amigos. Sería este el único asunto privado en que no metiera sus narices la señora política. Pero á usted y al diputado ó cacique que lo recomendase y al propio ministro que permitiera de un modo indirecto el falseamiento de la ley, yo les diría muy fresco, que en vez de apadrinar á los intrigantes y hacer política personal, política de conveniencias y de partido, emplearan toda esa energía y ese maquiavelismo en indagar lo que sucede en la Línea, al pie de Gibraltar, que es humillante para nosotros que no somos una colonia de Inglaterra; lo que sucede en nuestras posesiones de Africa, que es vergonzoso, y lo que pasa en Cuba y en Filipinas y en todas partes donde no se respeta nuestra bandera. Eso

siquiera redundaría en provecho de la patria, sería política nacional, seria, levantada, respetable áun en medio de sus errores, pero no sería política casera que cree cumplir su destino con satisfacer los estómagos de sus amigos y llenar diariamente la *Gaceta* de decretos y reales órdenes. Ya sé que ustedes, los hombres prácticos, llamarán á esto que digo quijotismo ó pedantería ó cualquier cosa peor; pero precisamente por esa falta de quijotismo, de seriedad y de previsión nos luce á los españoles tan buen pelo.

—Ya veo, señor Lucientes, que es usted de los que nos han cobrado á los políticos una declarada ojeriza, la cual ojeriza le obliga á mirar los hombres y las cosas al través del cristal negro de su pesimismo. A usted que es, sin duda, latino, le habré de decir que *non oportet modum excedere*, porque el excederse de un cierto límite trae siempre lógica y forzosamente la reacción por demás vituperable. ¿Consentiría usted, por ejemplo, á pesar de que me parece usted un poco reaccionario?...

—No soy reaccionario, sino hombre de mi tiempo, que ama la verdad y la justicia sobre todas las cosas; y aquel que me convenza de la bondad de su causa me tendrá á su lado.

—Entonces no consentiría usted en que el exceso trajera la reacción armada del populacho y hubiera otra degollina de políticos, como hubo la de los frailes...

—No señor, no me gustan las degollinas, que son una forma de barbarie como cualquier otra. Si ha de venir el choque de ideas opuestas, que venga en campo abierto. Pero hemos hablado y discutido bastante, y creo que...

—Hemos hablado, pero sin fruto. De modo, señor Lucientes, que usted lo pensará despacio, lo consultará con la almohada, porque realmente le conviene, y entonces se vendrá usted á razones.

—Mire usted, si yo fuera mujer me costaría mucho parir, sabiendo de antemano que iba á pasar un mal rato. Los he pasado muy malos en este mundo, créalo usted. Por eso le digo que si me invitara á cazar un par de liebres... con muchísimo gusto; ¿pero á pasar un mal rato?... *nequaquam*.

Faltaba la última estocada y el letrado se la dió de este modo:

—Si mi experiencia y mis años valiesen algo para usted, yo le aconsejaría que consultase este asunto con su señora hermana y su señor hijo Marino. Estas dos personas de su familia se alegrarían en el alma el día en que fuese un hecho esa reconciliación tan deseada.

—Imposible.

—Su señora hermana se cartea con doña Blanca de vez en cuando, y su señor hijo visita á su madre, como es lógico y natural, con bastante frecuencia.

—Está usted muy equivocado.

—Me consta, señor Lucientes, me consta, porque he sido testigo de ambas afirmaciones y puedo dar fe.

—Bueno, no insisto. La verdad corre de mi cuenta.—Y despidiendo al señor letrado salió don Juan Manuel del despacho para acompañarlo hasta la puerta.

Cuando volvía de cumplir con éste traía pintadas en su semblante la contrariedad y la irritación. De la insistencia, de la mala fe, y de la marrullería del letrado le importaba un bledo, como de un lazo que se adivina y da tiempo para defenderse. Lo que le dolía en el alma era la sospecha de que los suyos le vendiesen y pudieran entrar en tratos con el enemigo. No le parecía verosímil ni probable, pero cabía en lo posible y entonces... ¿entonces qué le quedaba ya para consuelo? Al pronto no dijo nada; pero después de comer se encerró en el gabinete con su hermana y le planteó el problema neta y claramente como él lo entendía. Pocas palabras bastaron para entenderse, porque doña Elena confesó la verdad de lo ocurrido: Blanca le había escrito á primeros de Octubre y ella le contestó en el mismo sentido que en otro tiempo. Volvió á insistir la otra por segunda y tercera vez, pero ella no quiso escribirle ni dos líneas más. Con esto se tranquilizó algún tanto don Juan Manuel. Por esta parte ya presumía que no habría temor ni peligro de ningún género. Luego al oscurecer,

cuando supo que Marino entraba en su cuarto á coger algo ó á cambiarse de ropa lo llamó á su despacho. Se encaró con él y sin más preámbulos le soltó esta expresiva pregunta:

—¿Qué te advertí hace año y medio, allá por Junio, cuando supimos que cierta persona muy conocida de nosotros andaba por Madrid?

—Recuerdo desde luego que usted me dijo que no sería de su agrado el que yo visitase á esa persona. Pero ya no tenía remedio la advertencia, porque la casualidad había hecho que nos tropezáramos en la calle.

—¿Pero tú has vuelto á visitarla desde entonces?

—Una vez recibí una carta suya por el interior y me rogaba...

—¿Es decir, que volviste?

—Era mi madre, me lo suplicaba...

—Muy mal hecho. Si esa persona fuera digna de ese nombre, se hallaría en esta casa, se sentaría á nuestro lado y no tendría que recurrir á esos medios encubiertos para ver á su hijo.

—Comprendo que debí enseñarle á usted la carta y que usted mismo...

—Justamente, para eso está tu padre; para que en estos asuntos trascendentales de familia te sirva de consejero leal, porque más leal y más interesado en tu buen nombre no lo hallarás en el mundo.

—Pero ella es mi madre, es mujer y es desdichada y se ve sola.

—¡Y yo! ¿crees acaso que soy dichoso? Ella lo ha querido así. Y no hablemos más de esto. Dios, que es infinito en su misericordia, podrá perdonarla. Por mi parte te prohibo terminantemente que visites su casa. Tengo razones poderosísimas para obrar de este modo, y no digo más. Puedes irte cuando gustes.

Marino que estaba plantado en medio del despacho, miró á su padre que acababa de sentarse á la mesa y desplegó los labios, adelantando ligeramente la mano contraída como el que va á hablar, ó más bien á protestar contra la orden de su superior. Pero de pronto varió de parecer; acaso se sintió débil ante la severa figura que veía tan cerca y permaneció callado. Y como no se movía su padre volvió á repetirle:

—Bien, puedes marcharte.

Fuera ya del despacho Marino, asaltáronle á don Juan Manuel tristes y penosos pensamientos. Aquel hijo en quien había puesto su corazón y su inteligencia y sus anhelos todos para hacer de él un hombre de provecho, un perfecto caballero, habría escuchado más de tres y de cuatro veces la voz de las pasiones humanas, llamando con acentos gratos á su pecho, subvirtiendo los conceptos de honradez y moralidad y llenando de mentiras y paradojas su juvenil imaginación. ¡Es tan fácil tarea convertir un alma ardiente en un hombre sediento de goces y de placeres! Y después de estos temores, el pobre padre, en medio

del cansancio doloroso de la lucha, sentía cierta profunda tristeza como la que se siente ante el poder invasor y destructor de la naturaleza. Se teme el ser vencido por esta fatalidad.

Al final de aquella misma semana, una noche que Marrodán se retiraba á su casa, tropezó con Marino que cruzaba en opuesta dirección, y parecía ir de reunión ó de convite, muy elegante y peripuesto. Le halló más animado que de costumbre, y preguntándole si aquel trajecito significaba boda, bautizo ó gran baile en casa de alguna duquesa, le contestó que algo había de eso; pero por si acaso que lo tuviera presente: «Con levita nueva y sombrero de copa no hay mala sombra.» Y luego añadió:

—A propósito, don Fernando, las niñas del coro están tan inconsolables como Calipso; me han preguntado por usted infinidad de veces. ¿Cuándo va usted por allá?

—Amigo Marino, soy padre... y padre felicísimo. Tengo un Fernandito en casa que no me lo merezco, una criatura hermosísima, el rey de los chicos; en resumen: lo mejorcito que ha venido al mundo en todo este año. Me lo ha dicho el doctor Benedicto que cultiva esta especialidad.

—¿También hay especialistas para eso?

—Pues ya lo creo. El doctor Benavente es otro especialista admirable, aunque está un poco cascado. ¿Y por qué no se casa usted, joven? Si

usted se casara y fuera padre como yo, vería usted cosa buena.

Marino lo miró muy serio un momento, pero luego se echó á reir.

—¿Será usted guasón? Vaya unas bromitas que gasta mi señor don Fernando. Estoy desesperado, esa es la verdad, pero no tanto. Y siempre es un consuelo aquello de «al que entiende de cartas, las copas le alegran y los oros le salvan.» ¿Qué le parece á usted?

—Superior.

—Bueno, pues ayer noche subimos á una *chirlata* de la calle del Príncipe, de las más decentitas; tres golpes sólo, y al cuarto tenía yo en mi bolsillo setenta y cinco duros como setenta y cinco soles. Y lo que le dije á usted antes: la levita nueva. Llevaba todo el traje nuevo.

—Y no sería martes tampoco.

—Ni pensarlo.» En martes, ni mujeres ni naipes.» Además es muy bueno repetir mentalmente, en cuanto se ve la primera carta, esta palabra: *Berdejí, berdejí, berdejí.*

—¡Cojos... y mancos! ¿Pero no es guasa?

—¡Quiá! eso lo saben pocos, amigo don Fernando. Y tiene muy buena sombra esa palabreja. Conque ¿cuándo viene usted por el teatro?...

Con la risa en los labios prometióle Marrodán que iría por allá cualquier noche, la más inesperada, la primera que se sintiera un poco aburrido en su casa. Preciso es confesar ahora que por

aquella temporada no fué al teatro con la frecuencia de antes, ni bajó al escenario, porque no se le hacían tan largas las horas desde que tenía á su lado aquella naciente esperanza de su familia. Ser padre de tal criatura era una felicidad, no sólo en lo presente, sino también para lo porvenir. Excusado es añadir que su inagotable vanidad intervenía en todo esto, recreándose en imaginar que Marrodán II, por nacer en mejores condiciones morales y materiales que Marrodán I, sería mucho más que su padre; sería un hombre de Estado, un orador de primera talla, un pensador eminente, una lumbrera de la ciencia, acaso un genio. Por otra parte, la naturaleza le secundaba en este éxtasis con que contemplaba á su hijo, pues nadie hubiera dicho que bajo el Marrodán tribuno, político, vividor, alegre y mujeriego, se encontrase un padre tan cariñoso y tan amante. Patrocinio lo observaba á veces con el gozo interno y purísimo de las madres, y decía de él lo que se dice de los abuelos: «Está chocho con el chico.» Ya había cumplido un mes cuando subieron una tarde don Juan Manuel y su hermana. Marrodán tomó el niño de brazos de su mujer y lo presentó á su amigo, frente á la luz, diciéndole:

—Hágame usted el favor, observe usted cómo mira esta criatura. En los demás niños de esta edad, la mirada es vaga, indecisa, no se fijan en nada, diríase que no ven. Y sin embargo, note usted cómo mira éste... parece que comprende,

que conoce á los de casa. «¡Eh! Fernandito, ¿dónde está papá?»—Y el niño volvía dulcemente los ojos, y parecía efectivamente que la vòz de su padre le impresionaba hasta llamarle la atención y obligarle á que fijara su vista.

—Tiene unos ojos muy vivos—afirmó don Juan Manuel, aproximándose—con el tiempo serán hermosos.—Luego se quitó el reloj y la cadena que eran de oro y se los presentó, como si estuvieran colgados delante de su vista. Miró el niño aquellos objetos que brillaban como ningún otro, heridos por el reflejo del sol que daba en el balcón, y después de mirarlos mucho cerró sus ojitos como si le cegara el brillo, y entreabrió su boquita sonrosada con ese gesto particular que anuncia en ellos el sueño.

—¿Vé usted cómo se fija en el reloj?

—Y no le gusta mucho el brillo... Ya cierra los ojos... Es que desprecia el oro... Será un grande hombre....

Esta frase halagó tanto á nuestro Marrodán, que vivamente impresionado, y tomándola como cosa de substancia y solidez, exclamó al punto:

—¡Cristo mío! ¡Si fuera eso verdad! ¡Si Dios le hubiera á usted concedido el don de la profecía!....

Rióse don Juan Manuel al ver á su amigo tan entusiasmado y repuso á su vez:

—¡Hombre, tanto como eso... ya es mucho pedir! ¡Nada menos que profeta! No le entra á us-

ted poco fuerte, amigo Marrodán. Y esto ahora, que es una criaturita.., ¿pues qué será el día en que lo vea usted á su lado, hecho un guapo mozo como es Marino?...

—Me volvería loco quizá.

—No haya miedo, ya le harán entrar en su juicio otros cuidados más graves que ahora no tiene.—Después que Marrodán devolvió el chiquitín á su mujer, continuó don Juan Manuel la conversación, y añadió:—Dejando aparte este problema de los hijos, quería indicarle también para su conveniencia otro asunto de particular interés. Aquí cerca, á la salida del barrio, se venden ahora unos terrenos que se han de aprovechar el día de mañana para la nueva edificación. Esto tardará algunos años, naturalmente... pero creo que es negocio. Si usted tuviera dinero disponible... era buena ocasión.

Marrodán iba á lanzar un tremendo suspiro, pensando en el dinero gastado y en los miles de duros que necesitaba para vivir con holgura, pero su vanidad pudo más y se contuvo, quedándose un poco pensativo como si recapacitara sobre la proposición del amigo.

—Por ahora no me decido. Sin embargo, lo pensaré, lo pensaré despacio.

—Pues como subió el *interior* estos días dos enteros, vendí dos láminas. Hay que aprovechar las ocasiones.

Marrodán le contempló con envidia por algu-

nos momentos. De pronto, recordando la visita que tuvo su amigo del famoso letrado de marras, le preguntó si había recibido noticias de aquel endiablado asunto. Aunque algo sorprendido de semejante variación de tema, don Juan Manuel le contestó con cierta seriedad no exenta de ironía:

—Esa es otra tecla, y para tocarla con provecho hay que tentarse la ropa. Yo siempre á la defensiva, pero ocupo admirables posiciones. Veremos lo que sale de aquí.

XII

Sucedió dos ó tres días después, en aquella misma semana, que por no estar tantas horas encerrado entre cuatro paredes, salió Marrodán de su casa con intención de ir al teatro de Apolo y pasar la velada con sus amigos. Pero antes de las doce se retiraba ya satisfecho y hasta cansado. Cuando él salía, entraba en el saloncillo el caballero Marino; y lo que le chocó á Marrodán no fué el verlo entrar á tal hora, sino el que vistiese capa corta y sombrero cordobés, acompañado todo esto de un cierto aire de tronera ó más bien de esos *guapos* y trasnochadores que se reunen á ciertas horas en los *colmados*. No concordaba seguramente este airecillo con la estampa del señorito estirado, bien puesto y decente, que era la usual y conocida de su amigo. Después de cambiar algunas frases, confesóle Marino que aquella noche iban á cenar juntos unas pescadillas á la calle de la Gorguera, donde había una taberna malagueña que daba la hora.

—¿Luego se cuenta con *guita?*—le preguntó Marrodán señalando el bolsillo.—Dichoso usted, joven, que tiene *guita* y un señor padre que pueda responder de sus compromisos por grandes y cuantiosos que sean.

Sonrióse Marino levemente, y tendiéndole la diestra en señal de despedida le dijo:

—¡Bah! todo eso ha pasado ya por contaduría, amigo don Fernando. Conque con su permiso.....

Y Marrodán no le vió entrar en el teatro sin cierta pena nostálgica, pues le atraía como siempre aquella fácil y alegre vida con sus lances y peripecias amorosas. Pero en el presente caso, ignoraba él que en el fondo de aquella envidiable cena existía el capricho de la mujer desdeñada á quien impulsan la curiosidad y los celos suscitados de improviso. Sara iba á aquel nuevo *colmado* únicamente por ver si la casualidad le proporcionaba el gusto de encontrar á su antiguo novio el marquesito de Nalda. Más de dos y de tres amigas le habían asegurado, con mucha formalidad, que el tal solía cenar allí algunas noches en compañía de una hembra muy guapetona de rompe y rasga. Por consiguiente, la cena no era más que un pretexto. Les acompañaba otra amiga íntima de Sara, una muchacha decente aunque algo aficionada á las pescadillas, boquerones y demás, á la cual seguía su novio, formando de este modo dos bonitas parejas. Sara les había dicho: «Saldremos del teatro á las doce y media; pues... á la

una y cuarto ya estamos despachados.» Y Marino, que estaba enamoradísimo, aceptó gustoso en el acto. Reuniéronse, pues, los cuatro muy contentos, tomaron un cuarto de los reservados por su cuenta y á nadie vieron en el establecimiento de sus conocidos; y así que, como la cena no tuvo lances ni consecuencias lamentables, no hay para qué hablar de ella. Sólo al salir pudieron reparar en una pareja que entraba al mismo tiempo: él con sombrero hongo de moda, capa con embozos encarnados y aire de persona fina; ella de pañuelo riço de seda á la cabeza, mantón claro y traza marcadísima de chula. El hombre pasó el último y se quedó mirando un instante á Sara, la cual volvió la cabeza para ver si el otro seguía mirándola, pues aquel caballerete de hongo era el marquesito de Nalda. ¡Y vaya un tipo el de su compañera! Nunca hubiera creído Sara, aunque se lo jurasen frailes descalzos, que un hombre como él se rebajase hasta alternar con un pendón semejante!... vamos, que tenía que ver. Casi, casi valiera más que no hubiese ido allá, para echarse á la cara una *sinverguencería* como aquella. Todo esto cruzó por la imaginación de nuestra corista en pocos segundos, mientras Marino bromeaba sobre el apetito de su compañero del margen, para el cual las pescadillas no tenían espinas, así como el baturro del cuento que no hallaba huesos en las cerezas. Después entre risas y despropósitos ocurrentes, se despidieron unos y otros muy rego-

cijados. ¿Quién se acordaba ya del encuentro?

Cuenta, no obstante, la crónica madrileña, que nada perdona ni olvida de cuanto le entra por los ojos, que á los dos ó tres días de la cena, observaron los amigos del marquesito de Nalda, que iba éste con alguna frecuencia á la primera fila de butacas del teatro de Apolo. Pero á la semana siguiente dejó de acudir al puesto de costumbre y no se le vió más por ninguna parte. ¿Habría emigrado otra vez al extranjero? Por su parte, Sara, después de dirigirse esta pregunta como otros muchos, había ido cediendo á las dulces proposiciones de Marino. ¡Qué muchacho éste! Marino estaba loco por ella. El mismo día que nuestro joven ganó los setenta y cinco pesos, los cambió en oro y se fué al ensayo por ver si encontraba á Sara. Salió ésta al poco rato con otras amigas del coro, llamóla aparte y le dijo con la pasión y la sinceridad del enamorado:

—¿Ves, hijita, lo que te traigo? Esta es la racha buena; si la racha sigue, yo te convido, ¿sabes á qué? á un viajecito á la gloria. A no muchas leguas de Madrid hay un rinconcito, que yo no he visto todavía, pero que es una bendición. Dicen que es el mejor nido del amor, entre follajes impenetrables, bajo un cielo azul que no tiene igual en el mundo, acariciado por los rayos de un sol espléndido, cuajado de flores inmarchitables, entre los aromas del azahar, de rosas y de magnolias, tierra bendita, paraíso de los enamo-

rados, cantada por los mismos poetas orientales que todavía lo lloran. Aquello es una delicia. Tú tampoco lo conoces. ¿Quieres que lo conozcamos juntos?

Sara se sonreía y contemplaba en silencio el rostro moreno y algo pálido de su novio, en cuyos negros y rasgados ojos ardía la llama verdadera de la pasión. Por el momento se sentía halagada y atraída por esta voz vibrante y sincera que le hablaba de fantasías improvisadas, de cosas maravillosas, dulces voluptuosidades ofrecidas como por mano de la fortuna. ¿Sería una locura? Pues bien, quería ser loca alguna vez en su juventud, abandonar por algún tiempo aquella vida aburridísima del teatro, esclava de las horas, del maestro de coros, del director, del empresario y de todo el mundo. ¡Qué felicidad si continuaba la racha! Y como era más previsora que el otro, se fué derechita al verdadero problema.

—Y vamos á ver, caballerito, porque no todo ha de ser flores y perfumes y palique. ¿Cuánto piensas tú ganar para hacer ese viaje de recreo?

—Lo menos crees tú que no he pensado en eso... Pues ya estoy al cabo de la calle. Yo calculé que con tres mil pesetitas... mil para la ida, mil para gastos imprevistos y otras mil para la vuelta, ¿qué te parece?

Y como Sara se quedara algún tanto pensativa y no contestara, añadió en seguida: «Vamos,

cielito, no lo pienses tanto y dime lo que se te ocurra.»

—Por un lado me parece que la bolsa de viaje va á resultar pequeñita; pero por otro... pienso y discurro ¿con qué anzuelo vas á pescar tú tanta pesetilla no teniendo alguna hucha muy grande? porque tú no tendrás hucha.

—¿Y para qué más hucha que la racha, tontina? Mira, ayer estuve toda la tarde discurriendo una martingala lo más precioso del mundo. ¿Tú no conocerás la ruleta, verdad? pues no hay nada más bonito como juego. Pues bien, encontré una combinación que es infalible, lo cual es más difícil que resolver una ecuación. El caso es saber contenerse y retirarse á tiempo, es decir, apuntas, ganas mil pesetas, pues fuera. Y otro día vuelves y haces lo mismo.

—Si sucediera así, menos mal; eso sí que sería coser y cantar.

—Pues así sucede. Por ahí ves tipos que guían su coche, comen en casa de Lhardy, se abonan al Real y van á todas partes. Esa es la racha buena. Pero luego los vuelves á ver delante del Suizo con cara de hambre, mal vestidos y sin una peseta en el bolsillo: la racha mala. Por lo tanto, caballeros, aprovecharse.

—¿Y eso es de veras?—preguntó de pronto la muchacha con los ojos brillantes de alegría y los labios entreabiertos por la esperanza.

—¿Te iba yo á engañar, cielito mío? Eso resul-

taba tonto, porque el engañado sería yo. ¿Comprendes?

—Entonces... ¡viva la racha, chiquillo!—Y luego cambiando de tono, añadió:—Me voy, me voy corriendito, porque mamá se ha quedado en la cama. Siente este frío de Madrid de un modo atroz, atroz... Dice ella que de buena gana, si pudiera, pasaría todito el invierno en la cama, figúrate tú... ¿verdad que tiene gracia?

—No, hijita; lo que tiene es frío.

—¿También tú? ¡Ay qué Marinillo de mi alma! Yo que no sabía de qué color la gastabas...

Charlando de este modo Marino la acompañó hasta su casa, muy decidido á cumplir al pié de la letra su anterior programa. Pero el juego es pérfido como la onda y aunque soplen vientos alisios, como promesas de una eterna bonanza, nadie debe fiarse. Tres, cuatro y cinco noches seguidas, subió Marino á la chirlata más decente que conocía, y en estas noches, tras ligeras y breves borrasquillas, vino el naufragio total de aquellos setenta y cinco duros. ¡Perderlo todo, cuando se va á buscar con la mejor buena fe tres mil pesetas! Pálido, rabioso contra la maldecida suerte y embozado hasta los ojos, salió nuestro joven de la casa, jurando y prometiéndose á sí mismo que aquello no había de quedar así. ¡Un medio para salir airosamente del apuro, un medio cualquiera por arriesgado y difícil que fuese! Esto es lo que él pedía al cielo y al mundo, poniendo en tortura su

imaginación que nada bueno le sugería. Porque si no encontraba pronto ese medio ¿con qué cara se presentaba á Sara y le refería su completo fracaso? ¡Cómo se reiría ella de sus fanfarronadas de jugador afortunado...! y poco burloncilla que era la muchacha. Aquella noche se despertó varias veces, cansado sin duda, del esfuerzo y de la tensión excesiva de su imaginación. Se levantó con las ideas más negras que podían ocurrir á una cabeza de veinte años. Y después, al volver de clase, vagó por los pasillos y de cuarto en cuarto, porque le parecía no hallar asiento cómodo en ninguna parte. Acaso continuaban atormentándole aquellas ideas negras de la mañana. En una de estas vueltas observó que su padre salía del despacho como preocupado, con unos papeles en la mano. Sin despedirse abrió la puerta de la habitación y se echó á la calle. Indudablemente pensaría volver pronto. Marino entonces, con alguna cautela, entró en el despacho, miró por todos los rincones, se acercó á la mesa y reparó en la llave, que por inadvertencia ó apresuramiento, había quedado en uno de los cajones de la derecha. Marino abrió el primero y vió papeles, sobres y una infinidad de plumas. El segundo tenía cuatro divisiones y en cada una de éstas había oro, calderilla y plata menuda. Tal vez sabría que en este segundo cajón había un doble fondo, porque levantó la parte superior y apareció la inferior, donde se veían algunas escrituras;

recogidas éstas, halló Marino unos seis ó siete paquetitos de billetes, perfectamente colocados. De repente, asaltado por una de sus ideas, tomó tres paquetes y los guardó en el bolsillo, cerrando con presteza el cajón y dejando la llave puesta como estaba. Pálido y algo tembloroso salió del despacho y se metió en su cuarto. Aquella media hora que estuvo de pié detrás de la puerta, acechando la venida de don Juan Manuel, le pareció un siglo. Más horriblé esperar que aquél, no lo había conocido. Cómo tardaba en venir... ¿Sería posible que no volviese á casa? Por fin se oyó el timbre. Abrieron la puerta y sus pasos apresurados resonaron en el corazón de Marino; así lo creía éste, por lo menos, según la violencia creciente de sus latidos.

En aquel instante crítico jugaba un albur. Todo dependía del estado de ánimo de su padre y hasta de mil circunstancias imprevistas. Si reparaba en la llave y le ocurría abrir y mirar el cajón... estaba irremediablemente perdido. Ahora si recogía la llave y no lo abría por no entrar en sospecha... de ningún género... ¡quién sabe lo que le esperaba! Ligeramente apoyado en la puerta, con la vista clavada en el suelo, inmóvil y atento como un espía, Marino seguía con la imaginación los diversos movimientos de su padre. Y podía seguirlos porque su cuarto se hallaba á poca distancia, casi enfrente del despacho. Empezaba á obscurecer. Los minutos pasaban para el

mísero con suma lentitud. En medio de aquel silencio oyó de pronto el repiqueteo agudo y vibrante del timbre y en seguida los pasos de la sirvienta que llevaba el quinqué encendido, por saber ya la costumbre de don Juan Manuel. En cuanto llegó á percibir el ruido de los papeles que éste extendía sobre la mesa para trabajar, respiró con desahogo. Ya estaba en salvo... por aquel momento cuando menos.

Pocos minutos después, Marino salía de su casa, aprovechando el largo rato que le quedaba todavía hasta la hora de cenar. Muy deprisa tomó la acera derecha de la calle de Serrano, para internarse luego en una de aquellas travesías donde vivía su novia. Pocos instantes hacía que Sara había vuelto á su casa después del ensayo, sin detenerse, porque su madre seguía todavía encamada con un miedo horrible al frío aquel de Febrero, y más que nada á las pulmonías. Marino entró á saludar á la madre y á la Marujilla, que era la hermana menor de Sara, una muchachuela rubia, preciosa, con los ojos negros y tipo parecido á ésta última. Pero en seguida le hizo una seña á su novia y ambos pasaron al gabinete cercano con excusa de ver un retrato recién hecho en fotografía.

—Vamos á ver, Sarita, si yo te pidiera ahora un beso ¿qué dirías?—le preguntó el joven con la impaciencia y la alegría reflejadas en sus ojos.

—Que eso es un pago adelantado... y hay que

mirarlo mucho, caballerito, antes de adelantar nada.

—Perfectamente, me conformo. No adelantemos nada, pero te advierto que estoy en fondos; puedo toser recio, ¡ejem! tres mil pesetitas en el bolsillo. ¿Qué dices á eso?

Al pronto se quedó la joven como deslumbrada:

—¿Pero de veras?

—Chiquilla, ¿tengo yo cara de embustero? Cuidadito con faltarme al respeto.

—¡Ay! ¿pero y mi madre que está en cama?...

—¿Quién se aflige por eso? Está en cama porque hace frío; pero el frío se pasa y nosotros volvemos y ya tiene usted aquí calor. Digo, y con el que yo traigo que no es flojo.

—Estamos hoy á... ¿á cuántos estamos hoy?

—Además la palabra es palabra. Yo he cumplido la mía; ahora te toca á ti. El día primero de Carnaval, después de almorzar entre dos y tres, vengo á buscarte. ¿Quedamos en eso? pues no se hable más del asunto. Cosa decidida.

—¿No será pronto?.....

—¡Qué *pamplinera* eres, chiquilla, con tus prontitos! Pues cuanto antes mejor, ¿no lo comprendes, tonta?—Y llevado del regocijo y de la alegre esperanza que retozaban en su corazón ante aquella idea posible del viaje, quiso ceñir con su brazo el cuerpo gruesecito y tentador, tan lindamente torneado de la muchacha; pero supo ella escurrirse como una anguilita menuda de

aquel lazo y se plantó en la puerta del cuarto, canturriando la letra de cierto coro de una zarzuela cómica:

Son habladurías,
son embusterías
de la vecindad.

Y luego añadió:

—¿Llamabas, mamá?

Marino, ya que no otra cosa, estrechó con pasión la mano blanca y redondita de su novia, y se despidió de todos.

Al terminar aquella semana, un día que don Juan Manuel pasó por la carrera de San Jerónimo, quedóse parado en muda contemplación ante un cuadrito de género, entonces muy en boga, que se exponía con algunos otros en el escaparate de una tienda. Representaba una muchacha morena, con ojos pensativos y soñadores, que conservaba todavía entre sus manos una carta abierta, tal vez de despedida, pues el lema de esta figurita tan sentida y con tanta delicadeza trazada, era este: *¿Volverá?* Nada más sencillo, y no obstante, ¡qué expresión la de aquella fisonomía noble y bellísima como el alma que se asomaba á sus ojos, entristecida por el primer pesar! Con mucho gusto lo hubiera comprado don Juan Manuel para adornar con él su despacho; pero leyó la firma y vió que era obra de Galvez Armendia, artista muy celebrado por sus cuadritos de géne-

ro y sus retratos de personajes y damas distinguidas. Decíase que vivía en el barrio con estupendo lujo y boato, á la manera de un verdadero aristócrata, y pensando en esto desistió don Juan Manuel de su compra, pues era de esperar que por aquella lindeza artística le pidiese tres ó cuatro mil pesetas. Sin embargo, más adelante, si el negocio de los solares resultaba provechoso como creía, quizá volviera por la tienda en busca de aquel cuadrito ó de algún compañero suyo.

Al llegar á su casa encontró á su amigo Marrodán y á Patrocinio, que por tercera ó cuarta vez salía á paseo y les devolvía las muchas visitas que le hicieron. A las primeras de cambio, contentísimo y orgulloso aquél de su hijo, se lo mostró á don Juan Manuel, diciéndole:

—Ahí tiene usted á esa criatura, que es una alhaja, que apenas babea, que conoce las voces de los de casa, que se fija en todo y se sonríe con muchísima gracia; ahí lo tiene usted.

—Sí, sí; ya veo que su mujer de usted lo conoce cuando nos lo pinta como un padrazo—contestó Lucientes, sonriendo benévolamente ante la nueva vanidad de su amigo.—Ninguna criatura lleva escrito en el rostro su destino, y sólo Dios sabe lo que podrá ser; pero de esa cabecita tan linda y tan bien hecha, espero yo mucho. Si lo cogiera algún día por mi cuenta....

—Eso mismo cavilaba yo ayer tarde. Si este hijito llega á mi talla, que sí llegará porque tie-

ne jarcias para eso y mucho más, lo único que desearía es el poder encontrar un profesor de tanto saber y trastienda como usted, para que me lo educara superiormente.

—Hombre, muchas gracias por lo del saber; pero ya es un poco duro Pedro para cabrero, quiero decir, para educar chicos. Por lo demás, si despunta como usted asegura, yo le prometo que no ha de faltarle alguna lecioncita y algún regaño.

—Amigo don Juan Manuel, le cojo á usted la palabra, y como aún somos *juertes* y hemos de vivir algún tiempo, y los años pasan á escape, ya llegará el día en que yo se lo recuerde.

—El hombre propone...—indicó Patrocinio.

—Con eso ya contamos, mujer. Y con que no nos falte la manducatoria.

—Y antes que se marchen—añadió á este punto doña Elena—supongo que esta noche como domingo volverán ustedes á bajar. Esta mañana me encontré en la iglesia al amigo Laguna, el de las noticias frescas, y me prometió venir. De modo que.....

—No faltaremos, señora, contando por supuesto con la benevolencia de nuestro príncipe y heredero que querrá dormirse temprano.

Todos se rieron de estas palabras de Marrodán por la formalidad y el convencimiento con que las dijo, pues no parecía sino que se trataba realmente de algún personaje hecho y derecho. Hasta la

propia Patrocinio, á pesar de ser madre, no dejó de comprender que aquello de príncipe y heredero sonaba demasiado, como un exceso pueril de vanidad que á nada conduce. Después de cenar, cumpliendo lo prometido y por no ser muy larga la velada de sus amigos, volvieron á bajar Marrodán y su mujer á la hora en que se hallaban en el gabinete la mayoría de los que asistían á esta modestísima reunión. Aún no se habían acomodado cuando apareció en la puerta el amigo Laguna, un caballero alto, flaco, moreno, con el bigote entrecano, bien peinado y bien vestido, tipo conocidísimo en Madrid, de los que visitan diversas casas y son bien recibidos en todas las reuniones por el sin número de noticias, fechas, recuerdos y pormenores del que llevan atestado el cerebro. Venía en aquel momento de la redacción de *La Época*, donde acababa de recibirse la noticia de una inesperada desgracia. Había hallado al señor Marqués consternadísimo, porque se trataba de una persona muy estimada y amiga suya á quien aún no haría dos días hubo de saludar y detener un buen rato delante del Congreso.

—¿Y quién es esa persona?—le preguntaron á la vez dos ó tres de los más impacientes.

—Gómez Armendia, ese notabilísimo pintor que todos conocemos...

—Precisamente esta misma mañana—dijo don Juan Manuel de pronto, asaltado por un vivo recuerdo—pasando por la Carrera de San Jerónimo

me detuve admirado delante de un cuadrito de género que es una maravilla, obra de ese señor Armendia. ¿Y qué es lo que ha ocurrido?

—Afirmaba el señor Marqués que habló con él de diversos asuntos y lo halló en su cabal juicio, sin el menor síntoma de ese desdichado trastorno de sus facultades, que es el que ha debido influir para que de un modo tan trágico pusiera fin á sus días. Una inmensa desdicha. Figúrense ustedes que el hombre se había quedado solo en casa con los criados. Su señora salió temprano, como de costumbre, quizás á misa, acompañada de los tres niños. En un momento de esos de locura cogió un cordón grueso del alzapaño, lo pasó por el montante de la puerta de su despacho y se ahorcó de él. Ninguno de los criados lo había advertido. El primero que volvió á la casa con un encargo de su madre fué el niño mayor, de unos nueve años, el más inteligente de todos, y el primero que al entrar en el despacho... ¡figúrense ustedes qué espectáculo para el pobre niño! Empezó á gritar, á llorar, á tartamudear; porque salió corriendo á la cocina, donde estaban los criados, y no acertaba á expresarles lleno de terror, emocionado, casi sin voz, lo que acababa de ver desde el pasillo. Por fin los criados comprendieron que algo gravísimo ocurría y se dirigieron al despacho. La estupefacción de todos ellos fué grandísima, como era natural. Por la vecindad circuló en seguida, como un rayo, la noticia de esta catástrofe. Un

íntimo amigo de Armendia la llevó á casa de las hermanas de su señora, donde por fortuna se hallaba ella, y pudieron retenerla y prevenirla.

Al oir estos pormenores, de todos los labios femeninos se escapó la misma exclamación: «¡Pobre señora!» Hubo una ligera pausa, y el señor Laguna volvió á continuar su relato.

«Figúrense ustedes. Y en efecto, esta pobre señora es la que ha recibido el mayor golpe de esa inmensa desdicha, y el propio médico, después de observarla, ha aconsejado á la familia que esté muy sobre aviso. Se teme acaso que acabe por perder el juicio. Tan viva y tan horrible ha sido la impresión causada en toda su naturaleza.»

Tras estas palabras vinieron los comentarios. Por de pronto, se convino en que había temporadas, y la presente era una de ellas, en que los suicidios menudeaban de una manera espantosa. El mismo señor Laguna conocía á un antiguo empleado en Hacienda, hombre que frisaría en los sesenta y tres años, que en la anterior semana lo hallaron cadáver detrás de las tapias del Retiro. Llevaba dos años de cesantía y, según se decía, esta contrariedad le había preocupado hasta el punto de poner una pistola en sus manos. Ahora bien, los que atribuyen estos atentados y extravíos á la influencia de la temperatura, no creerán que la racha de estos días se deba al exceso de calor. Lo que ha de preservarse uno, se-

gún mi entender, es de un mal cuarto de hora, porque indudablemente esto es una locura, pero contagiosa.

Marrodán y algunos otros de la reunión opinaban lo mismo. Entonces el señor Laguna se dirigió á don Juan Manuel, que parecía estar un poco pensativo:

—Amigo Lucientes, usted conocía también al señor Armendia y todavía no ha dicho usted una palabra.

—Sí, señor; lo conocía de vista, pero lo he sentido, créanlo ustedes, me ha impresionado todo lo que usted nos ha referido. En cuanto al móvil que haya podido influir... carezco en absoluto de antecedentes. Ahora, hablando en general, diré á ustedes que no creo en esa momentánea locura más que en muy raros casos. Los trastornos mentales, las influencias exteriores, el contagio moral son, á mi parecer, causas influyentes, pero la determinante es otra.

—¿Y cómo se llama?

—En general el suicida no es un loco, ni un neurótico, ni un enfermo, sino más bien un mísero que ha perdido toda idea moral de las que pueden salvarnos en las tremendas crisis de la vida; un hombre, que abrumado por la carga que sus torpezas ó la fatalidad echaron sobre sus hombros, la arroja cobardemente al suelo. Y la arroja porque, no esperando alivio ni de Dios ni de los hombres, se erige en juez de su propia

causa. Se elimina de la vida para acabar de una vez. Esto es horrible, pero es lo cierto. Dentro de esa cabeza que se apoya en una pistola, no hay una sola idea luminosa, ni esperanza, ni temor, ni fe, ni anhelos de ningún género; no hay más que tinieblas, es decir, la desesperación. Si creyera en algo no se mataría.

—Eso es muy radical, amigo Lucientes. Por mi parte, creo que esto es como lo de enfermos y enfermedades: cada uno tiene la suya, propia, individual, distinta, aunque parezca igual de la que padece su prójimo.

—Y yo también lo creo; pero las enfermedades no llueven del cielo. Ha de haber siempre una causa para que duelan los piés y no la cabeza. Esa causa, es la anemia moral que todos padecemos, una especie de ateismo manso y recóndito que se ha ido infiltrando insensiblemente en las entrañas de nuestra sociedad, y sobre todo, en las clases que llamamos ilustradas. Y esto no es echármelas de profeta, pero me temo que esta gangrena llegue al pueblo y sea cada día mayor el número de los suicidas.

—Pesimista está usted, don Juan Manuel.

—No es pesimismo; es el convencimiento del que viene observando el mundo desde hace bastantes años y ve su desviación. Es muy hermoso esto de dominar los elementos, de perforar las montañas, de poder recorrer todos los mares, de poseer como dóciles esclavos el vapor y la elec-

tricidad y hacer de la tierra el mejor de los mundos habitados. ¿Pero es este el único destino del hombre?

—Bah, bah, si se va usted por esas alturas...

—No señor, esto no es más que razonar un poco. En cierta ocasión se hablaba de los destinos humanos delante de Cristina de Suecia, y ésta le preguntó á uno de los sabios que iba por primera vez á su academia: «¿Y vos, creéis decididamente en la inmortalidad del espíritu?» Y el interrogado con la arrogancia del genio y del propio saber contestó á la Reina: «Señora: este mundo que conocemos es harto pequeño para nuestras ambiciones. El mundo de ideas que llevo yo en mi cabeza es mucho más grande y más hermoso.» ¿Habré de decirle á usted, amigo Laguna, que opino como el ilustre Grocio?... y con esto comprenderá usted en seguida en dónde veo yo la desviación.

—En resumidas cuentas, que usted cree que en la mayoría de los casos, moralmente, los suicidas son unos perdidos, faltos de todo ideal religioso y de toda creencia positiva.

—Esa es mi opinión. Aunque no ignoro que hoy día, como los bribones pasan por hombres listos y cada día nos codeamos con mayor número de ellos, nos ha dado por la tolerancia y cubrimos estos y otros delitos no menos odiosos con la consabida hojita de parra: «Estaba loco.» ¡Valiente excusa! No podía venir á menos la locura, que á servir para eso, para taparrabos de todo gé-

nero de desnudeces sociales. En fin, dejaremos esta cuestión, si á ustedes les parece, porque va á resultar fatigosa para las señoras que nos oyen.

—Y á todo esto—apuntó una de aquéllas—todavía no nos han dicho ustedes el motivo particular que haya tenido el señor Armendia para tomar una determinación así... vamos, tan radical.

—Hasta el presente, señora, no se pueden fabricar más que... suposiciones.

—Pero algo dirán...

—Sí, se dice que se hallaba abrumado bajo el peso de los excesivos gastos de su casa, montada á la moderna, como la de un opulento banquero, con todas las comodidades apetecibles. Y esto era de rigor, porque para recibir dignamente á la condesa *Equis* y á la marquesa *Zeta* y al duque *Hache*, se necesita vivir con mucha esplendidez y muchísimo lujo.

Pronunciadas estas palabras, nadie les puso un solo comentario; pero no á uno, sino á varios de los que las escuchaban, les ocurrió en el instante idéntico pensamiento: «Pues no vemos la tal necesidad;» pero el respeto á la memoria del desdichado pintor fué como un freno para las pecadoras lenguas, que en ocasiones tales no aciertan á contenerse. Además, que á los señores de la casa no les agradaba que por caer en gracia á la reunión, bárbaramente se criticara y se murmurara y se despellejase al prójimo. Por su parte, nuestro noticiero añadió esta oportuna coletilla:

—Pero ya dije á ustedes que esto no pasa de ser mera suposición. La verdad... acaso la sepa su familia, y eso si la sabe, porque hay verdades muy amargas, ¡ay, tan amargas! que por fuerza ha de llevárselas uno al otro mundo, si no quiere que le echen de éste antes de tiempo.

—¡Filosófico estáis, amigo Laguna! podré decirle á usted también ahora—exclamó don Juan Manuel algo más animado y risueño.

—Habrá cenado medianamente;—indicó á su vez Marrodán que por casualidad hacía ya rato que escuchaba y callaba—eso predispone á la filosofía.

—¿Pero de dónde diantres saca usted esas consecuencias, usted que no es filósofo, ni siquiera cena, porque come á la francesa?

—Yo lo he leído.

—¿En algún Santo Padre?—volvió á preguntar don Juan Manuel.

Y desde este momento tomó la conversación rumbos más familiares y amenos.

XIII.

El domingo siguiente era ya Carnaval. A Marino le habían desvelado durante la noche los preparativos de lo que él llamaba «una gira al paraíso del amor.» Para comprender su desvelo bastará recordar que entre aquellos preparativos se hallaba la sustracción de las tres mil pesetas hecha á su padre en un momento de desesperación y ofuscamiento, después de perder en el juego todo cuanto tenía. Pasada esta crisis, preciso es confesar que sintió las vacilaciones y la amargura del arrepentimiento, y á no mediar su pasión por Sara, fácil habría sido, dado su carácter, que con el dinero en la mano se hubiera presentado á don Juan Manuel á confesarle la verdad de aquella grave falta. Pero vencido y deslumbrado ante las risueñas perspectivas del viaje, no tuvo el valor necesario para luchar contra la corriente que lo arrastraba hacia lo quimérico. Después de comer esperó á que salieran de casa su padre y doña Elena, que en compañía de otra familia amiga

solían bajar al Prado, para no despertar en ellos la menor sospecha, por su traje ó cualquier otra circunstancia. Se hallaba vistiéndose cuando una de las sirvientas le entregó una carta traída por una niña de ocho á diez años; es decir, por Marujilla, la hermanita de su novia. No esperaba contestación. La abrió al instante, leyóla dos veces y se quedó estupefacto, sin saber lo que le pasaba. Con muy mediana ortografía la carta decía lo siguiente:

«Mi mamá grave, con mucha fiebre. Hemos avisado al médico, no sabemos lo que resultará. Esta mañana ha llegado de Valencia su hermano, mi tío Javier, y se ha quedado con nosotras. Por consiguiente te suplico que no vengas hoy ni mañana, hasta ver si mamá se pone mejor y tío Javier busca casa, porque no queremos que se entere. Si puedo volveré á escribirte el lunes y te avisaré de lo que ocurra.»

Maldecida suerte. Aquellos cuatro renglones, que apenas se entendían, daban al traste con todos sus proyectos. ¿Y cuándo los recibía? en el mismo momento en que tenía dispuestos y preparados con previsión sin igual hasta los menores detalles. Ahora, exigir á su impaciencia nerviosa de enamorado que se estuviese muy quieto y muy tranquilo, sin arriesgarse á oler lo que por allá se guisaba, era mucho exigir. Por lo tanto se vistió, como de costumbre, en vista de aquel contratiempo y se encaminó hacia la calle donde

moraba la adorable Sara. No se atrevió á preguntar á la portera acerca del nuevo huésped que les había caído á las señoras del cuarto piso, pero estuvo un rato por los alrededores, discurriendo un medio de salir lo más pronto posible del inesperado conflicto. La primera vez que cruzó por delante de la puerta de su novia vió salir un caballero joven, moreno, muy simpático, con bigotillo y patilla recortada de igual forma que la que por entonces llevaba el rey don Alfonso. Y por esto y por su aire de natural distinción y su traje sencillo y elegante, dedujo nuestro Marino que el tal tipo debía ser un *gomoso*, ó de la *hige-life* como ahora se dice. El verlo salir quizá no le hubiera llamado la atención, pero como á la segunda ó tercera vuelta que daba por la calle observó casualmente que el tipo aquel volvía con un paquetito en la mano y entraba en la misma casa, ya fué lo bastante para despertar sus recelos. Por indiosincrasia particular ó por orgullo no solía Marino saludar á los porteros y, únicamente, al acompañar á Sara, si ésta se detenía á preguntarles algo, entraba algunas veces en la portería y ofrecía un cigarrillo al marido. Determinóse, pues, en el acto, se dirigió á la casa, y seguro de que no había nadie en el portal, abrió la ventanilla de cristales y llamó á la portera.

—¿Sabe usted cómo sigue la señora del cuarto cuarto derecha?—le preguntó á la mujer que acu-

dió á su llamamiento—porque ahora llevo prisa y no puedo subir.

—Pues... no sé qué decirle, señorito. La chiquilla ha bajao y ha traído unas flores encarnáas muy vistosas, pero naturales ¿eh? De modo y manera que véase... cuando están ellas para flores, no pintará la cosa muy fea.

—¿Será encargo del pariente que ha venido de fuera?

—¿Qué pariente? pues yo no me he enterao ni chispa si ha venido, y que habrá sido de madrugáa, pongo por caso.

—Naturalmente.

Marino se despidió de la portera sin entrar en más pormenores, pero sospechando muy de veras que lo de la carta no era más que un pretexto para tenerlo alejado de aquella casa. ¿Habría desistido Sara del proyectado viaje y escapatoria, quizá por enterarse su madre á última hora? Esta fué la primera idea que le ocurrió á Marino al comprender la falsedad de lo escrito por su novia. Tentado estuvo en subir resueltamente á su habitación y descifrar este enigma por sus propios ojos. Luego vinieron las vacilaciones. Todo podía ser cierto, y sin embargo, ignorarlo todavía la portera. De pronto, sin saber cómo acudieron á su imaginación, á modo de ráfagas de tempestad, recuerdos y áun frases recogidas al vuelo en el teatro de unas relaciones amorosas de Sara. ¿Sería posible que ella...? No, de ninguna manera. Seme-

jante absurdo no le cabía en la cabeza. Y no obstante, sintió el latigazo de los celos como un repentino enfriamiento que le hizo ponerse pálido. Luego subió á su rostro y á su frente como una llamarada de fuego y tuvo calor. Andando y pensando en mil cosas á la vez se dirigió á Recoletos, mezclóse entre la gente que se estrujaba sin adelantar un paso, y empujando lo mismo llegó al Prado. Tan distraído y preocupado iba en aquel momento que sin acordarse de que fuese Carnaval, rompió la fila de curiosos y fué á tropezar con la cabeza de un hermoso alazán que en un tris estuvo que no le arrollara miserablemente. Las voces del ginete y de los espectadores, tras los gritos del guardia que le apostrofaba desde el otro lado, le hicieron comprender el mal paso que acababa de dar. Retrocedió, por lo tanto, malhumorado, nervioso, irritadísimo, con un peso enorme en la cabeza y un gran cansancio en las piernas, como si acabara de andar seis leguas. Así en cuanto halló ocasión tomó una silla y allí estuvo sentado larguísimo rato.

Cuando volvió á su casa, después de discurrir mil despropósitos, ya tenía su idea. A pesar de esto la mente acalorada le sugirió de nuevo la probabilidad de pasar á vías de hecho, de empeñarse en alguna inesperada lucha y sacó del fondo del cajón donde lo guardaba, envuelto en un manojo de papeles, un mediano revólver. Luego, á la hora de la cena, pretextó el compromiso ad-

quirido con unos amigos, para marcharse cuanto antes de casa y no sentarse á la mesa. Don Juan Manuel aún no había vuelto y este retraso le sirvió admirablemente para no esperar más tiempo. Al salir á la calle ya llevaba alguna modificación en su primera idea y vacilando todavía, se limitó á rondar la casa de Sarita, por si la suerte le proporcionaba algún encuentro, algo en fin, que le diera más luz. Como en tales días la animación es tan grande, no faltó un amigo que lo viera parado en una esquina, y le asaltara alegremente y se lo llevara al cafetín más próximo. Este amigo, que estaba en autos acerca de sus relaciones con la corista comprendió al momento, en cuanto le vió convertido en espía, mal envuelto en un gabán, y con aquella cara de calenturiento, y aquel entrecejo, y aquellos ojos, que al hombre le pasaba algo grave. Sentados, pues, á la mesilla, con las copas de anís delante, de expresión en expresión, entre preguntas y respuestas Marino refirió al amigo parte de lo sucedido y todas las sospechas que de esto nacían, según la lógica más vulgar y corriente. También el amigo creía en esa mala fe de las hembras; pero le aconsejó que se anduviera con pies de plomo, porque bien podía ser que su novia obrara con lealtad y al ver que con tan escaso fundamento se ponía en duda se ofendiese ella de veras, y cátate lo peor. En todo caso debía esperar al día siguiente; pero no estaba Marino en disposición de esperar doce

horas, ni una siquiera, por lo cual se hallaba decidido á subir al cuarto y preguntar por otra persona, como el que equivoca unas señas. Al vado ó á la fuente: no tenía otro camino. Fueron, pues, inútiles las reflexiones que le hizo su amigo para que desistiera de su proyecto y se marcharan juntos al baile. A las nueve y media en punto levantóse Marino, se despidió de aquel buen consejero y salió del café.

Cinco minutos después subía la escalera de aquella casa, para él tan conocida, y llamaba en el cuarto con nerviosa mano á pesar de la sangre fría con que quería aparecer. Alguien miró por el ventanillo y se retiró de puntillas, puesto que á Marino le pareció percibir un lejano cuchicheo. Pero no tardó tres segundos en asomarse Marujilla y preguntar al curioso visitante lo que deseaba. «Soy yo, Maruja, ¿no me conoces?» Abrió ésta la puerta, y en voz baja, como si hubiera algún enfermo muy grave, le dijo que podía pasar un instantito porque por fortuna se hallaban solas. Su mamá estaba en cama muy malita y Sara había salido á comprar unas medicinas. Sin vacilación ninguna entró Marino en la habitación, y acompañado de la niña, llegaron hasta la alcoba del gabinete donde se hallaba doña Irene. En cuanto ésta levantó la cabeza de la almohada y le echó la vista encima empezó á santiguarse y á exclamar:

—¡Jezú, Jezú me valga, usté por acá! Cuánto

siento que no esté Sarita en casa... pero si usté viera qué calenturilla máz maligna tuve toita esta noche... ¡Ay Virgen mía! yo no sabía dónde poner mi cuerpo hecho una pura lumbre, lo mismo que mi cabeza; yo me moría, me moría por minutos, y luego una sed... que paresía que no había probao un sorbo de agua lo menos en seis meses. Y áun todavía, si usté me pulsara y tentara mi piel, vería que esto es una ascua, una pura ascua. Pues bien, figúrese usté, caballero, qué contratiempo ese que sin decir oste ni moste se nos cuela mi hermano Javier, que es un hombre de esa calidá, de muy poco sufrir, celoso, arizco, despótico, de estos que parece que los amamantaron con vinagre¿usté me comprende? Por eso mi niña le escribió enseguidita con la intención esa, de que el hombre no se enterara y hubiera lo que no es preciso. Pero Jezú, Marujilla, vete á la puerta, mujé, no haga el demonio una de las suyas, y se nos meta en un santiamén y nos coja desprevenías.

—No señora, que no se moleste: seré yo el que se marche, aunque lo sienta muy de veras, porque precisamente en estas noches que.....

—¡Ay, caballero de mi arma! si usté viera los lagrimones que le saltaban á mi niña, y eso de la rabia, de la coragina, de no poder verse con usté, ni salir, ni entrar, ni hacer ná, sin que el otro... ¿usté me comprende?.....

Marino dió por terminada la visita, despidiéndose de la enferma, pero no por satisfechos y des-

vanecidos sus recelos. Pareciéronle desde luego algo afectados aquellos extremos y aspavientos de doña Irene, y sospechó que no los fingiese para ocultar alguna improvisada trama. Cuál fuese ésta, es lo que él ignoraba. Salió, pues, de la casa bajo esta mala impresión, y para saber á qué atenerse respecto á la certeza de las palabras que acababa de oir, se plantó en la puerta y esperó largo rato á que Sara volviese con las medicinas compradas. ¡Qué había de volver! Cansado al fin de estar de pie, continuó su espionaje, dando algunas vueltas por la calle y observando desde cierta distancia á cuantos entraban ó salían de la casa. Trascurrida más de una hora, extendió su paseo por los alrededores, únicamente por andar y hacer algo. De pronto, cuando más enzarzado iba con sus propios pensamientos, oyó una voz conocida que le dijo: «¡Pero hombre, por vida del turco! ¿todavía por estos barrios?» Volvió nuestro joven la cabeza y se encontró de nuevo con el amigo Ramiro, que así se llamaba el que anteriormente le detuvo.

—Ya me figuré—añadió éste—que aún danzarías por aquí y vine á buscarte. Tenemos que hablar.

Y para hablar con mayor comodidad, entraron por segunda vez en un café de la calle de Serrano. Conociendo el carácter de Marino, no quería su amigo declararle de primeras á buenas la verdad escueta y tremebunda, como el que suelta un escopetazo; y así que, para abreviar, lo que vino

á decirle en pura plata, fué lo siguiente: Que había sabido por un amigo que frecuentaba cierto Círculo, que el marquesito de Nalda, por desfachatez ó por vanidad y tontería, había apostado á llevar aquella misma noche al baile de la Zarzuela, á Sarita vestida de máscara. De qué medios diabólicos se valdría para conseguirlo, es lo que todavía ignoraba; pero debía advertirle, como buen amigo, que no siendo muy de fiar las chicas del coro, no le extrañaría el que la muchacha se dejase ver en el baile. Oir esto Marino y dar un puñetazo sobre la mesa y levantarse pálido y descompuesto, jurando que aquello era mentira, fué cosa de un relámpago.

—Ese amigo tuyo ó quien sea, es un embustero, un calumniador y si estuviera ahora aquí, yo te juro.....

Contemplábalo el otro joven estupefacto al observar la impresión causada, y casi se sentía arrepentido de haberle adelantado una parte mínima de la verdad, siquiera fuese ésta de las más dolorosas para su amor propio. Dejando, pues, pasar esta primera y súbita explosión, le rogó que se sentara y mirase el sitio en que se hallaban para no llamar la atención y que les tomasen en el café por otra cosa:

—Vamos, amigo Marino, ten calma y reflexión, porque después de todo estamos en Carnaval y bien pudiera ser una broma de mal género, de las muchas que se dan en estos días.

—No señor, si no es broma;—repuso éste todavía más excitado y nervioso, accionando con los puños cerrados y dejando caer en el asiento el gabán de abrigo que llevaba sobre los hombros—me consta que no es broma. Pero irse ella al baile con un tipo como ese... ¡imposible! ¡repito que no puede ser!

—Bueno, hombre, bueno. Pero siéntate, hazme ese favor, y hablaremos como personas razonables que es lo que conviene, porque el que tiene razón lo tiene todo.

Discurrieron, pues, uno y otro, como deseaba Ramiro, acerca de lo dicho en el Círculo, aunque inútilmente dada la excitación y la irritabilidad del ofendido novio. En su consecuencia, aconsejóle su amigo que se dejara de cuentos y pamplinas, se fuera tranquilamente á dormir y la verdad amanecería al día siguiente, porque pensar que ahora iba á descubrirla en un periquete, era pensar en lo excusado. Quedóse Marino muy serio y pensativo después de oir tan excelentes consejos, y hasta pareció dar á entender que le habían convencido. Se levantó á los pocos minutos, y le dijo al amigo:

—A la calle.

Y es el caso que una vez en la calle, en lugar de manifestar su conformidad, continuó oyendo las sanas y fundadas razones de aquél sin la menor réplica. Así llegaron á su casa, y Marino se despidió con alguna seriedad como hombre preo-

cupado, pero en apariencia tranquilo y resignado con su suerte.

Trascurrieron unos minutos, al cabo de los cuales volvió á salir á la calle y á mirar por uno y otro lado, como si temiera tropezarse inesperadamente con el amigo Ramiro. Dirigióse en seguida á Recoletos para cruzar y subir con mayor brevedad de tiempo al centro de Madrid, es decir, á la calle de las Infantas ó de Hortaleza, donde encontró lo que buscaba: una tienda de trajes y caretas que él conocía de antiguo. Por su acento parecía el dueño catalán, y sin duda lo era, pues llamó en voz alta á la *noya*, una muchacha altona y chupada de carnes, de unos treinta y ocho Abriles, que acompañó á Marino á una estancia cercana, reservada quizá á los parroquianos, de cuyo fondo se le vió salir á los pocos momentos trasformado en una curiosa máscara.

Representaba una mujer de los barrios bajos, con mantón negro de seda, de largos flecos, pañuelo de cuadros á la cabeza, falda sencilla de medio color, un gran imperdible sobre el pecho y un lío abultado en la mano como si fuera á una casa de préstamos. Pagó por adelantado, y se despidió muy afectuosamente del dueño y de su hija que se quedó riendo muy á su sabor al observar los andares algo vivos del máscara, que no contaba al parecer con la faldamenta.

Después, al enfilar de nuevo la calle de las Infantas, ya comprendió que debía moderar el pa-

so, además de que le sobraba tiempo para llegar á los comienzos del baile. Así fué que cuando Marino entraba por las puertas del teatro de Jovellanos, se encontró con las cuartas ó quintas parejas que se detenían en el vestíbulo para dejar sus abrigos en el guardarropa. Por su parte, entregó el lío, que era el gabán de abrigo, y recogió la contraseña.

En el salón había algunas máscaras sentadas, pero la mayoría de ellas se paseaban alrededor ó se apiñaban en el centro entre risas y voces atipladas y extrañas, Luego que se puso el antifaz negro de seda, sentóse Marino cerca de una de las puertas de entrada, pensando para sí: «Aquí debe venir ella; eso es indudable. Y si yo tuviera la suerte de oir su voz, de adivinar su rostro, de ver algo suyo y de conocerla, sería una dicha en medio de la fatalidad que nos ha separado, Pero, ¿y si no viniera? ¡qué noche más larga y más fastidiosa, aquí amarrado dando vueltas y más vueltas!... No; no sucederá esto. Ella viene y yo la he de ver. Y al verme debe enrojecer de vergüenza y contarme la verdad de lo que aquí pasa para excusarse de un modo ó de otro. Por fuerza, no hay otra salida. A un hombre no se le engaña por un capricho tan tonto como este del baile. Me dará sus explicaciones, como es natural, porque ella de mí no puede estar quejosa. ¿Le falté en alguna cosa? Absolutamente en nada. Pues entonces...»

En este intermedio, viéndole tan sentado y tomándole por mujer, se le acercaron algunos, jóvenes y maduros, para ofrecerle su brazo. Tenía que fingir la voz y cambiarse de sitio por huir de los importunos que insistían en llevarle á danzar, diciéndole: «Qué aburrida debes estar, chica, ahí tan sola; vamos, vente conmigo.—Quiá, déjala, pobrecilla, esa espera á su novio;—añadía otro de ellos—pero verás tú cómo no viene... ¡Ay qué amargura! ¡si hay hombres que merecían una horca!»—A estas invitaciones siguieron otras más groseras que dejaban traslucir la clase de vulgo que allí se reunía. Después, cuando creció la animación y se llenó el salón de máscaras y hasta en los palcos había algazara y se cruzaban voces estentóreas, entre los rumores de la charla y los acordes de la música, la tarea de Marino se redujo á andar por todas partes, á observar y á escuchar y á meterse por cuantos rincones tuviera aquel baile. Dos veces le engañó el sonido de una voz fresca y femenina que se parecía por completo á la de su novia, y dos veces se sentó desesperado, aburrido, ahito de máscaras, de música y de baile. De este modo, subiendo, bajando, cruzando el salón ó deteniéndose en las entradas, transcurrieron tres mortales horas, que á él le parecieron por lo largas y pesadísimas las veinticuatro del día.

Había ya pasado el primer descanso y empezaba á tocar la orquesta una polka muy conoci-

da, coreada al principio por la mayoría de los danzantes jóvenes que esperaban á cierto compás para recalcar la voz. Producía este conjunto una profunda y extraña resonancia que subía hasta las galerías trémula y potente, como el eco formidable de un coro de revolucionarios ó el de un orfeón popular compuesto de robustas y sonoras voces.

En otras circunstancias, también Marino se hubiera lanzado al salón atraído y subyugado por esta explosión de alegría carnavalesca: pero en aquel momento no hizo más que asomarse desde el antepecho de la galería y contemplar el salón, semejante á un inmenso hormiguero sobre cuyo negro fondo se destacaban los trajes blancos, azules y rojos de las máscaras como flores vivas agitadas por humanos deseos. Satisfecha su curiosidad, abandonó en seguida la galería y volvió á bajar por centésima vez á los pasillos, vagando de aquí por allá y llegando hasta el cuarto-tocador, de donde salían dos máscaras jóvenes, una con la careta puesta y la otra que acababa de ponérsela en aquel instante. No fueron, pues, más que dos segundos lo que pudo ver el rostro de ésta última, pero éstos bastaron: era Sara; quedóse Marino suspenso y trémulo al reconocerla. Bajo su antifaz debió palidecer, sintiendo luego impulsos de arrojarse sobre ella, ¿pero cómo? Iban sin duda de prisa, en busca de alguien y se metieron precipitadamente en el salón de baile. Ello es que cuando Marino apretó el paso para no

perderlas de vista ya habían traspuesto la puerta y confundídose en aquel interminable remolino de máscaras, curiosos y danzantes. En vano se metió hasta el centro, empujando, abriéndose camino con manos y codos, mirando á todas partes, yendo á la izquierda y volviendo hacia la derecha. Trabajo perdido. Por fortuna conservaba en su imaginación la forma y colores del traje, que era de gitana: un airoso peinado de rosca para lucir la peineta, pendientes largos de ricos engarces y gargantillas sobre el escotado cuello, corpiño de terciopelo negro, mantón amarillo de seda bordado de flores con flecos largos y falda de color rosa con muchos volantes. Era, pues, indudable que si tropezaba con ella la reconocería al momento. Y después de confundirse con aquel oleaje humano y de dar mil vueltas, cansado y rabioso, se decidió á salir al pasillo, y se llamó estúpido. Sí, estúpido, porque debió agarrarla de un brazo y sacarla á la calle. Y no lo hizo. ¿En qué demonios coronados se quedó pensando? Pero ya no tenía remedio. Luego entró á sentarse, y allí estuvo largo rato descansando, ó más bien, como aletargado bajo la doble influencia del calor y de la fatiga y pesadez de aquellas horas trascurridas entre febriles ansias y rabiosas sospechas.

De pronto creyó oir una voz fresca de mujer, la misma de antes, y se lanzó de nuevo al pasillo como un sonámbulo, restregándose los ojos por hallar demasiado vivo y extraño el resplandor de

las luces y el rumor de las voces que subía, cada vez más desentonado, desde el fondo del salón hasta las galerías. ¿De dónde habría salido esta voz? ¿en qué rincón del teatro podría encontrar á aquella maldecida gitana? Había que ir forzosamente en su persecución, corriendo otra vez por galerías, salones y pasillos, á ver si la suerte, ó la fatalidad, ó el demonio, ó quien quiera que mediase en estas cosas, la ponía en su camino. Anduvo, pues, un buen rato por cuantos escondrijos grandes y pequeños tenía el teatro, que no eran pocos, y entró en el saloncillo del piso principal, donde se hallaba el ambigú. Aún á aquella hora se veía correr á los camareros de una mesa á otra, llamados por las parejas improvisadas, por los amigos reunidos alegremente con sus novias, ó por los glotones y borrachos que acaban siempre comiendo. Inesperadamente, dirigiendo una mirada al saloncillo de la izquierda, vió un grupo de dos mujeres y dos caballeros con los sombreros echados hacia atrás, los puros en las bocas y gesticulando con cómica exageración. La joven sentada á la derecha se parecía tanto á Sara, que... Marino avanzó resueltamente. Con el vaho de los cigarros, de los alientos, de las luces y del polvo esparcido por el ambiente, apenas se distinguía desde cierta distancia; pero al llegar á la mesa ya no le cupo duda: era la misma. Quitóse entonces el antifaz y colocándose enfrente, le dijo:

—¿No me conoces? ¿cómo estás tú aquí?—Miróle la muchacha con fijeza, como si todavía dudara de que aquel fuese su novio, y alzando el rostro, algo pálido, le contestó muy serena:

—Bien ¿y qué?.....

—¿Cómo que bien? pues me gusta la frescura. ¡Dígole á usted que no es desahogada la niña! De modo que el escribirme aquellas embusterías, era para venir á la Zarzuela ¿no es eso?

—¡Toma! cuando tú lo dices... verdad será.

—Yo por lo que veo.

—Bueno.

—¡Malo! digo yo. ¿Podré saber lo que significa esta farsa?

Al acabar este tiroteo de frases, rápidamente cruzado entre uno y otro, se levantó de la silla el caballero que acompañaba á Sara y dirigiéndose á Marino le dijo con voz un tanto enronquecida:

—Esta señorita no tiene que dar á usted explicaciones de ningún género, ¿sabe usted? me competen á mí, soy yo exclusivamente el que debe entenderse con usted en este negocio, ¿sabe usted? por lo tanto.....

—¿Y á mí qué me importa de usted?

—Repito á usted, y permítame que insista, que soy el responsable, el único responsable de todo cuanto aquí ha pasado, ¿sabe usted? por lo tanto, yo que soy el responsable.....

—¿No le he dicho que no hablo con usted? Apártese usted—repitió Marino al mismo tiempo

que empujándolo con violencia le hizo sentar en la silla, indudablemente porque al tal caballero le era más fácil estar sentado que permanecer de pie. Y se dirigió á su novia.—Esto va contigo ¿entiendes? y vas á decirme la verdad.

—¡Si se quiere!—repuso ella con mucho desparpajo; pues en ésta como en las anteriores réplicas, dominaba un tonillo chulesco muy del agrado, sin duda, de su primer novio.

—Ya comprenderás que tengo derecho á saberla.

—Derecho ó torcido, siempre será lo que á mí me dé la gana, ¿se va usted enterando?

—Vamos, Sara, no me apures la paciencia. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Te vas á venir conmigo?

—¡Es que estoy yo aquí!—gritó de nuevo el acompañante, tratando á toda costa de levantarse.—Y eso no puede ser.

—¿Y á usted qué le importa?

—¡Ay qué gracia! ¡Pues no dice que á mí no me importa! Esta señorita es mi novia, mi antigua y primera novia y está comprometida conmigo, ¿sabe usted?

—¿Qué dice este mamarracho? Vamos, salgamos de aquí, tenemos que hablar...

—El mamarracho serás tú, que te empeñas en... Vaya, ¿quieres dejarnos en paz?

—No me apures la paciencia Sara. Vámonos.

—¡Qué pelma de hombre! Que no me muevo.

—Mira, Sara, que he venido dispuesto á todo.

Vámonos.—Y asiéndola Marino de una muñeca trató de levantarla por la fuerza para obligarla á salir.

—Que no me muevo.

—¿Es esto un desprecio?

—Lo que tú quieras. ¡Ea, ya está dicho!

—Te voy á cruzar la cara por embustera.

—Tendría eso que ver, camará.

Aún no había acabado de pronunciar esta frase cuando Marino, sin poder contenerse, arrebatado de ira y de celos, alzó rápidamente la diestra y la dejó caer con fuerza sobre el rostro de la joven. Cogió ésta al momento la botella del agua, que se hallaba á su derecha para arrojársela á la cabeza, pero adivinando él la intención le sujetó la mano. Se arremolinaron en seguida los curiosos más cercanos alrededor de la mesa y los dos acompañantes de ellas, que nada podían hacer porque, según las trazas, más estaban para ser socorridos que para prestar favor á nadie.

—Te he dicho que no me apuraras.

—¡Indecente, cobarde!—chillaba la corista puesta ya de pié, arreglándose el mantón y colocándose la peineta medio desprendida, con gestos y movimientos de espantosa cólera.

—Si me hubieras dicho la verdad...

—¿Pues la verdad?... que te aborrezco.

—¡Sara!—gritó Marino, acercándose de nuevo á la joven con airado semblante.

—Sí, señor, sí; te aborrezco, te odio. Si nunca te he querido; todo ha sido una farsa.

—Mira bien lo que dices.

—¡Indecente, orgulloso! Con más orgullo que don Rodrigo en la horca.

—¿Te vas á callar?...

Cuando se aproximaron los curiosos al ruido de la bofetada, creyeron que se trataba de la contienda de dos hembras á juzgar por el traje de Marino, y más bien se alegraron como tema de broma y de jaleo; pero al ver la cara de éste mediaron algunos más prudentes, aconsejándole que la dejara, si era una tal y una cual, según la apariencia. Vociferaba él que era peor que eso, mucho peor, que era una infame, una víbora que debía aplastar como se aplasta á un mal bicho. Y acompañando la acción á la palabra, al verse insultado atrozmente por la corista, quiso lanzarse otra vez sobre ésta, pero intervinieron esas mismas personas decentes y lo apartaron de la mesa, aconsejándole de nuevo que se marchara. Adivinábase en sus ojos, en su semblante, en la fuerza y nerviosidad de sus movimientos, que aquel hombre exaltadísimo, si lo dejaban, era muy capaz de estrangularla. Bajó, pues, acompañado de unos cuantos al cuarto-tocador, donde se despojó de las ropas de mujer que vestía, y recogidas éstas, pasaron al guardarropa para cambiarlas por el gabán de abrigo y el sombrero hongo que trajo en el lío abultado que había dejado á su entrada. Se alzó el cuello del gabán y salió del teatro.

Si pudiera medirse el espíritu, como se mide el cuerpo, diríase que el suyo había crecido enormemente y se asemejaba al de Luzbel tal como lo pintaba el poeta Milton en su caída de los cielos, vencido pero no domeñado, lanzando á su glorioso vencedor impía y arrogante protesta. Era el mismo espíritu de rebeldía, revolviéndose airado contra el orden natural de las cosas, contra la Justicia divina que consiente tamaños horrores, y contra la fatalidad estúpida, y contra el mundo todo que no reconoce su valer y su superioridad. Antes él había andado á ciegas, pero ahora veía claro; no cabía forjarse ilusiones de ningún género. Su mirada de celoso hubo de penetrar al fin en el fondo de aquella maraña indigna, de la cual fué su amor propio miserable juguete. Después de escuchar las palabras de Sara y observar la fisonomía de aquel joven marqués que salía responsable de lo ocurrido, tenía que comprender la triste realidad de la suplantación. Ignoraba todavía lo que había pasado entre la corista y su antiguo novio, pero sus celos le aclaraban el misterio. Quizá su rival, como millonario y calavera, derramaba el oro á manos llenas y ella lo prefirió por eso. ¡Verse preferido, despreciado!... esta era la parte dolorosa para su amor propio; verse engañado, y en el mismo día en que debía contarse como de triunfo, dispuesto y preparado para aquel delicioso viaje al paraiso del amor... ¿qué mayor crimen? Verse abofeteado moralmente

con aquellas crueles palabras con que la traidora le declaraba sin ningún rodeo, que su cariño fué una farsa, y que nunca le quiso ni le querría de veras, ¿no era una brutalidad inmerecida, exorbitante, abrumadora?..... Todas estas ideas acudieron en un instante á su imaginación y asaltaron tumultuosamente su cerebro como un repentino incendio avivado por el viento. Viva sed de venganza enardecía su sangre, y todavía en la calle, fuera ya del ambiente envenenado por las pasiones, sentía impulsos de subir otra vez al teatro y acabar de cualquier modo con la miserable mujerzuela. Se detuvo, pues, unos minutos, vacilante, indeciso, contemplando con extraviados ojos aquel suelo que le sostenía, que no era suelo sino negro abismo que le sugería ideas infernales de rebelión y acabamiento. Luego, debilitado este primer impulso, variando de idea, empezó á pasear muy despacio por delante del teatro con la cabeza inclinada y el aire extraño y fatigoso del hombre desesperado. De pronto, á la segunda vuelta, se vió detenido por un caballero que vestía hermoso gabán de pieles, sombrero de seda y guantes de abrigo de color claro:

—¿Cómo por acá, amigo Marino? ¿se retira usted ya? También yo vine por mera curiosidad, pero ya está visto que estos bailes no son más que un pretexto para tomar una *pítima* monumental.

Miróle Marino al pronto como si no le conocie-

ra, aunque no tardó en darse cuenta de que hablaba con el caballero Laguna, el de las noticias frescas, que no dejaba de acudir á dos ó tres bailes por no perder la costumbre.

—¿Quiere usted que le acompañe?—volvió éste á preguntarle afectuosamente.—¿No va usted ahora á su casa?

—No señor, á tomar el aire.

Llamóle la atención al señor Laguna la sequedad de esta respuesta y el semblante del joven, y hasta su manera de mirar, y en fin, que no comprendía que de un baile tan alegre y bullanguero como el de la Zarzuela saliera uno con aquella cara de réprobo, es decir, de hombre desesperado, dispuesto á reñir con su sombra. Pues es de advertir que el rostro de Marino era reflejo exacto de sus sentimientos y no acertaba á disimularlos, como esos caracteres complacientes que tienen una sonrisa, sincera ó fingida, para cada mano que estrechan. Por lo tanto, se despidió del joven y le dejó marchar solo, aunque á los pocos segundos volvió la cabeza para ver la dirección que tomaba. Marino continuó paseando por delante del teatro con lentitud, cabizbajo y extraño, al parecer, á cuanto á su alrededor pasaba. Al volverlo á ver de lejos, después de su desagradable encuentro, sintióse el caballero Laguna, que no era un mal hombre, como desazonado, y empezó á sospechar que con aquella cara y aquel aire de loco y á tales horas, no podía mover á su amigo nin-

gún santo propósito, sino todo lo contrario. Luego le vió deslizarse como una sombra por la calle de la Greda abajo, y súbitamente, á modo de relámpago, cruzó una aterradora idea por su imaginación. Adelantando el paso se dirigió resueltamente á la calle del Turco, para salir lo antes posible á la de Alcalá.

Entretanto Marino, después de cruzar el Prado, avanzaba lentamente, como atraído por la oscuridad, hacia aquella parte que circunda el antiguo convento de los Jerónimos. Su espíritu, irritadísimo y tétrico, seguía en abierta rebeldía contra los hechos consumados, y hubiera deseado encontrarse con alguien que los representara y asumiera la responsabilidad de su horrible desdicha, aunque fuera el mismo Satanás. Pero él no creía en Satanás ni podía revolverse contra nadie. Y como si esta soberbia devastadora no fuese bastante, todavía vino á hacerla mayor otra idea que abrasó su cerebro y se extendió por su rostro como si fuera lava: la idea de llevar en un bolsillo interior los billetes robados á su padre. ¡Convertirse por ella en ladrón! ¿y para qué? Su rabia y su ciego deseo de destrucción no reconocían límite alguno, y contemplaba los cielos y la tierra como cosas vacías, sin objeto ni representación. ¿Qué no habría aniquilado en aquel instante si su potencia destructora correspondiera á su inmensa voluntad?... Aquella mujer incomparable, que había amado como un loco, nunca podría ser suya.

Todo lo demás le era indiferente. Qué negro destino el suyo que así le separaba de su felicidad y le arrojaba á un abismo atado de pies y manos... ¿Y ahora qué iba á hacer allí, solo y desesperado? ¿Contra quién se dirigía para luchar cuerpo á cuerpo y satisfacer su sed rabiosa de venganza?

Vaga y melancólica claridad esparcía á esta hora avanzada de la noche el disco del menguante hacia aquella parte del cielo por donde iba á ocultarse, y esta claridad se reflejaba tenuemente en la tierra, que aparecía ante los ojos del curioso que atravesara por estos sitios en una tétrica y menguada penumbra. Por la parte opuesta del horizonte, mucho más obscura, brillaban las estrellas con inusitada refulgencia. Pastores y cazadores conocen bien estas noches tranquilas y serenas, que no dejan escapar ni un hálito de viento, pero que á la madrugada parecen arrojar de su seno el frío más intenso convertido en millares de invisibles agujas de hielo que penetran hasta los huesos. Así es que en aquella especie de descampado por donde cruzaba Marino, este mismo ambiente heladísimo contribuía, sin que él se diera cuenta, á su profundo malestar y desequilibrio. Dirigiéndose luego por detrás del Convento, llegó, paso á paso, hasta la tapia baja que rodea al Jardín Botánico, camino tortuoso que no recorrió sin tropiezos, ya por el desnivel del terreno, ya por los montones de escombros allí abandonados. Y andando de este modo, imaginaríase al verle

que la oscuridad de aquellos lugares se condensaba en su cerebro, y que un negro pensamiento debía girar ante sus ojos con tantas y diversas formas, que su vista se turbaba y no distinguía á su alrededor las cercanías de Madrid, sino aquel abismo que lo atraía en silencio y en donde debía de caer fatalmente, como todo el que camina á ciegas, buscando la venganza y el aniquilamiento. Y entonces, desatentado, ciego ya, halló á mano en el interior del bolsillo el arma homicida, que todavía guardaba, y la llevó á aquella misma sien que latía con ritmo precipitado como una máquina de roto y descompuesto engranaje.

Momentos antes, después de cruzar á buen paso la calle de Serrano, el caballero Laguna rogaba al sereno que le abriese la puerta de la casa de don Juan Manuel. Impresionado por los recuerdos de la noche anterior en la tertulia de su amigo, y por la tesis sostenida por éste, sentíase dispuesto como pocas veces á hacer algo por la buena amistad, y si acaso se equivocaba tanto mejor; pero era hombre también de presentimientos, bastante pesimista, y por su desdicha habíase equivocado en contadas ocasiones, presintiendo el suceso malo. Subió, pues, la escalera alumbrándole el sereno y llamó en uno de los cuartos principales. Lo peliagudo para él, en este crítico momento, era el pretexto de llamar á tal hora; pero pensándolo bien, comprendió que para hombres del carácter y temple del amigo Lucientes no hay pretextos que

valgan. En cuanto lo despertase, y no había otro remedio que despertarlo, ya se sospecharía la mitad cuando menos del negocio triste y urgentísimo que allí le llevaba. Y no había que perder tiempo. Con esta conformidad y decidido á todo, tocó el señor Laguna el timbre. Quizá don Juan Manuel, que era madrugador y dormía poco, se hallaba ya despierto, puesto que á los cuatro ó cinco minutos se oyeron sus pasos, y luego su voz que interrogaba al intempestivo visitante. A la respuesta de éste se abrió inmediatamente la puerta:

—Amigo don Juan Manuel—le dijo sin más saludos—no extrañe usted la hora tan desusada en que le despierto. Es que su presencia de usted es necesaria en otra parte y vengo á buscarle.

Contemplóle, aquel con alguna extrañeza, y aunque algo pálido al comprender la gravedad que entrañaba semejante paso, le respondió al punto:

—Afortunadamente me encuentra usted vestido, porque la bilis me ha dado hoy un primer aviso, bien temprano por cierto; de modo que con coger el sombrero estoy á su disposición. Y se trata de...

—Se lo indicaré á usted por el camino. No hay tiempo que perder.

Salieron por lo tanto como escapados ambos amigos en dirección al Prado, y mientras cruzaban el ancho paseo, con breves y oportunas reflexiones fué preparando nuestro caballero el ánimo

del desdichado padre para recibir la dolorosa sospecha. Sin contestar ni oponer observación alguna, marchaba éste á su derecha con la cabeza inclinada, apretando el paso, sobre todo en aquel trayecto que era terreno llano y conocido. Su silencio avivó los recelos del otro que iba pensando para sí: «cuando este pobre padre se queda con las sospechas en el cuerpo y no dice nada... me da muy mala espina.» Al llegar por los alrededores del Museo de Pinturas, se hizo algo más dificultosa la marcha, porque la obscuridad era grande á pesar del vago resplandor del menguante. A mediados de Febrero el amanecer es tardío todavia y debían faltar dos horas y media ó más para que clarease el día. Además de esto había que orientarse, pues el caballero Laguna ignoraba la dirección que en definitiva habría tomado Marino, á quien creyó encontrar por estos alrededores, aún vacilante y preocupadísimo. Guiábale en su consecuencia la casualidad; y andando, escuchando, parándose de vez en cuando, llegaron frente al Retiro, á lo que antes fueron terrenos improductivos y hoy son calles, y al llegar á este punto vieron cruzar á buen paso á un sereno que, desviándose de su ruta se dirigió hacia ellos por creer indudablemente que fuesen la pareja del punto. Y así se lo dijo al acercarse: «Creí que eran ustedes los del orden... Aquí por cerca sonó un tiro y figuréme si serían... pero no corrió nadie... ni dieron voces...»

—¿Un tiro? ¿por dónde?—preguntó don Juan Manuel presa de súbito terror.

—Por aquí abajo, señor; lo cual que lo oí muy claro y díjeme si será algún...

—Vamos allá.

Y precedidos del sereno, que alguna más claridad prestaba con su farolillo, se internaron por todo aquel desnivel ó vertiente, si así puede llamarse, que se extendía por detrás del Jardín Botánico, sin ver ni tropezar con sér humano. Pero al aproximarse á la tapia levantó el sereno el farol y dijo en voz baja:

—Allí veo un bulto... una cosa negra y paréceme un hombre, pero no se mueve.

Avanzaron unos pasos más y entonces ya pudo distinguirse que era en efecto un sér humano tendido en el suelo. «Estará dormido», repitió el sereno. Y cuando al acercarse al bulto se iluminó parte de su cuerpo, oyóse de repente una voz que no parecía humana.

—¡Marino, hijo mío! ¡Marino!

Era la voz del padre que fué el primero que se arrojó á reconocerle y levantó su cabeza manchada de sangre. Luego puso la mano sobre su pecho y volvió á exclamar con acento indescriptible: «¡Vive, vive todavía! Amigo Laguna, un coche, ¡quién podrá traernos un coche! Dios mío, en estos momentos los minutos...»

No pudo continuar. Un sudor frío como de muerto bañaba su cuerpo y parecíale que iba á

desfallecer, á caer desvanecido sobre el suelo, cosa extraordinaria en un temperamento de hierro lleno de vida y de energía como el suyo. Conociólo el amigo Laguna y suplicó al sereno, adelantándole el dinero, que á cualquier precio mandara venir un coche de la cochera más próxima que conociese. En semejantes circunstancias no podía de ninguna manera dejar allí solo al desdichado padre. Transido de dolor habíase éste arrodillado y sostenía con ambos brazos y en posición algo más cómoda el cuerpo de su hijo todavía caliente, con el calor y los estremecimientos de una vida potente que sufre y lucha. Este silencio y muda contemplación causaban á Laguna impresión más honda y penosa que las voces y gritos clamorosos con que acompañan á veces los hijos de un obrero al cadáver de su padre, al salir para siempre de su modesta vivienda. Don Juan Manuel no lloraba ni gemía, pero su semblante, que parecía más pálido y demacrado en aquel momento, y el temblor de sus manos, imperceptible á ratos, podían dar leve idea de aquella intensísima angustia que ponía á prueba su naturaleza.

Los instantes trascurridos en semejante situación de ánimo, debían ser siglos para los que esperaban la vuelta del sereno, trayendo algo preciso que aparecía á sus ojos como la salvación de una vida. Por fin, quiso Dios que se distinguiera á lo lejos la luz del farolillo y el rodar del coche

que en aquella dirección venía. Llegado el sereno prestóse voluntariamente, como hombre de gran resistencia, á cargar con la parte más pesada del cuerpo del herido para trasladarlo y colocarlo en el coche, que no podía bajar á donde ellos estaban á causa del desnivel considerable del terreno. Algunas dificultades ofrecía en tal estado su colocación, pero se logró con muchísima paciencia y lo menos mal posible. El coche por fortuna era grande y fué previsión acertada del sereno el darles una idea del favor que iba á prestar á los caballeros que lo tomaban. Emprendida por último la marcha triste y silenciosa, fluctuando los ánimos entre la esperanza y el desaliento, llegaron á casa de don Juan Manuel, después de adelantarse unos pasos el amigo Laguna con intención de que fuese el criado á avisar inmediatamente al médico. Aún no había amanecido á esta hora, pero los criados y la hermana de don Juan Manuel se hallaban ya de pie, con la inquietnd y la zozobra consiguientes. Preparada convenientemente la cama, intacta todavía, recibió el cuerpo del infeliz Marino, á quien despojaron de alguna ropa con bastante dificultad. Era un cuerpo inerte, aplomado, dormido como el del que cayó en profundísimo letargo.

Al verle entrar de aquel modo doña Elena, no pudo reprimir un grito, el grito del corazón maternal que ha velado tantas veces el sueño del hijo querido, pues realmente para Marino, por na-

tural instinto y sin esfuerzo alguno, había desempeñado el papel de una buena madre. Encerrados en la alcoba, encendidas las luces, se hallaban los dos hermanos á su lado, cuando pareció abrir los tristes ojos y mirarles con extrañeza, como si despertara en aquel momento de su letargo. Entonces don Juan Manuel, con valor sin igual, se acercó á la cabecera, y mirándole fijamente, le dijo:

—Marino, hijo mío, somos nosotros, tus padres, que nos ves á tu lado como siempre..... Recuerda que has atentado contra tu vida, intento inconcebible á tus años, que nos llena de dolor y de vergüenza. ¿Habrás podido dudar ni un solo momento de nuestro cariño, y mucho menos de la misericordia infinita de Dios, que es el que dispone de nuestras vidas? ¿no estás arrepentido?...—Hubo para ellos en medio del silencio que siguió á estas palabras, unos minutos de verdadera angustia, porque Marino había vuelto á cerrar los ojos y no se adivinaba en su rostro pálido y afilado, señal alguna que diese á entender su conformidad. El padre insistió de nuevo.—¿No me has oído, hijo mío? por piedad, abre los ojos, mírame, responde, dime que tu arrepentimiento es sincero, que sientes de todo corazón haber ofendido á Dios....

Por segunda vez abrió Marino los ojos, inmóvil como estaba, y los clavó en su padre con extraordinaria fijeza. ¡Qué larga y silenciosa mirada! Y sin embargo, como imperceptible fosforescencia y

reflejo de algo vivo, parece que había en ella ideas, lágrimas, arrepentimiento, amargo dolor, todo el dolor que cabe en un corazón de diecinueve años. Entonces, con ardiente efusión estrechó don Juan Manuel la mano de su hijo, al mismo tiempo que le decía: «Ahora repite conmigo mentalmente estas dulces palabras: Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor mío... etc.»

Doña Elena, detrás de su hermano, reprimía sus sollozos conmovida y apenada ante semejante escena. Momentos después se presentó el médico, al que don Juan Manuel hizo pasar inmediatamente á la alcoba para que examinase el estado de Marino y el resultado probable de la herida. Breve fué su examen, porque con sólo ver su semblante y la dirección y anchura de la lesión producida por el proyectil, comprendió que la ciencia sería impotente para acudir al remedio.

—¿Tiene usted valor, amigo don Juan Manuel? —le preguntó al infeliz padre, que había seguido con visible ansiedad todas sus operaciones de hábil cirujano.

—Este golpe me llega al corazón, doctor. Las fuerzas me van faltando; no sé qué será de mí.

—Pues preventivamente hay que avisar á un sacerdote, porque ustedes no desearán que su hijo.....

Por medio de señas le indicó don Juan Manuel que estaba ya avisado y que debía llegar de un

momento á otro. Como el caso urgía realmente, hubo de ir el propio Laguna en cuanto llegaron á casa con el coche, el cual no tardó en volver ni un cuarto de hora, acompañando á un amigo suyo que se hallaba agregado á la parroquia de San José. Hablando luego aparte con el médico acerca del estado de Marino, vino á declararles de un modo trasparente que con otra naturaleza más débil ó más gastada haría ya una hora y media que habría dejado de existir, por ser la herida de la cabeza mortal por necesidad. Seguidamente se dispuso lo necesario para que aprovechando el rato, ó los instantes de vida que le quedaban, pudieran administrarle los Santos Sacramentos. No habló ya una sola palabra. A las preguntas del sacerdote contestó con la misma mirada de inteligencia y resignación que á su padre cuando éste le pedía momentos antes que se arrepintiese. Cumplido este triste deber empezó á los pocos minutos á desfigurarse algún tanto y se extinguió casi sin agonía, como una lámpara cuya luz vacilante y opaca se ve menguar paulatinamente hasta quedar reducida á una exígua pavesa. Don Juan Manuel y su hermana no se separaron de la cama hasta el último momento, cuando perdida por completo toda esperanza, redobló el dolor sus golpes invisibles y acudieron á los ardientes ojos las lágrimas contenidas.

Dióse aviso aquella misma mañana del fallecimiento del desdichado Marino á unos parientes le-

janos que vivían en Chamberí, y ellos quedaron encargados de arreglar los enojosos detalles del entierro, misas y demás formalidades imprescindibles. Un pesar tan grande y tan inesperado abatió el espíritu de don Juan Manuel de tal modo, que encerrándose en su gabinete en cuanto acabó de expirar su hijo, no quiso ya ver ni recibir persona alguna por íntima y allegada que fuese. No es que despreciara el consuelo y la compañía de los verdaderos amigos, sino que se sentía sin fuerzas para hablar de aquella desdicha y expresar de alguna manera la pena que le ahogaba, oprimiendo su corazón, condenándole á la soledad, ennegreciendo los horizontes todos de su vida. Así, á solas con el tremendo dolor, podría quejarse amargamente, sollozar, mesarse los cabellos y pedir á gritos la explicación de aquel inexplicable castigo, ó el consuelo de una muerte que le abreviara los dolores de una vida tan triste y acerba como la suya. Pero si estos primeros días fueron de queja y de protesta y de amargura indecible, no dejó de venir por eso al cuarto ó quinto la postración de las fuerzas físicas y la resignación melancólica del que se siente impotente, débil y condenado fatalmente á sufrir. Tras la pena agudísima y punzadora se presentó la tristeza, y don Juan Manuel deseó la compañía de su hermana, y luego la de sus buenos amigos, á quienes dejaba hablar de su desdicha escuchándoles como encantado, á semejanza de un pobre de-

crépito, ya desmemoriado, al que se le recuerdan los hechos más dignos y culminantes de su existencia. Extrañándose una tarde de que no entrara á verle como de costumbre su amigo Marrodán, le dijeron que tenía el niño enfermo, con bastante fiebre: «¿Su hijo enfermo?» repuso don Juan Manuel con su habitual tono de tristeza, «pues ahora empezarán los cuidados para el pobre Fernando.»

A los diez ó doce días entró doña Elena una mañana en el gabinete de su hermano, cuando sentado éste en su sillón hallábase entregado á una de aquellas abstracciones tan frecuentes en hombres reflexivos y dados al estudio. Tuvo ella que acercarse y sentarse á su lado para que don Juan Manuel se diera cuenta de su presencia.

—Mira, Manuel, el primer día no quise decirte nada de esto; pero ahora, por lo que pueda ocurrir, conviene que lo sepas y quedes prevenido. Afortunadamente yo misma recogí las ropas del desdichado hijo nuestro, y como uno de los bolsillos interiores abultaba mucho, saqué los papeles que contenía y me encontré con estos billetes de Banco...

—¿Cómo billetes?... Es extraño... Pero tú...

—Aquí los tienes, mira, tres mil pesetas justas.

Levantóse don Juan Manuel del sillón, con cierta inquietud pintada en su semblante, acercó los billetes á la luz y los miró detenidamente.

—¡Cosa más extraña! juraría que estos billetes... Espera un momento.

Salió en seguida del gabinete para ir al despacho, de donde volvió á los pocos minutos con un paquetito de billetes en la mano. Al verlo su hermana Elena sentarse casi sin aliento, pálido como un muerto, con la cabeza inclinada y silencioso, le interrogó de nuevo.

—¿Qué ocurre?... por Dios, Manuel, ¿te has puesto malo?.....

—¡Qué ha de ocurrir! Era poca desdicha perderlo de un modo tan inesperado, y ya ves, ahora, para mayor dolor, acabo de saber que esas tres mil pesetas, las cogió de este paquete de dieciséis mil, de unos títulos que vendí días atrás.

—¿Pero lo miraste bien?... por que podías estar confundido.....

—No, Elena, no; aquí no caben confusiones de ningún género. Sé muy bien el número de billetes que puse en el segundo fondo del cajón. Y ese rumor que ha llegado hasta nosotros de las relaciones que sostenía mi hijo con una del teatro, ahí lo tienes confirmado. Las ha cogido... Dios sabe para qué, pero impulsado por una mala pasión.

—Yo no me explico que Marino.....

—Nunca observamos en él semejantes inclinaciones ¿es verdad? y sin embargo... mi hijo sustrayendo esas tres mil pesetas, ¡mi hijo atentando contra su vida!.... ¡Pero Dios mío, es esto posi-

ble! ¿Dónde habrá podido respirar tan envenenadas ideas? ¿Le hemos dado nosotros algún mal ejemplo que le indujera á sospechar de nuestra conducta? ¿soy yo algún hipócrita? Recuerda, recuerda que entre los nuestros, por especial favor del cielo, nunca se conoció un hermano, ni padre, ni hijo tan desventurado que llegara hasta el suicidio, nunca se vieron manchados con una de esas ignominias que deshonran las familias.....

—No le des vueltas, Manuel, eso viene de las malas compañías.

—Tampoco bastaría, Elena. Hay que desengañarse; ciertas ideas se respiran, están en el ambiente social que nos rodea y es punto menos que imposible sustraerse á su influjo. Así se comprende que un absurdo se convierta en un dicho corriente y admitido y penetre hasta en los entendimientos más claros y robustos.

—Y áun con todo eso ¿quién había de pensar en un caso como éste, aunque una viviera mil años?.....

—Pues ahí tienes. Podría uno imaginarse, si los negocios se torcían por completo, llegar á la pobreza; cabía también suponer el verme envuelto en un litigio urdido por mi mujer; ó que me esperase una vejez tristísima, sin recursos, abandonado de todos mis amigos por mi particular carácter... Desdichas merecidas ó inmerecidas, grandes ó pequeñas, yo las aceptaba resignado y confiaba en que Dios me daría fuerzas para resis-

tir; pero no esperaba esta que llega directamente á mi corazón, que me aniquila, que me deja sin alientos, que me mata, hermana mía, porque esta es la más grande y la más dolorosa de todas.

Oyendo estas sentidas razones de su hermano, se le llenaron los ojos de lágrimas á doña Elena y no supo ya expresar pensamiento alguno que estuviera en conformidad, y sirviese de consuelo á aquella nueva pena y turbación de su ánimo. Largo rato, pues, permanecieron callados, pensando tristemente en cosas irremediables que en otro tiempo habrían alzanzado remedio si la previsión humana no fuese en la mayoría, ó más bien totalidad de los casos, más imaginaria que real.

A la mañana siguiente, se presentó Marrodán ante los dos hermanos que se desayunaban juntos en aquel momento, con la faz algo mustia y los ojos enrojecidos como de hombre que pasó la noche en claro, y les dijo después de saludarles:

—Dispénsenme ustedes que baje tan temprano, porque el niño sigue peor y se teme que sea un ataque cerebral; ya ven ustedes, á los dos meses y medio de edad. Como usted conoce á Rodríguez Chacón, que es discípulo del doctor Benavente, y especialista de fama para los niños, le agradecería que me diese las señas.

—Vamos, pues, al despacho, porque mi cabeza no está para señas ni para nada.

—Lo comprendo muy bien, y si no fuera cosa

tan urgente no me hubiese determinado á venir á molestarle á tales horas.

—No lo dije por tanto, amigo Marrodán, sino para darle á usted una idea del estado de revolución permanente en que se encuentra mi cerebro. En ciertos momentos parezco ya un idiota, porque no me acuerdo ni del pan que como, ni del día en que estamos.—Hablando así se acercó á la mesa del despacho y buscó dentro del pupitre una tarjeta de las muchas que allí conservaba.—Creo que es esta: «Lucio Rodríguez Chacón.»

Marrodán tomó en un papel las señas que se indicaban en la tarjeta y se despidió de su amigo muy agradecido, diciéndole:

—Con el resultado de la consulta bajaré esta tarde y sabrá usted lo que haya. A mi mujer no la espere usted, porque está la pobrecilla que se le puede ahogar con un cabello.

Como don Juan Manuel permaneciera largo rato en el despacho, entró su hermana á buscarle y le halló apoyado en la mesa, reclinada la cabeza en la palma de la mano y entregado por completo á sus cavilaciones. A la voz de ella alzó la vista, y respondiendo á su pregunta, le dijo con un tono tal de sinceridad y de tristeza que realmente impresionaba:

—Pensaba, pues, en este momento en cierto proyecto que me anda por la cabeza hace ya algunos días. La única persona que podía obligarme á desistir de él eres tú.

—¿Yo?... No comprendo. Pero por mí no vas á desistir de ese proyecto si te conviene.

—Me explicaré, Elena, me explicaré, y tú me aconsejarás, porque en realidad no sé qué hacer. Son tantas las penas y tantos los recuerdos amargos que evoca en estas noches mi imaginación, que las paso en completo desvelo. He perdido ya la especie de lo que es dormir, sobre todo con relativa tranquilidad, sin ensueños ni pesadillas... Comprendo, por lo tanto, que para vivir y recobrar la facultad de discurrir y de ver las cosas como son en sí, necesito respirar otro ambiente y pisar otra tierra desconocida que no sea esta. Mi proyecto es marcharme algún tiempo de Madrid, abandonar á España.

—¿Marcharte? ¿y ahora?... ¿en estas circunstancias?... Por Dios, Manuel, piénsalo bien, porque...

—No, Elena, si es á ti á quien toca pensarlo. Por mi parte no existe ni sombra de vacilación. Y por esto mismo, no queriendo causarte el menor pesar, lo dejo enteramente á tu elección, reduciendo los términos del problema á estos tres extremos: ó bien desisto de mi proyecto, ó me acompañas en mi viaje, ó decides que salga solo. Yo á todo me avengo. Hacer uno su santa voluntad será siempre á mis ojos un género de egoismo tan detestable como cualquier otro. Conque ya lo sabes.

—¿Y qué voy yo á aconsejarte, si por más que discurra?...

—Tú puedes pensar si cuentas con suficiente valor para acompañarme ó para quedarte sola, es decir, con la niña que pronto será una mujercita... En fin, tú determinarás; hazme ese favor.

Calló la buena señora, como conviniendo en ello; pero aquella noche se acostó con una cavilación más en la cabeza, sobre las muchas que tenía. No dejaba de comprender que sería para ella y su hija Inés un motivo grandísimo de tristeza la ausencia de don Juan Manuel, acostumbradas después de tantos años á vivir en su compañía; pero al propio tiempo adivinaba la impresión honda y permanente que acababa de causar en aquel valeroso espíritu la muerte tan inesperada como trágica del infeliz Marino. Quería, sin duda, á su hijo muchísimo más de lo que daba á entender en apariencia. No se veían lágrimas en sus ojos, ni se le escapaban quejas tan amargas como en los primeros días; y á pesar de eso, ¡cómo se trasparentaba en sus cavilaciones y en su triste mirar, el desaliento inmenso que pesaba sobre su corazón! Convenía por lo tanto hacer un sacrificio por costoso que fuese, en obsequio á la salud amenazada de su hermano, y quién sabe si á su razón; porque había momentos en que no parecía el mismo hombre, ni por su actitud, ni por sus ojos, ni por las canas que blanqueaban su barba, ni por el color amarillento de su rostro, que se asemejaba al de un ictérico.

Reflexionando sobre esto doña Elena, algunos

días después, se declaró decididamente partidaria de su viaje; y así se lo dijo á su hermano en cuanto llegó la oportunidad de suscitarse entre ellos el debatido problema. Para acompañarle, le faltaba algo de valor, esta era la verdad; se sentía un poco envejecida áun sin haber llegado á la vejez, y á ello contribuían sin género de duda sus muchas penas, unas adormecidas entre los recuerdos y otras despiertas y presentes. «Las penas acaban mucho,» solía repetir con frecuencia, y daba á entender á su modo que no se hallaba inútil y sin fuerzas como una decrépita, sino que se habían disipado en su ánimo el humor y la curiosidad y la gana de salir en busca de distracciones. Lo que esto significaba lo comprendía muy bien don Juan Manuel. Desligado, pues, del único lazo que podía retenerle en su casa, ya se creyó libre por completo, porque también á su mujer hubo de llegar la noticia de aquella repentina desdicha; y por escasos y menguados que fueran sus sentimientos de madre, debió sentirlo y lamentarlo á su manera. En cuanto á los efectos y horrores del anunciado litigio con que le había amenazado, presumía don Juan Manuel que no llegaría su cinismo hasta el punto de incoar la demanda, ni hacer la menor gestión en tan tristes y penosas circunstancias.

Al otro día, la criada que había subido al cuarto de Marrodán á preguntar por el enfermo, volvió con la respuesta de que la calentura del niño no

desaparecía, temiéndose los médicos que al cabo degenerase en un ataque cerebral ó cualquier otra complicación, según los síntomas que se presentaban. En vista de este giro, después de comer, subió doña Elena á verlos y halló al matrimonio al lado de la cama, donde el pobrecito niño, con los ojos cerrados y la respiración algo fatigosa, parecía dormitar dulcemente, cuando aquel visible sopor provenía más bien de la fuerza y avance de la fiebre. Inclinada sobre él, espiaba Patrocinio sus menores movimientos y hasta el ritmo más ó menos perceptible de su respiración, aproximando de vez en cuando el oído. En aquella intensa mirada hallábase pintada la ansiedad de la madre, en cuyo corazón, oprimido por la pena, apenas quedaban vislumbres de esperanza. Al otro lado de la cama, Marrodán, impaciente y contrariado, sacaba el reloj una, dos y tres veces con breves intervalos, para acabar por indicar á su mujer, que era ya la hora de darle la cucharadita de medicina. Pero ella, sin levantar la vista, le contestaba en voz baja: «¿A qué atormentar más al pobrecito? déjalo y sea lo que Dios quiera.»

Al poco rato, Marrodán, vestido de americana, con un pañuelo de seda al cuello, en zapatillas, algo despeinado, con la barba enmarañada y los ojos hinchados por la larga vigilia, se paseaba á lo largo del gabinete ó se aproximaba á los cristales para mirar, sin fijarse más que de un modo vago, la línea de balcones de enfrente á lo largo

de la calle con su monótona simetría. ¿En qué pensaba? Al través de los temores y de los pronósticos anticipados por los médicos, veía irse desplomando y cayendo lentamente, pedazo á pedazo, aquel imaginario edificio que levantó en mejores tiempos su inmensa vanidad. Existía en el corazón de este hombre, como en la mayoría de los seres humanos, un fondo inagotable y sorprendente de optimismo; pero el dolor y la contrariedad que ahora sufría le obligaban á contemplar la realidad desnuda, sin los acostumbrados oropeles con qne suele cubrirla nuestra fantasía. Comprendía en primer término lo costoso de la vida madrileña para el que quiera figurar entre los primeros ó segundos comparsas de la política; después los años de trabajo de observación y de trato continuo con los hombres de valer, que necesitaba consumir, antes de alcanzar á la talla de un orador parlamentario cuya palabra maestra y elocuente llena de ideas y de sentido político se escucha con merecido respeto, lo mismo por amigos que por adversarios. Las reputaciones verdaderas no se improvisan, y aún menos las de los oradores políticos; y luego como final ¿qué iba á quedar dentro de pocas horas de aquella dinastía de Marrodanes representada por él, que era el primero, y por el pobre niño que allí agonizaba, destinado á recibir una brillante educación como preparación y escuela para lo porvenir?... Había soñado tanto con aquel primer hijo, cuya

graciosa y admirable cabecita parecía encerrar en germen el espíritu de un genio, que ahora al despertar súbitamente y verse entre las miserables realidades de la vida debía sentir el desaliento del mendigo, que al fin de su jornada no ha logrado recabar ni áun los mendrugos necesarios para acallar la imperiosa necesidad de su estómago. Se hallaba, pues, como en muy contadas ocasiones, caviloso y descorazonado.

Además, si tendía la vista en derredor, se consideraba como aislado ó poco menos, puesto que su protector La Riva, creciendo en prestigios políticos, lo destinaban de Gobernador civil á Valencia, y don Juan Manuel, su amigo y consejero algunas veces, se marchaba decididamente á América. Con su padrino Ximénez de Orús, no había ya que contar, porque encontrándose viejo y cansado de la política, se retiraba para siempre á la vida privada. El recordar la cuestión de intereses era para él no sólo amargo, sino aterrador: ¡saber, por ejemplo, que el coste total de la Diputación, con la compra de la casa en Lashoyas, y las generosidades indispensables con los buenos amigos y votantes del distrito, ascendía á treinta y dos ó treinta y cinco mil pesetas en números netos y redondos!

Si de un modo ó de otro no buscaba por algún rico plantel un buen negocio, no había que pensar seguramente, dadas sus rentas y conocido su capital, en volver á triunfar como diputado el día

en que, por ocurrir un cambio político, hubiera nuevas elecciones. Su presente, por lo tanto, se reducía á un desagradable cuadro de tristeza, de soledad y de falta de recursos. Cierto que su vanidad no se desvanecía por completo, ni se aniquilaba y moría aquella su inclinación de vividor alegre y despreocupado; pero viviendo, se preparaba á recibir nuevos desengaños, porque era uno de tantos representantes de esa clase media, hinchada y vanidosa, que se ingiere por todas partes, hambrienta de títulos y honores, pero escasa de constancia y de instrucción, imaginándose que todo en este mundo se improvisa y se logra sin ningún trabajo, como un premio de la lotería.

Como prueba de que su vanidad no se entibiaba, habrá que añadir que unos días después del fallecimiento de su hijo, escribió Marrodán sentidas cartas, aunque un tanto enfáticas, á todos sus parientes y relaciones, dándoles cuenta de aquella gran desdicha que entristecía su vida para siempre y despojaba de sus alas á todas las ambiciones que alimentaban ellos en este mundo. Su tía doña Escolástica les contestó al momento enviándoles su correspondiente pésame, y consolándolos con la dulce seguridad de tener en el cielo un ángel más que intercediese en su favor para que lograsen la ventura que merecieran en la tierra, y sobre todo, aquella especial gracia divina, que es la única que nos ilumina y fortalece en las mayores tribulaciones. Por su parte,

seguía bien de salud apesar de los naturales achaques de la edad, y se acordaba muchísimo de Patrocinio y de Clarita.

También Reinoso, tan expeditivo para todo, contestó á vuelta de correo á la carta de su buen amigo, manifestándole cuánto sentía aquel trastorno que le habría causado, á no dudar, una pena muy grande. Entrando después en otro género de consideraciones, añadía lo siguiente:

«Esto de los bienes y los males, amigo don Fernando, por lo que yo veo, va por *tocaduras*. A mí me ha tocado trabajar á lomo caliente cincuenta años y seis meses muy cabales, y ahora, sin saber cómo, por arte de birlibirloque, nos encontramos con un premio segundo de la lotería y unos cuantos miles de pesetas por añadidura. No era maleja, no, esta añadidura. De modo y manera que lo que no te dan cincuenta años de trabajo, te lo pone por montera la endemoniada suerte. Lo malo de esto es que me coge con pocos dientes; pero en fin, de salud sirva, como dice la gente, y muy agradecido; porque si yo falto mañana, á mi familia no ha de faltarle el pan. Además que Valentín, mi chico más pequeño, ó séase mi último retoño, que dibuja como un maestro y es un buen ebanista, no tendrá que coger el chopo y abandonar el oficio. Por eso le decía al principio que hay que cargarse de paciencia y esperar una buena *tocadura*.»

De su padrino Ximénez, del amigo Mendívil y

del señor Villacastín recibió igualmente muy afectuosas y delicadas contestaciones.

Al final de aquella semana subió una tarde don Juan Manuel, acompañado de su hermana, á despedirse de Marrodán, que lo mismo que Patrocinio, no cesaban de deplorar la ausencia de aquella encantadora criatura que fué durante tres meses la esperanza y el regocijo de sus corazones. Ya no existía Fernandito. La madre no podía consolarse de ninguna manera. Marrodán, aunque triste y desalentado todavía, se iba conformando con su suerte. Saludóles afectuosamente don Juan Manuel y se desahogaron unos y otros, recordando pormenores y menudencias de la enfermedad, del continuo sufrir y de las noches pasadas á la cabecera del doliente. Después, al despedirse, les dijo don Juan Manuel:

—Esta es la única visita que hago por ser dentro de casa y tratarse de ustedes á quienes aprecio de todas veras, que se hallan en circunstancias parecidas á las mías, aunque menos dolorosas. Y en fin, venía por eso, porque pasado mañana probablemente me marcho...

—¿De modo que nos deja usted, amigo don Juan Manuel?...

—A no ocurrir cosa que lo impida, esa es mi resolución. Si Dios me da fuerzas para resistir la pena que llevo conmigo; si permite que viva y cicatrice la herida interna que es como ninguna de las que recibí en esta vida... entonces, aún nos

volveremos á ver. Voy, pues, á América, y si allí cobro alientos será para trabajar, para estudiar la vida social de aquellas democracias y consignar en un libro mis observaciones.

—¡Hombre, eso de vernos desde luego, no somos tan viejos!—exclamó Marrodán con viva y espontánea sinceridad.

—Ya me conoce usted: yo no sirvo ni para embaucador, ni para cortesano, ni casi para político. Me repugna todo linaje de sofisterías. Así que, á pesar de mis antipatías por la raza, diré franca y lealmente la verdad. Nos han ponderado los demócratas con exceso aquella civilización, pero me temo que no sea oro todo lo que allí reluce; que vengan á ser como tratantes en cueros ó palurdos zafios disfrazados de caballeros, que con todas sus asambleas y sus *meetings* y sufragios libérrimos, nos resulten al fin bárbaros por dentro y de los de peor ralea: de los que no tienen más Dios que el oro, ni más profeta que su vientre.

—En las repúblicas del Sud, de origen ibérico, ya es otra cosa. Ya le conté á usted mi viaje por allá...

—Esas tendrán la exageración de nuestros defectos; pero existe en ellas mucho más calor, más desprendimiento, más poesía y elevación y sentido moral. Recuerdan, áun en medio de sus odios y ambiciones, que no sólo de pan y de oro vive el hombre. Pero la conversación se alarga, ami-

go Marrodán, y las señoras se cansan. Repito, pues, lo dicho, y que nos volvamos á ver. Yo animo á mi hermana y doy á todos ustedes muy buenas esperanzas; pero si viera usted qué pocas me quedan á mí...

—¿Qué debilidad es esa? En un hombre de su fibra debe haber valor para eso y para mucho más.

—Lo tuve en otro tiempo para afrontar peligros y sobrellevar infamias. Pero esto de ahora es más hondo, amigo Marrodán, y quién sabe si algún día podrá usted comprenderme... y se acordará de mí...

Ante la significación de estas sentidas palabras, Marrodán abrazó á su amigo con verdadero afecto, y ambos quedaron ligados y confundidos en uno de esos grandes y humanos sentimientos, en medio de los cuales los hijos todos de una región ó de un pueblo se reconocen hermanos. Acompañándoles luego, salieron Marrodán y Patrocinio á la puerta de la habitación, y hasta se apoyaron en la barandilla para despedirlos por última vez.

Empezaba ya á obscurecer, y las sombras, vagas y difusas todavía como una niebla, subían lentamente desde el fondo de la casa invadiendo todos sus ángulos y rincones. Poco después se encendían las luces, se oían pasos precipitados, percibíase algo del movimiento febril y rápido de las últimas horas; avanzaba la noche, trayendo, como siempre, el apetecido reposo. Y, sin embargo, no dejarían de oirse, más ó menos claros, los postre-

ros latidos: una puerta que se cierra, una voz que llama, un timbre que suena... y después, largo y monótono silencio. La casa duerme. Pero los de arriba, igual que los de abajo, al reclinar la cabeza sobre la almohada piensan y sueñan con ese mañana que ha de traerles, como día señalado, un anestésico maravilloso que disipe sus dolores, juntamente con un nuevo vellocino de oro que colme sus ambiciones, además de las caricias tan codiciadas de la fortuna, y la salud robusta que bebe en la copa de los mayores placeres, y el premio merecido á tantos años de agitación y de trabajo; aquel mañana de ventura coronado de luz como una aurora, teñido con los colores más vivos de la esperanza; aquel desconocido mañana que nunca llega.

Madrid—Diciembre—1895.

RETURN TO ➡ **CIRCULATION DEPARTMENT**
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 **HOME USE**	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

RENEWALS AND RECHARGES MAY BE MADE 4 DAYS PRIOR TO DUE DATE.
LOAN PERIODS ARE 1-MONTH, 3-MONTHS, AND 1-YEAR.
RENEWALS: CALL (415) 642-3405

DUE AS STAMPED BELOW

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
FORM NO. DD6, 60m, 1/83 BERKELEY, CA 94720

YB 4357

636450

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

U.C. BERKELEY LIBRARIES